

EL BARRIO DE LA PLAYA

BEGOÑA GARCÍA CARTERON

Una novela sobre la historia de la Barceloneta a través de tres generaciones.



B

EL BARRIO DE LA PLAYA

Begoña García Carteron



Título original: *El barri del sorral*
Traducción: Begoña García Carteron
1.ª edición: enero 2014

© Begoña García Carteron, 2014
© Ediciones B, S. A., 2014
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Depósito legal: B. 27.472-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-673-1

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
SABINA
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
GINEBRA
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
ELVIRA
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
JOAN
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
GUILLERMINA
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
MICAELA
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Agradecimientos

A mi madre Sara y a mi tía Adela, las mujeres más fuertes y trabajadoras que he conocido nunca y que más cosas me han enseñado en la vida. A mi padre Santiago, a quien perdí de pequeña y a quien siempre echaré de menos. A mis abuelos Ramón y Manuel, a los que me hubiese gustado conocer más. A la memoria de Manuel Lagares, mi tío. A Samuel, Carmen, Santi y Marta, mis pilares. A Stef, Lua y Nico, mis amores.

SABINA

Al romper el alba, Sabina se levantó del jergón que compartía con su hija y su nieta y abrió la puerta de la barraca. Una cálida ráfaga de viento de poniente le hinchó la camisola, anunciando que aquel día tampoco llovería. Pisó la tierra húmeda con los pies descalzos, se llevó una mano a la frente y escrutó el horizonte. Ante ella, el mar se veía tranquilo y el paisaje comenzaba a perfilarse bajo los primeros resplandores del sol. Miró alrededor para comprobar que no hubiese ninguna amenaza al acecho, pero todo parecía en calma. En el agua los pescadores volvían con las barcas a la playa, y detrás de ella el arenal donde vivía comenzaba a despertar con los sonidos cotidianos de cada mañana.

Mientras contemplaba con las primeras luces del día aquellas casas hechas de madera, barro, cañas y fragmentos de tapias, que habían crecido las unas junto a las otras sin orden ni concierto, Sabina respiró hondo, pero no notó ningún aroma. A pocos metros de la barraca donde vivía había otras ocupadas por pescadores, con el pescado y las redes secándose en la puerta, y más allá, junto al Rec Comtal, el canal de riego, las de algunos curtidores y cordeleros, rodeadas de cuero adobado, lino y esparto, que emanaban un tufó insalubre. Pero ella, como la mayoría de la gente que vivía en aquella playa, no lo notaba. El único olor que despertaba sus sentidos atrofiados era el del agua salada crepitando los días de tormenta, que le advertía que tenía que salir corriendo con su familia antes de que una ola se los llevara a todos. De hecho, eso les había pasado hacía poco, en otoño, la fatídica noche en que una tormenta había acabado con la barraca donde vivía con su hija, y en el mar con su yerno y sus dos nietos mayores, que habían salido a pescar. Desde entonces vivía acogida por Bruna, la cuñada de su hija, que también quedó viuda esa misma noche, la noche en que aquella tormenta había dejado viudas a más de la mitad de las mujeres del barrio de la playa y huérfanos a un gran número de niños.

No había vuelto a llover en todo el invierno, y aunque el agua era necesaria para todos, agradeció aquel viento seco que auguraba un día despejado. En lugar de saciar la sed, en aquella casa lo que se necesitaba por encima de todo era saciar el hambre, y ese día ella y las mujeres de su familia podrían ganar dinero para comprar comida. Ese pensamiento le iluminó la cara.

Volvió a entrar en la barraca de madera, dando unos golpecitos en la pared para despertar a los demás, pero dentro las otras mujeres ya se habían levantado y vestido, y ella tuvo que apresurarse. Detrás de la cortina que dividía la barraca en dos partes apareció Bruna, acompañada de Elvira, su hija mayor. Los otros dos hijos de Bruna, chavalines aún, dormían en el cobertizo que había fuera, y madre e hija salieron a despertarlos y despedirse de ellos antes de marchar a la ciudad.

Sabina aceptó el trozo de pan húmedo que le ofreció su hija Guillermina, dio un bocado para no salir de casa con el estómago vacío y le ofreció el resto a Micaela, la única nieta que le quedaba, que aún era pequeña y necesitaba crecer. Mientras masticaba aquel pan pastoso se puso la falda, el jubón y un delantal limpio, se cubrió con la mantilla negra, se llevó el cesto de mimbre a la cabeza y se preparó para marchar. El sol ya había salido.

Con las alpargatas en la mano, comenzó a caminar por la orilla del agua, del brazo de Guillermina, y con Bruna, Elvira y la pequeña Micaela detrás. Aquel arenal de sombras oscuras se extendía más allá de donde antiguamente había estado la isla de Maians, en un terreno ganado al mar. Se había formado a partir de los escombros lanzados a la playa y de los sedimentos que el río Besós había ido depositando junto al puerto de Barcelona, y cuando llovía se convertía en un auténtico barrizal. Sabina vivía allí desde hacía casi treinta y seis años, desde poco después del fin de la guerra de Sucesión, en 1714, cuando aquel paraje inhóspito fuera de la ciudad amurallada se había convertido en un barrio de barracas que crecía a diario. Primero hubo una fila de barracas a cada lado de la desembocadura del Rec Comtal, después una segunda y una tercera, y así, poco a poco, a lo largo de los años transcurridos desde entonces, aquel precario asentamiento había crecido hasta convertirse en un pequeño poblado denominado Arenal de la Marina.

Cruzó el Rec Comtal colocando los pies de piedra en piedra, aunque el canal estaba casi seco, y se adentró en el otro lado del arenal apretando el paso, avanzando por delante de las barracas de los pescadores hasta llegar a las de los marineros. Allí las esperaba un nutrido grupo de mujeres para emprender el camino diario a la ciudad.

Salían todas juntas cada mañana, una treintena de mujeres vestidas con indumentarias sencillas y delantales de cáñamo, las más viejas tocadas con mantillas negras y las jóvenes con redecillas que recogían sus largas melenas, todas ellas cargadas con grandes cestos en la cabeza. Muchas, las que más, llevaban el cesto lleno del pescado capturado por sus maridos, e iban a la ciudad a venderlo. Otras, las que menos, lo llevaban vacío e iban a ver si encontraban algún trabajillo que les proporcionara algunos sueldos para poder comprar pan y otros alimentos con los que llenar el cesto y abastecer su hogar. Sabina normalmente pertenecía a este último grupo, pero aquel día era diferente. Aquel día llevaba el cesto lleno de trapos, cepillos y otros útiles de limpieza, y estaba dispuesta a comenzar un trabajo que la mantendría ocupada a lo largo de toda una semana.

El día anterior había tenido la suerte de ir a pedir caridad a la iglesia de Santa María del Mar en el preciso momento en que el marqués de la Mina, capitán general de Cataluña y gobernador de Barcelona, salía de confesarse. El padre Manel, uno de los capellanes de aquella parroquia, era un buen hombre que ayudaba siempre que podía a las mujeres del Arenal de la Marina, y la recomendó ante el marqués como una buena trabajadora para hacer labores de limpieza. Y aquel militar cargado de insignias y vestido con las ropas más ricas que Sabina había visto nunca, le ordenó formar una cuadrilla de una docena de mujeres fuertes para comenzar a trabajar al día siguiente.

Así, la suerte se hizo extensiva a otras once mujeres del barrio de la playa. Además de Guillermina, Bruna, Elvira y ella misma, en la cuadrilla estaba Ponça, la mujer de un pescador que había quedado lisiado y ya no podía trabajar, también María, viuda y cargada de criaturas, Güelfa y Foix, mujeres de pescadores borrachos que casi nunca tenían pescado para vender, y por último Empar, casada con un calafate torpe, y sus tres hijas, Josefa, Remei e Hilaria, en edad de merecer. Todas, al saber que les darían a cada una tres sueldos por día, habían saltado de alegría.

No era fácil que las mujeres ganasen tanto dinero por sí mismas, y mucho menos las mujeres del arenal, y todas estaban dispuestas a trabajar con gran entusiasmo.

Sabina también estaba entusiasmada. Dejó pasar delante el grupo de muchachas jóvenes, que emprendieron camino cantando las canciones de siempre, primero entre barracas y después muelle arriba. Ella, en cambio, en lugar de cantar sólo vigilaba los alrededores para prevenir posibles peligros. A aquellas horas el muelle ya estaba lleno de gente, como la mayoría de días. En el mar vio barcos que se preparaban para hacer las complicadas maniobras de entrada en el puerto de Barcelona, una tarea que les podía llevar gran parte de la mañana. Algunos marineros ya tocaban tierra con las barcas, cargados con sacos de comida o barriles de bebida. Los estibadores arrastraban cajas con herramientas y se preparaban para recibirlos y descargar las mercancías que trajesen. Y los arrieros esperaban para cargarlas en sus carros y emprender camino a la ciudad. No había nada que pudiera presagiar ninguna fatalidad.

Al pasar cerca del matadero, las mujeres se taparon las narices y rieron como niñas por la peste que emanaba de aquel lugar, y Sabina también rio, contagiada por la alegría juvenil. Pero al llegar a los pies del portal del Mar guardó silencio e hizo callar a las otras con un gesto autoritario. Atravesar el portal del Mar nunca era un trámite rápido, porque era el único acceso a la ciudad que había desde el puerto, el matadero y el arenal, y a aquellas horas estaba repleto de carros de carniceros que entraban y salían con carne para sacrificar o vender.

Tampoco era un trámite agradable. Colgando de las torres del portal había cabezas, pies, manos y otras partes de los condenados a muerte, en advertencia a los que querían entrar de que en aquella ciudad se impartía justicia. Una justicia no siempre justa, pero justicia al fin y al cabo. Y, además, numerosos soldados vigilaban el entorno. Por un lado, las murallas se extendían a ras de mar hasta casi la falda de Montjuïc, y por el otro se confundían con los límites exteriores del edificio pentagonal de la Ciudadela militar, y con el fuerte de Don Carlos, que salía como un brazo de aquella fortaleza, extendiéndose hasta el mar, y cerraba la playa por la parte noreste. Y a lo largo de aquel extenso lienzo de piedra había soldados fusil en mano.

Sabina nunca lo reconocía, pero los soldados le daban mucho miedo, y aunque lo hacía a diario, atravesar aquel portal de buena mañana le resultaba la parte más dura del día. Y aquel día, por contenta que estuviese, no fue una excepción. Se sacudió la arena de los pies, se calzó las alpargatas y se dejó llevar por la aglomeración de gente. Cuando por fin superó el arco del portal, un soldado le cerró el paso a Elvira y le dio una palmada en el trasero. La muchacha no dijo nada y continuó caminando, pero a Sabina aquella palmada le dolió como una bofetada en la cara, y le despertó un recuerdo antiguo que a menudo revivía ante los oficiales más jóvenes y fuertes.

Pero ese día no quería pensar más. Estaba decidida a afrontar el trabajo que le habían encargado con el mejor ánimo posible, y tomó rápidamente camino hacia la plaza del Born, con el resto de mujeres detrás.

Las habían convocado en la puerta principal de la iglesia de Santa María del Mar, desde donde el propio padre Manel las acompañaría al lugar donde se tenía que llevar a cabo el trabajo. Al pasar por delante del Fossar de les Moreres, el antiguo cementerio de aquella parroquia, Sabina, como hacía siempre, se llevó los dedos a la frente y al pecho, a los hombros y los labios, haciendo la señal de la cruz en recuerdo de su padre y su hermano, muertos en la guerra cuando

ella era pequeña y allí enterrados. La mayoría de mujeres que pasaban por allí, pero también muchos hombres, hacían lo mismo. Aunque hacía muchos años que aquel cementerio ya no se utilizaba, allí se había dado sepultura a todos los caídos en las batallas de agosto y septiembre de 1714, las que habían puesto punto y final a una guerra muy larga en la que habían muerto casi todos los hombres de aquel barrio. Todo el mundo en aquella parte de la ciudad tenía algún familiar allí enterrado, ya fuese un padre, un abuelo, un hermano o incluso, las mujeres más mayores, un hijo.

Pero ahora tenían prisa y ninguna de ellas se paró a rezar, como hacían a menudo. Sabina las hizo apresurarse y avanzar rápidamente por debajo del puente que pasaba por encima del cementerio y que unía la iglesia con el Palacio Real, mientras el resto de mujeres de la playa se iba instalando aquí y allí con sus cestos, para vender el pescado al grito de «¡sardinas frescas!». Había que alzar mucho la voz para hacerse oír entre el griterío de la gente que utilizaba aquella zona de la ciudad como mercado improvisado para comprar y vender todo tipo de mercancías.

Cuando por fin llegaron a la puerta de la iglesia, Sabina vio a un monaguillo que las esperaba impaciente. Enseguida salió de dentro el padre Manel, que las miró una por una de arriba abajo. Hizo un gesto de aprobación, pero al ver a la pequeña Micaela negó con la mano.

—La niña no puede venir —dijo en catalán, el idioma que hablaban ellas.

—Se lo ruego, reverendo señor. —Sabina se arrodilló ante él y suplicó—. Es mi nieta y no queremos que se quede sola en la calle. Usted sabe que es peligroso.

—El marqués dijo doce mujeres fuertes, y esta niña no tiene ni diez años.

—Aunque es pequeña y delgada tiene fuerza en los brazos y nos ayudará a llevar agua. No estorbará, se lo aseguro.

—Pero no tendrá derecho a ningún sueldo —sentenció él.

Sabina se apresuró a besarle los pies, pero el padre Manel emprendió camino acompañado del monaguillo. Ella, con la ayuda de Guillermina y Bruna, se levantó del suelo lo más rápido que pudo. No quería que el capellán se diera cuenta de que ya no era tan fuerte como en otros tiempos. Estaba a punto de cumplir cincuenta años y cada día le dolían más las piernas, hinchadas y debilitadas por el reuma y la humedad. Pero ella no era de las que se dejaban vencer por los dolores, y haciendo un esfuerzo avanzó rápidamente. Se puso al frente del grupo de mujeres, justo detrás del padre Manel, que desandaba el camino por el que ellas acababan de venir.

Al pasar bajo el puente junto al Fossar de les Moreres, el capellán se santiguó y varias personas lo rodearon pidiéndole a gritos su bendición. Pero él siguió caminando sin pararse, con el monaguillo delante abriéndole el paso y con Sabina y el resto de mujeres detrás, que le seguían en silencio con sus cestos en la cabeza, sin saber adónde iban. Accedieron a la plaza del Born, la antigua plaza Mayor, que había quedado relegada y mutilada después de la guerra, la atravesaron entera hasta el final y se dispusieron a cruzar el Rec Comtal.

El corazón de Sabina se aceleró, y no sólo por el cansancio de la caminata. Aquel caudal de agua que en la playa estaba poblado de barracas a cada lado, dentro de la ciudad amurallada marcaba una clara frontera entre los ciudadanos y los militares. Allí delante se extendía una enorme y maldita Explanada, la que precedía a la Ciudadela que controlaba a los barceloneses desde 1717, repleta de cañones apuntando hacia la ciudad. Era un descampado inquietante, sin un mal árbol y con la única sombra del enorme catafalco de madera en que se había llevado a cabo la ejecución de tantos, tantísimos, ciudadanos.

Aunque la Explanada era omnipresente en aquel lado de la ciudad, e incluso había unos lavaderos donde iban muchas mujeres a lavar, ella se había jurado no pisarla jamás, y a lo largo de todos aquellos años lo había conseguido. Tampoco había ido nunca a ver ninguna de aquellas malditas ejecuciones, como hacían las masas de gente poseídas por el espectáculo de la sangre, y mucho menos a presenciar un desfile militar. Su corazón siempre le había dicho que aquél no era un terreno para pisar. Pero aquel día, detrás del padre Manel, la estaba cruzando sin detenerse en dirección al baluarte de Don Fernando, donde se abría el puente de acceso al interior de la fortaleza.

Por un momento, ante sus ojos, se alzaron edificios, plazas y calles, y su mente se llenó del recuerdo de lo que había sido el barrio de su infancia, el barrio de la Ribera, un barrio muy vivo, de artesanos, marineros y pescadores. Allí se encontraban los orígenes de la mayoría de vecinos del Arenal de la Marina, que lo habían perdido todo bajo las bombas y que no tuvieron ni siquiera la posibilidad de volver a levantar sus casas devastadas, porque las tropas borbónicas los habían echado a patadas para construir allí la Ciudadela y aquella maldita Explanada. Más de diez mil vecinos expulsados y más de mil quinientas casas destruidas, y tantas vidas destrozadas.

Una rabia antigua resurgió en su interior, y tuvo que apretar puños y dientes para contenerse. No se podía permitir el lujo de gritar y llorar, arriesgándose a perder el trabajo. Tres sueldos diarios eran mucho dinero. Humillada en su propio pensamiento, alzó la cabeza para suplicar al cielo y sus ojos se encontraron con los del capellán.

—El trabajo que tenéis que hacer es sencillo y agradecido —le dijo el padre Manel—. Se trata de limpiar sobre limpio.

—Dios le guarde —contestó Sabina, bajando de nuevo la cabeza. Pero aquel hombre, hasta el momento silencioso, continuó hablando como si nunca hubiera sucedido nada.

—Tendréis que acondicionar uno de los pabellones de un cuartel. Está recién construido y los soldados son grandes trabajadores, así que no creo que os dé demasiado trabajo.

—Alabado sea Dios —canturreó ella en su catalán cotidiano, con un suspiro, sin dejar de caminar y mirar al suelo. Había aprendido a resignarse, como todo el mundo en aquella ciudad, a contener la rabia y aplacar las lágrimas rezando, pero eso no quitaba el dolor del recuerdo.

—Alabado sea Dios —contestó el padre Manel en castellano, alzando la mirada y la voz hacia todas las mujeres. Probablemente era su manera de hacerles recordar que estaba absolutamente prohibido hablar en catalán.

En el baluarte había una garita de vigilancia. El padre Manel sacó un documento de la sotana y se lo entregó a uno de los soldados.

—Son las mujeres de la cuadrilla de limpieza que el señor marqués ha ordenado formar —dijo—. A partir de hoy vendrán cada mañana durante una semana.

El soldado abrió el paso, casi sin mirar a las mujeres, y Sabina comenzó a cruzar el puente levadizo, detrás del padre Manel, observando aquel enorme foso que rodeaba la fortaleza. Aunque había desaparecido cualquier referencia del barrio que había existido allí, e incluso se había desviado el curso del Rec Comtal, dentro de la Ciudadela se había conservado la torre de Sant Joan, el antiguo campanario del convento de Santa Clara, que se alzaba por encima de las murallas indicando su posición. Una posición que le hizo entender que justamente allí, en algún lugar bajo aquel foso, había estado su casa.

La calle donde se encontraba la casa de sus padres, y donde ella había nacido el año 1701, se llamaba calle de Bell-lloc. Y así era como Sabina la recordaba, como un bello lugar perdido, el lugar más bello donde había vivido nunca. No era que la casa fuese especialmente bonita, ni sus pertenencias demasiado lujosas, pero todos comían bien, dormían en camas de madera con colchón de lana y reinaba la alegría.

Sabina siempre recordaba con añoranza aquella cama donde durmió sus primeros trece años de vida. Desde que la había perdido, nunca había vuelto a descansar bien. Fue hecha por su padre, uno de los muchos carpinteros que había en el barrio. Tenía el taller en la planta baja de la casa, donde hacía mesas y bancos para las tabernas, que se rompían a menudo por las peleas cotidianas de los hombres. Siempre tenía mucho trabajo y en casa nunca faltaban alimentos ni sueldos para comprar ropa o zapatos. La madre de Sabina trabajaba tanto o más que el padre en la carpintería, ejerciendo el oficio igual que cualquier hombre, sobre todo cuando estalló la guerra, porque entonces él casi nunca estaba.

Como la mayoría de hombres del barrio, el padre de Sabina formaba parte de la Coronela, el ejército civil que defendía Barcelona. Durante los trece meses que había durado el sitio de la ciudad, entre 1713 y 1714, todo el mundo se sentía hermanado y con fuerzas para resistir al enemigo. Las murallas habían defendido muy bien a los ciudadanos, y su barrio se había convertido en un emblema de la resistencia, pero un día las tornas cambiaron. Hasta entonces las batallas más duras habían tenido lugar en la parte sur de las murallas, mas las tropas enemigas decidieron cambiar de estrategia y atacaron la ciudad por la parte noreste, por el baluarte de Santa Clara que marcaba el límite del barrio de la Ribera. Su padre se fue con su hermano mayor a la

batalla, cargado con su carabina. En la carpintería, bajo el mostrador, guardaba un arcabuz, y había enseñado a su madre a utilizarlo, pero ella no tuvo tiempo de hacerlo, porque una bomba cayó sobre la casa y se la llevó junto con el hermano pequeño de Sabina, que lo vio todo desde la calle. Aquella terrorífica imagen de los enemigos entrando en la ciudad por el baluarte de Santa Clara, y arrasando con todo lo que se encontraban al paso, todavía la despertaba por las noches y la hacía gritar de miedo.

Los soldados borbónicos no tardaron en hacerse los amos de todo, y decidieron instalarse allí precisamente, en aquella parte estratégica por donde habían entrado a la ciudad proclamándose vencedores y desde donde podían someter a los rebeldes. Los pocos vecinos que quedaron con vida, casi todos heridos, se vieron todavía más humillados, ya que fueron obligados a derribar lo poco que quedaba de sus casas con sus propias manos para construir la Ciudadela. Y ahora ella, detrás de los pasos de un capellán, se estaba adentrando en aquella fortaleza que vigilaba y reprimía a los ciudadanos desde hacía tantos años. Nunca se hubiera imaginado que algún día ella entraría allí dentro, nunca se le hubiera pasado por la cabeza, porque siempre había creído que aquel lugar era infranqueable. Y en cambio allí estaba, seguida de su hija, de su nieta y de toda una cuadrilla de vecinas, caminando en fila entre los soldados como si también formasen parte de aquel ejército.

Al llegar al cuerpo de guardia, el padre Manel volvió a enseñar el documento al grupo de soldados que allí había. Dos de ellos les indicaron que los siguiesen, los hicieron pasar a un recinto descubierto y los condujeron hacia el interior de la fortaleza enemiga. Sabina, triste y cansada, no se atrevía a alzar los ojos del suelo y caminaba en silencio detrás del capellán, arrastrando las piernas cada vez más. La voz grave del padre Manel la espantó.

—Ten —le dijo, dándole el documento que había enseñado a los soldados, sin pararse y sin apenas mirarla—. Lo necesitaréis para salir por la tarde y para volver a entrar cada mañana. Procurad llegar bien temprano, porque hoy se ha hecho muy tarde. Acaban de tocar las ocho.

Sabina guardó el documento en el bolsillo de la falda, bajo el delantal, mientras continuaba caminando detrás de él sin pararse siquiera para tomar aire, aunque estaba a punto de ahogarse. Tosió y se abanicó con la mano, y al levantar la cabeza para respirar hondo vio ante sí una imagen terrorífica. Allí se alzaba como un campanario la torre de Sant Joan, todo lo que quedaba del antiguo convento de Santa Clara, la única superviviente de aquel barrio devastado, transformada en símbolo de la derrota y convertida en los calabozos más temidos de toda Cataluña. Allí los guerrilleros antifelipistas habían sufrido torturas inhumanas durante muchos años, incluso después de la llegada al trono de España de Fernando VI y de la sumisión definitiva de la ciudad. Y de allí salían voces y gritos angustiados que indicaban que quienes seguían dentro no lo estaban pasando nada bien.

El padre Manel apretó el paso detrás de los soldados, pero al llegar a la plaza de Armas tuvo que pararse y les pidió permiso para descansar. Los soldados accedieron, y con el capellán descansó todo el grupo. Por primera vez en todo aquel largo trayecto, Sabina miró a las mujeres que iban detrás de ella. A Elvira y las tres hijas de Empar, las más jóvenes del grupo, así como a la pequeña Micaela, se las veía tranquilas, e incluso charlaban entre ellas al oído y reían. Ninguna parecía alterada por estar allí dentro. Guillermina, Bruna y María, mujeres maduras pero aún jóvenes, adoptaban la pose propia de las criadas, aunque parecían incómodas y se mantenían firmes, serias y con la vista fija en algún lugar indefinido. En cambio, las más mayores estaban

cabizbajas, con la mirada clavada en el suelo, y se las veía sumidas en la misma inquietud que atravesaba el alma de Sabina. Güelfa, Foix y Empar, que superaban de largo los cuarenta años, y Ponça, que debía tener más o menos la misma edad que ella, unos cincuenta; todas habían nacido en aquel barrio de la Ribera desaparecido bajo el embate de aquel ejército al que ahora tenían que servir.

—Vamos —dijo el capellán.

Los soldados retomaron el camino, y detrás de ellos todo el grupo avanzó por en medio de la gran plaza de Armas, entre un hervidero de hombres uniformados, carros y caballos. Ya hacía muchos años que se había construido aquella Ciudadela, pero allí dentro todavía había numerosos edificios en obras. Pasaron por delante de una gran casa provista de ventanales que unos hombres estaban acabando de pintar de rojo oscuro, y continuaron en dirección a una iglesia del mismo color. Al contrario que todas las iglesias que había visto hasta entonces, aquélla tenía el campanario adosado al ábside. Los soldados que guiaban el grupo les ordenaron parar y esperar un momento, mientras uno de ellos entraba por la gran puerta de madera labrada.

«Qué iglesia tan horrible», pensó Sabina, llevándose los dedos a la frente para trazar la señal de la cruz. Todas las mujeres detrás de ella, una por una, incluso las más jóvenes, se llevaron los dedos a la frente para persignarse también. Aquella iglesia roja y severa parecía intimidar incluso al capellán, que se arrodilló para rezar, imitado por el monaguillo. Sabina pensó que dentro de aquella fortaleza, el padre Manel se sentía casi tan incómodo como ella, pues se le veía abatido y sin saber muy bien qué hacer ni cómo comportarse.

Al cabo de unos minutos, el soldado salió de dentro, y detrás de él apareció un oficial menudo, viejo y cojo, muy engalanado. Se tapaba la nariz y la boca con un pañuelo blanco, que cogía con una mano en la que lucía un suntuoso anillo de piedras rojas. Se dirigió hacia el padre Manel, que continuaba arrodillado en el suelo, se apartó el pañuelo de la cara y, sin ayudarlo a levantarse ni darle la mano, se presentó como el capitán Díez de Montoya. El capellán casi no tuvo tiempo de estirar las piernas y sacudirse la arena de la sotana, ya que el militar enseguida le ordenó que lo siguiera y, a pesar de su cojera, echó a andar con paso firme hacia un gran edificio situado al noreste de la plaza.

El padre Manel, en lugar de iniciar el paso, volvió la vista atrás y se persignó. Probablemente hubiera preferido entrar primero en la iglesia, pero aquel militar no le dejó otra opción que seguirlo. Lentamente se encaminó hacia la puerta del edificio, donde ya le esperaba el capitán, y las mujeres le fueron detrás, en una procesión que a Sabina se le hizo muy larga.

El capitán también parecía impacientarse. Les indicó con un gesto que lo siguiesen y se adentró por la puerta, abierta de par en par y flanqueada por un soldado a cada lado. Al llegar, el padre Manel bendijo el edificio, a los soldados y la puerta antes de cruzarla con la ayuda del monaguillo, y las mujeres entraron detrás, sin saber si tenían que hacerlo o si, por el contrario, era mejor esperar fuera. Avanzaron a través de un enorme vestíbulo con suelo y paredes de mármol reluciente, y pasaron a un enorme salón repleto de butacas y mesitas bajas, donde el capitán Díez de Montoya los esperaba firme y con ademán serio. Invitó al padre Manel a sentarse, gesto que el capellán agradeció, y las mujeres, apiñadas a su espalda, se quedaron en pie.

El capellán quiso preguntar alguna cosa, pero el militar no estaba dispuesto a dejarlo hablar. Tomó la palabra y, para sorpresa de las mujeres, se dirigió a ellas. En un castellano majestuoso y enrevesado que Sabina no acababa de entender, explicó que aquél era un lugar de hombres al

servicio de Su Majestad Fernando VI, rey de España, y que su entrada allí no podía alterar el orden habitual de la fortaleza. Dijo que aquélla era la primera vez que mujeres del pueblo accedían a la Ciudadela, y que todas tenían que ser discretas y comportarse con el máximo «decoro», palabra que se quedó dando vueltas en la mente de Sabina. ¿Cómo traducirla, cómo definirla?

El hombre prosiguió en su tono autoritario, y explicó que se debían llevar a cabo varios trabajos. Y dicho eso, empezó a empujar a las mujeres para ponerlas en fila y observarlas una por una, mientras todas mantenían la mirada fija en el suelo de mármol.

Seleccionó a las más jóvenes: Elvira, Hilaria, Remei, Josefa, María y Bruna, por este orden. Y dio indicaciones a un oficial, que se cuadró ante él. Dijo que la tarea principal de esas mujeres era limpiar paredes, vidrios y suelos de unos pabellones recién construidos en el ala derecha de aquel mismo edificio, donde se instalarían el ingeniero don Juan Martín Cermeño con su excelentísima esposa. Según explicó, se trataba de un hombre ilustre, que ayudaba a hacer más grande el imperio construyendo fortalezas, y se le debía proporcionar la mejor recepción posible. El trabajo requería pulir los acabados, y también se tendría que acomodar el mobiliario que llegaría los días posteriores. El oficial se llevó la mano a la frente, chocando los pies a la voz de «a sus órdenes, mi capitán», y salió del salón con las jóvenes detrás.

El padre Manel, que había observado la escena en silencio, se incorporó de su asiento rascándose brazos y piernas. Sabina, al verlo, también comenzó a rascarse, hacía rato que necesitaba hacerlo, porque aquel salón parecía estar lleno de pulgas. Y, efectivamente, el capitán retomó la palabra y dijo que, tal como todos habían podido comprobar, los cortinajes de aquel edificio estaban infestados de pulgas. Los soldados ya los estaban descolgando, pero debían lavarse a conciencia. Designó para dicha tarea a Empar, Güelfa y Foix. Dio indicaciones a un soldado para que las llevara a la cocina, donde encontrarían todo lo necesario para tal fin. Pero antes de enviarlos a todos fuera del salón, señaló a Guillermina y la añadió al grupo, diciendo que ella se encargaría de ayudar al oficial cocinero.

Guillermina cogió de la mano a su hija Micaela y avanzó con paso rápido hacia la puerta. Parecía ahogarse allí dentro. Pero el capitán Díez de Montoya la detuvo haciendo un gesto de negación con el dedo, moviendo la mano con aquel anillo de piedras rojas y relucientes.

—No quiero niños merodeando en las cocinas —dijo, señalando a la pequeña—. Que vaya a la iglesia con ellas.

Envió a la niña al lado de Sabina y Ponça, las últimas mujeres que quedaban en el salón. Entonces se dirigió al padre Manel y le dijo que él ya sabía lo que tenía que hacer, y salió con su paso cojo, detrás del grupo que iba a la cocina, dejándolos ahí solos.

El religioso, desconcertado, miró a las mujeres y a la niña, que esperaban sus instrucciones. En realidad no parecía saber qué tenía que hacer, y hubiese preferido una orden directa del militar. El monaguillo en cambio sí que parecía saber dónde tenían que ir, y cogiendo al capellán del brazo lo condujo hacia la puerta. Sabina los siguió en lenta procesión, arrastrando los pies primero por el mármol de aquel edificio y después por la tierra de la plaza de Armas, pasando entre los soldados sin levantar los ojos hasta llegar a la iglesia.

Detrás de la puerta de madera labrada se abría una nave blanca y luminosa donde reinaba el silencio. No había nadie. El padre Manel avanzó por el pasillo central hasta cruzar el transepto, fue a las sacristías que había a cada lado, dio la vuelta por el presbiterio y volvió a la entrada,

donde le esperaba el resto del grupo.

—La gripe se ha extendido por la Ciudadela y los militares tienen miedo de contagiarse —dijo—. Por eso quieren que limpiéis vosotras. Se ve que la gripe la trajo uno de los carpinteros que trabajaron en el nuevo pabellón, y temen que entre los obreros que siguen allí trabajando puedan aparecer nuevos casos.

—Ave María purísima —dijo Sabina, persignándose, y Ponça, Micaela y el monaguillo hicieron lo mismo. Pero el capellán, en lugar de rezar, siguió hablando.

—Los clérigos militares también han caído enfermos —explicó—, uno detrás de otro, y ahora no hay nadie que pueda officiar misa. Están esperando la llegada de un nuevo páter castrense, pero se debe acondicionar todo bien para que no se contagie.

—Lo que usted diga, reverendo señor —repuso Sabina, haciendo una genuflexión.

—Tendréis que empezar por las habitaciones donde se instalará el nuevo páter castrense. Están allí. —Y señaló una puerta situada a la derecha—. Antes vivía un sacerdote que ha muerto, así que se tendrá que ventilar todo bien y aplicar mucha agua. Supongo que os llevará dos o tres días. Cuando acabéis, limpiaréis las habitaciones donde se encuentran los clérigos que han caído enfermos, allí. —Y señaló una puerta situada a la izquierda.

—Lo que usted diga, reverendo señor —repitió Sabina, con una nueva genuflexión.

—Os aconsejaría que la niña no entre en ninguno de los dos pabellones de habitaciones —prosiguió—. Se podría contagiar de la enfermedad. Lo mejor será que permanezca aquí en la iglesia y solo os ayude a traer agua del pozo.

—Lo que usted diga...

Pero el padre Manel no la dejó acabar:

—Ale, venga, marchad a trabajar. Yo visitaré a los enfermos y después me iré. A partir de ahora, haced caso a todo lo que os diga el capitán. Él os pagará toda la semanada el último día que trabajéis, así que no le pidáis dinero antes. Y sobre todo cuidado bien de dejarlo todo allí donde lo encontréis. Quizá nos veamos por aquí otro día. Que Dios os bendiga.

El padre Manel abrió la puerta de la izquierda y, con el monaguillo detrás, se adentró en el pabellón donde se encontraban los clérigos enfermos. Sabina se dirigió hacia la puerta de la derecha, comprobó que estaba abierta y miró con desconfianza el interior, abriendo poco a poco. Había un vestíbulo que daba a lo que parecía un salón, y unas escaleras para subir al piso superior. Tampoco había nadie. Se giró para decirle a la pequeña Micaela que se quedase allí en silencio y sin moverse, y entró seguida de Ponça. Fue abriendo todas las ventanas que encontraba a su paso.

Junto al salón había una pequeña estancia, con cocina de leña, una mesa con sillas y una pila para lavar. En un armario encontró escobas, cepillos, cubos, trapos y jabones de Marsella. Más allá, una puerta daba al patio posterior. Sabina la abrió y salió a ver si encontraba algún pozo, pero sólo topó con un cementerio adosado al ábside.

Volvió al pabellón y subió al piso de arriba, donde vio a Ponça deshaciendo la cama de una habitación. Apeataba a enfermo incluso con las ventanas abiertas. Entre las dos vaciaron los armarios y sacaron al patio toda la ropa que había en las habitaciones, incluidos los cortinajes y los colchones, para airearlos y eliminar la humedad.

Sabina cogió un par de cubos de la cocina, cruzó el salón, abrió la puerta que daba a la iglesia y entró. Esperaba encontrar a la pequeña Micaela sentada allí donde la había dejado, pero en lugar de eso topó con el capitán Díez de Montoya, que se disponía a salir del recinto acompañado por un joven soldado. Con su tono severo y su castellano retorcido, el militar le dijo que había ordenado a la niña que sacase el polvo de la sacristía, para que no estuviese mano sobre mano. Y antes de marcharse añadió que, a partir de entonces, en lugar de salir a buscar agua por la iglesia, utilizarasen la puerta del pabellón que daba a la plaza de Armas; así no estorbarían a los militares que estuviesen rezando. Sabina asintió con la cabeza y lo vio irse; las piernas le temblaban bajo la falda, tanto miedo le inspiraba la voz de aquel oficial.

En una de las sacristías encontró a Micaela limpiando un armario. La niña la saludó con su alegría habitual, contenta de tener una ocupación y de poder ser útil. No parecía nada intimidada por la rigidez del ambiente ni por el trato estricto de los militares. Por el contrario, le dijo que se había aventurado a explorar los alrededores, y que ya había descubierto por dónde se iba al pozo y a la fuente que había cerca de los lavaderos. Y cogiendo del brazo a su abuela, la acompañó a buscar agua.

Salieron a la plaza de Armas por la puerta principal de la iglesia, contrariando las indicaciones del capitán. Sabina sintió miedo de nuevo, temerosa de que algún oficial les recriminase no cumplir las órdenes y las azotara con el látigo. Allí fuera había soldados con uniformes de todos los colores, unos haciendo maniobras a pie, otros a caballo, otros patrullando o vigilando, y otros haciendo trabajos de todo tipo. Muchos vestían ropa de trabajo, pues se desempeñaban como peones, pintores o carpinteros, o montaban y desmontaban los andamios y otras estructuras que les habían servido para construir los edificios, pero ninguno las miró.

Caminó entre aquellos uniformes intimidatorios con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo, cogiendo con una mano el cubo y con la otra el brazo de su nieta, que la guiaba por aquel terreno hostil. Pasaron cerca de los lavaderos, donde vio a Empar, Güelfa y Foix lavando cortinajes y rascándose brazos y piernas por culpa de las pulgas, y por fin llegaron a la fuente, donde había una cola de soldados esperando para proveerse de agua.

Sabina alzó los ojos y miró alrededor. Estaban en la parte posterior del edificio donde las había recibido el capitán, un gran patio de servicios desde el cual se accedía a los pabellones que limpiaban las jóvenes, a quienes vio fregando los ventanales. Trató de localizar la cocina donde habían enviado a trabajar a Guillermina, pero no la encontró.

De vuelta miró la iglesia con otros ojos. Adosados a cada lado de la fachada reconoció los pabellones destinados a los clérigos, el que estaba ocupado por los enfermos a la izquierda y el que ella y Ponça estaban limpiando a la derecha. Vio salir del primero a un reducido grupo de oficiales cargados de maletines, probablemente los doctores encargados de la salud de los sacerdotes, y se paró a cierta distancia para dejarlos pasar antes de acercarse. No quería exponer a la niña a más riesgos.

Envió a Micaela de nuevo a la sacristía y ella misma accedió al pabellón de la derecha por la puerta que daba a la plaza, tal como había ordenado el capitán, para continuar trabajando. Mientras lo hacía, no pudo evitar sollozar en silencio. La entrada en aquel recinto y la visión de tantos militares juntos casi habían paralizado su corazón, pero una vez a resguardo de las miradas

ajenas, un volcán de sentimientos enterrados erupcionó en su interior.

Sintió de nuevo el miedo de aquella niña que se escondía de las bombas bajo las ruinas, el hambre de muchos días sin comer, el dolor de las heridas causadas por la guerra. Revivió el momento en que, medio desmayada, notó cómo alguien la rescataba de debajo de unas piedras, y aquel otro mucho peor en que abrió los ojos y descubrió que ese alguien no era ningún santo salvador, sino un soldado joven ansioso de venganza y sexo. Volvió a sufrir la violencia con que aquel hombre la había penetrado, y el dolor de su vientre lacerado en un cuerpo maltrecho. Después de aquel soldado vino otro, y después otro, y otro, y no encontró ningún lugar donde esconderse en la ciudad devastada. Y así pasaron dos días, hasta que unas monjas la llevaron al convento de la Caridad. Poco después descubrió que estaba embarazada de Guillermina.

Y así, recordando las desgracias de una vida muy larga marcada por la guerra, Sabina trabajó sin levantar la cabeza de su tarea y con los ojos arrasados por las lágrimas.

Aquel día y los siguientes se sucedieron muy parecidos los unos a los otros. Las mujeres llegaban de buena mañana y trabajaban con ahínco en sus respectivas tareas hasta las tres de la tarde. Entonces podían reunirse para ir a la cantina a comer, porque los soldados ya habían acabado sus turnos. Después de aquella pausa volvían al trabajo hasta la caída del sol, y se daban cita en la iglesia para abandonar juntas la Ciudadela. Debían apresurarse para cruzar la Explanada y llegar al portal del Mar antes de que se hiciese de noche y lo cerraran. Y al día siguiente, de buena mañana, lo volvían a cruzar nada más abrirse para empezar de nuevo el trabajo.

El momento más agradable para Sabina era la hora de comer. Por un rato se olvidaba del trabajo y de aquellos recuerdos que la atormentaban, y sólo pensaba en comer. Era un privilegio del que hacía mucho tiempo que no podía disfrutar a diario.

La cantina estaba en una esquina en el otro lado de la plaza de Armas, bajo los cuarteles que ocupaban los soldados y los oficiales de menor rango. Era un recinto amplio, repleto de largas mesas con bancos a cada lado, y con un mostrador donde un cantinero les servía el rancho, que era como ellos denominaban a la comida, una comida que casi siempre era lo mismo: cocido caliente, tocino y pan. Sabina solía comerlo sin hablar, sentada en un rincón para pasar desapercibida entre los soldados que se apresuraban a recoger y limpiar aquel sitio.

El resto de mujeres hablaba más, las mayores de faena, básicamente. Muchas habían trabajado más de una vez limpiando casas de comerciantes o nobles, e incluso alguna había sido criada antes de casarse, y todas coincidían en que nunca habían encontrado un lugar tan limpio como aquél. Más allá de las pulgas y de tener que lavar la ropa, los edificios estaban más limpios que una patena. Ya lo había dicho el padre Manel: era limpiar sobre limpio.

En cambio, las muchachas aprovechaban aquellos momentos para charlar y reír en voz baja, y contarse qué soldados o qué trabajadores las habían mirado o les habían dicho tal o cual piropo. Sabina siempre prestaba atención a sus conversaciones. Sufría por Elvira. Pensaba que se estaba deslumbrando demasiado con uno de los soldados jóvenes, y que las consecuencias podían ser fatales.

—Ve con cuidado —le dijo, intentando advertirla—. Cualquiera de estos soldados te puede violar cuando menos te lo esperes, y dejarte preñada como me pasó a mí.

—Los tiempos han cambiado —le respondió la joven con desdén, sin hacerle demasiado caso. Parecía encantada de tener un galán uniformado.

Y era cierto, los tiempos habían cambiado. Sabina pensó que a pesar de que muchos soldados se pareciesen físicamente a aquellos que la habían violado a ella de joven, éstos ya no eran los

enemigos enfurecidos que atacaban a las mujeres, sino chiquillos que habían acabado en el ejército para no estar en la calle. Lo único que conseguía ella pensando todo aquello era atormentarse todavía más con sus recuerdos. Así que intentó dedicarse solamente a limpiar.

El domingo era la última jornada de trabajo en la Ciudadela y Sabina, con el grupo de mujeres, llegó de buena mañana. El cielo estaba cubierto, parecía que fuese de noche y el recinto militar se le hizo diferente. Aquel día había una gran agitación general, porque al atardecer en la Explanada se llevaría a cabo la ejecución de varios traidores al rey. Todo el mundo hablaba del espectáculo que se estaba preparando, desde los guardias de la entrada hasta las muchachas más jóvenes, y nadie se lo quería perder. Nadie, excepto ella, que no tenía ninguna intención de asistir a un espectáculo de aquella índole.

El capitán Díez de Montoya les salió al paso en medio de la plaza de Armas. Días atrás un gesto como aquél habría supuesto un gran susto para Sabina, pero para entonces ya le había perdido el miedo. Durante aquellas jornadas había visto a menudo al capitán, ya que entraba y salía de la iglesia cada dos por tres, acompañado de soldados jóvenes. Ella pensaba que, en la ausencia del páter castrense, el capitán probablemente hacía las veces de confesor para aquellos muchachos. Le había preguntado al respecto a Micaela, que pasaba su tiempo limpiando los armarios de las sacristías y rezando, pero la niña parecía no darse cuenta de nada de lo que sucedía a su alrededor.

Con su habitual tono autoritario, el capitán las convocó a todas después de comer en la oficina que había en el almacén de alimentos, detrás de la cantina. Allí les pagaría los sueldos acordados y les daría las instrucciones precisas para concluir su trabajo. Sabina asintió con la cabeza, y cuando el militar se retiró, ella y el resto de mujeres continuaron en dirección a la iglesia. Empezaba a llover, y las otras se despidieron rápido y apretaron el paso hacia los edificios donde desempeñaban sus tareas.

Sabina empujó a la pequeña Micaela dentro de la iglesia. Últimamente la niña refunfuñaba demasiado y se quejaba todo el rato. Decía que no quería pasarse el día en la iglesia, y pretendía ir con ellas a los pabellones, pero Sabina consideraba que la sacristía era el mejor lugar para mantenerla alejada de posibles peligros, especialmente de aquella enfermedad que asolaba el lugar. Le dio un beso antes de hacerla entrar del todo en la nave, y luego se adentró detrás de Bruna en el pabellón de la izquierda. Uno de los dos clérigos enfermos había muerto el día anterior y ellas tenían que acabar de limpiar y recogerlo todo antes de marcharse por la tarde.

A mediodía, como hacía a diario, Guillermina las fue a buscar para ir a la cantina. Sabina salió del mundo de recuerdos en que se sumía mientras trabajaba, se secó las lágrimas y salió del pabellón. Bruna y Micaela ya estaban fuera. Había llovido con fuerza por la mañana y todo estaba lleno de charcos, pero a esas horas ya sólo caían cuatro gotas y el cielo comenzaba a clarear. Cruzaron juntas la plaza de Armas, aunque tuvieron que desviarse hacia el edificio del Arsenal y dar un gran rodeo porque había un escuadrón de infantería haciendo maniobras. Cuando por fin accedieron a la cantina, las otras mujeres ya hacía rato que estaban comiendo.

Engulló rápidamente el cocido y se guardó el pan y el tocino en el bolsillo del delantal. Estaba

impaciente por que llegara la hora de cobrar sus sueldos y marcharse de aquella Ciudadela para no volver nunca. Se levantó de la mesa para salir de la cantina, y las demás la imitaron. Se dirigió directamente a la oficina del almacén de alimentos, donde ya las esperaba el capitán.

Para sorpresa de todas, aquel militar, haciendo uno de sus discursos autoritarios en castellano retorcido, les agradeció el trabajo y añadió que tanto el ingeniero don Juan Martín Cermeño como su excelentísima esposa, que acababan de llegar a la Ciudadela, estaban muy satisfechos con cómo se habían acondicionado sus pabellones. Él también se mostró satisfecho, pero antes de que se fueran quería que todas recogiesen bien las herramientas que habían utilizado, las limpiasen y las guardasen en su sitio. Tenían que irse de la Ciudadela a las cinco en punto, ni antes ni después, porque los días de ejecución se cerraba el acceso a la Explanada. Y dicho eso, hizo entrega a cada una de un saquito de terciopelo granate con veintiún sueldos en su interior.

Sabina casi cayó de rodillas cuando cogió el suyo. No recordaba haber tenido nunca tanto dinero en las manos, y mucho menos en un saquito como ése, donde parecían toda una fortuna. Estuvo a punto de besarle la mano al capitán, pero él la retiró rápidamente, apartándose como quien se aleja de un leproso. Ella no se lo reprochó. Después de aquellos días respirando los aires enrarecidos de las habitaciones de los curas enfermos, ella también se sentía débil y medio enferma, y no cesaba de toser. Hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y, cogiendo a la pequeña Micaela de la mano, caminó hacia la salida.

—Alto —dijo el capitán—. La niña se queda aquí. Quiero que limpie un armario.

—A sus órdenes —contestó Sabina, tal como había aprendido a hacer, mientras la pequeña Micaela le tiraba de la falda.

—Yaya, yo quiero ir contigo... —le dijo muy flojito la niña.

Hacía mala carita y estaba un poco caliente, pero no tosía. Sabina, que no quería estropear la situación, bajó la cabeza y le habló al oído.

—No hagas enfadar al capitán —la advirtió con tono severo. Y le dio un beso antes de salir.

Se dirigió rápidamente hacia la iglesia, seguida como siempre del grupo de mujeres. Todavía tenían mucho trabajo por hacer si querían acabar a las cinco en punto. Pero cruzar la plaza de Armas no les resultó nada fácil. Allí delante parecía haber una amenaza de guerra. Muchos soldados corrían arriba y abajo para formar escuadrones de infantería, del Arsenal salían carros con municiones y la caballería se preparaba para desfilar.

De pronto, como salido de la nada, apareció el marqués de la Mina de la mano de una dama. Sabina lo miró agradecida, ya que había sido quien le había ofrecido aquel trabajo, y a él le debía los sueldos que llevaba en el bolsillo. El hombre también la miró y sonrió amablemente, y al ver las dificultades que tenían las mujeres para cruzar la plaza, les abrió el paso y las acompañó hasta la puerta de la iglesia. Hablaba castellano pero parecía que lo hiciese en catalán, porque todo lo que decía era comprensible para Sabina.

—Nos volvemos a encontrar —le dijo con una sonrisa—. Me ha dicho el ingeniero Cermeño que las mujeres que has reclutado han hecho un buen servicio. Les ha gustado especialmente la comida de hoy, mis felicitaciones a la cocinera.

—Es mi hija Guillermina —contestó orgullosa Sabina, señalando a la mujer que iba de su brazo.

—Entonces la felicito a usted por tener una mina como hija —añadió él, y Sabina, desconcertada, pensó qué había querido decir el marqués.

—Muchas gracias, excelencia —intervino Guillermina—. Cocinar me gusta.

Sabina hubiera dado por concluida aquella conversación y hubiese salido corriendo hacia el trabajo, pero el marqués de la Mina las entretuvo.

—Hoy no es buen día para que las mujeres estén en la Ciudadela —dijo con voz dulce, mirando a la dama que le acompañaba.

—El capitán Díez de Montoya ha dicho que nos fuéramos a las cinco en punto, ni antes ni después —informó Guillermina, que de todas ellas era la que mejor hablaba el castellano.

—Pues yo, marqués de la Mina, os digo que recojáis vuestras cosas y salgáis de aquí enseguida. No, mejor dicho, os lo ordeno. Habrá una ejecución en la Explanada y se espera alboroto. Es mejor que no haya mujeres por medio. Al capitán se lo comunicaré yo mismo.

Y dejándolas en la puerta de la iglesia, el marqués se alejó del brazo de su acompañante. Las mujeres se miraron y las más jóvenes rompieron a reír. Todas estaban muy contentas de haber cobrado y poder acabar la tarea antes de tiempo. Tenían que volver a buscar sus cestos cada una a su lugar de trabajo, lo que les llevaría unos diez o quince minutos, y se dieron cita de nuevo en la iglesia. Guillermina quería ir primero a buscar a Micaela, pero Sabina se ofreció para recogerla ella. Temía que su nieta hubiese pillado la gripe.

—¿Está segura, madre? La distancia es larga y la veo muy cansada...

—Tú ve a buscar tu cesto. El mío lo puede coger Ponça, ¿verdad?

Ponça asintió con la cabeza y Sabina dio media vuelta para volver a cruzar la plaza de Armas. Quería salir de allí lo más rápido posible, pero la cosa no era fácil. Un batallón le salió al paso y tuvo que correr para arrinconarse contra los muros de un cuartel. No cesaban de salir soldados de todas partes, formaban filas y batallones y desaparecían hacia la Explanada. Incluso habían movilizado a los oficiales de cantina, que normalmente sólo se ocupaban de limpiar mesas y cazuelas.

Cuando finalmente llegó al almacén de alimentos abrió la puerta presurosa y entró, escondiéndose detrás. Afuera parecía la guerra y en cambio allí dentro no había nadie. O eso parecía. La niña debía de estar dentro, en la parte posterior, limpiando aquel armario. Se adentró por el almacén entre sacos de harina y cestos repletos de verduras, pensando que con lo que había allí podría comer toda la gente de la playa durante un año entero. Más allá había sacos abiertos que mostraban garbanzos, lentejas, habichuelas y arroz. Estuvo tentada de coger un puñado de cada saco, pero no lo hizo. Aspiró hondo intentando retener el aroma de la comida cruda, y cocinó en su cabeza diversas recetas para transformarla en platos apetitosos, pero cuando cruzó el dintel del segundo almacén casi vomita.

Allí delante, aquel cabrón gemía y yacía con el culo al aire sobre el cuerpo de su pequeña Micaela. Se quiso morir. Había vigilado a los soldados más jóvenes y sufrido por Elvira, pero se había equivocado respecto a la persona que necesitaba protección. Nunca se hubiera imaginado que una niña tan pequeña como su nieta podía ser el objeto de deseo de un hombre adulto. Era perverso.

El grito que emitió hizo que el capitán se girase con el pene erecto apuntando hacia ella. Pero Sabina no reuló. Cogió la cuerda de uno de los sacos abiertos y lanzándola como hacían los marineros del arenal, envolvió el cuello del hombre y lo estranguló con todas sus fuerzas. Tiró de

las dos puntas todo lo que pudo, hasta que le sangraron las manos, haciendo que le crujiesen los huesos del cuello y acercándose a él hasta percibir en su propio rostro cómo exhalaba el último aliento. Luego lo dejó tirado en el suelo, el rostro azulado. Nunca podría perdonarse no haber caído en la cuenta de que aquel desgraciado estaba abusando de la inocencia de su nieta. Nunca se lo podría perdonar, y pagaría por la muerte de aquel hombre y de los que hiciese falta con su propia vida.

Abrazó a la niña, que yacía desnuda, chafada y medio desmayada en el suelo, y la cubrió con su mantilla, acariciándola. La pequeña apretaba las manos con fuerza y se las llevaba a la boca, como para rezar, pero todo lo que salía de sus labios eran gemidos desconsolados. Sabina intentó consolarla rezando el Ave María con la voz rota, pero sentía que ni la Virgen ni nadie podría ayudarlas a salir con vida de aquella encrucijada.

Percibió un ruido en la puerta y se agachó, protegiendo a la niña. Unos pasos se acercaban. Se dijo que aquél era el final de las dos, y supuso que los soldados la azotarían allí mismo. Azotarían incluso a la niña, aunque acabase de ser violada. Pero el grito que oyó no fue el de un soldado, sino el de su sobrina nieta Elvira.

Sabina la miró como si viese a la mismísima Virgen, pero la muchacha le devolvió una mirada aterrorizada y se puso a llorar. Detrás de ella fueron entrando una por una el resto de mujeres, y todas reaccionaron igual. Ninguna dijo nada hasta que apareció Guillermina.

La mujer, horrorizada ante la visión, se llevó las manos a la cabeza. Pero en lugar de echarse a llorar, como habían hecho las otras, cogió a su hija de los brazos de su madre, le colmó las mejillas de besos y comenzó a vestirla con sus escasas ropas. Elvira y Bruna ayudaron a Sabina, que agradeció el vigor de unos brazos jóvenes para levantarse del suelo. Mientras miraba al hombre al que acababa de dar muerte se limpió las manos con el delantal, quitándose la sangre de las heridas que le había producido la cuerda. El muerto sólo había sangrado un poco por la nariz.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo—dijo Guillermina, cogiendo a su hija en brazos y dirigiéndose a la salida—. La plaza de Armas ya está vacía y ahora es el momento. Haced ver que aquí no ha pasado nada.

Sabina estaba convencida de que jamás conseguirían salir de allí como si nada hubiese sucedido, pero lo tenía que intentar. Se lo debía a su hija, pero sobre todo a su nieta. Les había fallado a las dos. Se había fallado a sí misma. Salió del almacén sin mirar atrás y dejando el cadáver del capitán tal como había caído al suelo. No encontraron a nadie por el camino. La plaza de Armas estaba vacía, tal como había dicho Guillermina, porque a esas horas todo el mundo estaba ya en la parte de la Ciudadela que daba a la Explanada. La cruzaron en silencio lo más rápido que pudieron, en dirección a la puerta de la iglesia, donde habían dejado los cestos para cogerlos antes de salir.

Metieron a Micaela en un cesto. Su cuerpo era tan pequeño que cabía perfectamente. Sabina la cubrió con su mantilla negra y, al hacerlo, descubrió que la niña tenía en la mano aquel anillo de piedras rojas que horas antes había lucido el capitán Díez de Montoya. Le cerró el puño con fuerza, para que nadie lo viese, y la cubrió por completo dejando apenas un pequeño resquicio para que pudiese respirar. No sólo habían matado a un hombre, sino que además estaban robando una joya muy valiosa. No obstante, y a pesar de ir con la cabeza descubierta, inició el camino de salida al frente del grupo de mujeres. Detrás, las otras hicieron piña alrededor de Bruna y Guillermina, que llevaban el cesto con la niña, un cesto que apenas se veía entre tantas faldas.

Sabina desanduvo el camino por el que habían entrado en la Ciudadela a lo largo de siete días, desde aquel primero en que las había acompañado el padre Manel. Pasó por delante de la casa roja, que ahora sabía que era la del gobernador. Estaba cerrada a cal y canto y, por primera vez desde que ellas habían entrado allí, no había vigilancia en las puertas. Continuó decidida por delante de la fachada, pero al llegar al ángulo que se abría hacia el baluarte del Rey, uno de los que daban a la Explanada, se quedó paralizada por lo que vio. Centenares de soldados, o quizá miles, formaban fila allí delante, en silencio. Para salir no quedaba otra opción que atravesar por en medio de todos hasta llegar al acceso del baluarte de Don Fernando.

Se volvió para mirar a las demás mujeres, pero la torre de Sant Joan se impuso ante sus ojos. Vio claro que aquél era su destino, y si no era ésa la torre en que la encerrarían, por el hecho de ser mujer, sería en otra muy semejante y también repleta de temidos calabozos. Acababa de matar a un hombre, y no uno cualquiera, sino un capitán del ejército del rey Borbón Fernando VI de España. Y sería condenada con un gran escarmiento.

Mientras tenía todos aquellos pensamientos sombríos, las demás mujeres echaron a andar manteniéndose agrupadas y dejándola a ella atrás. Sabina se giró y tuvo que sacarse de debajo del delantal las manos heridas y doloridas para frotarse los ojos, porque no daba crédito a lo que veía: el marqués de la Mina, sin la dama que lo había acompañado antes, les abría paso entre la masa de militares uniformados. Y, en lo alto, el cielo se aclaraba dejando salir el sol.

Tuvo que apresurarse para seguir las, y caminó detrás del grupo con la cabeza descubierta y bien alta, mirando a los soldados a los ojos por primera vez en su vida. Estaba aterrorizada, pero milagrosamente dejó de ver a aquellos jóvenes como fieros enemigos para descubrir en sus rostros la reencarnación de la propia Virgen María. De pronto entendió que muchos de aquellos muchachos también eran víctimas, y que habían sufrido el mismo mal que su nieta en manos de sus propios superiores. Y encontró sentido a las asiduas visitas del capitán a la iglesia, siempre acompañado de jóvenes soldados atemorizados.

Cuando llegaron al cuerpo de guardia ni siquiera tuvo que enseñar el documento que llevaba en el bolsillo. El marqués dio instrucciones a un par de oficiales para que les permitiesen el paso y las custodiasen hasta el portal del Mar, y se despidió de ellas con un gesto rápido y sin decir nada más.

Sabina lo vio marchar y miró al frente. Aquellos soldados abrieron la barrera que cerraba el paso al puente sobre el foso, y ellas lo cruzaron escoltadas. Al otro lado del puente los militares ocupaban casi por completo la Explanada, y al otro lado del Rec Comtal la ciudad entera observaba la escena.

Bajó la cabeza y caminó en silencio durante largo rato. Estaba segura de que no conseguiría salir de allí, que por el camino alguien la acusaría del crimen que acababa de cometer, y que la apalearían en escarnio público antes de colgarla en las horcas de la Explanada aquella misma noche. Parecía que todo estaba preparado para enviarla a una muerte segura, pero nada de eso sucedió.

Al llegar a la siguiente garita de vigilancia tampoco tuvo que enseñar el documento que les franqueaba el paso allí dentro. La escolta se ocupaba de todo. Nadie la señaló con el dedo ni la acusó de nada. De hecho, ningún soldado la miró. Los que se atrevían a levantar la cabeza gacha sólo tenían ojos para las mujeres jóvenes, especialmente Elvira, que era una moza muy guapa, y ella pudo huir de aquella angustia que la atormentaba como un mal presagio.

Detrás de los soldados que las escoltaban por en medio de los más de tres mil uniformados que había en la Ciudadela, ella y las otras mujeres cruzaron la Explanada en dirección a la Aduana. Pasaron cerca de las horcas de la muerte, que, a pesar del gentío allí concentrado, estaban rodeadas de un amplio espacio despejado donde se proyectaba su sombra lúgubre. Era primera hora de la tarde, y aunque el sol todavía brillaba con fuerza en el cielo, los verdugos ya preparaban las cuerdas en el catafalco para ajusticiar a los condenados. Y el público esperaba impaciente.

Los puestos de barberos que normalmente había en aquel lado de la Explanada, donde se afeitaban a diario toda clase de hombres malcarados, habían desaparecido para dejar paso a los efectivos militares. Las tropas se extendían más allá, por el paseo que iba hasta la plaza de Palacio y casi hasta tocar el portal del Mar. Las mujeres se dieron prisa. Tenían miedo de que, como sucedía a menudo, con tanto bullicio lo cerrasen y ellas no pudiesen acceder al arenal. Pero tampoco aquello pasó.

Los soldados las dejaron al otro lado del portal, fuera de la ciudad amurallada y lejos del ámbito militar, y se dieron media vuelta para volver por donde habían venido.

La playa que quedaba a la derecha, bajo la muralla del mar, estaba prácticamente vacía, con los laúdes de los pescadores de arrastre afianzados en la arena, ya que los días festivos sólo trabajaban algunos, y éstos no volvían por la tarde, como a diario, sino a mediodía. El sitio donde se expendía hielo, que siempre estaba abierto y repleto de gente, aquel día también estaba cerrado, con los mostradores llenos de charcos brillantes. Sólo se escuchaban los rebuznos de los asnos y los bramidos de los bueyes que se utilizaban para sacar las barcazas y góndolas del agua, que estaban en las barracas y los almacenes, descansando del trabajo igual que las personas, mientras sus propietarios, que no solían alejarse de las bestias para no sufrir robos, dormían con la boca abierta en la puerta.

Las mujeres se miraron, sin apenas poder creer que hubiesen llegado hasta allí. Ante ellas se abría el empedrado que conducía al muelle y las llevaba por terreno conocido hasta su playa. Todas empezaron a caminar en silencio en esa dirección, y Sabina las siguió con la sensación de haber superado la peor parte de aquella prueba, pero con la certeza de que no tardarían demasiado en detenerla.

Al pasar por el pozo de Sant Elm, patrón de los marineros, no pudo evitar arrodillarse y santiguarse. No había ninguna imagen dedicada al santo, pero para ella aquel lugar, donde cada año se llevaba a cabo la bendición de las embarcaciones de la ciudad, era igualmente un lugar sagrado. Se sentía una gran pecadora, una traidora de Dios que no podría confesar jamás su pecado delante de ningún clérigo, porque su pecado era un delito, uno de los peores actos que puede cometer una persona. Había incumplido uno de los diez mandamientos, el primero, el más importante: no matarás. Pero ella lo había hecho, había matado a un capitán con sus propias manos, había tensado la cuerda estrangulándolo hasta convertirse en una asesina.

Una asesina. Esas dos palabras se precipitaron desde su cabeza, cayendo por las fosas nasales hasta la garganta y bajando luego como un alud hasta el estómago, donde estallaron contra un saco de nervios iniciando una revolución interior. Casi vomita allí mismo, pero se contuvo. Pensó en lanzarse dentro del pozo para morir, pero sabía que la boca era demasiado estrecha para su cuerpo. Se merecía un castigo por lo que había hecho, era consciente de ello. Su pecado nunca pasaría desapercibido ante Dios, era demasiado grande. Y lo pagaría bien caro, estaba segura. Ni siquiera ella misma se lo podría perdonar nunca, porque era una asesina.

Oyó la voz de su hija Guillermina, que la apremiaba a continuar caminando. Notó que los

brazos de Elvira le rodeaban los hombros y la ayudaban a levantarse del suelo, y miró al cielo pidiendo perdón a Dios una vez más. Justo en ese momento una salva lanzada desde la ciudad rompió la quietud del aire, indicando que la comitiva que llevaba a los condenados a muerte a las horcas de la Explanada ya salía de la prisión de la plaza del Ángel. Ella no tardaría demasiado en formar parte de una de aquellas comitivas, y caminaría por las calles de la ciudad detrás del alguacil y delante del verdugo, que le iría dando latigazos mientras la gente le lanzaría piedras, porque era una asesina.

La imagen de su nieta desnuda en el suelo la asaltó de nuevo. Y una vez más se dijo que lo volvería a hacer si se repitiera la misma situación, que volvería a asesinar, y que lo que no se podría perdonar jamás era no haber evitado que un malnacido violase a su pequeña Micaela. Vivir con ese pesar sería el peor castigo al que se tendría que enfrentar a partir de entonces.

Miró al frente. Habían superado la prueba más dura, pero, un poco más allá del pozo, el camino del puerto no era un remanso de paz. En más de cien barcos fondeados ondeaban pabellones de numerosos países que ella ni siquiera conocía. Sin embargo, pese a que a esas horas de una tarde dominical la zona del muelle debería estar atestada de gente de los barcos, de la ciudad y de cualquier parte paseando arriba y abajo, todo el mundo estaba en la Explanada de la Ciudadela disfrutando del espectáculo de la muerte. Allí sólo había algunos grupitos de marineros borrachos que reñían entre ellos, unas cuantas mujeres de mala vida que buscaban sacar provecho del alboroto y un nutrido grupo de ladronzuelos más o menos peligrosos, habituales del lugar, de aquellos que nunca iban allí donde hubiese militares. Hombres malcarados que miraron al grupo de mujeres con ojos de víbora, muchos de ellos levantándose la camisa con orgullo para mostrar las cicatrices que demostraban que habían sido prendidos por la justicia.

De pronto, Sabina recordó que ella, así como las demás mujeres, llevaba encima una gran cantidad de dinero. Y no sólo eso. Su nieta, acurrucada en el cesto, escondía en la mano una valiosa joya que además de valer mucho dinero era la prueba palpable del crimen que ella acababa de cometer.

Las mujeres más jóvenes la empujaron hacia el centro del grupo e hicieron piña a su alrededor. Sabina casi lloraba. Normalmente aquello se hacía al revés: escondían a las jóvenes en medio de las maduras para que los hombres no las viesan y, así, ahorrarles el mal trago de recibir tocamientos soeces. Pero aquel día ella, la abuela, la mayor del grupo, era la más débil, y las otras lo sabían. Y ciertamente se sentía muy débil, muy cansada y muy confusa.

Un par de ladronzuelos pillaron a su alrededor, pero después de tocarle el culo a alguna que otra joven y de recibir a cambio fuertes manotazos y un firme rechazo, se marcharon. No imaginaban que aquellas mujeres pobres de la playa llevasen dinero encima, y no se molestaron en intentar agredirlas e interceptarles el paso.

Ellas, por precaución, cambiaron su recorrido habitual, y en lugar de avanzar por delante de las barracas de los marineros, muelle abajo, donde había todavía más hombres malcarados, se desviaron en dirección al matadero, siguiendo el camino llano que se extendía a los pies de la Ciudadela y que utilizaban los militares para hacer sus rondas y llegar hasta el fuerte de Don Carlos.

En aquella parte no se veía ni un alma. Un escalofrío recorrió a Sabina, pero continuó

avanzando, haciendo piña con el resto de mujeres a su alrededor y sin levantar los ojos del suelo.

Cuando perdieron de vista a los ladronzuelos, al llegar al Rec Comtal se pararon a descansar un momento y Sabina lo agradeció. Buscó el cesto donde iba Micaela, y vio a Guillermina levantar la mantilla que la cubría y mirarla detenidamente. La niña respiraba mal, pero por lo menos respiraba, aunque apenas se movía. Parecía dormir. Guillermina le tocó los brazos, las mejillas y la frente, y dejó escapar una lágrima de pena.

—Está hirviendo, madre —dijo.

—Vamos a casa, hija —le dijo Sabina con voz rota—. Saldremos de ésta, ya verás.

—¿Cómo quiere que salgamos de ésta? —replicó Guillermina, y entonces perdió su fuerza habitual y se deshizo en lágrimas.

Sabina no contestó, incapaz de hacerlo. Se sentía culpable ante su hija, responsable de lo que le había pasado a su nieta. Había sido ella misma quien había querido que la niña fuese con ellas a la Ciudadela a diario. Pensaba que era más seguro que dejarla con los chiquillos de Bruna en el arenal, como pretendía Guillermina y como pedía la propia Micaela. No quería que, en ausencia de las mujeres adultas, viniese una prostituta a engatusar a la niña, algo que sucedía a menudo. Igual que los regidores de la ciudad iban de vez en cuando al arenal en busca de quintos para reclutar como militares o marineros, las prostitutas hacían su ronda por los barrios más pobres en busca de chiquillas bonitas y débiles para atraerlas con sus artes nefastas. Les prometían comidas succulentas, casa dentro de la ciudad, ropas y lujos de los que nunca habían oído hablar, y muchas niñas de la playa y de otros barrios pobres se dejaban engañar. Pero después nada de lo prometido se cumplía. Todas acababan viviendo tristemente. En la ciudad, sí, pero allí donde se acababan las casas de los vecinos y comenzaban los huertos, delante del convento de San José, en la Rambla, y cerca de la torre del verdugo, en casas de mala muerte. E igual que el verdugo, que era un ser indeseable e intocable que se distinguía del resto de los habitantes de la ciudad con una capa amarilla, las prostitutas tenían que vestir de colores chillones para diferenciarse de las mujeres honradas, e incluso se les prohibía tocar la comida en el mercado. Y lo peor era que la mayoría de ellas se contagiaban rápidamente de enfermedades dolorosas e incurables, enfermedades que incluso hacían perder la razón.

Ella había querido evitarle a su nieta aquel destino, y a cambio el infortunio se había ocultado bajo un uniforme supuestamente respetable. Y ahora quién sabía si la pequeña Micaela, además de haber sido violada, también iba a sufrir una de aquellas enfermedades que contagiaban los hombres...

Tosió con una sacudida y sin querer dio un empujón al cesto de su nieta, haciendo que de la mano de la niña cayera la joya que hasta ese momento sólo había visto Sabina. Rodó por el empedrado camino abajo, con un sonido perfectamente identificable.

—¿Qué es eso? —exclamó Ponça, y recogió la joya del suelo con una mano, llevándose la otra a la boca en gesto de terror.

—¡Es el anillo del capitán! —contestó Hilaria, con el tono inocente e incluso alegre de una muchacha que no entendía el peligro que comportaba tener aquella joya entre las manos.

—¡Dios Todopoderoso, sólo nos faltaba esto! —añadió Guillermina, arrebatándole el anillo a Ponça y escudriñando inquieta los alrededores. Cualquier ladronzuelo habría matado por una joya así, pero al parecer ninguno se había percatado.

—Con este anillo podríamos comer un año entero, incluso comprar todo lo necesario para el

ajuar de todas nosotras... —susurró Remei, tan inocente como su hermana.

—Pero ¡qué decís, locas! —Empar, su madre, las hizo callar con severidad.

—Este anillo sólo puede traernos problemas —dijo Guillermina, rígida y con los ojos clavados en la joya—. No podemos comprar nada con él, sólo intentar quitárnoslo de encima para que no nos lleven a todas a prisión o directamente a la horca.

—En todo caso —terció Sabina—, aquí la única culpable que debería ir a la horca soy yo. Ninguna de vosotras ha hecho nada...

—Cualquiera de nosotras habría hecho lo mismo que tú —la justificó Foix, con su voz de mujer mayor afectada por un viejo sufrimiento—. A mí también me violaron los soldados cuando era joven, y nunca lo he podido olvidar. Lo que tú has hecho merece todos mis respetos.

—Opino como Foix —dijo María, que era mucho más joven—. A mí no me violaron los militares, pero han querido abusar de mí muchos hombres. Y tengo hijas pequeñas a las que también defendería matando si hiciese falta. Puedo ponerme en tu lugar.

—Puedes contar con todas nosotras, Sabina —dijo Ponça.

—El problema es saber qué hacer ahora... —Guillermina continuaba mirando el anillo.

—Tendríamos que llevarle la niña a Ginebra —observó Sabina, tocándole la frente a la pequeña—. Ella la podrá curar si es que tiene algún mal grave...

Entonces Guillermina soltó un grito de espanto. Ginebra era una buena persona, una gran mujer que había ayudado a muchas mujeres de la playa a parir y a curarles los problemas derivados del parto. Pero, por encima de todo, se la conocía en Barcelona por disponer de remedios secretos para prevenir embarazos y por ayudar a deshacerse de los no deseados a muchas prostitutas e incluso damas nobles.

—¡Que Dios nos bendiga a todas! —lloriqueó Güelfa.

—Sí, vayamos, os acompañaremos —dijo Bruna, y las otras asintieron con la cabeza.

—No —rehusó Guillermina, recuperando su entereza—. No podemos ir todas. Alguien podría vernos y despertaríamos sospechas. Y lo que ha pasado hoy tiene que quedar en absoluto secreto. A la boca que no habla, Dios no la escucha. Ninguna de vosotras contará nunca a nadie nada de lo sucedido. Lo tenéis que jurar.

—Puedes contar con nuestro silencio —respondió Empar, rodeada de sus tres hijas—. Lo juramos.

Y una por una las demás fueron repitiendo el juramento, asintiendo con la cabeza, llevándose la mano al corazón y haciendo una piña alrededor de Guillermina, Sabina y el cesto con la pequeña Micaela. No obstante, la paz que se derivó de aquel gesto fraternal enseguida se vio truncada. Un carro tirado por caballos se acercó a gran velocidad y se detuvo junto a ellas. Lo ocupaban al menos seis soldados.

—¿Qué hacéis aquí paradas? —preguntó a gritos el que llevaba las riendas.

Las mujeres, espantadas, deshicieron la piña, apartándose y dejando a la vista el cesto donde yacía Micaela, a Sabina de rodillas llorando a su derecha y a Guillermina de pie a la izquierda, apretando con fuerza las manos para esconder el anillo delator.

—¿Estáis sordas? —espetó otro de los militares, bajando del carro y aproximándose con gesto amenazador a Elvira, que estaba junto a Sabina.

—¡Contestad! —exigió el primero.

Entonces Sabina comenzó a toser sin poder contenerse, cada vez con mayor virulencia, con una

tos que parecía provocarle convulsiones e incluso náuseas.

—Mi madre tiene la gripe, y mi hija también —contestó Guillermina en castellano, intentando mantener la calma.

El soldado reculó hasta el carro, se encaramó y azotó los caballos para alejarse de allí.

—¡Pues llevadlas a casa ahora mismo! —gritó cuando ya arrancaban. Y guiñándole el ojo a Elvira añadió—: Y mantenedlas alejadas de las mujeres guapas, ¡no sea que se contagien!

Las mujeres apenas respiraron ni se movieron hasta que el carro desapareció por detrás del matadero y su estrépito se dejó de oír. Sabina no podía creer que no la hubiesen detenido. Aquello había sido casi un milagro. Pero allí estaba ella, todavía en libertad, con su hija al lado custodiando el anillo del crimen y con su nieta maltrecha en el cesto. Ella también estaba maltrecha, pero no era de las que se dejaban vencer por los dolores, así que recuperó el talante de la capataza que lideraba aquel grupo desde hacía una semana. No podían perder más tiempo, tenían que llevarle la niña a Ginebra para que la atendiese.

—¡En marcha! —ordenó—. Volved cada una a vuestra casa rápidamente, y no contéis a nadie nada de todo esto. Guillermina y yo llevaremos a Micaela a casa de Ginebra.

—Yo también voy —anunció Elvira—. Usted no tiene fuerzas suficientes para llevar el cesto.

Sabina miró agradecida a la moza. Siempre la había considerado una tarambana, pero ahora era muy consciente de cuánto se había equivocado. No sólo era una joven muy guapa por fuera, sino también y sobre todo por dentro. Y se ocupaba mucho de ella, vieja y cansada, y de la pequeña Micaela, que cada minuto que pasaba parecía más débil. Tenían que darse prisa. Sabina cogió el brazo que le ofreció Elvira e inició el paso por el camino llano, bajo las murallas de la ciudadela militar, hacia la casa de Ginebra, mientras el resto de mujeres marchaba Rec Comtal abajo, en dirección a las barracas en la parte de la playa de la Mar Vella, donde vivían todas.

Así como la zona de la Mar Vella era la más humilde del arenal, con barracas pequeñas hechas con madera y barro, amontonadas unas junto a las otras y habitadas por familias numerosas, la parte donde vivía Ginebra, situada justo encima y muy cerca del fuerte de Don Carlos, era muy diferente. Allí sólo había tres barracas grandes, las tres de obra y con muros rebozados y blanqueados. La primera, junto al camino, era de una familia de cordeleros, y en ella vivían los padres, sus dos hijos con sus respectivas mujeres, un montón de criaturas y un par de ayudantes del oficio. La segunda barraca pertenecía a uno de los patronos de una de las embarcaciones de la cofradía de pescadores, un hombre que bien podía vivir en la ciudad, pero que prefería la proximidad del mar. En ella también vivían su mujer, los hijos casados y un montón de nietos. La tercera y última barraca, la más alejada, era la de Ginebra. Era casi tan grande como la de los cordeleros, con pozo propio y cobertizo exterior, y sorprendía sobre todo porque en ella sólo vivían dos mujeres. Aquel domingo, sin embargo, parecía no haber nadie.

Más allá se abría un descampado repleto de suciedad, cerrado al fondo por la caponera, la galería de muralla que comunicaba el baluarte de Don Carlos de la fortaleza militar con el fuerte avanzado que había casi a orillas del mar. En medio había una puerta por la cual Sabina vio que salía un nuevo carro lleno de soldados. Pensó que probablemente serían los enviados a detenerla. Pero el carro enfiló el camino a gran velocidad, alejándose de las barracas en dirección al portal del Mar, y se perdió tras el matadero, demostrando que su misión no era detener a nadie de la playa.

GINEBRA

Aquel atardecer el mar estaba más caliente que los domingos anteriores. Se notaba que había llegado la primavera, no sólo en eso, sino especialmente en el hecho de que el sol había tardado mucho más en esconderse. El resplandor que todavía permanecía sobre las aguas a aquellas horas invitó a Ginebra a flotar fantaseando un rato más antes de dar por finalizado su baño.

Bañarse en el mar cada domingo al atardecer en solitario se había convertido para ella en un ritual sagrado, en un momento íntimo y necesario para reencontrarse consigo misma. Recordó la primera vez que lo había hecho, en el lejano mar del Norte, en unas aguas mucho más frías que las del Mediterráneo. Entonces era una niña de ocho o nueve años, y los baños formaban parte de los juegos estivales que compartía con Sarah, su doncella personal. Pero su madre, como la mayoría de personas adultas de su entorno, consideraba que bañarse en el mar no era adecuado para las damiselas, y en cuanto supo que lo hacían, se lo prohibió. Desde entonces, siempre se había bañado en secreto, buscando rincones tranquilos donde hacerlo a escondidas aunque fuese solo unos minutos.

Salió del agua bailando con las olas. Una ráfaga de viento le provocó un escalofrío, y los pezones se le erizaron y endurecieron. Sus pertenencias seguían sobre las rocas donde las había dejado poco antes. Se calzó los zuecos mirando alrededor y se cubrió el cuerpo desnudo con la capa rugosa de cáñamo. Como era de esperar, allí no había nadie, sólo gaviotas. Ya hacía muchos años que había descubierto aquel rincón escondido, más allá de la playa de la Mar Vella, pasado el fuerte de Don Carlos y rodeado por un descampado. Allí, el mar se giraba de golpe formando un pequeño entrante, que volvía a salir más adelante dejando un desnivel a su paso con una pequeña cala escondida que sólo podía ser vista desde lo alto del fuerte. Pero los soldados no solían mirar hacia aquel punto, y los que la habían visto habían preferido contemplar en silencio a la bañista desnuda en lugar de dar la voz de alerta y perderse el espectáculo. Nadie nunca le había dicho nada, y ya hacía más de siete años que se bañaba allí cada domingo.

Ya era de noche. En la otra parte del arenal, en la punta más alejada del puerto, el haz del faro era sólo un punto intermitente en el horizonte. Las luces del fuerte iluminaban tenuemente su camino. Pasó bajo la torre y continuó por el terraplén que seguía el exterior de las murallas. El camino era un barrizal y apestaba, porque a nadie de aquella zona de las afueras de la ciudad se le ocurría otra cosa que hacer a los pies de la Ciudadela más que mear, cagar o deshacerse de su basura. Pero a ella no le importaba. Era el precio que debía pagar para llegar a su pequeño

paraíso secreto.

Al acercarse a la barraca donde vivía notó enseguida que había visita. Carmeta, la mujer con quien convivía en el arenal, había dejado ropa tendida en la puerta: señal de que tenía que vestirse antes de entrar. Lo hizo en el cobertizo, junto a las gallinas, la cabra y la mula. Camisola blanca y falda de cáñamo.

Con la capa en la mano abrió la puerta que daba paso a la habitación principal, donde estaba la cocina, la mesa para comer y la chimenea del hogar. Alrededor del fuego, tres vecinas de la playa con una niña en un cesto la miraron con ojos desconsolados. Enseguida intuyó que había sucedido algo muy grave.

—La niña tiene fiebre —dijo al ver sudar a la pequeña Micaela—. Pero no es por eso que estáis aquí, ¿verdad? ¿Qué ha pasado?

—¡Que Dios te bendiga! —sollozó Sabina, postrándose de rodillas a sus pies—. Tienes que ayudarnos, Ginebra, ¡te lo suplico por la Virgen María!

Ginebra percibió el dolor de aquella mujer, que le ahogaba el cuello y le rompía la voz, y se arrodilló a su lado. Sabina lloró más y ella intentó tranquilizarla acariciándole la espalda y abrazándola como quien abraza a un niño. A su lado, la joven Elvira también lloraba y Guillermina miraba en silencio a su hija enferma.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó espantada a Carmeta, que estaba preparando una infusión en el fuego.

—La han violado —explicó la mujer, señalando a la pequeña Micaela.

Ginebra montó en cólera y se acercó prestamente al cesto.

—¡Malnacidos hombres! —profirió, mirando a la niña que temblaba dormida; como mucho tenía unos ocho años—. ¿Cómo pueden hacerle eso a una criatura?

Le tocó la frente y las mejillas sudadas, que, tal como era de esperar, ardían. Le pidió ayuda a Guillermina y, cogiendo el cesto entre las dos, lo llevaron a la sala contigua, donde estaba la cama de madera en la que hacía las exploraciones a sus pacientes. Carmeta la siguió con unos candiles. Cogió a la niña en brazos y la acomodó en el colchón. Era tan pequeña que apenas notó su peso. Le estiró las piernecitas y los brazos, le puso un cojín bajo la cabeza y le tocó de nuevo la frente. Sí, ardía.

—Tráeme trapos húmedos, Carmeta —pidió—. Y pon agua a hervir.

La pobre niña estaba muy débil, temblaba y transpiraba un sudor más frío. La cubrió con una manta de lana, pero dejó las piernas al descubierto para poderla explorar. Al levantarle la falda enseguida vio el hilo de sangre seca del himen roto, que se había escurrido muslos abajo. Era evidente que la habían violado. Tenía morados en las nalgas y el pubis, y sin duda lesiones internas.

—¿Crees que está embarazada? —preguntó Sabina.

—No —respondió contundente—. Si ni siquiera debe de tener la menstruación... Pero no hay ninguna duda de que ha sufrido una violación muy dolorosa. ¡Tenéis que denunciarlo ante los regidores de la ciudad!

Sabina estalló de nuevo en llanto y fue Guillermina quien tomó la palabra.

—No podemos hacer ninguna denuncia porque ha sido un militar —explicó—. Todo ha pasado en la Ciudadela.

—¿Y qué hacía allí la niña?

Guillemina no contestó. Acarició a su hija, que seguía inconsciente sobre el colchón, y cogiendo a Ginebra del brazo la llevó de nuevo a la cocina.

—No quiero que mi hija escuche lo que tengo que explicarte —musitó—. Ya tiene suficiente con lo que ha sufrido.

Ginebra asintió con la cabeza, la hizo sentarse en una silla y se quedó de pie a su lado.

—Mi madre ha dado muerte a aquel hombre, un capitán, y los soldados no tardarán en venir a buscarnos —expuso Guillermina.

—¿Cómo? —Ginebra se quedó desconcertada.

—Como hay Dios. Échanos si crees que te estamos poniendo en peligro —prosiguió Guillermina—. Hemos acudido a ti porque no sabíamos adónde ir, y sufrimos por el estado de mi pobre hija...

—Ahora no quiero escuchar nada más de esta historia —repuso Ginebra, haciéndola callar—. Prefiero no saber nada acerca de lo que ha pasado.

—Es muy grave, los soldados...

—Olvídate de los soldados. Lo que es muy grave es el estado de tu hija. Lo primero es bajarle esas fiebres, que pueden llevarla a una muerte rápida. —Ginebra cogió su capa y el maletín que había en el suelo de la entrada—. Lavadla con agua hervida y con jabón, y curadle los morados. Carmeta, pon a cocer limón con sal y dáselo con infusión de manzanilla a cucharadas pequeñas...

—Ya sé lo que hay que hacer —la interrumpió Carmeta—. ¿Adónde vas?

—Al dispensario de sanidad del faro. Creo que estas fiebres se pueden curar con corteza de quina, y voy a ver si allí tienen. Vosotras quedaos aquí.

—Es de noche y es mejor que no vayas sola. —Carmeta parecía preocupada—. Que te acompañe alguien; Elvira, que es joven y fuerte.

—Sí, sí, yo la acompaño —asintió Elvira.

—No —Ginebra fue rotunda, y mirando a Carmeta añadió—: Esta muchacha es demasiado atractiva y me acarrearía problemas por el camino. Prefiero ir sola.

—Yo iré contigo —se ofreció Guillermina—. Es mi hija, y te agradezco muchísimo que quieras salir de noche a buscar medicinas para curarla. Y que acojas a mi familia en tu casa a pesar de lo que ha pasado.

Ginebra no dijo nada. Esbozó una sonrisa y fue a la tercera habitación, donde estaba la cama de madera en que dormían ella y Carmeta, y el armario grande donde guardaba el dinero. Del cajón sacó una bolsita de tela con monedas y la sopesó. Había pocas pero serían suficientes.

Mientras Guillermina se despedía entristecida de su hija y su madre, y encomendaba a Dios la suerte de todas, Ginebra salió fuera y fue a buscar la mula. Sujetó el maletín a las alforjas y al salir del cobertizo miró a su acompañante, que era una mujer robusta.

—No sé si podrá con las dos —le dijo.

—No importa —respondió Guillermina—. Yo iré a pie a tu lado.

—Te cansarás, el dispensario está lejos...

—Estoy acostumbrada a las caminatas largas —zanjó la mujer.

Ginebra montó en el lomo de la mula a horcajadas, como hacían los hombres, e inició el trayecto con Guillermina andando a su lado como un escudero. El camino hasta el matadero estaba oscuro y no veían más allá de sus narices, pero ella lo conocía bien y sabía dirigir el animal por los terrenos menos pedregosos.

—Explícame ahora qué ha pasado —pidió cuando los ojos se adaptaron a la oscuridad.

Guillermina intentó resumírselo, sin detenerse apenas en detalles. Que a lo largo de toda una semana habían ido a trabajar a la Ciudadela y habían llevado a la niña con ellas para no dejarla sola en la playa. Que a cada una de las mujeres le había tocado desempeñar una tarea diferente, y que a ella la habían enviado a la cocina. Pero que en la cocina estaba prohibida la entrada de niños, por lo que Micaela había tenido que quedarse limpiando la iglesia, junto a las estancias de los clérigos militares, aquejados de una gripe mortal. Le habló también del capitán Díez de Montoya, el oficial que les daba las instrucciones. De cómo el último día, después de pagarles por el trabajo hecho, su madre lo había encontrado yaciendo sobre la niña y le había dado muerte. Y de cómo habían salido de allí dejándolo tendido en el suelo con el pene todavía erecto.

Ginebra se quedó conmocionada. Aquellas mujeres habían matado a un hombre en defensa propia, a un violador. Pero no un violador cualquiera sino uno uniformado, de los que hacían valer su superioridad. Y estaban vivas para contarlo. Detuvo la mula, se bajó y abrazó a Guillermina.

—Es un milagro que hayáis salido de allí —afirmó—. Monta tú la mula, yo puedo caminar. Monta, por favor.

Guillermina, avergonzada, no quería aceptar, pero finalmente lo agradeció y lo hizo. Se encaramó sobre el lomo y se sentó de lado, como hacían las damas, y Ginebra reanudó el camino andando delante y tirando del ronzal como si fuese un paje.

Al atravesar el Rec Comtal había cada vez más ojos cerca del camino que las miraban desde la oscuridad. Hombres solitarios que quizá merodeaban en busca de algún sitio para orinar. Era más conveniente ir en silencio. Pasado el matadero, el resplandor que llegaba de las antorchas de las barracas del puerto iluminó tenuemente el terreno ante ellas. La taberna de los marineros no quedaba demasiado lejos, y por el jaleo que se oía, Ginebra dedujo que estaba llena de gente.

Si hubiese sido de día no hubiera dudado en dirigirse en diagonal hasta el faro, siguiendo el camino más corto, atravesando el barrio entre las barracas de los marineros primero y de los pescadores más adelante. Pero a aquellas horas creyó más conveniente continuar recto por el empedrado hasta el inicio del muelle, y desde allí recorrerlo entero hasta el extremo inferior, donde estaba el faro, y donde también se encontraban la capilla y la caseta de sanidad del puerto.

Soplaba un viento suave que había despejado el cielo y brillaba una luna tímida. En el muelle, entre barcas, había hombres que pescaban con caña. A medida que avanzaban, el faro iluminaba con mayor claridad el camino. Un par de años atrás se había cambiado la antigua linterna de la escollera por una mucho más potente, con capacidad de iluminar el muelle en toda su largura.

Ginebra miró con curiosidad el panorama más allá del faro, en el extremo del muelle. Ella siempre había visto aquella parte del puerto en obras, unas obras inacabables, porque las corrientes de las aguas arrastraban arena continuamente, haciendo que cualquier dique desapareciese en pocos días y ampliando cada vez más el arenal. Aquello dificultaba enormemente la entrada de barcos grandes e incluso medianos en el puerto, perjudicando el comercio en la ciudad. Durante muchos años ningún ingeniero había encontrado la fórmula para solucionarlo, pero ahora, por fin, las obras habían acabado. Ahora, incluso de noche, el puerto se veía mucho más grande y en muy buenas condiciones, y en él fondeaban más de cien barcos. El encargado de proyectar aquel diseño había sido el ingeniero Próspero Verboom, antiguo capitán

general de Cataluña, a quien Ginebra había conocido bien en el pasado. Una prolongación del muelle con dos brazos, uno hacia poniente y el otro hacia levante, que quedaban casi perpendiculares, con el faro en medio.

Recordó el día en que ella había llegado por mar a Barcelona, hacía casi una década, el verano de 1741, cuando acababa de cumplir dieciocho años. Fue un día muy largo y agotador, después de un viaje también muy largo y agotador que había comenzado en Amberes, su ciudad natal. El galeón militar en que viajaba con su padre había embarrancado poco antes de la entrada al puerto barcelonés, y pasaron muchas horas antes de que llegara una barcaza que los llevase por fin a tierra firme.

Desde el mar había contemplado el panorama que tenía enfrente. El faro, en primer término, coronaba un trozo de tierra con forma de media luna que se extendía como un gran brazo en medio del mar, con el muelle en la parte cóncava y un gran arenal en la otra parte, donde había barcas de pescadores. Y al fondo, edificios y campanarios de iglesias esbeltas sobresalían de una pequeña ciudad amurallada.

Las arenas habían invadido de tal forma el dique que no se podía acceder al muelle ni en barcaza, así que tuvieron que dejarlos junto al faro. El padre de Ginebra era médico, e iba a Barcelona para atender a la mujer del ingeniero Verboom, que había caído enferma. Lo primero que hizo al poner un pie en tierra fue preguntar a los soldados de la batería militar del puerto dónde estaban los servicios de sanidad. Siguiéndolo, Ginebra había visitado por primera vez aquel pequeño dispensario de salud, el mismo al que se dirigía esta noche.

Una patrulla que hacía la ronda de vigilancia les salió al paso entre las sombras. Guillermina dio un respingo y casi se cae de la mula. Los soldados interrogaron desde lejos a la pobre y espantada mujer, pero Ginebra se retiró la capucha de la capa y dejó al descubierto su rostro y su melena rubia brillante. En aquel puerto siempre repleto de hombres de mar de todo el mundo, que llegaban y partían en los barcos, las caras arraigadas a tierra firme eran las menos, y entre ellas todas se reconocían.

Ya hacía casi siete años que Ginebra vivía en aquel arenal extramuros, donde ejercía de comadrona con un permiso de las autoridades que le había conseguido Próspero Verboom, y había ayudado a nacer a muchas criaturas, en la playa, en el puerto e incluso en algún barco. Los soldados, al verla, bajaron la cabeza con una ligera reverencia y prosiguieron su ronda, considerando normal que fuese al dispensario de salud a esas horas de la noche.

Lo vio al final de aquel largo muelle, ya no demasiado lejos. Una caseta pequeña iluminada con una antorcha en la puerta, junto al faro. Ginebra sabía que los practicantes y regidores que hacían el turno de guardia en aquel dispensario solían comprar y revender remedios y medicamentos de todo tipo, por lo que era bastante probable que tuviesen corteza de quina. Pero los medicamentos eran escasos y se pagaban a precios exorbitantes. Ella había cogido el dinero que creía suficiente, pero cuando vio de lejos que había una cola de personas esperando para ser atendidas, entendió que tendría que pagar muy caro lo que quería.

Continuó tirando de la mula donde iba sentada Guillermina por la punta de aquel brazo de mar, el muelle en un lado y la playa y el mar sereno en el otro. A medida que se acercaba al dispensario, Ginebra miró a la gente que había en los alrededores. Diseminados por la playa

había heridos de todo tipo, con heridas sangrantes, algunas muy feas, en piernas, brazos, torsos, cuellos, orejas, ojos... Aquí y allí había hogueras prendidas por barberos y sanadores que se ofrecían como médicos improvisados, y charlatanes que vendían remedios de espíritu. Y también algunas mujeres que, sin ninguna educación ni preparación, se dedicaban a curar las heridas con aguardiente y trapos sucios a cambio de dinero o especias.

Varios hombres se retorcían a causa de fuertes dolores, provocados probablemente por el escorbuto, la denominada peste de los marineros. La gente se mantenía alejada de ellos, porque se consideraba una enfermedad contagiosa. Los enfermos más graves, muchos de ellos moribundos, solían encontrarse cerca de la capilla, ya que iban hasta allí no para buscar ayuda médica sino espiritual. También había criados de capitanes de barco, que iban hasta allí cumpliendo órdenes, en busca de remedios para la tripulación, y también mercaderes, de aquellos que aprovechaban cualquier puerto y cualquier momento para hacer negocio. Porque todo el mundo sabía que allí se podía encontrar de todo.

Ató la mula a uno de los norayes del muelle y desató su maletín, mientras Guillermina descendía apresurada. La puerta del dispensario estaba cerrada, pero Ginebra llamó suavemente con los nudillos. Nadie contestó.

—Soy Ginebra —dijo llamando de nuevo, un poco más fuerte.

Allí solía haber un regidor de guardia, que ejercía de autoridad de la ciudad en el puerto, y un practicante, autorizado a hacer de cirujano menor. Ginebra conocía a la mayoría de esos practicantes y sabía que ninguno tenía apenas formación médica. Muchos agradecían la intervención y el punto de vista de cualquier médico que quisiera acercarse hasta allí, pero ella, que aunque no era doctora tenía más conocimientos de medicina que cualquiera de ellos, no siempre era bien recibida. Eso dependía de la situación que tuviesen dentro.

La puerta no tardó en abrirse y uno de los regidores habituales, Salvador, asomó la cabeza.

—No podías llegar en mejor momento —le dijo, y la invitó a entrar.

Aquel dispensario no era más que una caseta de madera no muy grande. Salvador se tuvo que apretar detrás de la puerta abierta para que pudiese pasar. Al entrar, Ginebra no pudo más que sorprenderse. Dentro, en lugar de una prostituta desangrándose, como había esperado, sentada en una silla, ante la mesa situada en la entrada del dispensario, había una dama joven y atractiva. Una de aquellas damas que nadie esperaba encontrarse en el puerto a esas horas de la noche. Llevaba un vestido con volante de seda, de colores claros y con bordados dorados, con un peto escotado sobre un corsé ajustado que dejaba entrever una piel blanca y fina y unos senos firmes y voluminosos.

La dama la miró de arriba abajo con gesto altivo, sin decir nada. Pero ella no bajó la cabeza, como en cambio sí hizo Guillermina, que iba a sus espaldas. Le devolvió la mirada, intentando averiguar qué hacía en aquel lugar, ya que parecía completamente sana. Entonces, de detrás de la cortina que dividía el dispensario en dos zonas, un gemido femenino rompió el silencio.

—La doncella de la señora Agustina está muy enferma —explicó Salvador a Ginebra—. Y Tomeu no sabe tratar a las mujeres, ya me entiendes. No está acostumbrado.

—No hemos podido llamar a nuestro doctor —intervino la dama—. Hemos hecho un largo viaje en barco, y cuando por fin llegamos a puerto nos encontramos con las puertas de la ciudad cerradas.

—¿Qué tiene? —preguntó Ginebra a Tomeu, el practicante de turno, que estaba al otro lado de la cortina.

—Fiebres muy altas, dolor de cuello y manchas por todo el cuerpo —contestó el hombre,

asomándose—. Podría ser una gripe...

—Vosotros a todo lo llamáis gripe —respondió Ginebra, irónica—. Déjame que la vea.

Salvador abrió la cortina que separaba el espacio e invitó a Ginebra a entrar.

—Hay un carro preparado para llevarla a la ciudad en cuanto abran el portal del Mar, porque está muy débil —explicó el hombre.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó Ginebra, espantada. Detrás de la cortina, una chica joven excesivamente pálida agonizaba.

—Lo que marca la ordenanza en estos casos: una sangría en el brazo para equilibrar los humores...

—¡Sois peores que los barberos! ¿Por qué continuáis utilizando métodos tan arcaicos?

—Cumplimos con nuestro trabajo tal como nos han enseñado, ¡y ayudamos a salvar muchas vidas! —se defendió Tomeu.

—¡Y podríais salvar aún muchas más si hiciérais menos caso de las ordenanzas y aplicaseis más el sentido común! Esta chica venía muy débil, y vosotros habéis hecho que aún lo esté más...

—¡Haz tú alguna cosa si es que sabes tanto! —terció Salvador.

—Así lo haré, si me dejáis...

Guillermina le tiró de la manga y, cogiéndola del brazo, le habló al oído.

—Recuerda que mi hija está muy enferma —dijo—. No podemos perder tiempo. ¡Te lo ruego por la Virgen María!

—De acuerdo, de acuerdo —respondió ella, también al oído. Y dirigiéndose a los hombres añadió—: Disculpadme, pero primero os tengo que pedir una cosa. Necesito corteza de quina. ¿Tenéis aquí o sabéis dónde puedo encontrarla?

—Pues no —contestó Salvador—. Estamos muy escasos de suministros. Precisamente es lo que le estábamos explicando a la señora Agustina...

—¿Para qué quieres la corteza de quina? —preguntó Tomeu.

Ginebra no respondió. Miró a Guillermina, que tenía los ojos llorosos, y pensó en su hija, la pequeña Micaela, y en todo el dolor que había sufrido aquel día. Aquella horrorosa violación había dejado a la niña en un estado muy débil, pero lo peor era que se le habían declarado unas fiebres agudas que podían provocarle una muerte rápida. Su intuición le decía que aquellas fiebres nada tenían que ver con la violación, ni con la gripe, y que eran fiebres terciarias, las únicas para las cuales se había encontrado remedio: la quina. Tenía que comprobar que su intuición no era errónea. Pero todo aquello no se lo podía explicar a ningún practicante y mucho menos a un regidor.

—Tenéis que ayudarme a conseguirla —pidió—. No me preguntéis más, haré lo que me pidáis...

—Es para mi hija pequeña —suplicó Guillermina—. ¡Está muy enferma!

—¡Suficiente trabajo tenemos nosotros como para encima ayudar a las mujeres de la playa! —soltó Tomeu.

—Si le conseguís lo que pide os pagaré cincuenta sueldos a cada uno —intervino de pronto la dama, a quien Salvador había presentado como «señora Agustina». Y levantándose de la silla se dirigió a Ginebra—. Pero a cambio usted me ayudará con Julia. ¿Lo hará?

Ginebra asintió con la cabeza. Los hombres hicieron una reverencia a la dama y Salvador incluso tendió la mano pidiendo un anticipo. Agustina desató los cordones de seda con borlas de

la bolsa que llevaba y sacó una bolsita llena de monedas. Se la entregó al hombre.

—Seguro que aquí fuera encontraré a alguien que tenga corteza de quina —dijo Salvador sonriendo, guardándose el dinero en la faja del pantalón.

—El dispensario es todo vuestro —añadió Tomeu, cogiendo el maletín que tenía sobre la mesa, aliviado de librarse de aquella enferma—. Aprovecharé para ver qué tienen esos marineros que esperan afuera.

—Hay algunos con escorbuto —apuntó Ginebra antes de que los hombres salieran del dispensario—. Decídesles que consigan limones y tomen el zumo.

—¡Menudo remedio! —exclamó Salvador, que iba cargado de mercurio, antimonio, vendas y sanguijuelas para cambiar y vender—. No sé cómo puedes dártelas de sabionda y después recetar esas cosas. ¡Es ridículo!

Y sonriendo con sarcasmo, practicante y regidor salieron, dejando solas a las mujeres. Ginebra tocó la frente de la joven doncella. Estaba ardiendo y tenía los ganglios del cuello inflamados. Por todo el cuerpo tenía las manchas y pápulas mencionadas por Tomeu y pronto entendió qué enfermedad sufría la chica. Le levantó las faldas, le apartó la ropa y le separó las piernas para dejar al descubierto la vulva. Observó unas pequeñas verrugas en la parte externa de los genitales, y al separar los labios con los dedos vio que el interior estaba ulcerado.

—Esta chica tiene sífilis —anunció, cubriéndola de nuevo con las faldas.

—¿El mal francés? —Agustina la miró sorprendida.

—Así es.

—Entonces necesitamos mercurio —dijo la dama—, ¡y el regidor tiene!

—El mercurio no la curará —replicó Ginebra.

—Pues triaca, ¿no? Es eso lo que recomiendan los médicos... ¿Cree que la triaca puede curarla?

Ginebra se limitó a mirar al suelo con un gesto reflexivo, mientras Agustina la miraba expectante. La triaca era un medicamento muy preciado en toda Europa, que se utilizaba para tratar enfermedades de lo más diversas. Su preparación constituía todo un ritual, y se requerían más de sesenta ingredientes. Los boticarios de la ciudad se reunían una vez al año y hacían una cantidad limitada que se agotaba rápidamente. Era el remedio que más había utilizado y recetado su padre, que también lo sabía preparar y le había enseñado la receta a ella. Pero Ginebra no creía en aquel medicamento milagroso.

—No —afirmó—. La triaca sólo sirve para matar.

—Pues mi marido la toma continuamente. —Agustina se dejó caer de nuevo en la silla, derrotada, y añadió en confianza, tuteándola—: Seguro que él también tiene la sífilis. Son amantes, ¿sabes? Hace más de tres años.

—E incluso así la quieres ayudar...

—Sí, porque a mí ya me va bien. Si está con Julia, Josep no me obliga a yacer con él. Es un gran comerciante, un hombre muy inteligente para los negocios y me gusta vivir a su lado, pero yacer con él me da un asco insoportable... Necesito que la cures. ¿Lo conseguirás? Si quieres, puedo intentar conseguir triaca. ¿Quieres?

Ginebra no contestó y se limitó a pedirle a Guillermina que fuese a buscar agua de mar con un cubo que encontró por allí. Luego avivó el fuego, sobre el que había una marmita vacía, y abrió una ventana para que entrara aire fresco. Miró en el mostrador, pero los albarellos de hierbas y

medicinas estaban vacíos y en los morteros de bronce no quedaban ni restos de los remedios que se preparaban en ellos. Al lado había botes de vidrio de diferentes medidas con sustancias líquidas. Olió algunas. Aguardiente en la botella más grande, aceite de oliva y vinagre de manzana en las medianas y antimonio en la más pequeña.

—Necesitaría manzanilla... —dijo—. ¿Crees que puedes conseguir?

—Sí, por supuesto —contestó la dama—. Mi marido es comerciante y su barco está atracado en el puerto. Me acompañan dos hombres que están esperando fuera. Enviaré a uno de ellos.

Al salir del dispensario, Agustina se cruzó con Guillermina, que iba cargada y casi tropieza. Por fortuna, Ginebra pudo coger el cubo antes de que cayera y se vertió poca agua. Puso la mitad a hervir en la marmita, con un chorrito de aceite y otro de vinagre. Cogió uno de los trapos que los practicantes utilizaban como vendas, lo empapó en vinagre y se lo puso en la frente a Julia. Abrió su maletín, sacó un irrigador para hacer lavativas y miró alrededor. Bajo el mostrador encontró lo que necesitaba: un orinal plano, que limpió con el agua que quedaba en el cubo. Era todo lo que podía hacer por el momento, porque el agua para la lavativa tenía que hervir un rato y después enfriarse.

Dejó a Guillermina a cargo del fuego y salió fuera. Junto a la puerta, Tomeu vendaba la pierna de un herido; unos metros más allá, Salvador le vendía mercurio a un enfermo de escorbuto.

—¿Quieres mitridato? —le preguntó en francés uno de los marineros que merodeaban por allí.

Aunque su lengua paterna era el neerlandés, el francés era su idioma materno y lo entendió perfectamente. Pero no lo hablaba desde la muerte de su madre, hacía casi quince años, y tardó en contestar.

—No, no, gracias —respondió finalmente en francés.

—¿Y triaca? —continuó el hombre.

Ginebra se quedó pensativa. Aquél era el medicamento con que su padre trataba los humores de su madre. Los humores que le habían causado la muerte cuando ella era pequeña. También lo había utilizado para tratar las fiebres que se le declararon a su doncella Sarah nada más llegar a Barcelona. Y Sarah también murió, dejando a Ginebra sumida en una profunda tristeza, una tristeza que se convirtió en enfermiza. Pero a ella su padre no le había recetado triaca, sino quina y matrimonio. Desde entonces no creía en la medicina tradicional y se había dedicado a buscar maneras de combatirla.

—¿Quieres o no quieres? —El marinero le dio un toque en el brazo.

—No, no, tampoco —dijo ella, apartándose.

Unos metros más allá vio a Salvador, que seguía haciendo negocios con el mercurio. No parecía recordar que tenía que conseguir la corteza de quina.

—Oye —le dijo al francés antes de que se alejara—. ¿No tendrás corteza de quina?

—Te puedo conseguir. ¿Cuánta quieres?

—Poca. Un par de onzas.

—Voy a buscarla y ahora vuelvo.

—Estaré ahí dentro —dijo ella, señalando el dispensario.

Lo vio alejarse en dirección al muelle. Cojeaba de la pierna derecha e iba muy despacio. Ginebra rogó al cielo que aquel hombre consiguiese lo que iba a buscar. Sufría por la pequeña Micaela. En sentido contrario vio aparecer a Agustina, caminando rápido con un ramo de manzanilla en la mano. Volvieron al dispensario, donde estaba Guillermina, impaciente, y Julia,

enferma. El agua ya había hervido y se estaba enfriando. Ginebra añadió la manzanilla e hizo una infusión concentrada, con la que llenó el irrigador. Entonces le dio unas palmaditas en las mejillas a la chica, para despertarla.

—Julia, ahora tienes que estar tranquila y ayudarme —le dijo—. Si haces lo que te diga, enseguida te encontrarás mejor, ya verás.

Julia entreabrió los ojos y movió la cabeza, mientras Ginebra le levantaba de nuevo las faldas y le colocaba el orinal plano bajo las nalgas.

—Introduciré agua en tu cuerpo —explicó—. Y tú tienes que intentar mantenerla dentro un buen rato, como si retuvieses la orina. ¿De acuerdo?

Pidió a Agustina que se situara detrás de Julia y la sujetase por los brazos, y a Guillermina que la cogiese de las piernas. Colocaron a la chica de lado, con las rodillas flexionadas, y Ginebra introdujo el tubo del irrigador en la vagina y le aplicó la lavativa. Justo cuando el líquido acababa de entrar en el cuerpo de la chica, alguien llamó con fuerza a la puerta.

—¡He encontrado lo que me has pedido! —dijo la voz del marinero francés.

—Ocupaos de la chica —pidió, limpiándose las manos con un trapo.

Corrió las cortinas que dividían el dispensario, para que el francés no viese a la enferma ni a las acompañantes, y se apresuró a abrir. El marinero asomó la cabeza y, al no ver a nadie más, entró atropellando a Ginebra y cerró la puerta detrás de sí.

—Tengo lo que querías —dijo, sacando de la capa seis o siete ramitas de corteza de quina amarilla. Las dejó sobre el mostrador del dispensario—. Son cincuenta sueldos.

—¿Cincuenta sueldos? ¡Eso es muy caro! —Ginebra sacó de su maletín su bolsa de monedas. No le quedaban ni diez sueldos—. Esto no vale más de diez.

—¿Estás loca? —dijo el hombre, e hizo ademán de recoger las ramitas—. Como mucho te lo puedo dejar por cuarenta.

—¡No tengo cuarenta! —Ginebra se puso furiosa—. ¡Es un precio abusivo!

—Pues tendrás que conseguir el dinero de donde sea si quieres la corteza de quina —aseveró el hombre, recogiendo, ahora sí, las ramitas.

De detrás de la cortina apareció Guillermina, que aunque no hablaba francés, había entendido lo que estaba sucediendo.

—Es para salvar a mi hija, ¿verdad? —preguntó, muy nerviosa, limpiándose las manos mojadas en la falda—. Yo tengo veintiún sueldos.

—Os lo dejo por treinta y uno —se apresuró a decir el marinero, que había entendido a la mujer que hablaba en catalán.

Guillermina metió las manos en el bolsillo del delantal para sacar el dinero, deseando conseguir de una vez por todas aquel medicamento y volver junto a su hija y su madre. Y con los nervios olvidó que en el bolsillo llevaba más cosas. El anillo cayó al suelo y quedó justo bajo la lámpara que iluminaba aquella parte del dispensario, y las piedras rojas brillaron ante los ojos de los tres. La expresión horrorizada de la mujer delató que aquella joya tenía un origen turbio.

—¡Me quedo el anillo a cambio! —profriró el hombre, intentando sacar provecho de la situación.

Pero Ginebra se precipitó a recoger la joya antes que él, y se la devolvió a Guillermina. Cogió el dinero del saquito de terciopelo y el que tenía ella y se lo entregó al francés.

—Un trato es un trato —le espetó—. Aquí hay treinta y uno. Respeta tu palabra.

Y, abriendo la puerta, lo invitó a salir. El marinero no se atrevió a llevarle la contraria. Sabía que aquél era un lugar municipal, y que el regidor, el practicante y los soldados que hacían la ronda no debían de andar lejos, así que se fue con el dinero sin rechistar. Ginebra lo vio alejarse en dirección al muelle, cojeando y volviendo la cabeza cada dos por tres hasta que se perdió del todo en la oscuridad.

—¿De dónde has sacado este anillo? —interrogó a Guillermina.

—Era del muerto... —respondió rígidamente, bajando los ojos y apretando los puños.

—Pues tenemos que marcharnos ahora mismo —le dijo Ginebra, recordando que en su casa, además de una niña enferma, estaba la mujer que había causado la muerte de un militar.

Detrás de la cortina, Julia había expulsado el agua de la lavativa y estaba empapada, pero la fiebre había comenzado a remitir. Agustina, a su lado, también estaba mojada y parecía extenuada.

—Descansad hasta que llegue el carro que os llevará a la ciudad —le recomendó Ginebra a la dama—. Iré mañana a veros a vuestra casa. Pero ahora tenemos que irnos.

—No nos dejes aquí solas, ¡por el amor de Dios! —exclamó Agustina, mirándola desconsolada.

—Esta noche ya no puedo hacer nada más por Julia, y tengo que atender a una niña que me necesita.

—¡Es la única hija que me queda viva! —terció Guillermina, cada vez más nerviosa.

Agustina miró de arriba abajo a aquella pobre mujer, de piel áspera, dura y bronceada, y vestida con ropas sucias, y dejando de lado las diferencias de clase que demostraban habitualmente las damas, le cogió la mano y le dio un beso. Un beso espontáneo y natural que a Ginebra le pareció delicioso.

Guillermina se quedó inmóvil, sin saber si tenía que retirar la mano o dejarla allí. Pero fue la dama quien enseguida la liberó, y se volvió para darle un abrazo a Ginebra. Un abrazo tanto o más espontáneo y natural que aquel beso delicioso.

Ella se dejó abrazar. Sintió de cerca el suave aroma floral que desprendía Agustina, notó con las mejillas el tacto sedoso de su cabello liso, negro y brillante, y se dejó apretujar por la dulce presión que ejercieron sus senos firmes bajo aquellos vestidos mojados. Y se despidió de ella hasta el próximo día.

Era noche avanzada, la luna se había alejado y perdido tras una nube, y en la otra punta de los muros de contención el mar brillaba en la oscuridad bajo el haz del faro. Mientras Ginebra se despedía de Salvador y Tomeu, que continuaban con sus tareas fuera del dispensario, Guillermina recuperó la mula y fue a buscarla.

—Es mejor que no volvamos por donde hemos venido —dijo la mujer, mirando hacia el muelle—. A estas horas, y con lo que ha pasado, sería demasiado peligroso.

—¿Piensas en el marinero francés? —Ginebra también tenía miedo.

—Sí. De gente de mar, guárdese fiar. Seguramente nos está esperando escondido en algún lugar para intentar robarnos —pronosticó Guillermina, haciendo montar a Ginebra en la mula—. Déjame que yo te conduzca.

En lugar de ir hacia el muelle, la mujer rodeó el dispensario en dirección contraria. Pasó junto a las murallas de la batería militar y avanzó por uno de los dos rompeolas nuevos construidos por los militares, que alargaban el muelle mucho más allá, adentrándose en el mar. No se veía a nadie. Cerca de uno de los cañones que apuntaban hacia la costa, condujo la mula por las rocas del rompeolas, haciéndola saltar de piedra en piedra para bajar a la playita que ya se había formado abajo y que daba acceso al arenal.

Pero a medio camino, ambas notaron que alguien las seguía. En el otro lado del terraplén, el marinero francés avanzaba en la misma dirección que ellas. Caminaba despacio por las rocas, con su paso cojo, pero desde donde él estaba se podía acceder con mayor facilidad a la playa.

—¡Volvamos atrás! —exclamó Ginebra a Guillermina, tirando del ronzal de la mula para ir de nuevo rompeolas arriba.

Pero entonces el hombre sacó de entre su capa un fusil y apuntó a las mujeres.

—Dadme el anillo y no os haré daño —espetó en francés, acercándose hacia ellas.

Guillermina asintió con la cabeza, soltó el ronzal de la mula y avanzó hacia él manos arriba.

—Se lo daré si no nos hace nada y nos deja marchar... —Pero no pudo seguir hablando, porque de pronto aparecieron soldados por todas partes.

—¡Alto! —ordenó uno de ellos—. ¡Tire el arma!

El francés, sorprendido por aquella irrupción inesperada, apuntó con su fusil al soldado que acababa de darle el alto, un joven probablemente inexperto. Por un momento intentó hacerse el valiente, pero al verse rodeado decidió salir corriendo pese a su cojera. Un soldado le disparó en la mano, haciéndole soltar el fusil, y dos más lo sujetaron, sin que él pudiese oponer apenas resistencia. De inmediato se lo llevaron rompeolas arriba, hacia la batería militar.

—¿Qué hacían aquí, mujeres? —preguntó el joven soldado; ellas se habían quedado petrificadas observando la escena.

—Vamos a las barracas de la playa —respondió Ginebra, descubriéndose el rostro ante aquel soldado desconocido—. Soy comadrona.

—Pues váyanse, rápido —indicó el joven, mirando el maletín de médico que la mujer llevaba sobre la mula y que confirmaba sus aseveraciones—. Hoy hay mucho rebelde suelto.

Las sombras de los soldados se difuminaron rompeolas arriba, detrás de los que ya se habían llevado al detenido, y las mujeres continuaron rompeolas abajo, una delante tirando del ronzal y la otra detrás sentada sobre el animal, ambas temblorosas y en silencio. Aquella zona rocosa quedaba en penumbra, y después del susto Ginebra se sentía muy temerosa. Tenía la impresión de que había miles de ojos espiándolas desde la oscuridad, y que estaban allí esperando el momento oportuno para abalanzarse sobre ellas.

Pero al llegar a la playa, Guillermina dejó de temblar. Se quitó las alpargatas y comenzó a caminar descalza por la arena mojada, una arena pedregosa, áspera, dura y fría que a ella parecía resultarle absolutamente familiar. Ginebra la observó conducir por el mejor camino a la mula en que ella iba sentada, rápida, decidida, pisando con fuerza y sin pararse ante ningún obstáculo, ya fuese una roca, un trozo de madera o los restos de un animal muerto. Y sin decir ni una palabra.

A medida que se alejaban del rompeolas por la playa, el desnivel entre el arenal y el muelle se iba igualando, y la luz del faro comenzó a iluminar el panorama ante ellas, primero tenuemente, y con mayor intensidad a medida que avanzaban. Aquella parte del arenal se veía muy diferente a la del muelle. La playa se extendía en una gran longitud, y el mar parecía un cielo estrellado, con las luces de las barcas de fuego que utilizaban los sardineros para pescar de noche diseminadas aquí y allá.

En las zonas mejor iluminadas había hombres y mujeres que aprovechaban la claridad nocturna para hacer nudos y tejer en la arena redes rotas, ayudando así a los que estaban en el mar. Los pescadores de aquella parte del arenal pescaban de noche y utilizaban la técnica de la luz, en que dos barcas de fuego acompañaban un laúd más grande. Las barcas de fuego llevaban en la popa una especie de parrilla con antorchas encendidas, cuya luz atraía los bancos de sardinas, caballas y boquerones hacia las redes, haciéndolos acercarse a la costa, hasta que se recuperaba la red con el pescado dentro, tirando de los dos extremos desde la playa. Había muchos hombres, y también mujeres, que ayudaban a sacar el pescado, carros cargados de cestos y capazos para llenar, y otros repletos de teas para quemar en las antorchas de las barcas, pero Guillermina sabía moverse entre tanta gente con agilidad y sin estorbar a nadie, y avanzó con rapidez, saludando con la cabeza a todo aquel que se cruzaba a su paso.

Al llegar a la desembocadura del Rec Comtal, Ginebra ofreció a Guillermina subir en la mula para cruzar. Aquélla era la parte más sucia del riachuelo, allí donde se acumulaban los restos más innobles de toda la ciudad, pero la mujer no quiso. Continuó caminando descalza por el barrizal, saltando de piedra en piedra entre charcos y balsas repletas de mosquitos, sin hacer apenas caso a las ratas que campaban arriba y abajo de aquel miserable caudal de aguas residuales.

—Nosotras vivimos aquí al lado —dijo Guillermina, rompiendo inesperadamente el silencio que se había cernido sobre ellas—. En la barraca de mi cuñada Bruna.

Pero Ginebra, que a lo largo de aquel camino había tenido ganas de hablar en muchos momentos, ahora no lo hizo. Pensó en la pequeña Micaela, que vivía con Guillermina en aquella

parte de la playa, tan cerca de aquellas aguas residuales, y en las fiebres que sufría, y se reafirmó en su teoría. Las fiebres terciarias que ella intuía que tenía la niña se daban con las primeras lluvias de primavera, cerca de zonas con aguas inmundas y estancadas. Eras las fiebres propias del paludismo, una enfermedad que aparecía año tras año en aquel puerto del Mediterráneo, y aquél era el lugar más adecuado para sufrirlas.

Eso y tantas otras cosas lo había aprendido con su padre, el hombre a quien más había querido y admirado en su vida, y el que también más la había defraudado. Con él había analizado bien la evolución y los síntomas de aquel tipo de fiebres, porque ella misma las había sufrido pocos días después de llegar a Barcelona. Y también las había sufrido Sarah, la doncella a quien ella tanto había querido desde pequeña. Su padre probó con cada una un tratamiento diferente. A la doncella le dio triaca, como hacía habitualmente con sus pacientes, pero con ella, su hija, probó la corteza de quina que llegaba de América y de la que tanto había escuchado hablar. Sarah cayó en el sueño profundo que provocaba la triaca, y no despertó nunca más, y Ginebra, completamente debilitada por la enfermedad, a medida que se iba recuperando de las fiebres se fue sumiendo en una enorme tristeza y en un cansancio que la postró en la cama a lo largo de más de tres años. Durante aquel tiempo vivió con su padre en una casa muy cerca de la plaza del Born, pero casi no puso un pie en la ciudad. No salía de la habitación que tenía al lado del despacho del doctor, y tendida en la cama leyó todos los tratados de medicina que cayeron en sus manos. Así aprendió a discrepar de su padre y a alejarse de él, hasta enfrentarse completamente a todo lo que representaba, como padre y como médico defensor de la medicina galénica tradicional.

No podía hacer menos. El gran doctor afirmó que, una vez restablecida de las fiebres palúdicas, lo que ella sufría era clorosis, una enfermedad propia de las chicas jóvenes, y que el gran remedio para solucionarlo todo era casándola. E incluso le encontró marido: el hijo menor del ingeniero Próspero Verboom. Ginebra no quería ni oír hablar de boda, y mucho menos con uno de aquellos hombres de pelucas blancas que tanto detestaba, y fue esquivando la situación como pudo.

Pero la ruptura definitiva con su progenitor llegó por otras vías. El hombre fue convocado en Cádiz, para ejercer allí la medicina y hacerse cargo de un coronel militar gravemente enfermo, y decidió aceptar la plaza. A ella le dio a elegir entre quedarse en Barcelona y contraer matrimonio con el joven Verboom o ir con él a Cádiz, donde ingresaría en un convento para hacer los votos de castidad. Ginebra optó por el convento. Guardó sus pertenencias en un baúl que transportaron los criados y metió tres libros en un maletín de mano que cargó ella misma. Luego salió de la casa siguiendo a su padre y se sentó a su lado en el carro que los llevaría al puerto.

Pensó que por el camino lo podría convencer, que de alguna manera él entendería que ella no estaba hecha para ir a un convento, pero él se mostró inflexible. Si no iba con él, debía casarse con el joven Verboom. Ginebra intentó decir que tampoco estaba hecha para casarse, pero su padre la hizo bajar del carro y la arrastró, caminando por el muelle, hasta la barcaza que los llevaría al barco que iba a Cádiz.

Humillada, se negó a poner un pie dentro, y cuando el padre le cruzó la cara de una bofetada, ella echó a correr, cargando con el maletín de mano. Pero él no la siguió. Dio órdenes a un criado para que la llevase a casa de los Verboom y la hiciese casar con su joven prometido, tal como se había acordado, y, enfurecido, subió a la barcaza sin volver la vista atrás, alejándose de Ginebra para siempre.

Aunque se sentía débil y cansada, no le resultó difícil escabullirse entre la gente que había en el muelle y deshacerse del criado encargado de conducirla a un destino que no deseaba. Se escondió primero entre las barracas que utilizaban los marineros como almacenes, y después, poco a poco, empezó a caminar sin rumbo a plena luz del día, a primera hora de la tarde de un caluroso día de verano. De pronto olisqueó un aroma de pescado a la brasa y se dejó llevar hasta el lugar de donde provenía. Y allí se encontró por primera vez con aquel barrio de barracas de mala muerte, hechas con cuatro ladrillos, madera, barro y desechos, donde vivían los pescadores más pobres. Estaba todo repleto de niños medio desnudos que saltaban y corrían aquí y allá, de hombres que jugaban a las cartas en mesas dispuestas en medio de la calle, de mujeres que cosían redes de pesca, otras que se reunían alrededor de las hogueras donde se preparaba el pescado en parrillas... Todo el mundo la miraba en silencio a su paso. Los niños reían curiosos y la señalaban con el dedo, los hombres la miraban extrañados, atraídos por su belleza, y las mujeres parecían avergonzadas de ver a una dama caminar sola tan cerca de sus pobres casas. El desconcierto se dibujaba en todos los rostros, pero nadie le cortó el paso, y así Ginebra, caminando entre todos ellos sin decir nada, descubrió una realidad que no conocía.

Nunca había estado en un barrio de gente tan pobre, y aunque siempre la habían advertido de que debía mantenerse alejada de los miserables, a quien su padre veía como portadores de todo tipo de enfermedades, los miró de cerca y los vio con buenos ojos. Vestían harapos, pero parecían buenas personas, gente honesta, trabajadores del mar maltratados por la vida y envejecidos por la dureza del entorno. Continuó caminando entre todos ellos, con el maletín en la mano, y dejando que su vestido de seda dorada se ensuciase con la tierra. Y entonces, detrás de una puerta oyó a una mujer gritar de dolor. No lo dudó ni un momento y entró dentro de aquella humilde barraca. Y allí, tendida en el suelo, vio a una muchacha muy joven dando a luz. Entre las piernas abiertas se podía ver el pie del niño, pero las mujeres que la estaban ayudando a parir no sabían qué hacer. Del maletín que había arrastrado con esfuerzo, Ginebra sacó uno de los libros, el del doctor Hendrick van Deventer, que hablaba del parto. Lo abrió en el suelo, miró las ilustraciones de la anatomía de las mujeres embarazadas y buscó una página que leyó con concentración. Las mujeres la miraron impresionadas, y cuando ella ofreció su ayuda enseguida fue bien acogida. Pidió que fuesen a buscar agua y que la hiciesen hervir, y que preparasen trapos limpios. En aquella barraca no había mesa, pero sí un banco. Hizo estirarse encima a la parturienta, con el culo hacia delante, le abrió las piernas todo lo que pudo y le pidió que respirase hondo. No lo había hecho nunca, pero se lo había visto hacer a su padre y lo había visualizado en su cabeza muchas veces. Apretó la barriga con una mano y con la otra metió el pie del niño de nuevo dentro de la mujer y luego lo ayudó a girar con un empujón. La muchacha gritó de dolor, pero, una vez en posición, el niño no tardó en salir, medio ahogado pero vivo.

Después de aquello en el arenal la habían tratado como si fuese una más entre ellos. Aquella gente apenas tenía nada, pero le ofrecieron en agradecimiento sus mejores pertenencias, ya fuese un pañuelo bordado, unos zuecos o un collar de conchas. Ella no quiso aceptar nada, solo aquel pescado cocinado a la brasa que le dieron para comer, y también un tazón de cazuela de pescado que preparaban las mujeres de los pescadores en sus barracas en cazuelas de barro, y que fortalecía a cualquier enfermo. Y, mientras comía, decidió quedarse a vivir con ellos. La acogió la familia de Carmeta, hermana de la joven parturienta, y apenas le hicieron ninguna pregunta.

No habían pasado ni tres días cuando aparecieron los regidores de la ciudad acompañando al

criado de su padre. Querían que fuese con ellos a la ciudad, pero ella se negó. Y cuando intentaron llevarla a la fuerza, la gente de la playa la protegió. Aquellos hombres tuvieron que irse con el rabo entre las piernas. Pocos días después aparecieron de nuevo, acompañados esta vez del propio Próspero Verboom. Pero la casualidad, o el destino, hizo que llegasen en medio de un parto de gemelos y que a ella la encontrasen dirigiendo el proceso como lo haría un verdadero médico. El ingeniero y capitán general, que tuvo que esperar mucho rato antes de poder hablar con ella, no sólo se mostró sorprendido de ver cómo había crecido aquel poblado, sino de constatar que en él vivían muchas familias, con niños pequeños y jóvenes embarazadas. Y cuando Ginebra le pidió que la ayudara a quedarse en aquel arenal para ejercer de comadrona, él aceptó. Era la hija del doctor Van Halteren, y dio por descontado que había recibido la mejor formación para desempeñar ese oficio, tan necesario en un vecindario como aquél. Fue él quien ordenó que construyesen su barraca, en la parte superior del arenal, en un lugar que se podía proteger desde la Ciudadela y donde además se había encontrado un pozo. Y aunque el hombre murió poco después de dar aquella orden, fue gracias a su ayuda que ella pudo quedarse a vivir extramuros sin tener que dar explicaciones a nadie, y con el beneplácito de las autoridades para poder ejercer de comadrona, a pesar de su juventud y su escasa experiencia.

Ya hacía siete años de todo aquello, y en aquel tiempo había visto cómo el laberinto de barracas crecía y se iba transformando día a día. Las riadas y las tormentas a menudo desbarataban las casas más sencillas, obligando a rehacerlas de nuevo en el mismo lugar o en otro sitio, y cambiando continuamente la configuración de todo. A menudo las casas estaban demasiado cerca las unas de las otras, y era necesario conocerlo todo muy bien para andar por allí sin extraviarse. Ginebra siempre se perdía en el interior de aquel laberinto, y no se hubiese atrevido a cruzarlo de noche y a oscuras sin contar con la guía de Guillermina. Pero con ella delante, no tardaron en llegar a la parte superior del arenal, donde reconoció a lo lejos su propia barraca.

A pesar de la preocupación que mostraba Guillermina, no se veía ningún rastro de que hubiese soldados por los alrededores, y en la puerta no había ninguna señal que alertase de alguna visita inesperada. Dejaron la mula en el cobertizo y entraron rápidamente. Al verla, Carmeta respiró tranquila. Durante su ausencia había hecho todo lo que estaba en su mano, pero la situación había empeorado. A la pequeña Micaela las fiebres le habían provocado delirios, y también convulsiones y vómitos, dejándola todavía más débil. Le costaba respirar, y no había conseguido despertarla de aquel estado de somnolencia en que había caído. Además, Sabina también había caído enferma. Le había subido mucho la fiebre y temblaba con un sudor frío acurrucada junto al fuego.

—Esto sí es una gripe —constató Ginebra, examinándola—. No hay nada que hacer. Lo mejor sería que descansase en la cama...

—Puedo caminar hasta mi casa si alguien me acompaña —balbuceó Sabina, incorporándose—. Aquí lo único que hago es estorbar.

Ginebra intentó oponerse y le ofreció su propia cama, pero la mujer, aun siendo vieja y estando enferma, lo rechazó, y con la ayuda de Guillermina y Elvira se dirigió hacia la puerta decidida a marcharse.

—Ayuda a mi nieta y no te preocupes por mí —dijo—. ¡Y que Dios te bendiga!

—Llevaos la mula —ofreció Ginebra—. Ya nos la devolveréis.

Extraer el polvo de la corteza de quina para preparar el medicamento le llevó bastante rato. Carmeta consiguió despertar un poco a la niña, y Ginebra le administró la pócima a cucharadas pequeñas, sentada a su lado en la cama. Por la ventana comenzaba a entrar la claridad de un nuevo día, pero ella estaba agotada y necesitaba sumirse en la oscuridad y descansar. Cuando la niña se volvió a dormir, ella, también medio dormida, fue hasta su cama y cayó redonda.

No habían pasado más de unos minutos cuando unos golpes en la puerta la despertaron. Escuchó a Carmeta preguntar quién era, y a Guillermina responder, e intentó continuar durmiendo. Las voces le llegaban de lejos, medio desvanecidas, y aunque no quería oírlas se filtraban en su cabeza. Al cabo de un rato la conversación entre las dos mujeres la desveló por completo. Guillermina hablaba del anillo robado, y de la necesidad de ir a devolverlo a la Ciudadela, y decía que estaba dispuesta a hacerlo ella misma. Ginebra saltó de la cama.

—¡Estás loca! ¡No puedes hacer eso! —exclamó, entrando en la cocina.

Guillermina asintió con la cabeza gacha. Lo había meditado toda la noche y consideraba que era lo mejor. Ginebra intentó hacerla cambiar de idea con todo tipo de argumentos, pero ella no se dejó convencer. Según Guillermina, tarde o temprano vendrían a buscar al culpable de aquel asesinato entre las mujeres de la playa, y encontrarían el anillo. Su madre, Sabina, estaba demasiado enferma para soportar una detención. Tenía que protegerla a ella, pero también a Bruna, su cuñada, que se había quedado cuidándola, y al resto de mujeres que habían ido a la Ciudadela. Decía que lo más probable era que los militares acusasen a las más jóvenes antes que a las viejas, y que las llevarían a todas a la horca, incluso a la pequeña Micaela. Quería entregarse y explicar la verdad antes de que ocurriese una desgracia aún mayor. Y aunque Ginebra intentó impedirlo, ella se reafirmó en su decisión. Le dio el saquito con los veintiún sueldos que había ganado su madre, en pago por haber cuidado a su hija. Y antes de salir señaló la habitación, donde además de la niña enferma estaba Elvira, sentada junto a la cama.

—No sé si tengo derecho a pedirte más cosas —dijo—, y puedes negarte si quieres. Deja que te explique...

Guillermina cogió a Ginebra por el brazo y le habló flojito al oído.

—Estos días en la Ciudadela Elvira ha atraído las miradas de los soldados. Ha coqueteado con algunos de ellos, con los más jóvenes, y me da miedo que la tomen por una fúrcia, vengán a buscarla y le hagan pagar por todo. Lo más conveniente sería alejarla del arenal y enviarla a vivir a la ciudad. A grandes males, grandes remedios. Pero no tenemos parientes que vivan allí. La he hecho venir aquí porque pensé que tú nos puedes ayudar. Hoy tienes que ir a ver a aquella dama, la del dispensario, la que tiene la doncella enferma, ¿recuerdas?

Ginebra se acordó de Agustina y el abrazo perfumado que le había dado. Y en el vientre le nació un calor que le recorrió el cuerpo. Guillermina no lo notó, y continuó hablándole al oído.

—Su doncella está muy enferma, y si no muere, de ésta tardará mucho en recuperarse —dijo—. Y entretanto la dama no tiene quien la ayude a vestirse. Quizá, si tú la recomendases, Elvira podría ocupar su puesto...

—Puedes contar con mi ayuda —respondió con voz temblorosa y la mirada perdida en algún punto indefinido.

Casi no oyó los agradecimientos que formuló Guillermina antes de partir hacia una muerte segura. La miró alejarse abstraída en sus pensamientos, como quien mira alejarse a un penitente. Respiró hondo y recordó el suave aroma floral con que aquella dama, Agustina, había impregnado

sus fosas nasales. Y decidió volver a la cama. Tenía que descansar un poco más y recuperar fuerzas antes de ir a la ciudad.

Cuando despertó, un mediodía soleado iluminaba la habitación. En la cama, a su lado, Carmeta también descansaba, pero no dormía. Ginebra la abrazó, y la mujer le acarició el cabello; pero cuando ella intentó darle un beso en los labios, los apartó y ofreció la mejilla, como era habitual. Hacía siete años que dormían juntas cada noche, desde que Carmeta, soltera y sin hijos, había querido acompañarla a la barraca grande para que no estuviese sola. Nadie había puesto objeciones a que así fuese, y Ginebra se había dejado cuidar por aquella mujer bondadosa, que cocinaba como los ángeles y preparaba la mejor cazuela de pescado de toda la playa, una cazuela que iba cambiando en función del pescado que hubiese: de bacalao y lubina en invierno, de lenguado de febrero a abril, de merluza en primavera... No tardó en enamorarse de ella, de su piel morena y salada, y de sus ojos tiernos y necesitados de amor. Tenía una belleza discreta, y aunque ya había cumplido los treinta, se mantenía joven y fuerte. Ginebra sabía que su amor era correspondido, lo notaba a diario en los gestos de Carmeta, pero a pesar de las muestras de afecto se negaba a devolverle los besos, porque era incapaz de entregarse al amor con una mujer, y se reprimía y rezaba cada vez que se sentía invadida por el deseo. Para Ginebra aquella situación había llegado a ser desesperante, pero aquel mediodía de primavera las oraciones que Carmeta murmuraba a su lado la sumieron en una duermevela. En sus pensamientos se reencontró con Sarah, y se abrazó con ella en la cama como lo habían hecho tantas mañanas a lo largo de su adolescencia. Sus cuerpos, jóvenes como lo habían sido diez años atrás, se convirtieron en uno solo, y sus labios se fundieron en un beso largo y dulce. Un beso de amor imaginario, pero necesario antes de iniciar una nueva jornada.

Se levantó con fuerzas renovadas e inició una actividad incesante. A Micaela le estaba bajando la fiebre, pero había vomitado mucho, sudaba profusamente y se encontraba aún más débil. Le preparó una infusión con jengibre y zumo de cebolla que le calmase el estómago revuelto y le cortase las náuseas, y pidió a Elvira que se la diese a traguitos. La muchacha cuidaba de la niña como si fuese su hermana; ya se había encargado de ponerle paños en la frente, lavarla y cambiarle la ropa mojada. Ginebra la dejó hacer y se apresuró a preparar más remedios.

El laboratorio estaba en un rincón de la cocina, donde Carmeta desgranaba ajos en silencio para preparar la cazuela. Ella tampoco dijo nada. Cogió el albarello de cerámica azul donde se guardaba el polvo de la corteza de quina que había extraído por la noche, hirvió un poco sólo unos instantes, lo coló, lo volvió a hervir y no tardó demasiado en preparar la pócima. Pero antes de dársela a la niña prefirió asegurarse de que no lo vomitaría. Así que se puso a preparar un remedio para Julia, la doncella de Agustina, a quien había prometido ir a ver a la ciudad.

Desde que se había instalado en aquella barraca no sólo había hecho de comadrona. También había tratado los dolores de la menstruación, y aquellos propios de la menopausia. Había aprendido con la propia experiencia, estudiando los males de las mujeres de aquel lugar, y con las enseñanzas de Trótula de Salerno, una doctora que había vivido hacía setecientos años, experta en medicina femenina y autora del segundo de aquellos tres libros que eran su tesoro. El tercero, *De contagionibus*, de Gerolamo Francastoro, la había ayudado a comprender otros males propios de las mujeres, como las infecciones de orina, los hongos vaginales, los herpes, las verrugas e incluso enfermedades graves, como la gonorrea o la sífilis.

A menudo acudían prostitutas que le pedían ayuda. Ginebra les recomendaba a todas condones que las preservasen de embarazos y enfermedades venéreas. Los hacía ella misma con tripas de pescado, cordero u otros animales, y también de cuero o con prendas de lino fino cuando tenía. Pero eran pocos los hombres que aceptaban que una furcia pusiese una funda en su miembro viril, y la precaución era poco efectiva. Aquellas mujeres se encontraban con hombres que tenían pústulas y heridas en el pene, y que las obligaban a yacer con ellos aunque ellas se negasen. Las pobres se contagiaban de males muy dolorosos. Ginebra había investigado qué se podía hacer para curarlas. Durante dos años había ido a diario al Hospital de la Santa Cruz, para trabajar junto a los médicos en casos como aquéllos, y había aprendido los secretos de los tratamientos que utilizaban. Todos eran a base de mercurio, ya fuese transformado en sales y diluido en agua, o en forma de vapores que el paciente tenía que inhalar, y más que curar, suponían un verdadero martirio. Comportaban que el enfermo sufriese grandes dolores corporales, que se le cayesen los dientes, el pelo e incluso las pestañas, pero, según los doctores, con aquellos tratamientos se conseguía equilibrar los humores y evaporar del organismo el veneno causante de tales males.

Ella nunca compartió aquellas teorías, y por su cuenta había desarrollado remedios especiales, mucho más naturales y menos dolorosos. Hacía cataplasmas de barro con arena que extraía del mar, y las aplicaba sobre verrugas y herpes. Conocía los beneficios de las plantas, y las aplicaba en cocción, infusión, decocción, tintura, cataplasma o ungüentos, en función de lo que requiriese cada enfermedad. También hacía óvulos vaginales, de plantas como la caléndula, la salvia, el tomillo, el aloe vera o incluso el ajo, que ayudaban a curar males internos o incluso a abortar. Y había descubierto que, si añadía suero de queso, aquellos óvulos eran capaces de curar las úlceras infectadas de la sífilis. Uno de aquellos óvulos era el remedio que estaba preparando para la doncella de Agustina.

Mientras trabajaba, oyó llegar a Miquelet, hermano pequeño de Elvira. El chiquillo traía un cesto con cuatro pescados que él mismo había atrapado y se lo ofreció a Carmeta en agradecimiento por todo lo que estaban haciendo por su familia. La mujer lo aceptó encantada, y utilizó una buena parte para añadirla a la cazuela de pescado seco que ya tenía en el fuego.

—¡Con esto sí que se curará la niña! —exclamó la mujer, aspirando el aroma que desprendía—. ¿Verdad que sí, Ginebra?

Ella se volvió y la vio sonreír tímidamente, con aquellos ojos tristes y repletos de amor que suplicaban perdón.

—Claro —contestó enternecida—. No hay mejor remedio en el mundo que tu cazuela de pescado.

Colocó con cuidado los óvulos dentro de un frasco de vidrio, que envolvió con unos trapos. Preparó el resto de cosas que necesitaba —pinzas, tijeras, agujas, sanguijuelas, vendas—, y lo guardó todo en su maletín. Lo tenía todo a punto para salir. Fue a ver a Micaela, que ingirió el medicamento de quina sin vomitar, y le dijo a Elvira que se preparase para ir con ella a la ciudad.

Al volver a la cocina, cogió el saquito que había dejado Guillermina encima de la mesa, metió algunos sueldos en el maletín y guardó el resto en el cajón del armario de su habitación. Y allí vio el vestido de seda dorado con que había llegado al arenal desde una vida acomodada. No lo dudó ni un momento. Se quitó las ropas de cáñamo que llevaba desde que vivía allí y volvió a ponerse la camisa de lino y el corsé con ballenas que le sujetaba el pecho y le comprimía la cintura, y que le costó un buen rato poder ajustarse ella sola. No se puso el miriñaque, porque nunca había soportado aquella falda rígida y con aros que impedían moverse con agilidad. Se enfundó el vestido dorado de corte francés que le marcaba una cintura delgada y un escote generoso, dejando que la falda cayese recta y sin forma, arrastrando por el suelo. Tampoco se calzó las chinelas de tacón. Prefirió continuar con los zuecos, que quedaban ocultos bajo el vestido y le permitían caminar a paso de caballo. Se peinó la melena rubia y larga y, sin recogerla ni cubrirla con ninguna mantellina, salió de la habitación. Al verla, a Carmeta casi se le cae el tazón de cazuela de las manos.

—¿Adónde vas tan mudada? —preguntó.

—A la ciudad, a visitar a una enferma que estaba ayer en el dispensario. Es a donde debo llevar a Elvira. ¿Cuidarás de Micaela y le darás de tu cazuela? Tiene que tomar el remedio de quina tres veces al día y no puede tener el estómago vacío.

—Claro... —Los ojos de Carmeta todavía parecían más tristes que antes—. Toma un poco tú también antes de irte, por favor. No puedes salir sin comer nada...

Ginebra aceptó el tazón con la cuchara y las rebanadas de pan para mojar que le sirvió, y se sentó a la mesa junto a Elvira y Miquelet, que también comían. El caldo todavía hervía, pero su gusto de mar concentrado hacía reavivar el espíritu. Además del bacalao seco, las judías, los garbanzos y las zanahorias de siempre, en la cazuela había filetes de lenguado y trozos de merluza. Estaba realmente deliciosa, y Ginebra la saboreó despacio, chupándose los dedos. Mirándola comer, Carmeta se emocionó.

—Recuerdo cuando llegaste al arenal, ataviada con ese vestido. ¡Estabas en los huesos! —exclamó—. Pensé que te morirías en cuatro días, pero ya ves, ¡has engordado!

—Así es. —Ginebra le dio un beso en la frente—. Todo ha sido gracias a tus cazuelas. Son maravillosas.

No recogió el tazón de la mesa. Le hizo un gesto a Elvira para que se pusiese en marcha y fue a enfundarse la capa de cáñamo encima de aquel vestido. Tampoco se despidió. Salió de la barraca con el maletín en la mano, lo ató a la mula y montó en el animal sentada de lado para emprender el trayecto a la ciudad.

La muchacha tuvo que correr detrás para darle alcance en el camino. Le había costado despedirse de su hermano y la pequeña Micaela; parecía enfadada y refunfuñaba palabras que Ginebra no entendió.

—¡No puedo irme! —gritó de pronto, plantándose en medio del camino y espantando a la mula.

—Pero ¿qué te pasa?

Ginebra tiró del ronzal, pero la mula se desbocó. Tuvo que saltar para no caer y casi tropieza con el vestido, pero mantuvo el equilibrio. Elvira fue a ayudarla justo cuando el animal alzó las patas traseras y, de una coz, derribó a la muchacha. Rodó por el camino hasta quedar sentada en el linde, sujetándose la cara entre las manos.

—¿Te has hecho daño? —gritó Ginebra, corriendo hacia ella.

—No puedo irme —repitió la muchacha, levantando la cabeza y mirándola a los ojos—. Debo quedarme aquí con los míos.

—Escucha... —Ginebra no tenía ganas de discutir, pero la muchacha no la dejó hablar.

—¡No, escúchame tú a mí! Si a Guillermina la condenan los militares y no la volvemos a ver, ¿quién cuidará de Micaela? Sabina no puede, porque también está enferma, y mi madre tiene que ocuparse de mis hermanos... No puedo irme, ¿lo entiendes? ¡Me necesitan!

Hablaba muy rápido, con sus ojos verde oliva clavados en Ginebra, moviendo mucho los labios y gesticulando con cara, manos y brazos.

—Elvira, tranquilízate —le pidió Ginebra, ayudándola a levantarse—. Carmeta y yo nos ocuparemos de Micaela. Tu tía Guillermina es una mujer prudente y sabia, y tenemos que respetar su opinión. Pienso como ella, que lo mejor para ti es irte de este lugar durante un tiempo.

—Pero no puedo...

—Sólo serán unos días, y todo se resolverá, ya lo verás. Agustina es una gran dama y te tratará bien, no sufras. —Ginebra cogió el ronzal de la mula y le hizo un gesto para que la siguiese—. ¡Vamos, hemos de darnos prisa!

—No puedo caminar, ¡me he lastimado el pie! —La muchacha intentaba resistirse, pero Ginebra se mostró firme.

—Anda, ¡sube a la mula! —Y levantándola con fuerza, la montó en el lomo del animal.

Caminó delante de ella, tirando del ronzal y arrastrando por la arena el vestido de seda dorado. No tenía ganas de discutir con la muchacha, que refunfuñaba y rezaba como si acabase de cometer un pecado mortal. Estaban a punto de dar las cuatro, y tenía que darse prisa si quería llegar a la ciudad, visitar a su paciente y volver al arenal antes de que cerrasen el portal del Mar.

Recorrió el largo camino hasta el matadero con el vestido recogido en una mano y el ronzal de la mula en la otra. Elvira no tardó en recuperarse y se plantó a su lado, caminando a su paso, recogiendo también la falda.

—¿Dónde está la casa adonde vamos? —le preguntó.

—Detrás del convento de San Agustín —respondió Ginebra, sin ganas de conversación.

Elvira se quedó pensativa, mirando al cielo y dándose golpecitos en el labio con un dedo. Parecía tramar alguna cosa.

—¿Y cómo es la señora Agustina? —preguntó.

—Pues... es una gran dama. —Ginebra se paró en medio del camino y se miró los zuecos y el vestido recogido—. Es elegante, refinada, atractiva, culta...

La muchacha también la miró, de arriba abajo, y cuando vio a Ginebra con el cabello rubio despeinado, la capa caída sobre un hombro y el vestido de seda dorado sobresaliendo por los lados, se llevó la mano a la boca con un gesto de horror.

—¡Ahora me sabe mal! —dijo, haciendo un gesto de arrepentimiento—. Sube, sube a la mula y no te ensucies más el vestido. Ya te llevo yo a la ciudad, conozco bien el camino.

Ginebra montó, agradecida de poder continuar sentada, con las piernas cruzadas en un lado. Se

estiró el vestido y lo cubrió con la capa, tapando incluso los zuecos. No quería ensuciarlo más de polvo. Elvira cogió el ronzal y, caminando delante, la condujo a través de un portal del Mar repleto de gente al interior de la ciudad.

En todas las plazas y calles había multitud de gente. Los mercados comenzaban a recoger y los carros iban arriba y abajo llenos de cajas con mercancías. Por las calles había vendedores ambulantes, aquí de arroz, allí de especias, más allá de avellanas, de bacalao o de telas para confeccionar ropas... Delante de un puesto de payés Ginebra detuvo la mula y desmontó para comprar hierbas. Pidió tomillo, romero, cola de caballo, ortiga, olivera, lavanda, poleo, ruda... y pagó con los sueldos que le había dado Guillermina. Lo guardó todo en las alforjas y luego continuaron su camino. No tardaron en llegar a la casa donde vivía Agustina, al principio del barrio de Sant Pere.

Estaba escondida en el fondo de la placeta de Sant Agustí Vell, al otro lado de la fuente que había allí, la única casa medieval con porches que había sobrevivido en aquella zona. Un criado salió a abrir la puerta y las hizo pasar y esperar en el patio. No tardó en volver, y las condujo al piso de arriba. Allí, en un salón, estaba Agustina, alta y esbelta, vestida con una bata roja con bordados negros que dejaba al descubierto un escote generoso.

—¡Gracias por venir! —exclamó la dama, saludando a Ginebra con un abrazo efusivo.

Pero ella se echó atrás y, apartándose de sus brazos, intentó comportarse como una doctora y mantener una distancia física y emocional.

—He venido a ver a Julia. ¿Cómo está?

—No ha mejorado demasiado, está muy débil... Lo tendrás que ver tú misma. —Agustina, jugueteando con su melena negra, miró a Elvira con una pizca de celos—. ¿Es tu asistente?

—No. Precisamente...

Ginebra aprovechó la confusión para explicarle que aquella muchacha necesitaba alejarse del arenal, y que tanto su familia como ella misma querían pedirle que la acogiese como sustituta de su doncella. Aliviada, Agustina evaluó a la muchacha de arriba abajo y no le pareció mala idea. Hizo unas cuantas preguntas antes de aceptar. Si sabía cocinar, coser y servir. La muchacha respondió a todo que sí con la cabeza, gesticulando pero sin apenas hablar, y la dama pidió a un criado que la acompañase a la habitación de costura. Se podía quedar. Al día siguiente le daría ropa nueva y le enseñaría todo lo que tenía que saber para trabajar en la casa. Antes de salir de la habitación, Elvira cogió a Ginebra de las manos y la miró con ojos de súplica.

—Cuidarás de Micaela, ¿verdad?

—Sí, claro, y vendré a verte, no te preocupes...

—Me parece una gran idea —intervino Agustina, empujando a Elvira para que fuese detrás del criado—. Ginebra puede venir siempre que quiera.

Una vez a solas, Agustina condujo a la doctora a la habitación donde reposaba Julia. Estaba instalada en el dormitorio de su marido, en una gran cama con baldaquín, y una criada se ocupaba de cuidarla como si fuese la dama de la casa. Tenía fiebre y dormía profundamente. Sin pérdida de tiempo, Ginebra pidió a la criada que desvistiese a la enferma, abrió el maletín sobre la cómoda y sacó con delicadeza el frasco con los óvulos.

—¿Qué es eso? —preguntó Agustina a sus espaldas, mirándola extrañada.

—Un remedio que he utilizado otras veces...

—El caso es que... nuestro doctor ha venido esta mañana y le ha hecho la cura del mercurio —informó la dama, con una sonrisa maliciosa—. Dice que se la hará cada día y que estará curada en una semana. Quizá ya no necesita eso que traes...

Ginebra le lanzó una mirada severa, y la dama dejó de sonreír y la miró con los ojos muy abiertos.

—Pensaba que querías que yo me encargase de la enferma, pero veo que has cambiado de idea.

—Oh, no, ¡no es eso! —se disculpó Agustina, intimidada.

—¿Entonces? ¿Quizás es que no me crees capacitada para ayudar a tu doncella? ¿Quizá no crees en mí como médico, es eso?

—Oh, no, tampoco...

—Pues si quieres que yo me encargue de la enferma, tendréis que prescindir de los servicios de vuestro doctor y del martirio del mercurio.

Cruzó la habitación hasta el lavamanos de madera que había en un rincón. Vertió agua de un jarro en una palangana, se arremangó y se lavó las manos mirándose en el espejo que coronaba el mueble. Su pelo dorado y su vestido, del mismo color, brillaban a la luz de las velas.

—De acuerdo —dijo Agustina, observándola embelesada.

Ginebra la hizo sentarse en una butaca forrada que había a los pies de la cama, y comenzó a examinar a la paciente. Las heridas que tenía en la vagina estaban muy infectadas. Pidió a la criada que aguantase las piernas abiertas de la chica y sacó del frasco uno de los óvulos. Cogiéndolo con sumo cuidado entre dos dedos, se lo introdujo en la vagina lentamente, hasta dejarlo tan adentro como pudo. Sacó sus dedos suavemente y volvió a lavarse las manos.

—Ya la puedes vestir —le dijo a la criada.

Agustina, de rodillas sobre la butaca, observaba a Julia desnuda con los ojos como platos. Y sin cambiar de expresión, miró a Ginebra tan fijamente que la incomodó.

—Le tendréis que poner los óvulos vosotras —explicó ésta, rompiendo el silencio—. Uno por la mañana y otro por la noche. Yo vendré pasado mañana y traeré más. Dadle también infusiones y haced que coma...

—¿Me puedes acompañar un momento?

Agustina, levantándose de la silla, la cogió de la mano mojada e hizo que la siguiese. Se mordía el labio con impaciencia y sus ojos parecían temblar. Ella se dejó conducir a lo largo de un pasillo, arrastrando el vestido dorado y tropezando con los zuecos. Al final, detrás de una puerta de dos hojas, estaba el dormitorio de la dama. La hizo pasar, cerrando detrás de ella. Con aquellos ojos abiertos y los labios carnosos muy húmedos, la miró acercando mucho la cara.

—Quiero que me hagas lo mismo que le has hecho a ella. Quiero que me explores, que me toques, que me hagas sentir lo que tengo entre las piernas... que metas tus dedos largos dentro de mi cuerpo y que investigues... Y que me ayudes a calmar este ardor que siento cuando te miro...

Ginebra ahogó un grito y abrió la boca extasiada. Un temblor le recorrió el cuerpo, instalándose en el estómago. Los pezones le ardían bajo el vestido. La visión de aquella mujer elegante y voluptuosa que se mordía el labio y se entregaba a ella le resultó demasiado tentadora. La cogió por la barbilla y la besó con suavidad, temerosa de ser rechazada. Pero Agustina se entregó con la boca abierta al beso, que se convirtió en intenso, y ella casi se deshizo entre sus

labios. La apretó contra su cuerpo, notando la presión que ejercían los senos de aquella adorable dama en sus pezones. La abrazó, como había abrazado a Sarah tantos años atrás, y se fundió entre sus brazos, que también la abrazaban con pasión.

Agustina le acarició el cabello y apartando los labios de los suyos la miró. Su boca dibujaba una gran sonrisa, dejando a la vista sus dientes nacarados. Los ojos le brillaban radiantes.

—Oh, nunca había hecho una cosa así... —balbuceó feliz.

—Pues yo te he querido besar desde que te vi en el dispensario del faro —reconoció Ginebra, invadida por el deseo.

—¿Lo dices de verdad? —Agustina le lanzó una mirada descarada y a la vez tímida y coqueta.

Ginebra le pasó una mano por el vientre y con el otro brazo la cogió de la cadera para que se sentara en la cama. Se acomodó a su lado, le acarició los senos por encima del vestido y la volvió a besar estrechándola contra su cuerpo.

—Ayúdame a sacarme el vestido —susurró Agustina sin separar los labios de los suyos.

El temblor que Ginebra sentía en el estómago se aceleró hasta concentrarse en la vagina. El calor la inundó por completo. Comenzó a desabrochar los botones de la parte delantera del vestido de Agustina, con las dos manos, notando como también a ella se le endurecían los pezones bajo la ropa. Una vez desabrochado, ayudó a Agustina a sacar los brazos de las mangas y empezó a liberar los cordones del corsé que comprimía su torso. Para su sorpresa, bajo el corsé no llevaba camisola, como era habitual en las damas, y al librarla de la ropa sus senos firmes y redondos se mostraron en todo su esplendor. Los tomó entre la palma de sus manos y presionó. Los pezones se endurecieron aún más. Los besó con la boca y la lengua, primero uno y después el otro, mientras sentía la respiración entrecortada de Agustina, que tenía los ojos cerrados y gemía de placer. La cogió con una mano por la nuca y la besó en los labios con mayor ardor. Inclinandose encima de ella, la tumbó en la cama con suavidad. Con la lengua le recorrió el cuello, los senos, el abdomen y le lamió el ombligo. Su piel era suave, dulce con un gusto afrutado. Se incorporó encima de ella y cogiéndola por la cintura le quitó la falda y las enaguas. Llevaba medias de seda, y también se las quitó, acariciando y besando las largas piernas de tersa piel blanca. Agustina se dejó hacer, tendida en la cama, con los ojos cerrados y una sonrisa maliciosa en los labios. Era preciosa.

—Yo también quiero verte desnuda. Quiero tocarte y saborear tu piel...

Ginebra ardía mientras se libraba de su vestido dorado y del corsé que tanto le había costado ponerse. Se quedó de pie, con la camisa blanca de lino que le llegaba hasta las rodillas, calzada todavía con los zuecos. Agustina la recorrió con la mirada y por un momento se sobrecogió ante su cuerpo endurecido por la arena y su pelo despeinado, pero le tendió una mano, la atrajo hacia ella y la abrazó, haciéndola caer en la cama en un enredo de piernas y brazos que intentaban librarse de aquella camisa molesta. Y cuando por fin lo consiguieron, se abrazaron acariciándose los cuerpos desnudos y se exploraron mutuamente a lo largo de toda la noche.

Nada más abrir un ojo, Ginebra pensó en Carmeta. Estaría sufriendo por ella en la barraca. Tenía que darse prisa para volver al arenal y tranquilizarla. Miró a Agustina, que dormía en la cama a su lado con una sonrisa angelical en los labios. ¿Qué había hecho? No pudo evitar esbozar una ancha sonrisa. Se sentía feliz, satisfecha, por fin relajada después de mucho tiempo viviendo en tensión.

Acarició el cabello negro de Agustina y contempló su belleza serena. Aquella dulce dama la había amado como ella necesitaba, y ella también le había ofrecido su amor... Pero no quería abandonar su vida en el arenal, el único lugar en el mundo donde podía ejercer con libertad su profesión, ni perder a su Carmeta querida. Se puso en penumbra la camisa de lino y, olvidándose del corsé, se enfundó el vestido dorado encima y se calzó los zuecos. Depositó un beso suave en los labios de Agustina y salió de la habitación silenciosamente, con el corsé en la mano.

Visitó a Julia antes de partir. La criada que se encargaba de ella no quería ponerle los óvulos, pero Ginebra la persuadió y finalmente la mujer aceptó. Le enseñó cómo hacerlo: lavándose bien las manos primero, cogiendo el óvulo con delicadeza entre dos dedos, e introduciéndolo en la vagina lo más adentro posible. La mujer lo hizo medio cerrando los ojos, pero con suficiente cuidado como para dejar el óvulo en el lugar adecuado.

—Volveré de aquí a dos días —anunció Ginebra, despidiéndose.

Y recogiendo su maletín, con el corsé dentro, salió en busca de la mula.

Encontró el animal en el fondo del patio, lo desató y cruzó el portalón tirando del ronzal. La luz del nuevo día empezaba a filtrarse débilmente. De pronto, Elvira le salió al paso bajo el porche de la casa.

—¡Tengo que ir contigo! —soltó.

—Elvira, ya lo hemos hablado...

—Pero ¿qué será de mi familia?

La muchacha empezó a rezar de rodillas, pidiéndole a ella y a todos los santos que le pasaban por la cabeza que cuidasen de la pequeña Micaela, de Guillermina, de Sabina, de su madre y sus hermanos. Lo pidió, lo suplicó, y prometió que a cambio no volvería a portarse mal nunca más. Parecía una pecadora en pleno arrepentimiento.

—Pero, Elvira, ¿qué te pasa?

—Lo que le ha sucedido a Micaela es por mi culpa. Ella intentó decírmelo, pero yo estaba

ocupada... dándome besos con un soldado... Me gustaba mucho, me gusta mucho, creo que me he enamorado... Micaela vino a pedirme ayuda, ¡y yo no le hice caso! ¿Lo entiendes? ¡Todo es por mi culpa!

—Tú no tienes la culpa de nada... —dijo Ginebra, intentando calmarla.

—Sí, ¿no lo ves? Soy una pecadora, me he dejado magrear por un hombre, y Dios me ha castigado a mí y a mi familia.

—Eso son supersticiones. Lo que ha pasado no tiene nada que ver con que tú te hayas besado con un chico...

Ginebra la ayudó a levantarse del suelo, enternecida. Parecía débil y cansada, como si no hubiese dormido en toda la noche. Se compadeció de ella. Los curas de aquella ciudad, y la mayoría de mujeres viejas, se habían ocupado de llenar la cabeza de las niñas con supersticiones como aquélla. Les decían que si se dejaban tocar por un hombre antes de casarse la maldición caería sobre su casa, y que cuanto más pecasen más desgraciados serían todos. No era de extrañar que Elvira se torturase.

—Ve dentro y duerme un rato. Me parece que hoy Agustina tardará en levantarse y no te necesitará hasta media mañana. Necesitas descansar y recuperarte. Yo me ocuparé de tu familia, no te preocupes.

—¿Me lo juras? —Elvira la miró con desconfianza.

—Ya lo he hecho.

No podía quedarse más tiempo allí, aunque le daba pena verla tan triste. La hizo entrar en el patio con un suave empujón, y se fue. Montó en la mula, cruzando las piernas en un lado, y arreó el animal empujándolo a caminar. Quería llegar al portal del Mar antes de que abriesen y comenzaran a formarse las largas colas diarias. Avanzó rápido, por las calles todavía oscuras y sombrías que conducían a la plaza del Born, y desde allí a la plaza de Palacio. No iba sola. Muchos trabajadores caminaban por las calles en dirección a sus trabajos. Entre ellos había caras conocidas. Vio toneleros, calafates y carpinteros de la ribera que vivían en la ciudad y tenían la barraca para trabajar fuera de las murallas. Todos la saludaban con cortesía, inclinando la cabeza. Y justo al cruzar el portal del Mar, se encontró con el grupo de mujeres de la playa, que iba como cada día a la ciudad para vender el pescado.

Se sintió avergonzada, como si tuviese que dar explicaciones para justificar haber pasado la noche en la ciudad. Las comadres la marearon a preguntas, pero ninguna hacía referencia al hecho de que no hubiese dormido en su casa. De hecho, ninguna de ellas reparó en ello. Su interés se centraba en la salud de la pequeña Micaela, y en el hecho de que Elvira se hubiese quedado a vivir en la ciudad. Pero los soldados que vigilaban el portal hicieron disolver el grupo y tuvieron que retomar sus respectivos caminos, las mujeres en dirección a la ciudad, cuchicheando entre ellas, y Ginebra, sola y montada en la mula, rumbo a su barraca. ¿Qué le diría a Carmeta?

Nada más salir al llano del muelle advirtió que, en la parte derecha, se habían instalado dos nuevas barracas donde había barberos oficiando. Uno de ellos sacaba una muela a un marinero bajo la luz de una candela. Aquellas barracas nuevas cerraban el acceso a la playa que quedaba bajo la muralla de Mar, que estaba llena de hombres cargando y descargando mercancías, y de calafates que reparaban las embarcaciones. Ginebra pensó en los patrones que amarraban los

laúdes, las saetías y el resto de embarcaciones en aquella zona del llano del muelle, y en los peligros que suponía para ellos las nuevas barracas. Los días de viento fuerte de Mediodía, el mar se enfurecía y los patrones se veían obligados a recular los barcos para que no se los llevase. Pero parecía que se necesitaban barberos.

Más allá se había construido también una nueva barraca de obra que todavía estorbaba más al paso. En ella se había establecido un horno para cocer el pan, y en este caso Ginebra lo celebró, porque aquello sí que se necesitaba en el puerto. No había ni uno solo en el arenal. No llevaba ni quince días abierto, pero ya congregaba largas colas de tripulantes de barcos de guerra, navíos y galeras, que querían comprar pan, galletas o bizcochos. Y si no hubiese sido por la larga cola, y porque tenía prisa por llegar junto a Carmeta y Micaela, ella también habría comprado pan recién hecho para desayunar. Tenía hambre.

Cerca del pozo de Sant Elm había marineros borrachos que dormían al sol. Más allá, todo el mundo iba atareado, arriba y abajo camino al matadero. Arreó la mula y avanzó lo más rápido que pudo. Al llegar al Rec Comtal, le cruzó por delante un grupo de niños de las barracas de la Mar Vella. Iban con las cabezas cargadas con haces de palos y maderas que encontraban en los vertederos y llevaban a sus casas para alimentar los fuegos. Uno de ellos, el que iba más avanzado, era el hermano pequeño de Elvira, Miquelet, que debía de tener unos diez años. Ginebra lo observó separarse del grupo y desviarse en dirección al fuerte. Parecía que se dirigía hacia su barraca.

Pero el chaval iba mucho más rápido, y aunque ella iba en la mula, él llegó antes. Cuando descabalgó y dejó al animal bebiendo agua, se dirigió a la casa extrañada de que no hubiese salido nadie a recibirla. Pensó en lo peor que podía haber pasado: los soldados habían venido y se habían llevado a las mujeres detenidas. Pero enseguida rechazó esa idea y abrió la puerta.

Al entrar, vio al chaval avivando el fuego de la cocina, que la saludó con una inclinación de la cabeza. Ella pasó de largo, en dirección a la habitación donde estaba la niña enferma y, al entrar, se quedó sorprendida con lo que vio. La niña, que parecía haber mejorado mucho, estaba tomando un tazón de cazuela que le daba Guillermina. La mujer se había librado de aquella muerte segura que ella le había augurado, y no sólo estaba viva sino que también seguía libre y había podido volver para ocuparse de su hija. A su lado Carmeta, que le ponía paños calientes en la frente a la niña, lanzó un suspiro al verla aparecer.

—Alabado sea Dios, por fin has vuelto —dijo la mujer, secándose las manos en el delantal y mirándola con sus ojos tristes.

—Se me hizo tarde, y el portal... —Pero no quería mentir ni explicarle nada de lo que había pasado, y mirando a la niña cambió de tema—. Le ha bajado la fiebre, ¿verdad? Tengo que preparar más de ese remedio.

—Ya lo he hecho yo esta mañana —murmuró Carmeta, bajando la vista entristecida—. Ayer te vi cómo lo hacías, y lo he hecho igual.

—Oh, Carmeta. —Ginebra se acercó y le dio un beso tierno en la mejilla y un abrazo—. Sabía que podía confiar en ti.

Carmeta se estremeció y miró de reojo a Guillermina. Siempre sentía vergüenza de recibir muestras de afecto de Ginebra cuando había personas delante, y aquella era su manera de decirlo. Ginebra la soltó y, volviéndose poco a poco, observó a la pequeña Micaela que, apoyada en su madre, la miraba desde la cama con su carita pálida.

—¿Cómo te encuentras?

La niña encogió los hombros y compuso un gesto triste con la boca.

—Un poco mejor —contestó Guillermina—. Ha comido cazuela y ahora está más fuerte.

Ginebra le tocó la frente, las mejillas y las manos. Todavía tenía fiebre alta, pero ya no ardía como el día anterior.

—Me duele todo... —dijo la niña con una vocecita débil.

—Duerme un poco, ¿vale?

Guillermina ayudó a su hija a recostarse en la cama, acariciándola y dándole besos, mientras Ginebra esperaba a que la mujer la siguiese a la cocina para hablar. Finalmente le pudo la impaciencia.

—Y contigo, ¿qué ha pasado? Es un milagro que estés aquí ¡tan tranquila!

Guillermina se llevó un dedo a los labios y la hizo callar. Micaela estaba a punto de dormirse. Cuando por fin la niña cerró los ojos, se separó de su lado y salió de la habitación, detrás de Ginebra. Se sentaron en el banco que había junto a la mesa y Carmeta no tardó en servirle a Ginebra una taza de leche caliente con pan.

—No quiero que mi hija sepa nunca nada de lo que ha pasado —dijo—. Tiene que olvidar esta pesadilla.

—De acuerdo. Pero ¿tú dónde has estado? —Mientras hablaba, Ginebra comía con hambre, mojando el pan duro en la leche caliente.

—Ha sido un milagro, ya lo puedes decir. Dios no niega su ayuda a quien reza con humildad.

—Pero ¿qué ha pasado?

Guillermina explicó que había vuelto a la Ciudadela, dispuesta a entregarse como culpable del crimen. Había llegado al baluarte de Don Fernando, mostrando el documento que les había facilitado la entrada en el recinto durante los días de trabajo, y la habían dejado pasar hasta el cuerpo de guardia. Fue allí donde le preguntaron el motivo de su regreso, una vez acabado su trabajo. Nerviosa y atemorizada, contestó que tenía que ver al ingeniero Cermeño, a quien había servido como cocinera. No sabía por quién preguntar, porque el único oficial con el que habían tratado había sido el capitán muerto.

La hicieron esperar un buen rato, arrinconada en una pared y consumida por los nervios, mientras las tropas entraban y salían en formación. Casi a media mañana apareció el ingeniero, montado a caballo y acompañado de dos oficiales más. Ni siquiera desmontó. Se acercó a Guillermina, le extendió una carta de recomendación y le dijo que fuese a las cocinas del Palacio Real, donde le darían trabajo, y se fue. Ella no tuvo tiempo ni de explicar que aquél no era el motivo de su visita, ni de enseñarle el anillo que llevaba en el bolsillo del delantal. El ingeniero se alejó, dejándola allí plantada, y por fin convencida de que ningún soldado las buscaba ni a ella ni a su madre, ni a su hija ni a ninguna de las mujeres de la playa. Los hombres del cuerpo de guardia la hicieron salir de allí, pero en lugar de irse inmediatamente ella quiso correr un pequeño riesgo. Necesitaba saber alguna cosa más. Y pidió si podía saludar al capitán Díez de Montoya antes de irse. Los soldados apenas se inmutaron. Le dijeron que había tenido un accidente mortal y que ya estaba enterrado. Y dándole un empujón en el brazo, la hicieron avanzar por el puente levadizo camino de la Explanada.

—Es un milagro... —repitió Ginebra.

—Pues sí, pero eso no es todo. —A Guillermina se le iluminó la cara—. ¡Me han dado un

trabajo en las cocinas del Palacio Real!

A Ginebra no le extrañó. Las mujeres del arenal sabían transformar cuatro ingredientes en auténticas delicias culinarias. Y Guillermina tenía fama de ser una de las mejores cocineras.

—Es un trabajo sencillo, de pinche del cocinero —prosiguió explicando—. Hay muchos pinches, y todos son hombres. Yo no trabajaré todos los días, solo los fines de semana.

—¿En el Palacio Real! —Ginebra estaba realmente sorprendida del giro de los acontecimientos—. ¿Has visto al capitán general, el marqués de la Mina?

—En Palacio no. Allí sólo he hablado con el cocinero... —Guillermina también parecía sorprendida—. Pero vi al marqués hace unos días en la Ciudadela, y me felicitó por la comida que había hecho. Es un hombre muy gentil.

—No lo conozco. —Ginebra pensó en Próspero Verboom, el hombre que había ocupado el cargo de capitán general antes que el marqués, y que la había ayudado a ella a establecerse en el arenal—. Espero que tengas suerte.

—Aquí y allá, ¡Dios dirá!

Guillermina se levantó del banco y fue a echar un vistazo a la habitación donde estaba su hija. La niña dormía. Carmeta, en la cocina, limpiaba y acondicionaba hierbas, poniendo unas a secar y preparando esencias e infusiones con otras. Ginebra observó su trajín incesante y pensó en aquel refrán que acababa de mencionar Guillermina: aquí y allá, Dios dirá.

—¿Cómo ha ido en la ciudad, con Elvira? —preguntó Guillermina, sacándola de sus pensamientos—. ¿Está contenta la dama Agustina?

Ginebra recordó a Agustina desnuda en la cama, su aroma frutal, su sedoso cabello negro, su voz excitada... No pudo evitar esbozar una amplia sonrisa.

—Bien, todo bien. Elvira se ha quedado tranquila.

—¿Y cómo está la enferma? —intervino Carmeta, interrumpiendo por un momento su tarea y saliendo de su silencio.

—No ha mejorado demasiado. Tendré que volver a visitarla pasado mañana. —Ginebra observó que Carmeta se ponía colorada mientras ella hablaba, y que volvía a su tarea con cara triste y resignada.

—Pues te agradecería que le cuentes a Elvira las buenas noticias que tenemos. —Guillermina, en cambio, parecía alegre, y hablaba con voz rejuvenecida.

—Por supuesto, no te preocupes.

Estaba deseando volver a la ciudad. De hecho, no sabía si sería capaz de aguantar dos días sin ver a Agustina ni saborear sus besos. Aquella dama le había despertado muchos sentimientos olvidados... En ese momento alguien llamó a la puerta con urgencia. A una de las jóvenes embarazadas de las barracas de la playa se le había adelantado la criatura, y Ginebra tuvo que salir corriendo para asistir el parto, y ya no pudo pensar en besos. La vida tenía que continuar.

ELVIRA

Ya hacía casi dos años que Elvira vivía y trabajaba en casa de la dama Agustina. Era una doncella afortunada, porque tenía libre todos los domingos por la tarde, el día en que Ginebra visitaba a la señora.

Esperaba los domingos con impaciencia, porque aprovechaba su tiempo de ocio para encontrarse con su soldado, que le tenía robado el corazón. Lo había conocido en la Ciudadela cuando ella todavía no tenía ni quince años, aquella semana en que había ido a trabajar con la cuadrilla comandada por su tía abuela Sabina. La primera vez que lo vio, él estaba en medio de un pasillo, esperando ante la puerta del despacho del ingeniero Cermeño. Elvira iba cargada con un cubo de agua en cada mano y tuvo que pararse para que no se le cayesen, porque el corazón le dio un vuelco al verlo. Era muy alto y vestía una casaca azul, con grandes puños rojos en las mangas y bordados blancos, que le llegaba hasta las rodillas. Su pelo rubio, largo y ondulado estaba recién empolvado, y una larga trenza postiza le caía por los hombros. Llevaba un sombrero en la mano y le hizo un gesto elegante, mirándola con unos ojos azules llenos de deseo. Le habló en un idioma que Elvira nunca había oído, y que luego supo que era flamenco. Era el hombre más atractivo que había visto jamás, y tuvo un miedo espantoso. Echó a correr, vertiendo agua por el pasillo.

Pero después de aquello, él la había buscado de fuente en fuente todos los días, y ella había perdido el miedo y se había dejado besar en todos los rincones. No era un soldado cualquiera, sino uno de los alumnos de la Academia de Matemáticas que había en la Ciudadela, donde, según le había explicado, estudiaba con treinta alumnos más para ser ingeniero. Le había dicho que su nombre era Pieter Paul, y había reído mucho cuando ella había intentado pronunciarlo. Desde entonces siempre le llamaba Pol, y a él parecía gustarle.

Ambos hablaban cuatro palabras de castellano, pero eran suficientes para entenderse. El último día de trabajo de las mujeres en la Ciudadela se encontraron cerca de la cantina, y él le dio un beso ardoroso. Pero no quería despedirse de ella, e insistió en volver a verla. Se dieron cita por primera vez fuera de la fortaleza el primer domingo de mayo de hacía dos años. Ella pensó que no podría ir, viviendo en la playa, pero el destino la envió a servir a casa de Agustina, desde donde pudo llegar puntual para encontrarse con su amor. Desde entonces se habían visto cada domingo por la tarde. Durante el primer año sólo se veían un breve ratito a media tarde. Ella lo esperaba cerca del baluarte de Don Fernando, y cuando por fin él salía, paseaban por el nuevo camino que se había construido en medio de la Explanada hacia la parte superior, la menos frecuentada, buscando rincones escondidos y oscuros donde darse besos y tocarse...

El destino, sin embargo, tenía otra carta escondida que todavía facilitó más sus encuentros: la

Academia de Matemáticas se trasladó a unas dependencias del nuevo convento de San Agustín, que los militares habían acabado de reconstruir después de haber quedado en estado ruinoso durante la guerra de 1714. Y Pol también fue a vivir allí, muy cerca de la casa de Agustina.

El cambio supuso para él una mayor libertad. Ya no tenía que volver corriendo antes del atardecer, cumpliendo con los estrictos horarios de cierre de la Ciudadela, sino que podía quedarse en la calle mucho más rato, casi hasta medianoche. Pero llegó el invierno cargado de frío y la Explanada, repleta de barro y baches, se volvió un lugar muy inhóspito para los encuentros de amor. Desde entonces se veían en aquella habitación de costura donde estaba el jergón en que ella dormía, con el beneplácito de la señora de la casa, que sólo había exigido discreción. El señor nunca estaba porque andaba haciendo comercio en Perú, uno de aquellos países de ultramar. La única que puso condiciones para que el joven soldado entrase en aquella casa fue Ginebra. Le enseñó a Elvira a hacer condones con tripas de pescado y le pidió al chico, en flamenco, que se los pusiera siempre. Él, intimidado, asintió con la cabeza gacha. Desde entonces sus encuentros dominicales estaban impregnados de un intenso olor a pescado.

Pero no todo era hacer el amor. Desde que se conocían, su relación había cambiado mucho. Él hablaba bastante mejor el castellano, con una elegancia que a Elvira le resultaba divertida. Ella también lo hablaba mejor, porque viviendo en la ciudad, lejos de la playa, lo tenía que utilizar continuamente. Y Pol era un gran conversador. Le explicaba lo que hacía en la academia, le hablaba de las clases de aritmética, de geometría, de mecánica, de balística y otras disciplinas que Elvira no acababa de entender. También le hablaba de fortificaciones, de las diferencias entre las construcciones civiles y militares... Ella sabía que nunca podría casarse con él, porque pertenecían a dos mundos completamente diferentes, pero no le importaba. Estaba dispuesta a pasar con aquel hombre todo el tiempo que él quisiese dedicarle sin pedir nada a cambio. Nada más que su amor, ya que estaba locamente enamorada. Y aquel primero de mayo estaba ansiosa por verlo porque era una fecha especial: celebraban sus dos años de amor.

El día acababa de despertar soleado. La habitación de costura brillaba iluminada por el reflejo de un rayo de sol en uno de los espejos. Estaba en el piso superior de la casa, en el gran altillo que había bajo el tejado, y era la primera en recibir la luz del día. Elvira se vistió con la ropa que había llevado toda la semana, pero preparó una muda completa limpia para cambiarse más tarde.

Una de las cosas que más le gustaban de vivir allí era precisamente el hecho de poder mudarse cada domingo, y ponerse aquellas ropas elegantes que le había dado Agustina porque la dama las consideraba anticuadas. Casacas y faldones de seda que ella sólo había tenido que estrechar y acortar, porque tenía menos pecho y era más bajita que su señora. Y encima, los delantales de hilo de lino y algodón de un blanco impecable que Agustina le había hecho confeccionar a medida. Le había regalado incluso unas chinelas viejas, que ella cuidaba y lucía como si fuese oro en paño, aunque le iban grandes. Lo único que no le gustaba era aquella cofia blanca que tenía que llevar en la cabeza, porque según la dama era señal de ser una doncella de casa bien, y que le cubría completamente su cobriza melena rizada.

Encendió una candela con las brasas de la chimenea y bajó a la cocina por la escalera de servicio que comunicaba el altillo con el resto de la casa, y que quedaba disimulada entre las paredes exteriores. Al pasar por el primer piso apoyó la oreja en la puerta de servicio de la

habitación de su señora. Todavía debía de estar dormida. Continuó escaleras abajo hasta el piso principal, y se adentró en la cocina. Angelines, la cocinera, ya estaba levantada y había puesto agua a hervir y preparado el chocolate deshecho que desayunaba la dama. Elvira llenó una taza, la tapó con un paño para que se mantuviese caliente y preparó una bandeja pequeña: un platito con la taza y una cucharita de plata, un vaso de agua, unos melindros y la candela. Se ajustó la cofia antes de coger la bandeja y se la subió a la dama Agustina por la puerta de servicio. Angelines la siguió arrastrando dos cubos de agua caliente.

Entró sin llamar, como hacía cada mañana, dejando la bandeja sobre la cómoda y abriendo los postigos de los ventanales para permitir la entrada de la claridad diurna. Pero aquella mañana Agustina ya se había levantado y esperaba impaciente para tomar el baño. Elvira tuvo que darse prisa para prepararlo todo.

El baño era otro de los regalos dominicales. Agustina lo tomaba bien temprano, en la sala de baño que había al fondo de su habitación. Le gustaba sentarse dentro de la bañera llena de agua caliente, vestida sólo con la camisa de lino, cubrirse con un velo de seda blanca como si estuviese en una cama y tomar el chocolate tranquilamente antes de enjabonarse.

Aquel hábito había sido uno de los muchos que Ginebra había impuesto en casa de la dama. A Elvira primero le había parecido una locura, porque era bien sabido que la suciedad protegía el cuerpo de las enfermedades y que lavarse no era bueno para la salud. Pero Ginebra afirmaba todo lo contrario, y la dama lo había aceptado de buen grado y había cambiado el viejo barreño por aquella bañera de madera con patas de metal que se había hecho traer de Francia. Y enseguida lo consideró un gran placer, del que disfrutaba cada domingo.

Después del baño, Elvira la peinaba y la ayudaba a ponerse sus mejores ropas, hechas con tejidos de algodón estampados y bordados de seda. Nunca casacas ni faldones, sino batas abiertas por delante o vestidos con volantes con complicados corsés que le ceñían los senos, y pliegues que se ajustaban en la espalda. Tenía un montón de vestidos, casi diez, y a menudo le costaba elegir. Una vez vestida, la dama bajaba al salón para recibir la visita dominical de su padre, y dejaba que la doncella aprovechase el agua de la bañera y se bañase también. Elvira sabía que era un hábito del demonio, porque nadie que hubiese conocido antes se bañaba nunca, pero desde que lo había probado lo consideraba un regalo de Dios.

Ella, que se sentía una gran pecadora, aprovechaba aquellos momentos de paz dentro del agua caliente para rezar y confesarle a Dios todos sus pecados, porque en la iglesia no los podía confesar. Hablaba con Él de tú a tú, cosa que seguramente también era pecado... Y le pedía una y otra vez que la perdonase y que no castigase a su familia por entregarse a un hombre sin estar casada. Y, por el momento, Dios parecía escucharla.

Una vez rezada, vestida y con la habitación recogida, bajó al salón para acompañar a la señora Agustina y a su padre a la misa de las doce en la iglesia de Sant Pere. Ésa era la peor parte del domingo. El padre de la dama, el señor Canals, era un rico comerciante de tejidos, viudo y muy autoritario, que aprovechaba cualquier momento para darle un azote en las nalgas, tocarle los pechos o pellizcarle la mejilla, especialmente en la iglesia. A Elvira le resultaba de lo más desagradable, pero tenía que aguantarse, porque del señor Canals dependía el mantenimiento de aquella casa. Poseía una fábrica de indianas, unos nuevos tejidos estampados por una cara con

muchos colores que atraían la atención de todas las damas y se vendían cada vez más. Y había sido él quien había enviado a su yerno de expedición a Perú, cargado de tejidos para vender, dejando la casa de la hija sin hombre al frente. El señor Canals había querido que Agustina fuese con su marido, pero la dama se había negado alegando problemas de salud, y su padre, que había perdido la esperanza de tener un nieto que continuase su estirpe, había aceptado a su pesar que el yerno fuese solo. A cambio, ordenó a su hija que no saliese nunca de la casa en ausencia del marido, sólo los domingos, a misa y con él. Lo que el hombre no sabía era que Julia, la antigua doncella de Agustina, recuperada de su enfermedad, acompañaba al yerno en la expedición ocupando el lugar de la dama. Ni que su hija, encerrada en casa, tenía por amante a su doctora.

Ocultarle todos los detalles no era un trabajo fácil, porque el señor Canals, después de la misa, volvía a la casa para comer con su hija. Solía meter las narices en todos los rincones, desde las bodegas y la despensa a las habitaciones, incluida la de costura con la excusa de ver los progresos de los nuevos vestidos que su hija se hacía confeccionar. Pero después de comer, por suerte, volvía a sus negocios y las dejaba en paz hasta el domingo siguiente.

Una de las cosas buenas que tenían las visitas del señor Canals era que de vez en cuando llegaba cargado de telas estampadas y de muñecas traídas del extranjero, ataviadas con vestidos de corte francés, que servían de modelos para los vestidos nuevos de la dama Agustina. Elvira siempre se quedaba embobada mirando aquellas pequeñas damiselas de porcelana, con cabello y todo, que parecían hechas por la mano de un ángel. Como no podía visitar a ningún sastre, Agustina hacía venir a casa todo un séquito de costureras, que se encargaban de tomar medidas, cortar las telas y confeccionar los complicados vestidos en la habitación de costura. Y una vez cumplida su función, el señor Canals recuperaba la muñeca y la devolvía al sitio del que hubiese venido.

Una de las tareas de Elvira consistía en supervisar el trabajo de las costureras cada vez que su señora, que iba sobrada de telas, encargaba un vestido nuevo, sábanas, fundas de cojín, colchas o mantas. Le encantaba ver cómo trabajaban las mujeres con la aguja, y observar cómo le daban forma a las ropas y las llenaban de bordados. Ella había aprendido a remendar la ropa, a zurcir alguna costura desgarrada de un vestido o reemplazar un botón perdido, pero a duras penas podía hacer unos bajos o tocar una cintura, aunque iba aprendiendo cosas nuevas poco a poco. Coser siempre le había gustado, desde que era pequeña, cuando vivía en la playa y su madre le había enseñado a utilizar unas grandes agujas de madera para tejer y apedazar las redes con que su padre y otros pescadores de la familia salían a faenar. Desde aquel fatídico otoño de la gran tormenta en que el mar se lo había llevado todo no había vuelto a remendar una red. Pero a cambio, había aprendido a utilizar agujas pequeñas e hilos delicados.

Pensar en su infancia siempre le humedecía los ojos. Era feliz en casa de la dama Agustina, pero echaba de menos a su familia, a sus amigas, las conversaciones con las vecinas del arenal, las canciones que cantaban cuando se juntaban, las risas de los niños jugando en la playa... y el mar. Era curioso. Nunca lo recordaba como un mar peligroso y causante de muertes, sino en calma y radiante de luz. Añoraba su aroma, que ahora sólo notaba de muy lejos los días de lluvia y viento. Y deseaba ir un domingo hasta las murallas del Mar sólo para volver a contemplarlo, acompañada de su soldado. ¿Por qué no pedírselo esa misma tarde? Eso le alegró aún más el día.

Cuando acabó de recoger el comedor con la criada, salió al porche a esperar a Ginebra, impaciente. Cada domingo le traía noticias de su gente y de lo que estaba pasando en el arenal. Gracias a ella sabía que la pequeña Micaela, a pesar de ser una niña débil y canija, se recuperaba bien e iba creciendo. Se había quedado a vivir en la barraca de la doctora, para ayudar a Carmeta en sus tareas cotidianas y hacerle compañía cuando Ginebra pernoctaba en la ciudad, cosa que sucedía al menos una vez por semana. Así, además, Guillermina podía ir tranquila a trabajar a las cocinas del Palacio Real, sin tener que preocuparse por dejar sola a su hija.

Quien todavía no se había recuperado del todo era la vieja Sabina, que arrastraba la debilidad y muchos de los dolores de aquella gripe que había pillado dos años atrás. Casi no se podía levantar del jergón en que descansaba, en la barraca de Bruna, y era ella, la madre de Elvira, quien se encargaba de cuidarla. Sin embargo, Ginebra opinaba que la gripe hacía tiempo que había desaparecido, y que la culpable de la nueva dolencia era la tristeza.

La vio aparecer por la esquina de siempre montada en la mula, con su larga melena rubia al viento y la capa caída. Curiosamente, ella nunca llegaba por la calle que pasaba ante el cuartel militar, y que se abría amplia y recta hacia la plaza del Born, aun siendo el camino más corto, directo y apropiado para el paso de las bestias, sino a través de los callejones estrechos de la parte de la ciudad. La saludó con la mano y abrió el portalón del patio para que la mula pasara sin que la mujer desmontase.

Las noticias que Ginebra le contó aquel día mientras ataba la mula no tenían demasiado que ver con las mujeres de la familia, ni con sus amigas. Pero eran muy importantes y afectaban a la vida de todas ellas. El capitán general de la ciudad, el marqués de la Mina, había puesto en marcha la construcción de un nuevo barrio fuera de las murallas, y eso implicaba la destrucción de las barracas. La mayoría de la gente del arenal se oponía firmemente a aquella decisión, pero también había quien lo consideraba una gran oportunidad. El administrador de rentas, que estaba muy cerca del pozo de Sant Elm, ya había hecho derribar la barraca que tenía para hacer construir en su lugar una casa de ladrillos, de diez varas en cuadra y siete de altura, que debía servir de modelo para el resto de las casas. Y algunos artesanos y otros trabajadores del mar instalados en la parte de la Marina querían seguir su ejemplo. Aquel cambio afectaba a todo, incluido el matadero, que se había comenzado a dismantelar para ser trasladado al interior de la ciudad, a la parte superior de la Explanada. El plano estaba tan avanzado que se había dispuesto incluso la construcción de una iglesia, situada en pleno centro de aquel nuevo barrio, del cual se pondría la primera piedra el siguiente domingo 8 de mayo.

Elvira miró a Ginebra con ojos espantados. ¿Dónde iría a vivir su familia? ¿De dónde sacaría toda aquella gente humilde dinero para construir una casa? ¿Qué sería de todos ellos? Pero la doctora no tenía respuestas. Todo lo que sabía era a través de los cambios que había a diario, y por los comentarios que hacía la gente, aunque todavía nadie había informado oficialmente a los vecinos de la otra parte del Rec Comtal, y todo el mundo vivía con la incertidumbre de poder conservar su hogar. Ella misma temía por su barraca, y por mantener su permiso de comadrona en el extramuros. Parecía abatida.

La acompañó por las escaleras hasta el primer piso, al salón donde la esperaba la dama Agustina, y se retiró, triste, a la habitación de costura. Su soldado no tardaría en llegar, pero la

felicidad que había sentido por la mañana al pensar en su encuentro se había esfumado ante las malas noticias traídas por Ginebra. Ahora ya no quería ir a contemplar el mar, sino a ver los cambios que se estaban produciendo en su arenal. No podía quitarse de la cabeza a su madre y sus hermanos, porque si les hacían derribar la barraca no tendrían donde vivir. Estaba tan pensativa que no escuchó la llegada de Pol.

De pronto lo vio en la puerta, vestido con uniforme de servicio y mirándola con sus ojos azules entristecidos. Él también traía noticias importantes. Estaba a punto de completar sus estudios, y había sido designado para trabajar como primer ayudante a las órdenes del ingeniero Cermeño en el proyecto de una nueva ciudadela militar. Estaría lejos de Barcelona durante una larga temporada, quizás incluso años. Lo habían informado aquella misma mañana, en una ceremonia de honor, y le estaba esperando un carruaje para llevarlo a su nuevo destino esa misma tarde. Por la mañana tenía que estar en Figueras.

Elvira cayó llorosa a sus pies. Parecía que Dios había dejado de apiadarse de ella y comenzaba a castigarla. Él la cogió por los hombros y, levantándola del suelo, la abrazó y besó largamente, hasta que dijo adiós con los ojos también anegados en lágrimas y se fue escaleras abajo, tan discretamente como había subido. No pudieron hablar más, ni hacer el amor, ni impregnarse de aquel delicioso aroma de pescado... Y ella sintió que aquel adiós era definitivo.

Aquel domingo Elvira despertó más pronto que nunca. Todavía era de noche y en la habitación de costura apenas se veía, pero ella la conocía bien y la atravesó sin tropezar. Abrió la ventana, dejando que entrase el aire fresco, se arrodilló en el suelo y comenzó a rezar el Padre Nuestro mirando un cielo azul oscuro que poco a poco comenzó a teñirse de violeta con las primeras luces del alba. Justo cuando el sol empezaba a hacer su aparición, juntó con fuerza la palma de las manos y elevándolas al cielo inició una nueva oración.

—Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío; por ser Vos quien sois, bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberos ofendido. También me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno. Ayudada de vuestra divina gracia, os prometo firmemente nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me sea impuesta, para el perdón de mis pecados. Amén.

Repitió la oración tres veces, apretando cada vez más fuerte las manos y alzando la voz y los ojos hacia el cielo, pero cada vez que decía «me pesa de todo corazón haberos ofendido», la imagen de su adorado Pol aparecía en su mente, mostrándole que lo que decía era mentira y haciéndola sentir todavía más pecadora. No le pesaba haberse entregado a aquel hombre sin estar casada, ni ir al infierno por haberlo hecho... Además, estaba convencida de que nunca más volvería a pecar, porque su soldado, el causante de que ella fuese una pecadora, se había marchado de su lado. Pero en cambio no podía evitar pensar que su pecado era la causa de la desgracia de su familia, y el sentimiento de culpa le resultaba insoportable.

Tenía que enmendar su error como pudiese y recuperar la gracia de Dios, y estaba decidida a convertir sus domingos en días ejemplares, dedicados enteramente a honrar el Día del Señor. Para comenzar, ya no habría más baños pecaminosos ni más conversaciones con Dios dentro del agua. Ni mucho menos habría tardes dedicadas a hacer el amor ni impregnadas en aroma de pescado. A partir de ahora dedicaría su día libre a visitar a su propia familia, como hacían los buenos cristianos. Lo tenía decidido. Y, en consecuencia, tampoco preparó la muda, como tenía por costumbre los domingos por la mañana. Para volver a la playa lo mejor era llevar la ropa más vieja y sucia que tuviese, y cambiar las chinelas por las alpargatas.

Quien sí tomó su baño religiosamente fue la dama Agustina, que no demostraba ningún remordimiento ni por hacer aquello ni por mantener una relación pecaminosa con otra mujer. Ni ella ni Ginebra le habían dicho nunca abiertamente que eran amantes, pero Elvira las había escuchado gemir de placer muchas veces a través de la puerta de servicio.

Aquella mañana, Agustina tomó tranquilamente el chocolate dentro de la bañera, como era

habitual, y cuando por fin salió y Elvira acabó de ayudarla a vestirse, dispensó a la doncella de ir con ella y su padre a misa. La muchacha le había explicado que era un día importante para su familia, y que tenía que estar junto a su madre, sus hermanos pequeños, su tía, la abuela Sabina, la prima Micaela... Y la dama, que no parecía tener ganas de escucharla más, le había dado el día libre hasta la mañana siguiente. Así se podría quedar a dormir en el arenal y no tendría que volver de noche.

Subió a la habitación de costura para coger todo lo que necesitaba y hacer un fardo. Prendas que habían sido de la dama y que a Elvira no le iban bien, y que sin duda encontrarían entre las mujeres de la familia un cuerpo a medida que las vistiese. También un queso, unas longanizas y una onza de chocolate que había acopiado de la cocina. Y dinero. No era que la dama le pagase demasiado, pero de vez en cuando le daba algunos sueldos y ella le hacía llegar la mayor parte a su madre a través de Ginebra. Aquel domingo no vería a la doctora, porque siempre llegaba después de comer, pero se los podía llevar ella misma a su madre. Tenía ganas de regresar a la playa y ver a su familia, aunque le daba un poco de miedo hacer el camino sola.

Antes de salir se miró en el espejo. No quería volver a su casa con aquella cofia en la cabeza. Se la quitó, se recogió su larga melena rizada con la redcilla que había llevado siempre y se cubrió la cabeza con una mantellina blanca.

Con el fardo en la mano salió de la casa presurosa, cruzando la plaza de Sant Agustí Vell hasta la fuente de la esquina. No fue por la calle del cuartel, que conducía a la Explanada, porque los domingos solía estar llena de militares desfilando. Tomó la calle Carders y se adentró por los callejones, mirando por dónde pisaba y vigilando no chocar con nadie, ya que había mucha gente. No se paró cuando un comerciante le salió al paso para tocarle el culo y ofrecerle que fuese con él a ver las mercancías, ni cuando un mendigo le tiró del faldón y casi la desnuda, ni ante una furcia que insistía en llevarla con ella para enseñarle dónde vivía. Continuó caminando, nerviosa pero con coraje, convencida de que todo aquello le pasaba porque tenía el pecado escrito en la cara, y pensando que se tenía que enmendar mucho para ponerle remedio.

Aminoró el paso cuando llegó a la plaza de Palacio. Allí apenas había nadie, y resultaba extraño. Al fondo vio los soldados que hacían guardia en el portal del Mar y que la miraban desde lejos. Había muchos. Reían, se gastaban bromas y la señalaban haciéndole todo tipo de muecas. Haciendo aquellas cosas parecían estúpidos, ataviados con sus uniformes, pero Elvira sintió miedo. Sabía que pasar entre ellos no le resultaría nada fácil yendo sola. Recordó a Sabina, que siempre le recomendaba bajar la cabeza delante de los soldados e intentar camuflarse entre el resto de gente, pero ese día no había nadie que la pudiese proteger. Buscó con la mirada algún grupo de personas que se dirigiese al puerto, pero en la plaza nadie parecía tener esa intención.

A medida que iba acercándose al portal, los soldados también avanzaron para cortar el paso, con aire satisfecho y gastando bromas. Casi la rodearon, y uno de ellos empezó a sobarle las nalgas y los pechos mientras los otros reían. Pero Elvira no pensaba acobardarse.

—Déjenme pasar, caballeros —dijo en un castellano impecable, alzando los ojos e intentando imitar el tono de autoridad de su querido Pol—. Me esperan en la consagración del templo de San Miquel, y creo que llego tarde.

Los soldados abrieron inmediatamente el cerco que formaban a su alrededor, y mirándola

sorprendidos de arriba abajo la dejaron pasar. Con el fardo en la mano y la redecilla en la cabeza no era precisamente que pareciese una dama, pero al escucharla hablar como si lo fuese, ninguno se arriesgó a molestarla más.

Cruzó rápida el portal, sin apenas dar crédito a que aquellas palabras mágicas hubiesen sido un salvoconducto tan efectivo para evitar que la magreasen. Quizás era Dios, que la estaba ayudando de nuevo...

Muy nerviosa, pero con la cabeza bien alta, emprendió camino hacia el muelle, por delante de las casetas de los barberos, que estaban cerradas. En la playa delante de la muralla las barcas yacían en la arena sin vigilancia, y casi no se veía un alma en aquel lado. En los barcos anclados en el puerto tampoco se advertía el más mínimo movimiento. Tampoco se oían ruidos, ni marineros cantando o silbando... Resultaba extraño.

Al llegar a la altura del pozo de Sant Elm, lo que vio la desconcertó. El camino empedrado estaba repleto de carros y carrozas parados, los caballos descansando. Había soldados en formación por todas partes, pelotones de infantería alrededor de la gente, y un par de unidades de caballería, que parecían estatuas a lo largo del muelle. Y más allá, el barrio de la Marina poco tenía que ver con el que ella había dejado. Todas las grandes barracas de los marineros habían sido derribadas, y las ruinas todavía no se habían retirado. Aquello dejaba a la vista un gran descampado que llegaba casi hasta las barracas de los pescadores en la otra punta de aquel arenal triangular. Y allí en medio, alrededor de uno de los terrenos más espaciosos y nivelados, se congregaban muchísimas personas, centenares, todas las que debía de haber en el arenal, y todas en silencio. Era el lugar donde se estaba oficiando la ceremonia religiosa.

Elvira se recogió las faldas para no ensuciarlas de barro y se miró los pies. Hacía tiempo que no calzaba aquellas alpargatas viejas y las encontraba horribles, pero ciertamente allí le permitían caminar más rápido que las chinelas. Cruzó por donde antes había uno de los almacenes más grandes de los marineros, por delante del cual Sabina nunca la hubiese dejado pasar. Pero ahora no había ningún marinero, ni siquiera uno borracho, sólo montículos de arena y ruinas, y zanjas en el suelo esperando los cimientos de nuevos edificios.

Cuando por fin llegó a donde se agrupaba la gente se coló en medio, atrayendo al paso más de una palmada en el culo o un roce soez facilitado por el gentío. Allí estaba todo el mundo: barberos, artesanos y comerciantes, no sólo del arenal sino también de la ciudad, marineros, pescadores... Incluso hombres y mujeres nobles, vestidos con sus mejores galas, y sentados en suntuosas sillas que alguien había hecho llevar hasta allí. Le costó un buen rato llegar a entrever el espacio central, donde se había preparado un altar con muchas velas, decorado con flores y en el que quemaba un incienso que emanaba un suave perfume. Allí un obispo vestido de blanco y con los ornamentos pontificales estaba oficiando la misa en latín. Detrás del obispo había toda una hilera de autoridades que vestían ropas de gala. Elvira reconoció a algunos de ellos: en un lado el marqués de la Mina, en el otro el alcalde de la ciudad con una faja roja que le cruzaba el pecho, y en medio, para su sorpresa, el ingeniero Martín Cermeño. El ingeniero estaba allí y no en Figueras con Pol, como él le había dicho... ¿Le habría mentado?

Pero no pudo pensar más en su soldado, porque el obispo acabó de dar el Credo y unas voces que parecían angelicales se alzaron cantando letanías a los santos, llenando el lugar con sus melodías y dejando a todo el mundo boquiabierto, incluida Elvira. Cuando acabaron de cantar, el obispo señaló con las manos hacia uno de los lados de la explanada, y un grupo de sacerdotes,

vestidos de blanco, se dirigió hacia el altar llevando un cofre.

Elvira se alegró al reconocer entre los sacerdotes al padre Manel. Buscó por su entorno y, tal como su corazón le había indicado, allí, no demasiado lejos, entre los asistentes vio a la abuela Sabina. Rezaba arrodillada sin levantar los ojos del suelo y parecía envejecida y cansada, pero Elvira se emocionó al comprobar que por fin había salido de la cama. Junto a Sabina, sin embargo, no estaban ni su madre ni su tía, como ella hubiese esperado, sino Ponça, Güelfa, Foix y otras de las mujeres más viejas de la playa. Todas juntas y arrodilladas parecían estar pidiendo misericordia.

Entonces el obispo anunció el acto de colocación de la primera piedra de aquel templo dedicado al glorioso Príncipe de los Ángeles, san Miguel, construido por gloria y gracia de un ilustre Miguel, el muy honorable Jaime Miguel de Guzmán Dávalos Spínola, marqués de la Mina. Firmó unos pergaminos en el altar, invitó a los ilustres reunidos a su lado a hacer lo mismo y, al acabar, guardó uno de aquellos pergaminos en un tubo de vidrio y lo depositó dentro de la caja de plomo que habían llevado los sacerdotes. Según explicó a los fieles allí congregados, dentro del cofre había también reliquias de diferentes santos y monedas de oro y plata. Lo cerró y lo depositó con solemnidad en el agujero cavado en el suelo justo delante del altar. Luego un peón lo cubrió con arena y cemento, y el propio marqués de la Mina, con la ayuda del alcalde y el ingeniero Cermeño, colocó encima la primera piedra, mientras decían unas palabras. Después el obispo procedió a su bendición y la colocación de la cruz encima, y aquellas voces angelicales se alzaron de nuevo. La plegaria de dedicación fue breve, y al acabar se oyeron trompetas, y todo el mundo aplaudió y vitoreó, gritando salvas. El júbilo, en contra de lo que ella se hubiera esperado, se expandió entre los asistentes.

Al comenzar a dispersarse el gentío no tardó en ver caras conocidas. Allí estaban Josefa, Remei e Hilaria, con las mejillas siempre encendidas por el sol y la sonrisa feliz de quien vive cerca del mar. Sus amigas no habían cambiado nada. Pero, por la reacción que mostraron al verla, Elvira sí que había cambiado, y mucho.

—¡Miradla! ¡Si parece una dama! —gritó Josefa, incrédula.

—¿Te han echado del trabajo? —preguntó Remei con tono de preocupación.

—¡Qué falda más preciosa! —añadió Hilaria, que ni siquiera miró a Elvira a la cara y antes de saludarla le cogió la falda para calibrar el tejido de seda.

—¿No me daréis nunca un abrazo de bienvenida? —protestó Elvira, abriendo los brazos.

Las muchachas no tardaron en responder y la abrazaron efusivas. Vestían las faldas de cordellate de siempre, unos trapos de lana tejida en casa, ásperos y rugosos, y sus cabellos desprendían el aroma del agua de mar que Elvira tanto echaba de menos. Josefa, en cambio, enseguida la olfateó a ella, y destacó que olía a jabón del caro. Remei no paraba de hacerle preguntas, y cuando por fin explicó que sólo había bajado a pasar el día, se quedó más tranquila y la abrazó de nuevo. Tenía una noticia especial que darle: durante el tiempo que Elvira había estado en la ciudad, ella había encontrado un novio y estaba a punto de casarse. Todas saltaron de alegría, mientras Remei reía de emoción. Tenían muchas cosas para contarse, pero Elvira quería encontrar primero a su madre y al resto de su familia. Hilaria le ofreció el brazo y, orgullosa de caminar a su lado, la llevó hasta donde se encontraba el resto de mujeres de la playa.

Cuando descubrió a su madre ayudando a las mujeres mayores a levantarse del suelo, Elvira se liberó del brazo de su amiga y corrió hacia ella. Hacía dos años que no la veía y necesitaba

abrazar su cuerpo generoso, oler la dulzura de su piel y sentir su amor incondicional. Bruna la estrechó entre sus brazos, emocionada por la sorpresa del momento, y casi lloró de alegría. No tardó en salir corriendo, loca de alegría, para anunciar a todo el mundo el regreso de su hija.

Sabina, en cambio, no reaccionó ante su llegada, parecía abatida. Elvira le ofreció su brazo para ayudarla a caminar, pero la pobre casi no tenía fuerzas para moverse.

—Nunca he podido conseguir nada de lo que he querido en esta vida —le dijo la vieja, con la voz rota—. Hoy mismo, os he vuelto a fallar a todas...

—¿De qué está hablando, abuela?

Sabina miró a la muchacha con ojos tristes y habló muy flojito. Le explicó que ella, con Ponça, Güelfa y las otras mujeres mayores de las barracas, y con la mediación del padre Manel, habían pedido al marqués de la Mina que les diese una de aquellas casas nuevas de la Barceloneta, que era como denominaban al nuevo barrio que querían construir en el arenal, en la parte de la Marina. La pedían en compensación por haber perdido la casa y la familia en el barrio de la Ribera durante la guerra, y el padre Manel y otros capellanes de Santa María del Mar afirmaban que tenían todo el derecho. Pero ni el marqués ni ninguna otra autoridad habían escuchado sus peticiones, y mucho menos tratándose de mujeres, las cuales no tenían ningún derecho de herencia. Los sueños de todas ellas de morir en una casa propia y ver recuperado su honor y el de sus familias se habían desvanecido.

—¡Déjese de historias, madre, y déjeme saludar a mi sobrina como toca! —interrumpió de pronto Guillermina, contagiada por la alegría de Bruna.

Con ellas también llegaron Pere y Miquelet, los hermanos de Elvira, que habían crecido mucho y ya podían incluso levantar a la muchacha del suelo al abrazarla. Y también Micaela, que no había crecido demasiado y aún se escondía entre las faldas de su madre, como una niña tímida. Con ella iba Carmeta, la compañera de Ginebra, que al saludarla le explicó que la doctora no estaba allí porque había tenido que ir a la ciudad a hacer su asistencia semanal en el hospital. Elvira la miró desconcertada, pero no dijo nada, y guardó para sí misma aquel secreto que la unía a Ginebra. Ella tampoco quería que nadie llegase a saber nunca que había sido la amante de un soldado, y era consciente de que quien no quiere ver aireado su secreto, no debe airear los de los demás.

—Vamos todos a nuestra barraca, ¡que hoy tiraremos la casa por la ventana! —propuso Guillermina, cogiendo a Elvira del brazo—. ¡Esto se tiene que celebrar con una buena cazuela y buen chanquete a la brasa!

Elvira, rodeada por su familia, se sentía feliz, pero no pudo evitar mirar con desconfianza a su alrededor. Los clérigos, las autoridades y los ilustres invitados a aquel oficio, así como los hombres y las mujeres nobles que había entre los fieles, y los soldados que los rodeaban a todos, ya habían despejado el lugar y se dirigían a la ciudad. Y el arenal se veía más desolado que nunca.

Se dejó conducir descampado abajo, en dirección a la parte inferior, donde vivían muchos artesanos y algunos pescadores de luz. Allí, la mayoría de barracas todavía no se habían derribado y la actividad era incesante. Algunos se apresuraban a recoger y empaquetar sus pertenencias, otros desmantelaban ellos mismos sus casetas, para aprovechar los materiales miserables con que habían sido construidas, y todos parecían tener asumido que deberían marcharse. Sus tres amigas, Josefa, Remei e Hilaria, eran hijas de un calafate que construía las barcas en una de las barracas que serían demolidas. Y allí también vivían ellas.

—¿Qué será de vosotras? —preguntó Elvira preocupada.

Pero en lugar de quejas, la respuesta que le dieron las muchachas fue de esperanza. Le explicaron que las autoridades habían prometido a su padre que le darían una casa nueva con un alquiler económico si desmantelaba él mismo la barraca. El tiempo que durasen las obras, como no podía encontrar alojamiento en la ciudad, le habían permitido trasladar la barraca de forma provisional al otro lado del Rec Comtal, más allá de la barraca familiar de Elvira, en la parte que quedaba más cerca del fuerte de Don Carlos. Ellas hacía años que malvivían en un espacio muy reducido, durmiendo encima de mostradores y maderas del taller, y soñaban con tener una casa con habitaciones y camas. Y más que tristes, parecían muy ilusionadas ante el cambio.

Pero Sabina, que aunque iba rezagada escuchó la conversación, no parecía estar de acuerdo. No creía ni una palabra respecto de aquellos alquileres prometidos y no dejaba de renegar de los militares.

—Ven aquí, Elvira, si quieres saber la verdad —dijo, cogiendo a la muchacha del brazo para caminar a su lado.

Elvira estaba impaciente por saber más cosas, e instó a la mujer a que hablase. El marqués había prometido que daría alojamiento a todas las familias del arenal, pero Sabina estaba convencida de que ninguna de ellas tendría nunca suficiente dinero como para pagar un alquiler, y que todo aquello sólo era un engaño para quitarlos de en medio. En todo caso, ella prefería quedarse en su barraca junto al mar, antes que pagar un alquiler, y estaba dispuesta a mantenerse firme en su decisión y enfrentarse a cualquiera que quisiese echarla de su hogar.

—Nadie te echará de ningún sitio, al menos por ahora —dijo Bruna, la madre de Elvira, tranquilizando a Sabina—. Antes de derribar nuestras barracas tienen que acabar las casas de esta parte, y pueden pasar años, quién sabe si lo veremos nunca...

—No seas inocente, Bruna —replicó Sabina—. Hace muchos años que observo a los militares derribar y construir de nuevo, derribar y construir de nuevo, y al ritmo que se ha construido siempre en esta ciudad, yo te digo que como mucho tardarán dos o tres años. Quizá yo sí que habré muerto, pero ¿qué será de vosotras?

—Madre, por favor, déjalo ya —interrumpió Guillermina—. Vamos a darle la bienvenida a la muchacha y a celebrarlo como Dios manda. Tengamos la fiesta en paz.

—Pero la muchacha quiere saber...

—Pues ya se lo explicaremos más tarde, éste no es el momento.

Sabina asintió con la cabeza y las mujeres prosiguieron su camino en silencio. Estaban a punto de cruzar cerca de la desembocadura del Rec Comtal, parte de la playa en que ahora se reunían los marineros borrachos que habían echado de la zona superior del muelle. A aquellas horas del mediodía, y con el sol cayendo con fuerza, casi todos dormitaban por el suelo, con las botellas medio vacías —o vacías del todo— cogidas entre los brazos.

Cruzaron el sucio riachuelo saltando de piedra en piedra, ayudando a las mujeres viejas a no tropezar, y enseguida Elvira comprobó que en esa parte el paisaje también había cambiado bastante. En la playa de la Mar Vella había muchas más barracas de las que ella recordaba. Se apilaban unas sobre las otras formando un gran laberinto que parecía imposible de atravesar. Pero Guillermina, que iba delante, se coló entre dos tapias y el resto de mujeres la siguió. Aquel pasillo conducía a una especie de patio, donde saludaron a unos hombres que jugaban a las cartas. Más adelante, un callejón más ancho las acercó a fachadas que le resultaron conocidas: las de los

curtidores y cordeleros, rodeadas de lino y esparto, que emanaban un tufo insalubre, las de los pescadores, con el pescado y las redes secándose fuera, y finalmente la suya. Pero ya no se veía el mar desde la puerta, porque el arenal había crecido ganando terreno al mar, y delante habían construido una barraca, y más allá otra y otra, que tapaban cualquier vista posible del horizonte.

Pasada la ilusión de las primeras semanas, volver a la playa cada domingo se convirtió casi en un castigo para Elvira. Ella hubiese preferido ir sólo de vez en cuando, pero cuando Bruna, su madre, se percató que a la dama Agustina no le importaba que su doncella pasase una noche a la semana fuera de casa, no supo encontrar ninguna excusa para evitarlo.

Por la mañana acompañaba a la dama y su padre a misa, como era habitual, después ayudaba a la cocinera a servir la comida y recoger la mesa, preparaba su fardo antes de salir y llegaba al portal del Mar a primera hora de la tarde. Bruna obligaba a sus hermanos a ir a esperarla cada domingo al muelle para acompañarla por el arenal en obras hasta la barraca, y también todos los lunes por la mañana, para que la muchacha no tuviese que ir nunca sola. Elvira se alegró, porque así ningún hombre se atrevería a tocarle el culo, y ella podría pasear tranquila con los muchachos. Miquelet, el más pequeño, era alto, robusto y muy callado. En cambio Pere, el mayor, era bajito y enclenque y no paraba de hablar, y siempre la hacía reír con sus bromas. Aquéllos eran los únicos momentos en que podía compartir un rato con ellos, porque los muchachos siempre estaban pescando con caña, buscando maderas o haciendo vida en el cobertizo, donde entre los dos estaban construyendo una pequeña barca para poder echarse al mar y convertirse en pescadores de verdad.

Llegaban a la barraca familiar a media tarde. A aquellas horas Sabina siempre recibía la visita de las mujeres más viejas del arenal: Ponça, Güelfa, Foix... Y Bruna preparaba cazuela de pescado para la cena sin apenas hablar con nadie.

En cambio, la abuela Sabina hablaba todo el rato. Reclamaba y reclamaba su derecho a tener una casa nueva de propiedad, y contaba historias de cuando ella era pequeña y vivía dentro de la ciudad amurallada, en el barrio de la Ribera, aquel barrio arrasado por el ejército Borbón en 1714. Hacía memoria de todo, de cómo eran las calles, de qué tiendas y talleres había, de quién los regentaba, de qué había sido de cada uno de ellos, con tantísimos muertos por el camino... Y de dónde vivían ahora los pocos supervivientes que quedaban, aquellos que se habían mudado cerca de la Rambla, y los que, como ella, los más pobres, habían ido a parar a las barracas del arenal.

Enumeraba uno por uno a los pescadores llegados de la Ribera que habían construido las primeras barracas en la playa. Josep, padre de la familia que la acogió a ella con su hija recién nacida en los brazos; Miquel, que con los años se convirtió en suegro de Guillermina y abuelo de Micaela; Tomeu, marido de Ponça; Marçal, marido de Foix, y Pep, marido de Güelfa, que cuando llegaron al arenal eran chiquillos huérfanos sin casa donde ir; Joan, Gonçal y tantos otros, todos

ellos muertos en el mar. No quedaba ninguno vivo de aquellos hombres, pero todos habían dejado viudas, hijos e hijas que también tenían derecho a reclamar sus casas perdidas.

—Han pasado casi cuarenta años, abuela. Nadie se acuerda a estas alturas...

Bruna siempre intentaba quitarle hierro al asunto, pero Sabina no cejaba. Decía que ya entonces, pasados unos años después de la guerra, las autoridades habían prometido a los que habían perdido sus casas que les serían restituidas. Explicaba que, incluso, cuando se comenzó a construir la Ciudadela también se había hablado de construir un barrio nuevo en el arenal. Los vecinos de la Ribera que se habían quedado sin casa habían sido mareados por unos y por otros, les habían hecho promesas de recuperar sus casas, pero todas aquellas promesas habían quedado incumplidas y ellos habían acabado viviendo en las barracas por siempre jamás. Todo aquello sólo había servido para que nunca nadie les hubiese podido echar de la playa, aunque lo habían intentado. Pero ella, Sabina, juraba y perjuraba que nadie la movería de su barraca, lo único que tenía. Nunca aceptaría ir a vivir de alquiler, y estaba decidida a quedarse allí hasta el final de sus días y luchar para conseguir que la escuchasen y le diesen lo que era de ella y de su familia: una casa en propiedad. Le pertenecía por derecho propio, como compensación por la destrucción de la casa que había sido de su padre y que todavía sería de ella si los militares no la hubiesen hecho derribar para construir la maldita Ciudadela.

Elvira había querido ofrecer su ayuda en muchas ocasiones, pero las mujeres apenas le hacían caso. En cambio, siempre requerían a Micaela, que vivía en la barraca de Ginebra pero bajaba con Carmeta todos los domingos por la tarde para visitar a la familia. Era una niña muy silenciosa y callada, que hablaba poquito y todavía se escondía entre las faldas de su madre, pero Ginebra le había enseñado a leer y las mujeres le pedían a menudo que descifrara los pocos documentos que habían podido rescatar.

Sabina conservaba un papel del año 1718, de cuando Josep había ido con otros vecinos supervivientes de la Ribera a pedir misericordia a la parroquia de Santa María del Mar y los clérigos les habían ayudado a exponer sus peticiones ante las autoridades. La tinta se había emborronado a causa de la humedad, y por eso lo conservaba como un tesoro en una caja de madera y envuelto en un fardo de ropa, que lo mantenía bastante seco y protegido. Era la copia de un edicto firmado por un tal marqués de Castel-Rodrigo, por el cual se reconocía el derecho de aquellas familias a tener una casa, o al menos eso decía Sabina. Pero por lo que leía Micaela, ninguna de las otras mujeres lo acababa de ver claro.

—«Aprobando S.M. el Proyecto del...»

—S punto M punto quiere decir «Su Majestad», el rey —puntualizó la vieja Sabina, mientras el resto de mujeres asentía con la cabeza.

La niña comenzó de nuevo la lectura.

—«Aprobando S.M. el Proyecto del Marqués de Verbóm, General de Ingenieros, mandara señalar terreno en la Playa entre el fuerte del Infante Don Carlos y el Muelle viejo, á las Gentes de Mar, para edificar Barracas respecto de havérseles demolido las que habitavan en el Barrio de la Rivera, para explanada de la Ciudadela, y que no bastando éstas, se conceda terreno á otros vecinos...» —La niña dejó de leer—. El resto ya no se entiende, abuela. Ya lo sabe.

—Pero queda bien claro que se les tiene que conceder terreno a «las gentes de mar» —remarcó en castellano—. Y que tenemos derecho a que nos den una casa.

—Abuela, este documento no tiene ningún valor —intervino Bruna—. En ningún lugar aparece

su nombre ni el de su familia, ya se lo ha dicho el padre Manel...

Pero Sabina continuaba con su discurso, mientras el resto de mujeres viejas le daban la razón. A Elvira no le gustaba encerrarse toda la tarde al lado del fuego, con ellas, prefería salir a la playa para encontrarse con sus amigas.

Remei estaba muy enamorada de su novio, y pasaba con él todo el tiempo que podía besuqueándose entre las barcas. Era un estibador al que llamaban el Bribón. Elvira se lo encontraba trabajando muchos lunes por la mañana, cuando ella regresaba a casa de la dama. No era muy alto pero sí fuerte, y caminaba con las piernas abiertas como si acabase de bajar de una mula más grande que la de Ginebra. Iba siempre rápido y seguro, subiendo y bajando de las barcazas, descargando mercancías, y escurriéndose con sus cargas entre el gentío del muelle y el puerto. Tenía unos brazos fuertes y musculosos que siempre llevaba descubiertos, un pelo despeinado dorado, la mandíbula cuadrada con un poco de barba y los ojos de un verde intenso, y todo en él podía resultar atractivo, pero a Elvira su mirada le provocaba escalofríos.

Pertenecía a una familia que se dedicaba de toda la vida a estibar, y se veía que tenían dinero. No vivía en las barracas, sino en la ciudad, y le había pedido a Remei que se casase con él para llevársela allí. Pero Remei no quería ir a la ciudad con los suegros, y como el Bribón había dado la entrada para comprarse una de aquellas nuevas casas de la Barceloneta, ella prefería continuar con el noviazgo hasta que estuviese acabada. Soñaba casarse en la iglesia de San Miguel e ir a vivir a la nueva casa, como una gran dama. Y entretanto lo hacía esperar.

Josefa, que de las tres hermanas era la mayor, no tenía novio. Estaba convencida de que se quedaría para vestir santos, y nunca se arreglaba ni apenas salía de su barraca. Elvira la consideraba una tontaina y se aburría con su compañía, y poco a poco dejó de verla.

Hilaria, por su parte, siempre estaba en la playa. Coqueteaba todo el rato con los pescadores, especialmente con uno llamado el Pechinas que no le quitaba los ojos de encima. Aquel muchacho y sus amigos eran muy alegres, y con ellos Elvira compartió tardes de verano muy agradables. Hilaria jugaba con él como si fuese una niña pequeña, corriendo descalza por la arena y levantándose las faldas. Elvira no podía evitar mirarla con envidia y recordar a su querido Pol. ¿Qué habría sido de él? ¿Seguiría en Figueras? ¿Por qué el ingeniero Cermeño estaba en la Barceloneta y él, si se suponía que era su primer ayudante, no lo acompañaba? ¿Qué había en Figueras para un ingeniero que fuese más importante que la construcción de un nuevo barrio con cuarteles e instalaciones militares?

Cada lunes por la mañana, cuando hacía el camino de regreso desde la barraca de la familia a la ciudad, Elvira observaba con detalle la evolución de las obras del nuevo barrio. Lo miraba desde la perspectiva de todo lo que le había explicado Pol. Primero se tenía que nivelar el terreno, y por eso había grandes montañas de arena aquí y allá. Después se tenían que cavar las zanjas para hacer los cimientos de las casas, y todo se llenó todavía más de montañas de arena. Todo era movimiento, con soldados y obreros que trabajaban arriba y abajo y mozos que descargaban materiales por todas partes. Las obras llegaban hasta el muelle, donde estaban los marineros y estibadores haciendo su trabajo, y cruzar por en medio no siempre era fácil, pero le gustaba hacerlo. Entendía los trazados de las futuras calles, la disposición de los edificios, la planta de las casas... Poco a poco las montañas de arena empezaron a desaparecer y en su lugar se acumularon pilas de ladrillos, maderas y sacos de cemento. Y pasado el verano empezaron a pavimentar los suelos y a levantar paredes que dieron forma a los futuros edificios. Se habían

proyectado nueve calles, con la plaza de San Miguel en el centro, presidida por la iglesia, y otra plaza bastante más grande detrás del ábside, presidida por un gran cuartel militar. En la parte superior del barrio, casi a orillas del canal de riego, en dirección a la barraca de Ginebra, también se había proyectado un segundo cuartel militar, el de infantería, aunque no tan grande.

Los trabajadores que construían aquel nuevo barrio de la Barceloneta trabajaban todos los días de sol a sol, incluso los domingos. Había centenares de hombres haciendo todo tipo de trabajos, y no cesaban de llegar otros nuevos de fuera de Barcelona, dispuestos a hacer avanzar las obras al ritmo que demandaban las autoridades militares. Como dentro de las murallas faltaban alojamientos para acogerlos, muchos se instalaban allí mismo, en la playa. Y así, a medida que las obras del nuevo barrio avanzaban en la parte de la Marina, en la otra orilla del Rec Comtal, la zona de barracas de la playa de la Mar Vella también crecía y crecía en dirección al fuerte de Don Carlos, llenando todo el perímetro del arenal. De golpe llegaban un par de hombres, levantaban una o dos tapias junto a una de las barracas ya existentes, las cubrían con maderas o puertas viejas que hacían de techo y ya tenían vivienda. Había hombres venidos de todas partes, de comarcas del interior, de otras poblaciones de la costa catalana, de Valencia y Mallorca, incluso de Francia e Italia. También había un nutrido contingente de vagabundos del mundo entero, la mayoría marineros que se habían quedado borrachos en el puerto y ahora deambulaban por la playa como almas en pena. También había granujas de toda calaña, entre los vagabundos, los trabajadores e incluso entre los soldados. Y muchas mozas acompañadas de furcias viejas, también venidas de todas partes, que buscaban fortuna haciendo de prostitutas en aquel nuevo barrio repleto de hombres solos.

Aquél fue el motivo por el cual las familias de siempre del arenal comenzaron a atar más corto que nunca a las hijas en edad de merecer, como sus amigas y ella misma. Y cuando los calores del verano empezaron a apretar, las mujeres mayores prohibieron a las muchachas que pasasen las tardes en la playa, y todas tuvieron que cambiar la línea del horizonte por las chispas del fuego de los precarios hogares de las barracas.

En la barraca familiar, alrededor del fuego, los domingos por la tarde continuaban como siempre. Bruna cocinaba cazuela mientras Sabina y el resto de mujeres viejas conversaban tristes o furiosas, exponiendo las injusticias que habían vivido cada una de ellas, planteando quejas reiteradas y tramando planes para defender sus derechos que nunca llevaban a cabo.

Elvira, cansada de aquellas conversaciones, siempre que podía se escapaba al patio de atrás. Y poco a poco, Micaela también comenzó a escaparse para ir con ella.

Se sentaban en el suelo, entre las cuatro tapias, mirando el fragmento de cielo que tenían justo encima. A Elvira le encantaba descubrir formas en las nubes, como ovejas, flores o mariposas, mientras pensaba en su Pol. Y Micaela, que también buscaba formas en las nubes, cantaba letanías con una voz muy flojita pero absolutamente angelical.

A Elvira le gustaba que la niña cantase, y poco a poco la fue animando a elevar la voz y subir el tono. Era pequeña, delgaducha y tímida, pero tenía una voz potente que salía de su cuerpo con total armonía. Ambas entonaban canciones populares, y otras que se inventaba Micaela y que le enseñaba a ella...

Así pasaron el otoño, el invierno, una primavera y un nuevo verano. Pero al comenzar el

siguiente otoño, todo cambió. Al llegar un domingo al portal del Mar, junto a las casetas de los barberos, donde siempre se encontraban, en lugar de sus dos hermanos sólo encontró a Miquelet. El chaval le explicó que, desgraciadamente, Pere ya no vivía en la barraca familiar. Aquello que siempre habían intentado evitar Bruna y las demás mujeres de la familia, finalmente había pasado. Los regidores de la ciudad habían ido a la playa en busca de quintos, y se habían llevado al muchacho, que ya había cumplido los quince. Lo habían enrolado como marino en un barco de la Corona que iba a Cádiz, y de allí de expedición a Perú.

Perú... Elvira se quedó pensativa. Aquél también era el país donde había ido el marido de la dama Agustina a abrir comercio, ya hacía más de dos años, y no habían vuelto a tener noticias de él. ¿Qué habría allí tan lejos para atraer a gente de este lado del mundo? Lo que estaba claro era que tardarían años en volver a saber nada de Pere, y en volver a reír con sus bromas. Y parecía que aquello había sumido en una profunda tristeza a Bruna.

El clima tampoco ayudaba demasiado a animar el ambiente. Sólo corría el mes de octubre, pero parecía pleno invierno, un invierno duro, muy frío y sobre todo muy húmedo. Cuando no llovía había niebla, y el arenal siempre estaba enfangado. Carmeta tenía dolor de huesos y necesitaba descansar en la cama y estar calentita, y ya no volvió a bajar a la barraca familiar ningún otro domingo por la tarde. Y Micaela tampoco lo hizo, porque se tenía que quedar con ella cuidándola mientras Ginebra estaba fuera.

Elvira echó mucho de menos a la niña, su compañía y también su preciosa voz. Añoraba las canciones que cantaba y las risas que acompañaban los cantos, y de pronto volver a la playa se le hizo más triste que nunca. Sabina no ayudaba demasiado, siempre quejándose y reivindicando su derecho a tener una casa. Había conseguido que el padre Manel la ayudase a ella y al resto de mujeres viejas para presentar de nuevo su petición al marqués de la Mina, pero todo lo que había conseguido el sacerdote era hacerse con la parroquia de San Miguel. Era una buena noticia, sí, Sabina estaba de acuerdo, pero aun así no era la buena noticia que ella esperaba. El padre Manel, sin embargo, había prometido continuar ayudándolas y, una vez acabadas las obras, buscar la manera desde la nueva iglesia de encontrar una solución a aquel conflicto. Pero la vieja no lo creía.

Un día en que estaba también Guillermina, Sabina no pudo evitar reñirla.

—Tendrías que ser tú quien se lo pidiese al marqués y no el padre Manel. No sé de qué nos sirve que trabajes para él —estalló.

—Madre, ¡por el amor de Dios! —Guillermina la miró enfadada—. Trabajo en las cocinas de su palacio, pero no tengo ningún derecho a acercarme a él, ni ninguna intención. ¡Ni siquiera lo he visto nunca desde que estoy en el palacio!

—¡Pues tendrías que buscar la oportunidad! —La vieja le clavó una mirada severa.

—Madre, por el amor de Dios, el mentiroso tiene que tener buena memoria. ¿No recuerda lo que pasó en la Ciudadela? ¿Cómo quiere que yo me presente ante el marqués a pedir nada? ¿Y si me pregunta por el capitán Díez de Montoya?

De pronto Sabina enrojeció y el cuello se le hinchó de tal forma que parecía que se había tragado su propia lengua. Y de hecho, no volvió a hablar. Se quedó en silencio, mirando el fuego fijamente, mientras el resto de las viejas se iba también en silencio cada una a su barraca. El avance de aquel nuevo barrio que ponía en peligro sus hogares había ido tan rápido que las mujeres habían olvidado el horrible acontecimiento que había tenido lugar hacía más de tres años.

Además, la decisión de no hablar nunca del tema delante de la pequeña Micaela había comportado que todas ellas lo olvidasen, especialmente Sabina. Ésta, después de una larga enfermedad, había recuperado la fuerza para defender sus derechos a tener casa, y entusiasmada con aquella lucha había olvidado el resto del mundo. Y ahora parecía sentirse de nuevo aquella pecadora espantada por haber cometido el peor pecado imaginable: matar a un hombre.

A partir de aquel domingo ni siquiera las viejas iban a la barraca familiar a pasar las tardes. Sabina miraba el fuego entristecida y sin decir ni una palabra, mientras Bruna, también triste, cocinaba cazuela, Miquelet pasaba las horas en el cobertizo construyendo su barca y Elvira se entretenía cosiendo ropa para llevarle algún domingo a Micaela, que estaba creciendo mucho.

Pasadas las celebraciones de Navidad, a Guillermina la liberaron del trabajo en las cocinas del palacio varios domingos seguidos, y Elvira por fin tuvo alguien con quien conversar. Su tía había empezado trabajando sólo los fines de semana, pero a medida que pasaba el tiempo cada vez la requerían más días, a tal punto que ahora pasaba casi las semanas enteras allí. Por lo que explicó, el cocinero jefe no se encontraba bien de salud y cada día necesitaba más que alguien le acompañase a todas partes, pero no se entendía con los hombres. En cambio, con ella parecía haber cogido confianza. De vez en cuando, el pobre hombre no podía controlar sus esfínteres, y como era una persona obsesionada con la limpieza, lo pasaba muy mal. Guillermina siempre lo ayudaba a limpiarse, porque él solo no podía, y el hombre se lo agradecía con los ojos rebosantes de amor. Pero ella estaba cansada de hacer aquel trabajo, entre las cocinas y las letrinas, y soñaba con un futuro mucho mejor.

—¿Y cuál es ese futuro con el que sueñas? —le preguntó la muchacha con curiosidad.

Entonces Guillermina le explicó que ella se imaginaba a menudo al frente de la cocina de una taberna en una de las casas nuevas que se estaban construyendo en la Barceloneta. Una casa de comidas donde ella pudiese fijar los menús en función de lo que le apeteciese cocinar. Quería tener a su disposición los mismos ingredientes que ahora tenía en las cocinas del palacio —merluza, rape, gambas, almejas, etc.—, pero cocinarlos según quisiese ella y no tal y como le mandaba el cocinero jefe.

Aqué! era un sueño imposible de conseguir. Con lo que ganaba trabajando en el Palacio Real era impensable reunir el dinero necesario ni siquiera para pagar un posible alquiler, y mucho menos para comprar todo lo que se requería para abrir una taberna. Pero aquello no quitaba que a ella le gustase imaginárselo, y que cocinara en su cabeza las recetas que prepararía.

—¿Y si vendemos el anillo? —preguntó Elvira, observando como la vieja Sabina apartaba inquieta los ojos del fuego para mirarlas a las dos—. He oído hablar de una casa de empeños que abrió hace unos años en la ciudad, la llaman el Monte de Piedad. Quizá podríamos empeñarlo por mucho dinero...

—¡Ni hablar! —contestó Guillermina—. Esa joya tenemos que protegerla y tenerla bien escondida, manteniendo en secreto su existencia. Quién sabe si podría delatarnos a todas. A la boca que no habla Dios no la escucha, ¡recuérdalo siempre!

La imagen de aquel hombre muerto con el pene erecto se precipitó en su mente, acompañada de otras imágenes de Pol desnudo... y Elvira no pudo más que bajar la cabeza y rezar un Ave María. Las pecadoras como ellas no tenían derecho a soñar.

A pesar de las lluvias de aquel invierno pasado por agua, las obras continuaban avanzando. Cruzar el portal del Mar y adentrarse en el antiguo Arenal de la Marina cada domingo suponía nuevas sorpresas. Las obras habían cambiado por completo el paisaje. El terreno donde se construía el nuevo barrio se había elevado, y el nuevo muelle se configuraba en dos niveles, uno superior que parecía un paseo, donde había escaleras que bajaban al otro, el nivel inferior, a orillas del mar, y donde también se estaban construyendo nuevas casetas. Con aquella división, ya no se veía a los marineros ni a los estibadores descargando las barcas, pero se contemplaban mejor los grandes barcos fondeando en el puerto.

Y en el otro lado del muelle, el nuevo barrio de la Barceloneta comenzaba a lucir. Además del paseo que daba a la parte del muelle había ocho calles longitudinales perfectamente definidas, con los edificios levantados en ringlera, formando largas manzanas rectangulares y muy alargadas, y las fachadas de las casas, de dos plantas, adosadas las unas a las otras en hileras de ocho o diez. Por lo que había oído decir, no se podía construir más alto de dos plantas para no interferir en la línea de tiro de las baterías de la Ciudadela, y aquello le provocaba escalofríos sólo de pensarlo.

La iglesia estaba en el centro del nuevo barrio, con una plaza delante, y en el templo se alzaban ya los cuatro pilares que sostendrían la cúpula central, y la fachada principal se estaba prácticamente acabando. En la otra plaza, la que quedaba en la parte de atrás de la iglesia, las obras del enorme cuartel de caballería estaban muy avanzadas. Había soldados por todos lados, pero especialmente allí y junto al canal de riego, donde se construían los cuarteles, y también en la parte inferior, donde se estaban proyectando las Casas del Rey, destinadas a almacenes militares. Elvira siempre los miraba e intentaba pasar cerca de ellos, a pesar del recelo de su hermano. Había visto en alguna ocasión al ingeniero Cermeño, y siempre buscaba entre los uniformados por si veía a su querido Pol. Pero ninguno de aquellos soldados se parecía lo más mínimo a él.

Lo echaba mucho de menos, especialmente en aquellos momentos, porque Bruna, su madre, no hacía más que insistir en que tenía que escoger un novio entre los pescadores jóvenes para casarse. Ella no quería ni pensar en matrimonio, pero Miquelet, su hermano pequeño que la acompañaba en todos los trayectos por el arenal, le había presentado a un pescador que siempre que la veía le lanzaba un piropo y la hacía reír. Se llamaba Manel, pero todo el mundo le llamaba el Sardina. Formaba parte de la cofradía de pescadores, y Miquelet, que también quería ser pescador e ingresar en la cofradía, estaba muy interesado en hablar con él.

Normalmente lo encontraban en la playa los domingos por la tarde, antes de salir a pescar, sentado en su barca zurciendo una red o sencillamente mirando el mar. Pero aquel día lo

encontraron muy cerca de las obras de la iglesia. Iba con más hombres, y estaban todos revolucionados hablando y gritando a la vez. El chico, al verla, dejó de lado al grupo y se acercó para saludarla.

—¡Buen día tenga la moza más guapa de esta playa!

Elvira le hizo una mueca. No quería que se pensase que le gustaban los piropos y procuraba mantenerse distante.

—¿A qué viene tanto jaleo? —preguntó ella, señalando al grupo de hombres que discutían.

—Es por culpa de estas malditas obras, ¡nos traen a todos de cabeza! —respondió él, que parecía deseoso de charlar con ella—. Nos han hecho sacar los tendedores y ahora no tenemos donde tender las redes ni donde zurcirlas tranquilamente. El arenal está repleto de material y la playa de barracas, y apenas si hay espacio para las barcas. Y ahora, encima, para continuar las obras y rehacer de nuevo el puerto, quieren derribar la capilla de la Riba, donde tenemos la Virgen de la Piedad. De los pescadores nunca nadie se acuerda, ni siquiera en nuestro propio barrio, y por eso hoy nos hemos reunido todos, ¡para defender nuestros derechos!

—¿Quieren derribar la capilla? —Elvira no daba crédito.

—Sí, y también la caseta de sanidad —añadió el chico—. Los pescadores no vamos casi nunca al dispensario, pero los marineros están enrabiados. Hoy nos reunimos los del gremio de pescadores con los del gremio de descargadores. Pero eso no es cosa para damas guapas...

Elvira se puso colorada, bajó la mirada y se resguardó detrás de su hermano, que observaba el grupo de pescadores plantado allí en medio como un pasmarote.

—¿Ya sabes que Josefa se ha casado? —le preguntó el Sardina, haciéndole levantar de nuevo la mirada, sorprendida.

—¿Josefa? Pero ¡si no tiene novio!

—¡Ja! Eso es lo que os pensabais todas, ¡os tenía bien engañadas! Pues ya ves, se ha casado preñada como una vaca, ¡y está a punto de tener al niño!

—Pero ¿qué dices? No puede ser... ¿Con quién se ha casado?

—Pues con el Bribón, ¡con quién si no! Mientras Remei se hacía la estrecha y lo hacía esperar, Josefa se lo beneficiaba... Las chicas de este barrio tendríais que ir más rápido cuando un hombre se interesa por vosotras, ¡porque hay muchas mujeres por el mundo!

Elvira volvió a bajar la mirada y se acurrucó aún más detrás de su hermano. El muchacho por fin se decidió a hablar.

—Oye, Sardina... —dijo, nervioso—, ¿puedo ir con vosotros a la reunión?

El Sardina se echó a reír, y cogiéndolo por los hombros lo llevó junto al grupo de hombres, que continuaban vociferando todos a la vez. Elvira los miró alejarse sin apenas verlos, porque en la cabeza sólo tenía la imagen de Remei. ¿Qué habría sido de ella? Su hermana mayor, aquella tontaina que iba para solterona, le acababa de robar el novio, y con él la casa de la Barceloneta y el sueño de casarse en la iglesia de San Miguel...

—Un momento —oyó decir al Sardina—. Os quiero presentar a este chaval. Es el hijo de Pere *el Chanquete*, a quien Dios tenga en su Gloria. El chaval ya tiene trece años y quiere empezar a trabajar con nosotros llevando luz en su propia barca. Lo llamaremos Chanquete, ¡como a su padre!

Elvira miró cómo acogían a su hermano con abrazos, chácharas y exclamaciones, y entendió que aquel día tendría que volver sola a la barraca familiar. Era un momento importante para

Miquelet y ella allí era un estorbo. Miró el camino entre aquellas calles ya casi definidas, y echó a andar entre los obreros que trabajaban y que alzaban la cabeza para verla pasar.

Se cubrió la cabeza y se envolvió con la capa de lana que había heredado de la dama Agustina, que le iba larga y arrastraba por el arenal, y continuó con la cabeza bien alta. Como hacía mucho frío, llevaba dos pares de medias de lana, lo que hacía que los zuecos le quedaran estrechos. Y aun así, tenía los pies congelados. La mano en que llevaba el fardo lleno de ropas, hierbas y alimentos también se le congelaba, y tenía que pararse para calentarla con el aliento.

Cuando las obras y los materiales quedaron atrás y el descampado que precedía al canal de riego se abrió ante ella, Elvira bajó la cabeza y levantó los ojos. Tenía que ir con cuidado en aquella parte. Se ajustó la capa y miró alrededor. Allí delante había uno de aquellos grupos de marineros perdidos, que nadie nunca sabía si estaban a punto de coger un barco a ultramar o eran vagabundos. Se los veía a todos borrachos, y era mejor alejarse de ellos. La muchacha tomó el camino más largo, y en lugar de cruzar el canal de riego por aquel lado, bajó en dirección a la playa. Era plena tarde, y aunque había niebla, de lejos vio que cerca de la desembocadura había hogueras con grandes perolas, donde probablemente las mujeres de los pescadores estaban tiñendo las redes.

A medio camino, sin embargo, uno de aquellos marineros le salió al paso. De un manotazo le hizo caer la capa, dejando que su rizada melena cobriza brillase entre aquella fría neblina de invierno. El hombre enseguida la magreó, le tocó los pechos y el culo mientras ella intentaba defenderse, pero no tardó en tirarla al suelo. Elvira lo vio caer encima de ella, babeando sobre una barba negra asquerosa, y con una boca llena de dientes podridos. Intentó clavarle la rodilla en la barriga, pero el hombre le dio una bofetada y ella casi perdió el conocimiento.

Su cabeza se confundió en la niebla y su mente se entretuvo en rezar: «Ave María Purísima, llena eres de gracia...» Aquel hombre la cogía como si fuese un objeto, y ella no podía hacer nada más que cerrar los ojos. Pero de pronto, un grito paró en seco a su agresor, y oyó dos puñetazos que derribaron al hombre. Elvira abrió los ojos y vio al Sardina propinarle otro sopapo al barbudo antes de que saliese corriendo.

—Una dama no debería ir nunca sola por este arenal —le dijo el chico, dándole la mano para ayudarla a levantarse del suelo.

—No soy una dama, sólo soy una doncella —respondió ella, agradeciéndole la ayuda.

—Pues una doncella tan guapa como tú no debería ir nunca sola por este arenal.

El Sardina cogió el fardo del suelo, y ofreciéndole el brazo la acompañó hasta la puerta de la barraca familiar. Hicieron el camino casi sin hablar, pero al despedirse él intentó darle un beso. Ella le estaba muy agradecida por haberla salvado de aquel bruto asqueroso, pero aunque el corazón le pedía aceptarlo, rechazó el beso. Y el chico, bajando la cabeza, se fue sin volver la vista atrás.

—Manel es un buen muchacho, deberías haber aceptado su beso —le dijo Bruna—. No tendrías que dejar escapar esta oportunidad para casarte...

Su madre había observado la escena, y su rostro mostraba una gran satisfacción. Hacía tiempo que Elvira no la veía sonreír; desde que su hermano Pere se había ido. Pero el Sardina parecía haberle alegrado el día. Según la madre, aquel chico era un gran partido, un buen pescador y además un hombre muy guapo.

Y era cierto. Elvira también lo encontraba atractivo. Era alto y delgado, con la piel bronceada

y un pelo negro brillante que le crecía largo y de punta sobre la cabeza como una aleta de pescado. Tenía ojos azul marino y una mirada profunda que te transportaba al fondo del mar. Y era simpático como él solo, con una sonrisa deliciosa que hacía desear ser feliz. Pero Elvira no quería pecar nunca más, y se había prometido que si no podía ser de Pol, el hombre a quien había entregado su virginidad y que le había robado el corazón, nunca sería de nadie.

No volvió a ver al Sardina en todo lo que quedaba de invierno, ni a lo largo de la primavera. Aunque no quería parecer interesada por el chico, no pudo evitar preguntar a su hermano por él. Pero Miquelet, que era un muchacho de muy pocas palabras, sólo le dijo que andaba muy atareado.

Un domingo caluroso de principios de verano, al llegar a la barraca familiar se encontró una sorpresa que le alegró la tarde. Su amiga Hilaria, a quien, aunque vivía sólo unas barracas más allá, no veía desde hacía casi un año, había venido a visitarla con su madre, Empar, y la esperaba impaciente. La cogió del brazo y la condujo al patio de atrás para hablar con ella a solas. Traía una buena nueva: el Pechinas por fin le había pedido matrimonio y ella había aceptado.

Después de la deshonra que había supuesto para su familia el embarazo y la boda precipitada de Josefa, el padre estaba dispuesto a tirar la casa por la ventana y dar un gran banquete, y ya se había acordado que sería el último domingo de agosto. Como ya no había capilla en el muelle y todavía no se habían acabado las obras de San Miguel, el padre Manel se había ofrecido para improvisar una ceremonia sencilla en una de las barcas de la playa, al aire libre... Hilaria irradiaba alegría. Toda la gente de la playa estaba invitada, y Elvira, por descontado, también.

—¿Dónde iréis a vivir?

—Por ahora a la barraca de la familia del Pechinas...

—¿Y qué te pondrás? —le preguntó Elvira, mirando la camisa vieja y la falda de cordellate remendada y sucia que la chica vestía.

—No tengo nada para estrenar. Mi dote es una cama de madera que ha hecho mi padre y un jergón, y como ajuar sólo tengo dos sábanas y una manta... Pero había pensado pedirle a mi madre la mantellina blanca bordada que llevó ella el día de su boda.

—Deja que yo me ocupe de preparar tu ropa. Será mi regalo.

A lo largo de los más de cuatro años que llevaba trabajando al lado de la dama Agustina, y de supervisar el trabajo de las costureras que le hacían los vestidos, Elvira había juntado suficientes retales de aquellas telas de indianas como para hacer una falda. Y también había aprendido muchos secretos del mundo de la costura. Iba siempre arriba y abajo cargada de hilos, cintas y ropas, y con unas agujas cortas, otras más largas para zurcir, unas tijeras grandes de punta redonda para cortar la tela y otras más pequeñas para los hilos que se había comprado con su propio dinero y que guardaba como un tesoro.

Tomó medidas a Hilaria. No era demasiado alta, ni gorda, con lo cual no se necesitaría demasiada tela... De pronto, se entusiasmó con la idea de confeccionar un vestido para su amiga, y se volcó en hacerlo.

Por las noches, en la ciudad, cuando la dama ya se había retirado a dormir y ella podía

descansar en la habitación de costura, en lugar de soñar, rezar y dormir, como había hecho siempre, se dedicó a hacer de costurera a la luz de las lámparas. Estrechó una de las camisas de lino y un jubón de seda gris que a la dama le parecía triste y anticuado, todo a la medida de Hilaria. Y con los retales de telas de indianas, empezó a hacer una falda. Primero la dibujó con tizas en la pared, tal como había visto hacer a las costureras. Después calculó las medidas y cortó las telas, y por último empezó a coser. En la parte posterior de la falda puso el retal más grande que tenía, uno blanco con pájaros y flores estampados en rojos y negro. Los laterales los hizo juntando pequeños retales de dos telas de estampados diferentes, pero ambas de color beige, e intentando rehacer los dibujos. Unos estampados con camafeos y unas líneas onduladas en grises y marrones, en un lado, y en el otro unos ángeles estampados en tonos rosa rodeados de hojas verdes. Y delante, formando un pliegue central, dispuso un retal triangular que mostraba barcos y barcas de pescadores, en rojo y azul intenso, navegando por un mar del color de un cielo sereno.

Hizo repuntes con costuras simples, dobladillos con costuras sobrehiladas o rematadas y dobladillos de adorno con costura a la francesa, en la cual se hacía un doblez a poca distancia de los márgenes formando un pliegue sobre el cosido y ocultando las costuras. No tenía dedal y se le hizo una herida en el dedo corazón de la mano derecha. Cosió noche y día, todo el tiempo que le quedaba libre, y una semana antes del acontecimiento tenía lista la ropa.

Después de cumplir con sus obligaciones de cada domingo por la mañana, preparó el fardo con la ropa de la novia. Añadió un delantal hecho con retales estampados, por si podía ser de utilidad para Remei, y salió de casa de la dama Agustina en dirección al arenal.

Aquel día en el portal del Mar había mucho movimiento, pero los soldados que hacían guardia casi siempre eran los mismos, la conocían y nunca le ponían ningún impedimento para cruzar. Ella caminaba con la cabeza bien alta, diciendo «Buenos días» a su paso sin mirar a nadie en particular, pero dirigiéndose a todos. Notaba que la miraban con deseo y se reprimían las ganas de magrearla, pero desde que había aprendido a utilizar el castellano como arma de defensa nunca ninguno de ellos se había atrevido a ponerle la mano encima. La miraban como si formase parte innoble de la corte, o como si fuese la amante de algún alto cargo militar. Y ella cruzaba entre ellos, cargada con su fardo y con libertad absoluta.

Miquelet la esperaba donde siempre, junto a una de las barracas de barberos. Se había sacado una muela que le dolía, y Elvira tuvo que esperar un rato a que se le pasase el mareo antes de poder continuar su camino.

Las obras de una gran parte del barrio estaban casi acabadas, y muchos de los nuevos propietarios entraban y salían por las puertas ya colocadas de sus nuevos hogares, pero ella no se detuvo a mirar nada. Tomaron el camino más rápido, que entonces pasaba por en medio del nuevo barrio. Más adelante se abría un paso por el canal de riego, siempre lleno de borrachos. Pero con Miquelet a su lado, que era alto y fuerte como los armarios de casa de su patrona, la muchacha no tenía nada que temer.

Cuando llegó a la barraca familiar, Elvira pidió a su madre y a Sabina que la acompañasen a visitar a Hilaria para hacer las pruebas del vestuario. Las mujeres no se lo hicieron repetir. Ellas también tenían que ir para hablar con Empar sobre la comida para el banquete, porque se habían ofrecido para hacer de cocineras y ayudar a servir. Cuando había una boda en la playa, todas las vecinas participaban en unas u otras tareas.

En la barraca del calafate había mucho trajín. En un rincón, en la cocina, Empar charlaba con otras mujeres, pero el comedor, si es que se podía llamar así al resto de la barraca, se había transformado en un taller de carpintería donde trabajaban un tropel de hombres que ayudaban a preparar tablones de madera para utilizar como mesas y bancos el día de la fiesta. También había chiquillos que iban arriba y abajo llevando provisiones de leña para hacer fuego o cargando botas de vino y tinajas de aguardiente. Se preveía que asistiría mucha gente a la boda, el domingo siguiente, y se tenía que preparar todo con tiempo.

A Elvira le costó un buen rato encontrar a Hilaria. Estaba con Remei, en la parte de la playa, arrastrando una caja de tomates de colgar.

—¡Sabía que no me fallarías! —dijo la futura novia al verla—. ¿Has traído la ropa?

—¡Claro! —Elvira señaló el fardo.

La muchacha se entusiasmó y la abrazó, pero Remei casi no las dejó hablar. Estaba furiosa, porque los tomates los habían traído unos estibadores en nombre del Bribón y Josefa, como regalo de boda, y a cambio los hombres esperaban una invitación. Hilaria miró a su hermana con ojos compasivos, y cogiéndola del brazo se encaró a los hombres que las seguían.

—Ni el Bribón ni su mujer son bienvenidos a esta fiesta, por muchos regalos que envíen, ¿de acuerdo? Si no os parece bien, podéis coger los tomates y largaros por donde habéis venido —profirió.

Pero ninguno de ellos dijo nada, y se fueron mansamente, dejando los tomates como presente de bodas. Remei respiró aliviada y, cogiendo la caja de tomates ella sola, las condujo hasta el cobertizo. La barraca del calafate estaba llena de hombres, pero allí, entre las barcas inservibles que nunca acababa de construir su padre, las muchachas se podían aislar de miradas ajenas y probarse las ropas que Elvira había llevado.

Cuando Elvira deshizo el fardo y dejó a la vista el faldón que había dentro, Hilaria casi se desmaya. Nunca en la vida había visto unas telas tan maravillosas, con dibujos que parecían reales, y que mostraban con colores imágenes de pescadores, de ángeles y pájaros...

—Tendrías que lavarte las manos antes de tocarla —le dijo Elvira a la futura novia—. Si no, la ensuciarás de tierra...

—Claro, claro, no lo había pensado —sonrió ella, encogiendo los hombros.

Pero allí no había agua y la muchacha tuvo que ir hasta la playa para lavarse con agua de mar.

—Procura no mojar te el vestido que llevas y deja que se te sequen bien los pies antes de volver, porque si no harás barro y todavía será peor —le indicó Elvira antes de que se fuese.

—¡Dios mío, sí que se tienen que hacer cosas para ponerse un vestido nuevo! —exclamó Remei, riendo.

A la mediana, la boda de su hermana pequeña le había servido de distracción para olvidar su propio sueño de casarse, que ahora ya nunca se cumpliría. Y también para olvidar que había sido su propia hermana mayor la traidora que se había interpuesto en medio. Decía que no quería hablar más del tema, pero no paraba de darle vueltas y más vueltas al hecho de que ella nunca se había dado cuenta de nada... No entendía en qué momentos Josefa había podido seducir al Bribón, ni cuándo, y mucho menos dónde podía haber tenido sus encuentros pecaminosos. El Bribón trabajaba todos los días de la semana excepto los domingos, el día que la visitaba, y pasaban todo

el tiempo juntos intentando buscar un lugar a salvo de miradas ajenas para hacerse carantoñas, pero no había ni un solo lugar en todo el arenal, ni entre aquellas barcas ni en la playa, y mucho menos en la barraca familiar, donde una pareja que no estuviese casada pudiese hacer el amor sin ser vista.

No entendía en qué momento Josefa se había podido escapar de la vigilancia de sus padres, porque siempre iba con uno u otro, trabajando en la cocina o en el taller como ayudante de calafate... Se la veía gris, aletargada, aburrida de la vida que llevaba y fea, muy fea. Y en cambio, había seducido al Bribón, se había quedado preñada y se había casado con él. ¡Cómo los había engañado a todos!

Elvira pensó en el Sardina, que había dicho exactamente lo mismo. Recordó sus ojos, que se abrían como las profundidades del mar, y su sonrisa feliz, y en su cabeza escuchó su voz suave: «Las chicas de este barrio tendríais que ir más rápido cuando un hombre se interesa por vosotras, ¡porque hay muchas mujeres en el mundo!»

Hilaria fue la novia más guapa que se había visto nunca en el barrio, y el banquete de su boda con el Pechinas se convirtió en una gran fiesta que sería recordada para la posteridad. Elvira no pudo llegar a tiempo para la ceremonia religiosa que se celebró junto al faro a media mañana del domingo, en un altar improvisado en una barca, pero sí al banquete que tuvo lugar en la playa a mediodía, donde había grandes mesas repletas de comida y bebida, y bancos para sentarse.

La comida la habían preparado las mujeres de la playa siguiendo las indicaciones de Empar, la madre de la novia. La mujer había hecho que en todos los hogares se cocinase cazuela de pescado, que después mezcló en una gran perola como las que se usaban para teñir las redes, y la sirvió como plato principal en tazas o platos que cada invitado tenía que traer de su casa. Y también se habían dispuesto fuegos aquí y allá para hacer sardinas, caballas y boquerones a la brasa, que se comían con las manos. Había quilos y quilos, en grandes cestos, tan frescos que muchos todavía saltaban. Había sido el regalo de la cofradía de pescadores, y había suficiente para alimentar a un regimiento. Además, también se ofrecían olivas, anchoas saladas, rebanadas de pan tostado untadas con ajo, tomate y un chorrito de aceite, y vino y aguardiente, que corrían a litros.

Elvira cruzó por en medio de la playa, pisando la arena cálida con las chinelas que se había puesto para la ocasión. Y al llegar a la mesa principal los novios la recibieron con grandes abrazos, especialmente Hilaria, que alzó la voz para presentarla como invitada de honor de su boda y como creadora de aquella magnífica falda que ella lucía y que todo el mundo había elogiado. Las telas estampadas habían despertado una gran admiración entre la gente del arenal, en especial aquella en que se veían pescadores, y Elvira recibió felicitaciones e incluso hubo quien aplaudió. Y ella se ruborizó tanto que bajó los ojos avergonzada y no los volvió a levantar durante un buen rato.

Hilaria la hizo sentar a su lado, en el sitio donde debía estar Empar, que trabajaba sin descanso para servir la comida a todos ayudada por las mujeres de la playa, casi todas, excepto las abuelas, viejas y cansadas, y las jóvenes en edad de merecer.

Al otro lado de la mesa estaba Remei, que se había puesto el delantal hecho por Elvira y también lucía muy guapa, aunque parecía un poco triste. Y a su lado, el padre de la novia, aquel calafate torpe que ya había bebido de más antes de empezar a comer. Al otro lado de la novia, dos sillas más allá de Elvira, el Pechinas brindaba con sus amigos.

—¡Viva el Pechinas y viva Hilaria, la novia más guapa que se ha visto nunca en esta playa!

Elvira reconoció la voz del Sardina proponiendo el brindis, y alzó su vaso para gritar el viva, como hizo todo el mundo, pero sin levantar los ojos del plato. Le daba pánico encontrarse con

aquella mirada teñida de azul profundo. A pesar de todo, no se pudo librar de la fuerza de unos ojos que la buscaban como si fuese la única persona presente en la fiesta, y cuando por fin se atrevió a alzar la vista, se encontró con la franca sonrisa del Sardina, impaciente por hablar con ella.

—Tú todavía eres más guapa que la novia, pero no se lo digas a nadie —le susurró, acercándose a su oído.

Elvira olió el aroma viril del chico mezclado con el olor del mar y el pescado, y se estremeció. No podía evitar sentirse atraída por él. Pero el resto de amigos del novio lo urgieron a acompañarlos, y el chico, guiñándole el ojo, se fue a brindar con ellos de mesa en mesa, y ella pudo continuar comiendo con la mirada clavada en el plato y las mejillas encendidas por la vergüenza que le provocaba lo que sentía. Estaba confundida, y volvía a sentirse una pecadora indigna...

Sin embargo, la llegada del pastel la sacó de sus cavilaciones. Era el regalo de bodas de Guillermina, preparado en las cocinas del palacio, donde trabajaba, con la ayuda del cocinero jefe. Un gran pastel con nata y fresas que causó tanta o más admiración que el vestido de tejidos estampados que lucía la novia. Nunca nadie en aquella playa había visto un pastel tan bien hecho y muy pocos habían probado las fresas, mucho menos la nata. Hilaria estaba maravillada, tan emocionada ante aquella sorpresa que no se atrevía a cortar el pastel para servirlo. Cuando por fin la convencieron de que lo hiciera y se repartieron las porciones, todos lo comieron con gula, dando muestras exageradas de lo mucho que gustaba. Al brindis en honor de los novios que vino después le siguió otro en honor de Guillermina, por su pastel, y otro más en honor de Empar, la madre de la novia, por la comida, y todavía otro en honor de Elvira, por el vestido...

Algunos invitados habían traído violas de mano, y otros flautines, grallas, cencerros, panderetas, tamborines e incluso un tabal que hicieron sonar. Y también fueron muchas las voces que cantaron, entre ellas Micaela, para sorpresa de todos, que alzó una voz prodigiosa para entonar baladas y canciones de bodas.

*Qué novia más hermosa,
qué novia más lucida.
Miradle la cara:
parece una rosa florida.*

El Pechinas sacó a Hilaria a bailar, y la novia, que llevaba un ramo de flores de romero en la mano, lo lanzó hacia atrás. El ramo fue a parar a las manos de Elvira sin que ella hiciese nada por cogerlo, y todas las chicas que había allí la miraron con envidia, especialmente Remei.

Y entonces el Sardina le ofreció la mano, invitándola a bailar, y ella aceptó, dejando que la cogiese por la cintura y la hiciese dar vueltas bajo su brazo. Aquel chico le hacía perder la realidad inmediata, y le gustaba mucho sentirse rodeada por sus brazos...

Bailaron hasta bien entrada la noche, sin apenas hablar, mirándose a los ojos y dejando que sus cuerpos hablasen por ellos. Y cuando la luna estaba por encima de sus cabezas, cerca de la medianoche, Bruna, Sabina y Miquelet fueron a buscarla y pusieron punto final al baile.

—No te puedes ir así —le dijo el Sardina al oído—. Tenemos que volver a vernos...

Ella sonrió. Se lo había pasado muy bien bailando con él y le gustaba mucho sentirse rodeada

por sus brazos, pero no quería hacer promesas que no sabía si podría cumplir.

—De toda boda sale otra —dijo de pronto Bruna, mirándolos enternecida.

—Tenemos que irnos —cortó Sabina con su voz autoritaria y tono gruñón—. Una muchacha como tú, que todavía no se ha casado, no tendría que hacer esperar a las mujeres mayores.

Pero el Sardina, sin hacer caso a la vieja, miró a Elvira sonriendo y, cogiéndola del brazo, la llevó a la orilla del agua.

—Ya lo dicen. De toda boda sale otra. ¿Te quieres casar conmigo?

Elvira hubiese preferido no escuchar aquella pregunta. No podía aceptar. Miró con ojos tristes cómo una ola se deshacía en espuma al llegar cerca de ella, y no dijo nada.

—No hace falta que me respondas ahora —añadió el chico, mirándola también con ojos tristes—. Piénsatelo, por favor, y me das la respuesta el próximo día que nos veamos. Se está preparando una gran fiesta para celebrar el final de las obras del templo, ¿ya lo sabes?

—Sí, he oído hablar...

—Será el domingo veintiocho de septiembre, de aquí a cuatro semanas. Por la mañana habrá una procesión que saldrá de Santa María del Mar y yo desfilaré con la cofradía. ¿Vendrás a verme?

—Oh, yo...

—Después de la ceremonia habrá una gran comilona popular. Irá todo el mundo. Me gustaría mucho que fueses conmigo. ¿Aceptas? Y entonces, si quieres, volvemos a hablar de este tema...

Bruna, que se había acercado hasta donde estaban, le dio un codazo, y Elvira dio un respingo.

—De acuerdo, aunque...

Pero el chico no la dejó hablar más y, rodeándole la cintura, le dio un beso en los labios, y ella no se pudo resistir.

Se sentía culpable y pecadora, y rezaba el Padre Nuestro, el Ave María y todo lo que se le pasaba por la cabeza, pero en el fondo estaba ilusionada... No había dado el sí, pero había aceptado el beso y la propuesta de volverse a ver pasadas unas semanas. Y esperó el día señalado con impaciencia. No era un día cualquiera, sino probablemente el día más esperado de aquel año, en que se llevaría el Santísimo Sacramento a la flamante iglesia de San Miguel del Puerto y se daría por inaugurado oficialmente el nuevo barrio de la Barceloneta.

El domingo en cuestión fue diferente a todos los demás desde primera hora de la mañana. La dama Agustina había tomado su baño semanal la noche anterior, y aquel día, nada más levantarse, con la ayuda de Elvira se puso el último vestido que le habían confeccionado las modistas, sin siquiera tomarse el chocolate. Era un vestido magnífico, de aquellos que ella denominaba *à la française*, con un prominente escote y grandes pliegues que nacían en el cuello y se desplegaban por la espalda formando una cola. Estaba hecho con un tejido blanco de algodón con estampados de flores en negro y rojo, y favorecía mucho a la dama, que había cubierto su cabello negro con una peluca blanca. Pero Agustina casi ni se miró en el espejo. Estaba nerviosa, porque tenía que acudir a la procesión que salía de Santa María del Mar, acompañando a su padre y a una comitiva de prohombres de la ciudad que estaban al frente de las nuevas industrias textiles. Todos veían en aquel nuevo barrio fuera de las murallas un lugar idóneo para instalarse y ampliar sus negocios, y querían visitarlo antes de la ceremonia.

Para Agustina suponía una posibilidad de salir por fin de aquel encierro en el que vivía desde hacía más de cuatro años, desde que su marido había partido a ultramar. Y una oportunidad para ver de cerca aquel arenal del que tanto había oído hablar, y que su amada Ginebra no quería abandonar por nada del mundo.

El señor Canals fue a buscarla en su carruaje, y ella se fue sin siquiera comer el melindro. Pero la dama no necesitaba que su doncella la acompañase, y Elvira se quedó libre de ocupación nada más dar las nueve.

Ella también se puso sus mejores ropas sobre la camisola de lino. Una falda verde, un corpiño y una de aquellas casacas que la dama desechara por anticuadas, y que ella se había estrechado a su medida, adornada con sedas verdes y bordados blancos, cerrada por delante con una pechera blanca que incluso a ella le hacía un generoso escote, y con mangas en tres cuartos con dobladillo de forma triangular. Se calzó las chinelas amarillas, también heredadas y que le iban grandes, y se miró en el espejo. Y pensó que, si no fuese por aquel desaliñado pelo cobrizo, parecería una verdadera dama. Pero no se peinó, y tampoco se puso aquella redecilla que la delataba como hija de pescadores, ni la cofia de doncella. Se cubrió con una mantellina que se había hecho con una de aquellas telas de indianas del señor Canals, una blanca que tenía estampada en colores verdes la escena de una pareja en un jardín oliendo una flor. Y dejó que sus rizos le perfilasen el rostro.

Como la procesión salía de Santa María del Mar, se había dado cita con las mujeres de su familia en la plaza del Born, junto al Fossar de les Moreres. Elvira se había ocupado de que tuviesen ropa adecuada para la ocasión, y cuando las vio a todas vestidas con las nuevas prendas se sintió muy satisfecha. A la pequeña Micaela, que había crecido mucho, le había prestado uno de los vestidos que ella misma llevaba los días laborables. La niña empezaba a desarrollar el pecho y la casaca le iba estrecha, pero estaba muy guapa y parecía toda una mujercita. A Guillermina, que desde que trabajaba en las cocinas del palacio había engordado mucho, solo había podido hacerle un delantal para poner encima de la falda de cáñamo que llevaba siempre, eso sí, un delantal blanco de lino, con pechera y un precioso ribete con retal de indianas. Y a Bruna, su madre, le había arreglado a medida uno de los vestidos grises que la dama desechara, y estaba absolutamente preciosa. También estaba Carmeta, con la ropa que utilizaba para ir a la ciudad, e incluso Ginebra, con su vestido de seda dorado de los domingos. La única que vestía igual que cada día era Sabina, que estaba rezando en el foso con el resto de abuelas de la playa, tocada con su mantilla negra.

La mujer estaba furiosa. Aquel barrio de la Barceloneta inauguraba su primera fase, con las obras de la segunda ya iniciadas, y ni ella ni su familia ni la mayoría de los vecinos de las barracas de la Mar Vella tenía suficiente dinero para arrendar una de las nuevas casas. Y encima, ninguna autoridad había ido a informarla ni a ella ni a nadie sobre la situación de sus hogares. Nadie les había confirmado si podían quedarse allí a vivir o no, y todos sufrían ante el incierto futuro.

—Basta de quejas, madre, ¡tengamos la fiesta en paz! —Guillermina era la única persona capaz de hacer callar a Sabina—. Tenemos que darnos prisa, ¡o no veremos nada!

Ginebra, que había presenciado la conversación en silencio, cogió del brazo a Elvira y, dándole la otra mano a Carmeta, encabezó el grupo, abriendo camino para acercarse lo más posible a la puerta de la iglesia, desde donde saldría la procesión. El resto de mujeres las siguió, pero había tanta gente que no era fácil avanzar, y las más mayores se quedaron atrás. Ellas se

colaron hasta casi tocar los escalones y, cuando encontraron un hueco entre la gente desde donde más o menos se veía la puerta de la iglesia, se pararon para esperar a que diese inicio el acto.

A lo largo de aquellos años, entre Elvira y Ginebra se había establecido una relación de gran confianza, pero nunca habían hablado con Carmeta delante prestando atención a todo lo que decían, y la muchacha no se atrevía a decir nada, para que no se notase que se veían cada domingo al mediodía cuando la doctora iba a la casa de la dama... Pero fue ella quien tomó la palabra y no la dejó hablar. Con una naturalidad envidiable y la confianza de siempre, Ginebra le contó cómo le iban las cosas. Estaba contenta, porque había conseguido que su barraca se salvase. Había hablado con el administrador de rentas, que ya ocupaba despacho desde hacía más de un mes en una de las nuevas casas de la Barceloneta. Allí estaba también el almotacén, el encargado de velar por la calidad de los comestibles de la ciudad, a quien el alcalde de Barcelona y el marqués de la Mina habían designado para supervisar la construcción de las casas de los afortunados artesanos, marineros y pescadores que habían conseguido licencia para ello. También era tarea del almotacén velar por que entre los arrendatarios de las casas destinadas a ser alquiladas hubiese varios que pusiesen mostradores de venta de alimentos, y también panaderías y casas de comida. Y, por supuesto, barberos. Ya se habían pedido cinco licencias, pero sólo se habían concedido dos. El marqués de la Mina había manifestado su voluntad expresa de que se instalasen al menos tres médicos en aquel barrio extramuros, pero por el momento sólo habían encontrado uno que quisiese ir a vivir allí. Por ese motivo aceptaron enseguida la renovación del permiso de comadrona de Ginebra, sin que nadie comprobase ninguna documentación. Contaban incluso con que tendría mucho más trabajo y que en el nuevo barrio se necesitarían más comadronas, porque se esperaban nuevas familias llegadas de la ciudad, la provincia u otros lugares de Cataluña, incluso del extranjero. Además, su barraca, como había sido trazada por el ingeniero Próspero Verboom, antiguo capitán general de la ciudad, casualmente cumplía con la mayoría de requisitos pedidos para las nuevas construcciones, y, al quedar separada de la nueva zona construida, no corría ningún riesgo de derribo.

Guillermina, que gracias a su cuerpo portentoso había conseguido abrirse paso entre el gentío y hacer espacio para el resto de mujeres, se sumó a la conversación. Explicó que ella también había ido a hablar con el almotacén, para saber qué sería de sus hogares, y también se había quedado tranquila. Por ahora las barracas de la playa de la Mar Vella no se veían afectadas, sólo las que estaban junto al canal de riego, que pertenecían a curtidores y toneleros que ya se habían construido casa en el nuevo barrio. Podían vivir allí por lo menos cinco años más, pero ella no descartaba la idea de dejar la barraca y procurarse un alquiler. Se estaban construyendo ocho calles más, con la mayoría de casas compradas por gente llegada de la ciudad, que veía en aquel barrio un nuevo lugar repleto de posibilidades de negocio. Pero ella se había enterado de que el marqués de la Mina había encargado la construcción de cuarenta y ocho casas para alquilar a las familias más pobres a precios bajos. Le había pedido al almotacén que la informase de qué debía hacer para conseguir una, y el hombre la había apuntado en una larga lista de solicitantes. Por lo que se veía, ya se habían hecho los repartos de las casas y también se habían dado permisos para abrir casas de comida y nuevas tabernas...

—¿Todavía sueñas con abrir una propia? —preguntó Elvira.

—¡Por supuesto! Soñar es lo único que tengo.

Entonces sonaron trompetas y timbales, y de la iglesia de Santa María del Mar salió el Arca

del Señor ricamente decorada con flores y pedrería, portada por cuatro sacerdotes que dieron inicio a la procesión. Detrás, seis regidores de la ciudad sostenían el palio bajo el cual iba el obispo, acompañado de grupos de bailarines que danzaban alrededor, y detrás desfilaban todas las cofradías de la ciudad. Elvira no tardó en ver al Sardina, más alto que el resto, avanzando en una especie de danza al ritmo de la música y haciendo ondear el estandarte de la cofradía de pescadores. Él no la vio, y ella lo pudo mirar sin embarazo, protegida de sus profundos ojos azules por la multitud. Se le veía muy diferente. Se había cubierto el pelo de punta con la barretina roja, y en lugar de la camisa oscura, los calzones largos de trapo y los zuecos de siempre, vestía camisa blanca, un chupetín de lana de tonos azules y rojos muy vistoso, faja roja, calzones azules ajustados en la rodilla con cordones amarillos, medias blancas y las alpargatas anudadas en el tobillo. El conjunto parecía un disfraz.

Las cofradías avanzaron y el Sardina se alejó dejando paso a las comunidades de monjes que también seguían la procesión. Dominicos, franciscanos, mercedarios, capuchinos... Y también toda la comunidad parroquial, incluido el padre Manel, que con tres sacerdotes llevaba a sus espaldas el Augusto Sacramento, bien ufano, hacia la nueva iglesia de la que él sería sacerdote. A continuación iban el marqués de la Mina y el alcalde de la ciudad, Jacinto Tudó, rodeados de militares, nobles y clérigos con todo tipo de vestiduras dignas de admirar. Y, detrás de todo, cerrando el séquito y causando gran alegría y admiración entre la gente, especialmente entre los niños, danzaba el Águila de la Ciudad, una bestia con corona dorada y flores en el pico, hecha con cartón piedra y dispuesta sobre un bailarín. Aquella figura había sido fundamental en todas las fiestas oficiales a lo largo de los siglos anteriores, pero desde la guerra de 1714 casi nunca se tenía la oportunidad de verla, y para Elvira era la primera vez.

Siguió la procesión bailando con Micaela detrás del Águila, al ritmo de grallas y timbales, divirtiéndose como una niña. Las calles y los edificios estaban decorados con pendones, tapices, telas de indianas y otras ropas preciosas, y daba gusto pasar. Primero por la calle Argenteria, después por Bòria, la placita de la Llana y Montcada, dando la vuelta a la iglesia y bajando desde el ábside por Vidreria y la plaza de Palacio, para atravesar el portal del Mar y adentrarse en aquel barrio extramuros que había dejado de ser un arenal para transformarse en la nueva y radiante Barceloneta.

Allí también estaba todo decorado, e incluso uno de los nuevos vecinos, un herrero que además de casa nueva disponía de un huerto en el paseo que precedía a la plaza de la nueva iglesia, había encargado a la mejor cerería de la ciudad una gran pirámide de luces que había hecho instalar en su terreno para la ocasión. Todo el mundo quedó boquiabierto al verla, especialmente las mujeres más viejas, que casi se arrodillaron allí mismo para rezar. Pero la procesión continuaba y estaba a punto de llegar a su punto final.

A la entrada de la plaza de San Miguel había doseles y pabellones aquí y allá, para acoger a las autoridades, y un poco más adelante, bajo la fachada de la nueva iglesia, se había erigido un gran altar. Todo estaba repleto de gente, pero ellas consiguieron hacerse sitio entre las primeras filas del público. Vieron que el altar estaba presidido por una gran estatua del arcángel san Miguel, que, según decían las voces del gentío allí reunido, era una ofrenda del gremio de vidrieros que se tenía que instalar más adelante en el retablo del altar de la nueva iglesia, cuando se acabase del todo.

Tomó la palabra el obispo de Barcelona, Ascensi Sales, un hombre gordo e imponente, vestido

con una capa de un rojo luminoso y una gran cruz en el pecho, de ojos, nariz y labios afilados en una cara redonda presidida por una mirada huraña y severa. Alzando la mano derecha, donde lucía un gran anillo pastoral, agradeció a todos los congregados la asistencia a aquella fiesta de colocación del Santísimo Sacramento de la nueva iglesia de San Miguel del Puerto. Todo el mundo aplaudió y vitoreó, pero el prelado los hizo callar para dar inicio a la ceremonia de consagración.

A Elvira, el discurso de aquel hombre, en un castellano retorcido y con acento valenciano, la hizo abstraerse en sus pensamientos. Por mucho que miraba alrededor, no conseguía encontrar el sitio desde donde contemplaba la ceremonia la cofradía de pescadores y, entre ellos, el Sardina. Todo estaba a rebosar, entre militares, capellanes y gente llegada de toda la ciudad para celebrarlo, y ni siquiera conseguía distinguir los estandartes.

Una vez consagrada la iglesia, se ofició una misa cantada que captó de nuevo la atención de Elvira. Aquellas letanías parecían celestiales, y al escucharlas se le llenaba el corazón de emociones. A su lado, Micaela también cantaba, letras que ella se inventaba entonadas con la misma musicalidad de las letanías. Cantaba flojito, pero oírla resultaba conmovedor.

Una vez finalizados los actos oficiales, el gentío no parecía querer irse. Todo el mundo estaba muy satisfecho y se veían caras de alegría por todas partes. Pero quien más lo celebraba era un grupo que había en el otro lado de uno de los doseles, y que no era otro que el grupo de la cofradía de pescadores. Elvira los vio desde lejos y reconoció al Sardina, bebiendo de una de las botas que iban de mano en mano.

—Vamos con ellos, ¡que hoy comeremos pescado con los pescadores! —celebró Guillermina, cogiendo a Bruna de la mano y haciéndole un gesto a la muchacha para que la siguiese—. Venga, niña, ¡que si bien te quieres casar, en la calle hay que festejar!

—Id tirando —interrumpió Sabina—. Yo quiero entrar en la iglesia. El padre Manel me ha prometido que me dejaría verla. Elvira, ¿puedes acompañarme para ayudarme a caminar?

—Claro —respondió la muchacha, aliviada por no tener que ir tras aquellas dos mujeres, a entregarse como esposa a un pescador.

—De acuerdo, pero no tardéis —dijo Guillermina, sin impedirlo. Y mirando a la muchacha de nuevo, añadió—: ¡Recuerda que el novio y el pescado, frescos deben estar!

La muchacha se ruborizó, bajó los ojos y se cogió del brazo de Sabina para salir, en medio del gentío, en dirección a la iglesia. ¿Estaba dispuesta a casarse con aquel hombre? Apenas lo había pensado... No, se decía una y otra vez, cuando la idea le asaltaba la mente, y así lo había dejado pasar sin pensarlo. Pero sabía que si iba a aquella comida, él la miraría con sus ojos azul profundo y la rodearía con sus brazos viriles, y ella acabaría aceptando todo lo que él le pidiese. ¿Cómo negarse?

Levantó los ojos ante la fachada de la iglesia. Imponía, con una altura de dos cuerpos, la cornisa decorada con relieves dorados y un coronamiento triangular. Sobre la puerta principal, en una gran hornacina, había una estatua de san Miguel que daba la bienvenida a su templo a los feligreses. En el pórtico, el padre Manel charlaba con otros sacerdotes, como un verdadero anfitrión de ceremonias. Se le veía muy satisfecho. Al ver a Sabina, se disculpó ante sus interlocutores y la hizo pasar al interior de la iglesia, seguida de Elvira.

—Gracias por venir, Sabina —dijo en castellano, lengua que, por lo que parecía, había adoptado definitivamente—. Acompañeme a la sacristía y le explico. Como verá, esto está

todavía en obras.

Elvira se adentró en el templo mirando hacia arriba. El interior formaba un cuadrado perfecto, con cuatro columnas en el medio que se alzaban hacia el cielo sosteniendo una cúpula de media naranja cerrada con vidrieras y coronada con un florón dorado. El altar todavía estaba en obras, pero el presbiterio ovalado parecía acabado. Allí, el padre Manel abrió la puerta de una sacristía y las invitó a entrar.

—Sabina, tenga —dijo, tendiéndole un manojo de llaves—. Son las de la iglesia. Esta de aquí es de la puerta de atrás, la que da a la plaza donde está el cuartel. Quiero que venga a limpiar dos horas cada día, por la mañana. Confío plenamente en usted, y sé que será responsable con las llaves.

—Que Dios lo bendiga... —dijo ella.

—Estoy mirando lo suyo, lo de su casa, no se preocupe. El marqués dice que habrá casas para todos los vecinos, y hay que confiar en su buena voluntad y en la de Dios. Por ahora ya tiene trabajo, quiero que deje esta sacristía tan reluciente como sólo usted sabe hacerlo. Familiarícese con el espacio y empiece mañana mismo. Yo andaré por aquí. Y ahora las dejo, que me esperan afuera.

—Vaya usted con Dios —respondió Sabina.

La mujer miró cómo el sacerdote desaparecía de su vista y cerró la puerta de la sacristía. Se levantó el delantal para guardar las llaves en la faja que llevaba bajo la falda, en un lugar donde las notase siempre, como le explicó a Elvira. Y entonces, de aquel mismo escondite sacó el anillo de piedras rojas que había lucido en vida el capitán Díez de Montoya. A Elvira el corazón le dio un vuelco.

Sabina se lo entregó y le pidió que lo escondiese ella, bien escondido, entre los senos. La ayudó incluso a sacarse la casaca y desabrocharse el corpiño para que pudiese colocarlo bien. Quería que fuese al Monte de Piedad para empeñarlo por dinero. Había decidido dárselo a Guillermina porque veía que las promesas del padre Manel y de las autoridades nunca llegarían a ningún lugar, y ella quería que su hija pudiese cumplir su sueño. La pobre sólo pensaba en aquello, dejar las cocinas del palacio y abrir una taberna, y trabajaba de sol a sol para ahorrar, pero si no sacaban más dinero de algún lado todo sería imposible.

Elvira, con el anillo entre los senos, asintió con la cabeza. No sabía cómo se las apañaría para salir sola de la casa de la dama e ir al Monte de Piedad, pero tenía que intentarlo. Ella también quería hacer todo lo posible por conseguir que su querida tía cumpliera su sueño, un sueño que además los implicaba a todos, ya que si lo conseguía, toda la familia tendría una casa y trabajo en la taberna.

—Y ahora vamos a esa comida de los pescadores. A los hombres se les tiene que hacer esperar, pero tampoco demasiado.

Y tras decir aquello, la mujer abrió la puerta y salió de la iglesia caminando sin la ayuda de nadie. Elvira la siguió con paso prudente. Llevar la joya encima la ponía nerviosa, pero todavía la ponía más nerviosa pensar que se encontraría con el Sardino y tendría que darle una respuesta a su petición de matrimonio.

Fuera los esperaban Micaela y Miquelet, impacientes. Hacían muy buena parejita, los dos con el pelo castaño brillante y las mejillas perladas de pecas, pero por lo que parecía, no se entendían demasiado. Cogieron cada uno por un brazo a la abuela y avanzaron a paso rápido, sujetándola

con tanta fuerza que la mujer casi parecía volar. Por lo que Elvira pudo entender, Micaela había querido venir sola a buscar a Sabina y avisar a Elvira de que el Sardina la estaba esperando, pero Miquelet no la había dejado, alegando que necesitaba protección... En realidad el chaval intentaba demostrarle su amor a la chiquilla, pero era tan negado que no lo conseguía.

Mientras pensaba en el amor de los demás, caminando entre el gentío por en medio de la plaza, notó que alguien la retenía por la falda. Se giró con la intención de darle una bofetada a quien fuese, incluso si era el Sardina. Pero a quien se encontró fue a Pol, y el joven tuvo que cogerla, porque ella casi se desmaya. La besó con suavidad, pero Elvira apartó la cara y lo miró. Hacía más de tres años que no lo veía.

Alto y elegante como siempre, se había convertido en un oficial condecorado, llevaba la casaca llena de insignias y era digno de admiración. Sin embargo, fue él quien expresó su admiración, entusiasmado con el cambio operado en Elvira, vestida con aquella ropa que la hacía parecer toda una dama, y le susurró al oído que deseaba continuar besándola el resto del día.

—¿Por qué no has venido antes?

Elvira volvía a experimentar aquel amor incommensurable mezclado con aquella sensación de deseo que la había hecho sentirse la persona más pecadora del mundo, y no quería dejarse llevar por las emociones a la ligera. Pero Pol no estaba dispuesto a dejarla hablar demasiado y, cogiéndola por la cintura y levantándola un poco del suelo, le dio un nuevo beso.

—Tengo el resto del día libre. Pásalo conmigo...

—Contéstame primero, por favor —insistió ella.

Con la cara muy cerca de su mejilla, Pol le explicó que había estado en Figueras todo aquel tiempo, y que había bajado a Barcelona sólo para asistir a las fiestas de inauguración del nuevo barrio. Como primer ayudante del ingeniero Cermeño, estaba al frente de la proyección del nuevo castillo de Figueras, una fortaleza estrellada que tendría el baluarte más grande del mundo con forma de pentágono. Dibujó con el dedo la forma con las cinco puntas, y después, como aquel que dice una cosa sin importancia, añadió que se había prometido con una dama, hija de uno de los ingenieros, y le dio otro beso.

Elvira no pudo evitar dejar caer una lágrima mientras lo besaba. Su adorado Pol se casaría con otra mujer y ya nunca más sería suyo. Quería de todo corazón pasar una última tarde de amor dominical con él, y aquélla probablemente era la única oportunidad que tendría. No se tenía que sentir una pecadora, sino recordar a Ginebra, que siempre le repetía que el amor nada tiene que ver con el pecado, y que se olvidase de sermones de curas y abuelas. Así que aceptó volver con él a la habitación de costura.

Volvió la vista atrás y vio aparecer de lejos a Micaela, que la buscaba. Y mientras Pol iba a buscar su caballo, ella fue a hablar con su prima pequeña.

—Tengo que pedirte un favor —le dijo—. Y me tienes que guardar el secreto.

Micaela asintió con la cabeza y un gesto sincero en la cara, y Elvira le resumió lo que había pasado hablando con gran excitación.

—El hombre que verdaderamente amo acaba de venir a buscarme, y tengo que irme con él.

Su prima esbozó una sonrisa de complicidad. Podía contar con ella para guardar el secreto. Entre las dos encontraron una buena excusa que explicar a los demás, y que Micaela debía repetir igual a todo aquel que le preguntase, ya fuesen las mujeres de la familia, Carmeta, Ginebra o el Sardina. Que se había encontrado con la dama Agustina, y que ésta le había pedido que volviese

con ella en el carruaje, porque no se encontraba bien. Y que la doncella no se había podido negar...

Elvira se fue para encontrarse con su amado Pol, sabiendo que Micaela no la traicionaría. Y Pol la recibió con los brazos abiertos y le dio otro beso. Todo parecía ir bien. Pero de pronto notó una mirada fría que se fijaba en ella, y cuando buscó de quién era descubrió a lo lejos unos ojos azul claro que la miraban intensamente. No eran los del Sardina, como ella había temido, sino unos ojos malvados que ya había visto antes en algún lugar que ahora no lograba recordar.. Un escalofrío la recorrió y una sensación de miedo la invadió por un momento. Pero le tendió el brazo a su amado Pol y los miedos se diluyeron. Caminó con él por el paseo como si fuese su esposa, con un enorme anillo de piedras preciosas escondido entre los senos.

JOAN

En aquella plaza nueva, delante de la iglesia recién bendecida de San Miguel del Puerto, todo estaba a rebosar de gente alegre, pero a Joan Martí, apodado el Milhombres, sólo le interesaban las mujeres. Estaba ansioso por encontrar una buena moza con la que dar un buen revolcón. Había pasado mucho tiempo encerrado en los calabozos de la Ciudadela, acusado de conspirar en la muerte de un comerciante *botifler*, un catalán partidario de los Borbones, y hacía casi seis años que no cataba hembra. Ahora, con motivo de las Fiestas Plausibles de aquel nuevo barrio, el marqués de la Mina había indultado a dos presos, y él había tenido la gran suerte de ser uno de ellos.

Los soldados que lo habían escoltado a lo largo de toda la ceremonia le quitaron los grilletes que le habían comprimido las muñecas ante el capitán general, el marqués de la Mina, y aquel militar engalanado le entregó un saquito de terciopelo granate lleno de sueldos y lo dejó marchar. ¡No sólo era libre, sino que además tenía dinero para gastar!

Miró el gentío que le rodeaba. No vio ninguna furcia por los alrededores, pero sí a una chiquilla muy atractiva, que caminaba sola buscando a alguien. Por como iba vestida, con ropa limpia y una casaca ajustada que le marcaba una pechera incipiente, parecía una doncella de casa bien, pero llevaba la trenza recogida con la redecilla típica de las hijas de pescadores. Tenía el pelo castaño claro y pecas en las mejillas, y debía de ser muy joven, quizá doce o trece años, no más de catorce. No tenía pinta de prostituta, pero como por el momento era la que más le había gustado, la siguió con la mirada. Vio que encontraba por fin en el fondo de la plaza a la persona que buscaba, y la escuchó gritar.

—¡Elvira!

Él se sobresaltó. Ya había visto antes a aquella tal Elvira, una muchacha pelirroja y demasiado guapa como para olvidarla, y se escondió para observar sin ser visto. De hecho, al atar cabos, se dio cuenta de que en realidad ya las había visto antes a las dos.

Había sido hacía unos cuatro o cinco años, dentro de la Ciudadela militar, un día del que se acordaba muy bien. A él lo habían sacado del calabozo donde cumplía condena en la torre de Sant Joan para llevarlo a interrogar una vez más ante un tropel de autoridades en uno de los despachos oficiales, y volvía, pasado el mediodía, contento y libre de castigo físico después de haber acusado de *vigatans*, los más feroces opositores de los Borbones, a unos marineros que le habían traicionado haciendo un negocio de contrabando de tabaco. Aquella tarde se llevaría a cabo la ejecución de otros *vigatans*, y los militares estaban alarmados, y salían presurosos de todos los edificios para formar fila y desfilar hacia la Explanada, donde ya se oía un gran gentío. Había

llovido y el patio de armas estaba lleno de charcos. Le sorprendió ver a una docena de mujeres pobres calzadas con alpargatas saltando los charcos entre los soldados. Era extraño que estuviesen allí dentro, ¿qué debían hacer?

Pero entonces un capitán con un anillo reluciente en la mano interceptó el paso de los oficiales que le escoltaban para interrogarlos animadamente. Él no prestó atención a la conversación, porque vio que una de aquellas mujeres, la más joven y guapa, pelirroja y con la trenza cubierta por una redecilla, se escabullía del grupo para esconderse detrás de uno de los edificios, donde seguramente la esperaba un soldado joven. No la veía, pero la oyó reír perfectamente, y también oyó reír al muchacho. Justo después, una vocecilla de niña había gritado aquel mismo nombre, Elvira, desde una puerta no demasiado lejana. Y entonces la pelirroja había salido de su escondite y se había acercado hasta allí corriendo y llevándose el dedo a los labios, y él la volvió a ver en todo su esplendor. Desde lejos observó que la muchacha consolaba a la niña, y que le daba un beso dulce y suave en la mejilla antes de hacerla entrar de nuevo en el almacén del que había salido, y la imagen de aquellos dos rostros bonitos en medio de aquel ambiente hostil se quedó fijada en su memoria como un cuadro colgado en el salón de una casa.

Ambas habían cambiado mucho, y aunque ya no vestían cuatro harapos sino ropas buenas, no había ninguna duda de que eran ellas. Aquella misma niña ahora se estaba haciendo mayor, y tenía una pechera tierna que todavía debía crecer más. Pero la pelirroja estaba en su punto de madurez. Había cambiado mucho y parecía toda una dama, irradiando una luz y una belleza que pocas reinas podían superar.

Las vio despedirse y separar sus caminos, y decidió seguir a la pelirroja. Por lo que parecía, la esperaba un oficial ataviado con el uniforme del cuerpo de ingenieros, que caminaba llevando de las riendas a su caballo engalanado. Se dieron un beso sin esconderse de nadie y Joan pensó que, probablemente, por su aspecto y sus modales, aquella muchacha, antes pobre, ahora debía de ser una de las furcias más refinadas y por tanto cotizadas del momento. Y él no quería perderle la pista. Pagaría lo que fuese por estar con ella, pero tenía que intentar conseguirla sin tener que pagar.

Además, aquella pelirroja llamada Elvira le interesaba por otro motivo. No sólo la recordaba por sus espléndidos atributos femeninos, sino también por un suceso acaecido aquel mismo día en la Ciudadela, y en el que él creía que ella estaba directamente implicada. Y si aquella muchacha tenía dinero, probablemente podría someterla a chantaje y sacar buen partido.

El oficial ingeniero le ofreció a la muchacha la mano que le quedaba libre, flexionando el brazo con gesto galante, y caminaron por el nuevo paseo de la parte superior del muelle, hablando y haciéndose carantoñas como si fuesen una pareja perfectamente casada. El ingeniero no la soltó de la mano ni siquiera al llegar al portal del Mar, atestado de soldados.

Joan, en cambio, que los había seguido a escondidas, caminando oculto entre la gente, sí que cambió de actitud. Se peinó con los dedos el pelo corto, se dio unos golpecitos con las palmas en las mejillas, estiró con los dedos la piel de la cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda y alisó su jubón antes de avanzar con paso temeroso. No quería acabar como los propietarios de las cabezas, los brazos y los pies que colgaban de aquel portal. Aquel día, sin embargo, con el gentío que había, los hombres del cuerpo de vigilancia no tenían ganas de trabajar y dejaban pasar a todo

el mundo sin apenas mirar.

Siguió a la pareja por plazas y calles, ciudad adentro, durante un buen rato, hasta llegar a la parte baja del barrio de Sant Pere, a la plaza de Sant Agustí Vell. Había poca gente y él prefirió no adentrarse para que no lo viesan. Hizo ver que bebía agua de la fuente situada en una esquina y los observó cruzar en dirección a una de las casas, la única que tenía porche en la entrada. No parecía ni de lejos una casa de furcias, sino más bien la residencia de una familia acaudalada.

Tanto la muchacha como el soldado sabían muy bien adónde se dirigían. No entraron por la puerta principal, sino por otra más pequeña, que daba a un callejón sin salida en una fachada lateral del edificio. El oficial entró tranquilamente, arrastrando el caballo, seguro de encontrar espacio dentro para dejarlo, y la muchacha cerró la puerta tras de sí, escapándose de los ojos de Joan.

Habían demostrado tanta complicidad que el Milhombres dudó seriamente de su primera hipótesis: aquella muchacha no podía ser una furcia. Tal como se había comportado a lo largo del camino no había duda de que estaba completamente enamorada de aquel oficial. Lo más seguro era que fuesen amantes, porque de estar casados habrían entrado por la puerta principal. Pero, entonces, ¿qué hacían en aquella casa, entrando por la puerta de servicio?

Dejó pasar un buen rato antes de acercarse a aquella puerta. Estaba abierta y no dudó en colarse dentro. Al fondo se veía la cocina, pero la entrada daba a un pequeño distribuidor que por un lado conectaba con el patio interior, donde estaba el caballo del ingeniero, y por el otro daba acceso a una segunda puerta, donde había unas escaleras medio escondidas que llevaban a los pisos superiores. No dudó en subir, prestando atención por si escuchaba alguna conversación.

Si las cosas habían sido como él pensaba, aquella muchacha podría haber sacado un buen beneficio de su estancia en la Ciudadela, pero no suficiente dinero como para vivir en una casa así en la ciudad si no era una furcia. No podía ser una dama, aunque vestida de aquella guisa lo pareciese... O, quizá, las cosas habían sido de una manera muy diferente a lo que él pensaba.

En todo caso, estaba seguro de que la muchacha escondía un secreto del que él conocía una buena parte. No podía ser de otra manera, lo había pensado una y mil veces a lo largo de todos aquellos años encadenado en la torre de Sant Joan, mirando aquellos dos rostros bonitos retratados en un cuadro que colgaba en su mente. Los militares ni siquiera lo habían valorado, pero él lo veía clarísimo. Entendía perfectamente lo que había pasado aquel día en la Ciudadela, el día en que Elvira apareció por primera vez delante de él luciendo su cabellera roja.

La escuchó reír arriba del todo, con su soldado, y se paró a mitad de camino para explorar más aquella casa. A la altura del primer piso encontró una puerta, y por el ojo de la cerradura vio que daba a un dormitorio. Había una cama con dosel y no se veía a nadie, pero Joan no entró. Continuó subiendo la estrecha escalera hasta llegar arriba del todo. Daba directamente a una puerta pequeña, sin cerradura ni ojo por el que mirar. Como mucho, aquella habitación correspondía a la doncella de la casa.

Pegó la oreja a la puerta y escuchó a la pareja jadear. Joan deseó poseer a Elvira, y aquel pensamiento le provocó una erección que lo llevó a masturbarse allí mismo. No tardó demasiado en correrse, mientras dentro parecía que sólo acababan de empezar. Decidió irse y volver por la muchacha otro día. Estaba convencido de que la encontraría allí, como una buena doncella y sin el oficial, y que él sacaría buen partido de la situación, ya fuese en forma de dinero o de placeres. Pero ahora lo que quería era tomarse un buen vaso de aguardiente y celebrar que por fin era libre.

Las calles estrechas de aquella ciudad amurallada le oprimían tanto como los muros claustrofóbicos de la torre de Sant Joan dentro de la Ciudadela, y el Milhombres decidió volver al lugar donde lo habían liberado los militares. No había nadie que lo esperase en ningún sitio, y aquel barrio de la Barceloneta, recién construido fuera de las murallas entre el puerto y el mar y todavía en fiestas de inauguración, parecía el mejor lugar para celebrar su libertad.

Atravesó de nuevo el portal del Mar, avanzando a grandes zancadas entre los soldados de servicio, que tampoco lo miraron en esta ocasión. Pasó por delante de las casetas de los barberos, donde había muchos hombres esperando ser atendidos, pero a él lo habían afeitado los militares aquella misma mañana, e incluso le habían dado ropas nuevas y zapatos, así que no necesitaba añadirse al grupo.

Más allá, olió el aroma del pan recién hecho que salía del horno de una barraca de obra y se le abrió el apetito, pero al ver la cola de marineros cambió rápidamente de idea. No pensaba perder su tiempo allí, rodeado de marineros extranjeros con los que ni siquiera podría hablar.

Avanzó por el paseo del muelle a lo largo del andén alto, y se dejó guiar escaleras abajo por las voces de unos hombres de mar que cantaban en castellano. Sin duda en aquel andén inferior del muelle, lleno de almacenes recién estrenados y junto a los embarcaderos donde estaban amarrados barcos de todo el mundo, podría encontrar buen aguardiente y alguien con quien brindar y charlar.

Él también había nacido a orillas del mar, en Badalona, un pueblo situado más allá de Barcelona, al otro lado del río Besós. Había vivido siempre rodeado de marineros y pescadores, y se entendía bien con la gente de mar, aunque se mareaba con las olas y prefería hacer los negocios puerto adentro. Se había dedicado al contrabando, casi siempre de tabaco, yendo de noche a la playa para hacerse con las cargas que llegaban escondidas en las barcas sin pasar por las aduanas, precedentes casi siempre de barcos ingleses. Aunque era joven, había sido el mejor regateando precios, y siempre conseguía grandes partidas por poco dinero, que después vendía por el doble a mercaderes de las cercanías. El tabaco cada vez estaba más solicitado y se pagaba muy bien.

En Badalona todavía tenía una madre y una hermana que vivían en la caseta familiar, en la calle del Mar, donde podría volver siempre que quisiese para ejercer de cabeza de familia. Pero después de haber traicionado delante de los militares a una buena parte de los marineros que trabajaban en aquellas aguas, acusándolos de hacer contrabando con armas que vendían a bandoleros y *vigatans* enemigos de los Borbones, aun a sabiendas de que no era cierto, no

contemplaba la opción de volver. En todo caso, estaba convencido de que no necesitaría hacerlo, porque una actividad como la suya se podía llevar a cabo en cualquier puerto. Además, no quería alejarse demasiado de aquella muchacha llamada Elvira, que podía tener la llave de su futuro.

Avanzó por el empedrado reluciente, mirando las fachadas de los almacenes que se abrían bajo el andén superior del muelle y que tenían por techo la balconada del paseo recién inaugurado. Algunas puertas estaban abiertas y había hombres que entraban y salían cargando paquetes arriba y abajo, mientras arriba los paseantes asomaban la cabeza para contemplar los barcos amarrados en el puerto.

Pero no todo era trabajo en el muelle bajo. Más adelante, de una de aquellas casetas nuevas con las puertas abiertas salían las voces que cantaban armando jaleo y que le habían llevado hasta allí. No dudó en entrar. Tal como había pensado, dentro había un montón de barriles detrás de un mostrador de venta de bebidas y una caterva de hombres dispuestos a acabar con todas las existencias. Algunos jugaban a las cartas o a los dados, reunidos alrededor de pequeñas mesas; otros, de pie y sin apenas distancia, hacían puntería clavando sus afiladas navajas en dianas de madera que colgaban de las paredes, y todos tenían un vaso o una bota en la mano, gritaban, cantaban y reían.

Se abrió paso hasta el mostrador, donde un hombre gordo y con bigote servía las bebidas, y pidió un aguardiente. El gordo quiso cobrarle antes de dárselo, pero él, contento de tener dinero encima, pagó sin rechistar. El vaso era generoso, y se lo bebió de un trago. Lo dejó encima del mostrador y llamó de nuevo al hombre para que se lo rellenase. Esta vez, le dio el vaso lleno sin reclamar antes el dinero. Joan sonrió y aprovechó para conversar. Se quería enterar de quién movía los negocios en aquel puerto.

—Veo que Barcelona ha cambiado mucho —dijo, ajustándose los pantalones—. ¿Cuánto tiempo hace que están aquí estas casetas?

No obtuvo respuesta. Pero él siguió hablando alegremente con el hombre, que no paraba quieto ni un momento en el otro lado del mostrador, llenando y rellenando vasos y botas.

—Por como reluce todo, deduzco que no llevas aquí ni tres meses... Me gusta tu tasca, respira el mismo carácter que su patrón, ¡brindo por ti!

Y Joan levantó el vaso y bebió. Mientras el hombre le servía un nuevo trago, él prosiguió.

—La última vez que pisé este lugar todo era muy diferente, pero me gusta el cambio. Estoy pensando en quedarme una temporada en este puerto. Parece un buen lugar para hacer negocios. ¿Tú qué opinas?

—¿Eres marinero? —El gordo lo interrogó levantando el bigote—. ¿En qué barco has llegado?

—Bueno, no he llegado en barco, es una larga historia...

—Soy todo oídos —dijo el hombre, sin descuidar su tarea.

Joan tuvo que inventarse una historia, la primera que le pasó por la cabeza y que podía parecer real. Que había estado durante muchos años haciendo negocios en La Escala, un pueblo de la costa del Empordà, uno de pescadores, con un pequeño puerto donde se movían muchas mercancías.

—¿Qué tipo de mercancías? —Quiso saber el hombre, levantando de nuevo el bigote.

—De esas que caen de los grandes barcos lejos de la costa a las barcas de los marineros locales... —respondió él, bajando la voz y acercando la cabeza.

El gordo interrumpió por un momento su trajín, y le hizo un gesto para que prosiguiese con su historia. Y Joan entendió que lo tenía que sorprender. Acercó todavía más la cabeza y, hablando como quien hace una confesión, dijo que hacía sólo unas semanas unos traidores habían boicoteado una descarga y los habían denunciado a él y sus compañeros ante la Junta de Aduanas. Explicó que a sus compañeros los habían detenido y las autoridades habían requisado las mercancías, pero que él había conseguido escabullirse. Añadió que se había escondido en los bosques durante varios días, hasta que finalmente había decidido venir a Barcelona. Y que había llegado aquella misma mañana oculto en el carro de unos payeses. Había venido directamente al puerto para intentar comenzar una nueva vida, pero allí no conocía a nadie y no sabía dónde ir para encontrar trabajo.

—Puedes hablar con aquél —le dijo el gordo, señalando a un chico fuerte y con las piernas arqueadas que lanzaba un cuchillo afilado a la diana—. Es estibador, seguro que le interesa tu historia. Él sabe de cajas como esas de las que hablas, quizás os podáis entender. Se llama Bribón. Le puedes decir que te envió yo, el Mallorquín.

El Milhombres miró de arriba abajo a aquel tal Bribón. Debía de tener su edad, veinticinco o veintiséis años. No era demasiado alto, pero sí fuerte, y con su cuchillo afilado acertaba siempre en el centro de la diana. Con él estaba otro hombre, un poco más alto y delgado, quizá también más joven.

—Mallorquín, pon bebidas para los tres, ¡que pago yo! —dijo, elevando la voz.

Cuando el tabernero los sirvió, el Bribón agradeció el vaso con una sonrisa desconfiada, y Joan supo que se encontraba ante un hombre listo. Y todo el mundo sabía que los hombres listos de mar eran los que se dedicaban al contrabando. Decidió ser prudente y no hablar demasiado, aunque le costaba contenerse después de haber pasado tanto tiempo encerrado entre presos y militares. La lengua se le disparaba, y además comenzaba a embarullarse por los efectos del aguardiente.

—Le explicaba a mi amigo, el Mallorquín, que acabo de llegar a la ciudad y busco trabajo en el puerto —dijo, dando palmaditas amistosas en los hombros de ambos hombres—. Me ha dicho que hable contigo, que quizá nos entendamos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el Bribón con aquel gesto desconfiado.

—Joan Martí.

—Eso no es un nombre. A ti seguro que te llaman el Caracortada.

Joan maldijo para sus adentros, pero asintió levemente con la cabeza. Nunca ningún hombre del mar le había puesto aquel apodo porque ninguno lo había visto con la cara cortada. Aquella cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda se la habían hecho los soldados de la Ciudadela, pero eso era precisamente lo que él no quería explicar. Tenía que inventarse algo, una historia que le permitiese con honor ser de ahora en adelante el Caracortada, y dejase atrás al Milhombres que había sido en prisión. Pero no se le ocurrió ninguna lo suficientemente convincente.

—¿Y por qué piensa el Mallorquín que tú y yo podemos entendernos?

El Bribón parecía impaciente y ya no sonreía. Clavó sus ojos verdes y brillantes en los de Joan, azul claros y muy sensibles a la luz, y el Milhombres tuvo que parpadear varias veces para evitar que le aflorasen las lágrimas. Se las refregó con las manos y de pronto empezó a verlo todo borroso. Se apoyó en el hombro del otro hombre, que aunque no había hablado sonreía amistosamente con su vaso, ya vacío, en la mano.

—Perdonad, amigos, si no os respondo ahora mismo, pero hace mucho que no como como Dios manda, y si no lo hago rápido me pondré enfermo —dijo Joan, llevándose una mano a los ojos y otra a la barriga con ademán cómico—. Os pediría que me indicaseis dónde hay una casa de comidas por aquí cerca y que me acompañaseis, ¡invito yo! Y así, comiendo, os cuento mi historia.

—Pues si invitas, yo me apunto. Soy el Fideo. —El hombre en el que se apoyaba le tendió la mano, y él se la estrechó.

—Y yo el Caracortada —le dijo, inaugurando el nuevo apodo.

El Fideo propuso ir a una de las tabernas del nuevo barrio, y el Bribón se sumó con cierto recelo. Dijo que él no comería, que sólo los acompañaría un momento y que después tenía que irse. Y guardó el cuchillo en la faja y fue con ellos.

En el muelle había más gente que antes, pero los hombres avanzaron a paso rápido, subieron la escalinata que conducía al andén superior y atravesaron en dirección a aquella gran pirámide de luces que daba acceso a la plaza San Miguel. Pero antes de llegar, el Fideo señaló una de las casas del paseo, y él lo siguió. Detrás de la fachada se abría un patio donde había muchos hombres comiendo alrededor de un par de grandes mesas, pero en lugar de buscar asiento, el Fideo se dirigió a la puerta de aquella casa roja, con ventana a cada lado, y Joan entró detrás de él. En uno de los laterales había una cocina nueva, donde un hombre cantarín cocinaba utilizando muchas cazuelas.

—¡Ponnos de comer, Beppo, lo mejor que tengas, que hoy invita nuestro amigo el Caracortada!

No hicieron falta más presentaciones. Aquel tal Beppo, que resultó ser romano, acogió a Joan en su taberna como si fuese un viejo amigo a quien hacía tiempo que no veía. Los hizo sentarse allí dentro, en una mesita pequeña junto a la cocina, e incluso hizo levantarse a un par de chavalines para dejarles sitio. Les sirvió vino y pan mientras les preparaba la comida y les aseguró que aquel día se chuparían los dedos. Joan cogió un trozo, dio un mordisco y el estómago le rugió. Estaba hambriento.

Cuando Beppo le puso delante un tazón, él engulló sin prestar atención, pero de pronto la boca se le inundó de viejas sensaciones. Aquélla era una cazuela de pescado como las que preparaba su madre, y hacía años que no probaba ninguna.

—¿Qué, ya te encuentras mejor? —El Bribón no comía cazuela, pero sí el chanquete frito que Beppo había servido, y también unas patas de calamar con ajo y perejil.

—¡Soy un hombre nuevo! —respondió Joan, engullendo también el pescadito y los calamares, y pensando que había llegado el momento de hablar.

Y lo hizo, comiendo. Repitió la misma historia de la vida en el pueblo de La Escala que le había contado al Mallorquín, con los mismos detalles y parecida entonación, pero el Bribón no pareció nada impresionado.

—Y esa cicatriz, ¿quién te la hizo?

Entonces Joan inventó una nueva historia, una que según él había sucedido hacía unos cinco o seis años y que lo situaba a bordo de un laúd de cabotaje en el que había ido hasta las costas de Turquía. Había sido un viaje muy complicado, porque habían tenido que huir de la justicia en varios puertos. Y cuando por fin estaban llegando a costas catalanas, cargados de mercancías para vender en Barcelona, un barco de piratas del norte de África les abordó. Ellos sólo eran siete marineros, pero habían luchado escarnizadamente contra más de doce hombres. Se llevó el puño

al corazón con un fuerte golpe, y añadió que él había tenido un cuerpo a cuerpo con uno de aquellos piratas negros, uno que empuñaba un gran cuchillo. Explicó con todo detalle y gesticulando aparatosamente cómo le había zurrado hasta dejarlo tirado en la cubierta. Y cómo entonces, cuando había intentado arrebatarle el cuchillo, aquel pirata había vuelto a la vida y le había cortado la cara con la afilada hoja.

Mientras lo relataba se tocó la mejilla siguiendo con los dedos aquella profunda cicatriz, y el Fideo lo miró boquiabierto y con grandes ojos.

—¿Qué más pasó? —preguntó.

El Bribón, en cambio, lo miraba incrédulo. Joan prosiguió con la historia intentando darle más veracidad. Dijo que le había salido tanta sangre de golpe que casi se desmaya y cae por la borda, pero que tuvo que reaccionar rápido y recuperarse, porque aquel pirata se estaba incorporando y le amenazaba de nuevo con su cuchillo. Ensangrentado y retorciéndose de dolor, se había subido al mástil de la vela latina, y cogiendo la tela le había dado un golpe con la antena que lo había enviado al mar, donde el negro se había ahogado en un santiamén.

Vio que el Bribón enarcaba una ceja y le cambiaba la cara de incredulidad por otra de menosprecio. Joan sabía que los héroes no siempre despertaban la admiración de todo el mundo, y decidió añadir un final que lo dejase un tanto malparado. Bajando la mirada, dijo que él y sus compañeros habían conseguido salir victoriosos, pero que a partir de entonces nada había vuelto a ser igual. Añadió que todo aquello lo había marcado tanto que no había podido volver a navegar. Se mareaba sólo de pensarlo y no podría hacerlo nunca más. Aquél había sido su último cabotaje, y desde entonces había trabajado siempre en tierra firme. Y tal como había esperado, en la cara del estibador se perfiló una sonrisa amistosa.

—Miraré a ver qué encuentro para ti, y nos veremos por aquí. —Y sin añadir nada más, el Bribón se levantó de la silla y se largó.

El Fideo, en cambio, feliz con el estómago lleno y orgulloso de tener un nuevo compañero tan valiente como el Caracortada, le propuso tomar un aguardiente en alguna tasca que estuviese más animada, y Joan aceptó de buen grado. Pagó la comida y se despidió de Beppo con abrazos, prometiendo que volvería bien pronto, y salió a la calle sintiéndose como en su pueblo. Con la diferencia de que, en aquel barrio de la Barceloneta, todas las casas eran nuevas y además había fiesta mayor. Todo estaba repleto a rebosar, y la gente parecía esperar a que diese inicio algún acto importante.

—Esta tarde habrá un torneo militar aquí —le informó el Fideo—. A ti te la suda, ¿verdad?

—Sí, sí, y tanto.

—Pues te llevaré a un lugar que conozco.

Dobló la esquina y enfiló la calle a paso ligero. Había grupos de gente cantando y haciendo jarana por todos los rincones, y también muchos soldados, la mayoría fuera de servicio, que paseaban con chicas jóvenes o bebían en grupo en la puerta de alguna tasca o alrededor de carros y mesas de venta de bebidas o comidas dispuestos aquí y allá para la ocasión.

Pero ellos no se pararon. Doblaron otra esquina y tomaron por una calle exactamente igual que la anterior, y un poco más adelante el Fideo llamó a la puerta de una de aquellas casas nuevas de fachada roja, con ventana a cada lado. No tardaron en abrir, y una mujer gorda, sonriente y en camisa interior los recibió dándoles la bienvenida y un beso en la mejilla. Él entró bien orgulloso, ajustándose los pantalones, sin saber dónde se metía.

No parecía una casa familiar ni una taberna, ni siquiera un almacén de marineros, aunque estaba repleto de hombres que bebían aguardiente y sacaban humo por la boca, y de otros que dormitaban por los rincones. También había una cocina, donde otra mujer gorda cocinaba. Joan nunca había visto una cosa parecida. Oyó más voces de mujer en el piso de arriba y entonces se dio cuenta de que aquello era una casa de furcias, probablemente la primera que había abierto en aquel nuevo barrio, y el Fideo debía de ser un cliente asiduo.

—¿Has traído tabaco? —le gritó al Fideo uno de los hombres que jugaba a las cartas.

—Sí, ¿cuánto quieres? —El chico sacó un fardo que escondía bajo la camisa.

—Dame sólo un sueldo, que voy corto de dinero.

—Como mínimo tienen que ser tres —respondió el Fideo.

—Pues pon tres —dijo otro de los hombres—. ¡Iremos a medias!

Cuando el Fideo acabó de servir a su clientela, pidió un par de aguardientes a la gorda y él y Joan se sentaron en una mesa.

—Dame tres sueldos más, que yo también quiero comprar una cosa para compartir contigo —le dijo el Fideo, entrechocando el vaso contra el suyo.

—¿Qué cosa? —preguntó él, desconfiado.

—Una que te gustará. ¡Dámelos y verás!

Joan no se lo pensó mucho, sacó el dinero y se lo dio. Su nuevo amigo lo cogió al vuelo y se levantó de la silla. Lo vio ir a hablar con uno de los hombres que dormitaba en un rincón, y zarandearlo para que se despertara y le contestase. Cuando lo consiguió, y después de discutir un poco, el Fideo le dio el dinero a cambio de alguna cosa que cabía dentro de la mano, y volvió a la mesa con una ancha sonrisa en la cara.

—¿Qué te ha dado? —preguntó Joan con curiosidad.

Se había esperado alguna bebida exótica, ya fuese güisqui, cerveza o algún aguardiente traído de ultramar, pero el Fideo le enseñó una especie de resina aceitosa. Una bola marrón que parecía un pequeño excremento de animal. La estiró con la palma encima de la mesa para darle forma de ramita alargada y después la cortó en varias partes. Sacó una pipa, puso un poco de tabaco en el fondo, añadió un trozo de bolita marrón deshecha entre el tabaco y la encendió aspirando el humo por la boca. Y después de dar una buena calada se lo pasó al Caracortada para que él hiciese lo mismo.

Joan nunca había fumado en pipa, pero lo había visto hacer a algunos hombres de mar. Aspiró por la boca y dejó entrar una gran bocanada de humo, que le hizo toser estrepitosamente. Los hombres de las otras mesas rieron, y él, ahogado entre el humo y tosiendo, también lo hizo. Rio sin aire, sin apenas poder respirar, pero rio a gusto. Y volvió a dar una calada para volver a reír igual, aunque esta vez se tragó el humo sin toser.

—¿Qué estamos fumando? —preguntó.

—¡Opio del bueno, qué si no! —respondió el Fideo medio ofendido—. No me digas que un marinero como tú, que ha estado en Turquía, ¡no lo ha probado nunca!

Asintió con un gesto de conocedor mientras sacaba el humo por la boca poco a poco. Había oído hablar del opio, un producto muy preciado en toda Europa con el que se hacían medicamentos muy valorados, como la triaca, pero nunca lo había probado ni se había encontrado a nadie que tuviese. Lo cierto era que sabía bien poco de aquel producto como para hacerse el entendido.

—Pues no lo había fumado nunca —reconoció.

—Ya, ya, qué extraño —afirmó el Fideo con naturalidad—. Yo también antes sólo lo había visto en polvo, y lo tomaba con aguardiente y punto, como hace todo el mundo. Pero unos marineros andaluces nos enseñaron a fumarlo con tabaco, y ahora aquí todo el mundo lo hace así. Es una pasada, ¿verdad? ¡Todos los que lo prueban quieren repetir!

Le quitó la pipa y dio dos caladas. Pero antes de que se consumiese del todo, se la volvió a pasar. Joan aspiró las brasas de aquella mezcla, y el mareo se le concentró en la cabeza.

—¿De dónde lo sacáis? —quiso saber.

—Llega con los barcos ingleses y holandeses. No sé si de Turquía o de la India, pero últimamente cada vez hay más por todas partes.

Joan intentó prestar atención a las explicaciones del Fideo, que hablaba de las cargas legales de muchos quilos de opio que llegaban a la aduana de Barcelona una vez al año, y también de los paquetes pequeños llenos de bolas de pocos gramos con los que se traficaba en aquel puerto desde hacía mucho tiempo. Por lo visto, aquel producto era muy necesario y se había convertido en una buena mercancía de comercio negro. Se vendía sin problemas a médicos, boticarios y dueños de droguerías de la ciudad, siempre dispuestos a pagar precios altos por cantidades pequeñas. Pero el mareo que Joan notaba en la cabeza comenzó a extenderse por todo el cuerpo, y el estómago se le giró de pronto. Sintió una necesidad imperiosa de vomitar y se levantó de la silla estrepitosamente, dando tumbos y tirando todo lo que se encontró a su paso.

No debía de ser el primero en padecer aquellos efectos, porque no demasiado lejos de donde estaba había un barreño destinado a ese uso. Verlo allí, repleto de vómitos de otros hombres, le frenó el ansia por unos momentos, pero el vómito contenido se transformó en un surtidor que rebrotó como un volcán en pocos minutos, inundando de lava lo que se encontró al paso.

El mundo a su alrededor se volvió borroso, y aunque consiguió ver al Fideo, que le hablaba riendo, fue incapaz de entender lo que le decía. Se dejó caer al suelo, junto a uno de aquellos hombres que dormitaba, y cerró los ojos. Mañana sería otro día.

No tuvo un buen despertar. El cuerpo le dolía y la cabeza todavía le daba vueltas. Y aquella mujer gorda y sonriente le hablaba sin parar a una velocidad que hacía que Joan no entendiese nada. Estaba a punto de gritarle que se callase cuando de pronto por detrás de ella apareció una pelirroja y la interrumpió.

—Si quieres puedes venir conmigo —le dijo a Joan la chica, mirándolo a los ojos—. Estoy disponible.

—Venga va, chico, sube con ella a la habitación —lo instó la gorda, dándole un empujón para que se moviese—. Te haré un buen precio, ¡no te preocupes!

No le pareció una mala idea. Él necesitaba una mujer y aquella era joven y estaba disponible. Además, todavía le quedaba mucho dinero y no tenía de qué preocuparse. Se levantó del suelo con dificultad, apoyándose en la pared y allí donde podía, pero cuando estuvo en pie caminó derecho sin tambalearse.

Subió las escaleras siguiendo a la chica, que lo condujo a una de las tres habitaciones que había en el piso superior. Era suficientemente grande como para acoger tres jergones, y sólo había uno libre. Los otros dos estaban ocupados por parejas, que fornicaban con el culo al aire sin preocuparse de sus alrededores.

Lejos de excitarse con la visión, Joan sintió asco. El estómago se le giró y no vomitó porque ya no le quedaba nada en el cuerpo, pero tosió perdiendo muchas fuerzas. Cayó agotado en el jergón, y la chica se apresuró a quitarle los zapatos y los pantalones, dejándolo en calzones. Salió un momento y volvió con una palangana de agua y unos trapos, y con cuidado le sacó los calzones y le lavó el pene flácido y el culo como si fuese un bebé. Él se dejó hacer, y al acabar, la miró desnudarse.

Le recordaba a Elvira, aunque salvo que ambas eran pelirrojas, no se parecían en nada. Pocas reinas podían superar la belleza salvaje y luminosa de aquella muchacha, y mucho menos una prostituta. Ésta era más fea, con el pelo más rojo y la piel más blanca, pero tenía los pechos más grandes. Dos buenas tetas, salpicadas de pecas y con unos grandes pezones rojos que apuntaban hacia su boca. Pero no le apeteció besarlos. Miró a la chica a la cara y buscó sus labios gruesos para darle un beso, pero el olor a carmín lo echó atrás. Apenas estaba excitado para hacer nada.

—Nena, cómemela un poco, a ver si mejora...

Y ella lo hizo. Le cogió el pene flácido y se lo llevó a la boca. Pero por mucho que lamió y chupó, aquella flacidez no cambió. Pensar en Elvira en lugar de excitarlo lo había puesto todavía de más mal humor. ¿Se vería a diario con aquel oficial? Tenía que volver a aquella casa, para

averiguar más cosas de ella y probar de acercársele, pero primero tenía que recuperar las fuerzas. Y por el momento, ni él ni su pene parecían suficientemente animados.

Mientras la chica seguía chupando con aquella boca grande de labios pintados, él miró alrededor. Una de las parejas dormitaba, y la otra ya había acabado y se había ido de la habitación, dejando el jergón vacío. Pensó que no tardaría demasiado en llegar una nueva pareja, e intentó concentrarse en su pene, para empujarlo antes de que entrase nadie más.

Le costó un buen rato conseguirlo, y cuando por fin lo tuvo duro y apuntando al techo, tiró a la chica en el jergón y le cayó encima, penetrándola enseguida. Ella gimió, y él la embistió una vez, dos... Entonces la puerta se abrió, y mientras una nueva pareja ocupaba el jergón libre, él se corrió antes de poder contar tres.

—¿Ya está? —se quejó la chica.

Sin pensárselo, Joan le cruzó la cara de una bofetada y se tendió para dormir. Necesitaba descansar un poco más.

Aquel sueño le resultó mucho más reparador. Despertó hambriento y fue a la planta baja para pedir alguna cosa de comer. La gorda lo recibió con sus sonrisas habituales, lo hizo sentarse en una mesa y le puso un vaso de vino y un trozo de pan para que fuese abriendo boca mientras se preparaba la comida.

Allí sólo había otro hombre, dormido en un rincón. Pero no habían pasado ni cinco minutos cuando se abrió la puerta y empezó a entrar gente, al menos una veintena de personas, entre hombres y mujeres. Llovía a mares y todo el mundo estaba mojado, pero llevaban máscaras e iban vestidos como si fuesen a una fiesta de carnaval. Entre los recién llegados estaba también el Fideo, con una pluma en el sombrero, que lo saludó amistosamente.

—¡Hay que joderse! —dijo, dejándose caer en una silla a su lado—. ¡Para una cosa buena que eran estas fiestas, va y llueve como hacía años que no llovía y se anula todo!

—¿De qué fiesta hablas?

—Pues de las fiestas de inauguración de este nuevo barrio, de la Barceloneta, hombre, ¡que parece que vives en una nube! Duran toda la semana, hasta el próximo domingo, y además de misas y desfiles militares también hay otras cosas. Hoy estaba previsto un baile de máscaras, y todos lo esperábamos con ganas, ¡ya nos ves disfrazados! Hace años que no se celebra ningún baile de máscaras en esta ciudad, imagínate, ¡ninguno de nosotros había visto nunca uno! Pero san Pedro o san Miguel o vete a saber qué santo ha decidido que esto no era de ley, y nos ha jodido la fiesta haciendo que llueva.

Con lluvia o sin ella, la gente congregada allí dentro no parecía deseosa de dar por acabada la fiesta, y no tardaron en empezar a cantar, bailar y hacer que la alegría se extendiera dentro de aquellas cuatro paredes.

Joan, después de comer, también se sumó, y acabó bailando encima de la mesa con la pelirroja a quien antes había abofeteado. La chica llevaba una máscara y un vestido rojo con un escote generoso que la hacía muy atractiva. Y entonces sí: el pene se le endureció y la quiso poseer allí mismo. La cogió de la mano y la llevó escaleras arriba, a la habitación donde habían estado antes. No había nadie, y la hizo tumbarse en el primer jergón. La hizo ponerse a cuatro patas, se bajó los pantalones y los calzones, cayó de rodillas y, levantándole las faldas y cogiéndola por las nalgas,

la embistió por detrás sin pensárselo. Ella gritó de dolor, y eso todavía lo excitó más. La cabalgó con ímpetu, haciendo que su miembro viril friccionase con fuerza sus cavidades íntimas, y pensó en Elvira. Aquel cuadro que colgaba en su memoria, y que mostraba el rostro divino de aquella muchacha dándole un beso dulce y suave a la niña, le excitaba mucho más que la visión de una furcia jadeando.

No tardaron en llegar otras parejas, para hacer lo mismo que ellos en los jergones de al lado, y Joan decidió que había llegado el momento de acabar. Dando un último empujón, se corrió con un grito de placer, y salió rápidamente de la chica, empujándola para que se apartase. Se vistió y, sin apenas mirarla, se fue de nuevo escaleras abajo.

La fiesta no había decaído. Mientras unos hombres cantaban a gritos una canción de taberna, varias chicas bailaban encima de una mesa, descalzas y levantándose las faldas, riendo como locas. El Fideo estaba sentado a una mesa, bebiendo aguardiente y hablando animadamente con otros hombres. Joan también pidió un aguardiente y se sentó con ellos. Aquéllos eran hombres de puerto, estibadores que se dedicaban a cargar y descargar barcos y que disponían de toda clase de mercancías con las que negociar, de las que se caían de las barricas.

Había uno que tenía chocolate en polvo, algo que encantaba a las mujeres del prostíbulo y con la que pagaba el aguardiente y todos los favores que le hacían allí. Las mujeres lo transformaban en bebida y lo tomaban continuamente, y a los hombres les gustaba que tomasen, porque así las furcias sabían bien. Otro de aquellos hombres llevaba bajo la capa un montón de agujas, hilos y cintas, y tenía un par de chicas enloquecidas que le hacían cosquillas para ver si podían sacar alguna gratis. Un tercer hombre no tardó en ofrecerle un par de sueldos de rapé, y Joan aceptó, sacando el dinero a cambio del saquito con el tabaco en polvo.

Extrajo un poco con la uña, tapó con la mano libre un orificio de la nariz y aspiró por el otro. Notó el picor del tabaco subiendo por las vías respiratorias hasta casi los ojos, y bajando desde allí en picado por la garganta hasta explotarle en el estómago, y entonces respiró hondo y cerró los ojos para disfrutar de aquel mareo tan placentero. Con una gran sonrisa en la cara, le pasó el saquito al Fideo, para que hiciese lo mismo, y su amigo aceptó contento.

—¡Qué alegría haberte conocido, Caracortada! —le dijo, dándole una palmada en el hombro—. Esto hay que celebrarlo, ¡y hoy es el mejor día!

—¡Jefa, ponga más aguardiente! —gritó Joan, para secundarlo.

—Sí, sí, el aguardiente está bien, pero mira lo que tengo...

Y entonces el Fideo sacó tabaco de fumar y una bolita de opio un poco más grande que la del día anterior, con la que preparó una pipa. Mientras lo miraba coger fuego de una candela con un palito, pensó que él no fumaría. El día anterior aquel humo lo había hecho vomitar hasta sacar la bilis y le había dejado el cuerpo dolorido. No, no tenía ganas de repetir aquella experiencia. Pero el Fideo, después de fumar, sonreía con los ojos bien abiertos y parecía iluminado por una luz de colores.

—¡Fuma un poco, hombre, ya verás qué bien nos lo pasamos!

O el Fideo tenía un gran poder de convicción o Joan muy poca fuerza de voluntad, porque tal como se la dio, él cogió la pipa y fumó. Aspiró hondo el humo, notando cómo le quemaba la garganta, reteniéndolo en los pulmones y dejándolo salir de golpe en una gran bocanada. Por un

momento tuvo la sensación de flotar en una nube. El Fideo quiso recuperar la pipa, pero Joan lo impidió y dio una nueva calada antes de pasársela. Y entonces el humo le subió tan arriba de la cabeza que lo hizo levantarse de la silla y empezar a saltar. Por suerte, en aquel salón la animación sobraba, y en lugar de pararlo le abrieron paso y lo hicieron subir a la mesa para bailar con las chicas.

Joan saltó entre ellas sin apenas notar su propio cuerpo, ligero como nunca antes, con aquella sensación de flotar en una nube y de estar libre de todo tipo de cargas. Las chicas reían y le cogían las manos, saltando jubilosas con él, y además de bailar pudo magrearlas todo lo que quiso. Nalgas, piernas, senos... estaban sólo a un salto de sus manos, aquí unos más blanditos, aquí otros pequeños, aquí unos bien grandes... Prolongó el baile todo lo que pudo, una canción detrás de otra, hasta que el efecto de aquella nube de humo se le empezó a pasar. No tenía más fuerzas para bailar, aunque se sentía como nuevo y con las energías renovadas, y decidió sentarse un rato a charlar con el Fideo. No le resultó fácil hacerlo, porque las chicas no siempre encontraban hombres con los que bailar, y no estaban dispuestas a dejar escapar al único que se atrevía.

—¡Jefa, traiga aguardiente para todas! —pidió, levantando la voz—. ¡A ver si así me dejan beber tranquilo!

La mujer sonriente se acercó con la jarra y rellenó los vasos de todo el mundo, aunque ni siquiera así lo dejaron irse, y lo sacudieron tanto que tuvo que pellizcar un par de culos para escabullirse. En la mesa, el Fideo se estaba preparando una nueva pipa.

—Será mejor que ahora no fumes —le dijo a su amigo, antes de dar una gran calada.

—¿Por qué? —preguntó él, mirándolo envuelto en humo.

—Te has movido demasiado y te podrías marear. No estás acostumbrado a fumar.

—¿Y tú qué sabes? —repuso Joan, haciéndose el duro y arrebatándole la pipa de las manos.

Pero justo después de tragarse el humo, un intenso mareo invadió su cabeza y no fue capaz de decir nada más. Se quedó así, perdido en aquel mareo, un rato largo, muy largo, quizás horas. No cerró los ojos ni apenas se movió de aquella silla. Delante de él desfilaban cuerpos que se movían, bailaban o le hacían gestos mientras reían, pero él no los veía. No podía. Tampoco entendía nada de lo que le decían, porque su cabeza estaba como metida dentro de una botella de vidrio desde donde sólo escuchaba un sonido lejano. No pensaba en nada, sólo contemplaba el retrato que colgaba dentro de su mente mostrando la escena de un beso dulce. Y entonces, empezó a recordar de nuevo.

Justo después de aquella escena memorable del beso dulce en la Ciudadela, cuando la niña volvió a entrar en el almacén y Elvira se fue con su soldado, el capitán que había interrumpido el paso del grupo en que él iba se fue también, adentrándose por la misma puerta por donde lo había hecho aquella niña que había llamado la atención de Elvira. Joan lo vio abrirla con la mano que llevaba un anillo ostentoso de piedras rojas, recordó las lágrimas de la niña y pensó que aquel desgraciado entraba allí para beneficiársela. Pero no pudo pensar más, porque los soldados lo llevaron al calabozo y lo encadenaron de nuevo a la pared.

Menos de cinco horas después, la puerta se abrió y unos oficiales entraron con un joven soldado que encadenaron a su lado. Aunque los presos militares cumplían condena en dependencias especiales, como aquel día se celebraba una ejecución en la Explanada no había

suficientes oficiales de vigilancia en la torre de Sant Joan, y a aquel pobre chaval lo dejaron allí con él y se fueron, cerrando con llave la puerta. Lloriqueaba como un niño pequeño y repetía que él no había hecho nada, pero nadie le hizo caso.

Era un chaval tan joven y con una carita tan infantil que a Joan le dio pena, y en lugar de insultarlo, como solían hacer los presos, intentó tranquilizarlo. Estaba muy asustado. Según le llegó a explicar, con la voz rota y entre sollozos, lo habían acusado de matar al capitán Díez de Montoya, a quien habían encontrado muerto a primera hora de la tarde, y él juraba y perjuraba que no lo había hecho. Pero por mucho que lo había repetido, sus superiores no habían dado el brazo a torcer y seguían convencidos de su culpabilidad.

—No te preocupes —le había dicho Joan—. Eres un soldado y tendrán que hacerte un juicio donde podrás explicarlo todo.

Pero el chaval negó con la cabeza. Como aquel día estaban presentes en la Ciudadela todas las autoridades militares, se había organizado un tribunal de justicia especial y todo había ido muy rápido. Ya se había celebrado el juicio, y a él lo habían declarado culpable y condenado a muerte. Por lo que le habían dicho, se disponían a fusilarlo esa misma noche.

Joan pensó que si los militares habían hecho todo aquello en tan poco tiempo, era porque sin duda el chaval era culpable, aunque no lo reconociese, y quiso saber más.

—¿Por qué te acusan a ti, si dices que no has sido?

El soldado dejó de llorar y cruzó los brazos sobre el pecho, cogiéndose los hombros, para calmarse. Fijó la mirada en el suelo y empezó a hablar en voz baja, poniendo de paso en orden sus ideas. Por lo visto, los militares disponían de numerosas pruebas, algunas aportadas por personas muy importantes.

El propio marqués de la Mina había ido por la mañana a la sacristía de la iglesia castrense y había encontrado a aquel chaval con la víctima, el capitán Díez de Montoya, en un momento comprometido. ¿Por qué comprometido?, quiso saber Joan. Y el soldado respondió que cuando el marqués abrió la puerta, él jadeaba como una furcia satisfecha mientras el capitán lo enculaba. Hacía tiempo que Montoya lo obligaba a fornicar con él, y el chaval había llegado a encontrarle un gran placer.

A Joan todo aquello le pareció repugnante, pero le había picado la curiosidad y quería saber más, y en lugar de insultarlo y escupirlo, como se moría de ganas de hacer, lo trató dulcemente para que continuase hablando. Y él lo hizo.

Explicó que se había llegado a enamorar de aquel capitán que le hacía sentir tanto placer. Pero el alto oficial no sólo fornicaba con él, sino con muchos otros soldados de su regimiento. El chaval le había pedido que no estuviese con ningún otro que no fuese él, pero al capitán, por lo que parecía, le gustaban todos los chavales y no perdía la oportunidad de acercárseles. Había encontrado en aquella sacristía sin páter castrense un lugar ideal para iniciarlos a todos en sus juegos amatorios, pero él deseaba ser el único participante de un juego de amor...

Según le contó, el chaval había demostrado sus celos delante de sus compañeros, y les había pedido que no aceptasen ir a la iglesia con el capitán, porque además la mayoría de ellos no querían hacerlo, y él les había defendido y protegido. Pero aquellos mismos chicos, interrogados por sus superiores, le habían acusado de ataques de celos, y también fueron ellos los que apuntaron un posible homicidio por venganza pasional. El tribunal de justicia había considerado que todo era demasiado escabroso, y por eso habían decidido culparlo a él y dar por cerrado el

caso lo más rápido posible.

El chaval afirmaba que precisamente por el amor que sentía hacia el capitán, nunca hubiera hecho una cosa parecida a aquélla por la cual le habían condenado, pero sólo Joan lo escuchó. Cuando sus superiores volvieron al calabozo para interrogarlo sólo querían saber una cosa. Habían encontrado a la víctima desnuda, con el pene erecto y sin el anillo de piedras rojas que lucía habitualmente, y querían saber qué había hecho de él. ¿Se lo había metido en la boca mientras jugaban? Le preguntaron una y otra vez dónde había escondido la joya, y mientras el chaval repetía que él no la tenía, registraron sus ropas, lo desnudaron por completo y comprobaron que no lo hubiese escondido en el orificio oscuro de su cuerpo. Pero allí no estaba.

El soldadito, humillado y desnudo, quería explicar que él no había sido, pero sus superiores lo hicieron callar a bofetadas y patadas en la barriga. No tardaron en llegar a la conclusión de que el joven se había tragado el anillo, y lo obligaron a declarar que así había sido. Y el chaval acabó por asentir con la cabeza. Entonces se lo llevaron y poco después Joan escuchó una descarga de fusilería que confirmó que nunca más volvería a verlo.

Recordó al capitán que había salido al paso de los soldados que le escoltaban aquel mismo mediodía, y el anillo de piedras rojas que llevaba en la mano. La mano con que había abierto la puerta del almacén por donde poco después se había colado una niña. No había duda de que el muerto era aquel mismo hombre. Tenía la cara de un depravado y el nerviosismo de quien está a punto de cometer alguna infamia, y parecía querer resolver algún asunto de pantalones en aquel almacén... Pero el anillo que él recordaba era demasiado grande como para ser tragado.

Además, había pasado muy poco tiempo entre que él había visto a las muchachas y al capitán vivo, y habían llevado al soldado a la celda después de que encontrasen al muerto, con sentencia firme y todo. Fue entonces cuando empezó a sospechar que quizás aquella muchacha pelirroja que él había visto charlar con la niña podía tener algo que ver con la muerte del capitán y la desaparición del anillo. Era más probable que lo hubiese hecho ella antes que el soldadito, que negaba de todo corazón haber asesinado a nadie.

La muchacha no le parecía lo suficientemente fuerte como para haber matado al capitán ella sola, pero quizá la había ayudado alguna de las mujeres que él había visto cruzando la plaza de armas... ¡Algunas parecían lo suficientemente fuertes como para matar a un hombre obnubilado por la excitación amorosa! Pensó en el asunto durante horas, analizando todos los detalles que conocía de aquel caso y pensando en las mujeres que había visto. Pero aquella noche todavía habían pasado más cosas...

De pronto la botella que aislaba sus pensamientos se rompió y volvió a oír las voces que hablaban a su alrededor, y no supo cómo reaccionar. Durante un rato los observó a todos con desconfianza. La fiesta había acabado, la mayoría de hombres parecía prepararse para marcharse de allí y la jefa, la gorda sonriente, pasaba cuentas con los clientes mientras las chicas recogían los vasos de las mesas. El Fideo charlaba al oído de una chica que reía a mandíbula batiente. Al verlo moverse lo saludó con la mano.

—¿Ya has vuelto? —le dijo con una sonrisa irónica—. Pues venga, va, prepárate que nos vamos.

—¿Adónde? —preguntó Joan.

—A otro sitio, hombre, a seguir la fiesta fuera, ¡que ya no llueve!

La idea de salir a la calle y tomar el aire le gustó. Se puso de pie desconfiando de sí mismo, porque notaba las piernas flojas y un peso muy grande en la cabeza, pero su cuerpo se mantuvo firme. Se ajustó los pantalones y justo cuando iba a avanzar hacia la puerta, la gorda le cortó el paso.

—Tú y yo tenemos que pasar cuentas antes de que te vayas —dijo con aquella voz que parecía reír siempre—. Me debes dos libras y seis sueldos.

—¿Estás loca? —Joan la miró sin dar crédito a lo que escuchaba. Dos libras y seis sueldos eran cuarenta y seis sueldos, demasiado dinero.

—¿Qué te crees, que esta casa es gratis? Has comido, has bebido, has invitado a una ronda de aguardiente, has dormido, te has acostado dos veces con la Puri y le has dado una bofetada, un placer que también vale dinero... Págame lo que te pido y vuelve mañana.

—Te daré libra y media —regateó Joan, sacando el dinero que llevaba bajo la faja—. Y date por muy bien pagada.

Le dio treinta monedas a la mujer y miró los pocos sueldos que le quedaban en el saquito de terciopelo rojo que le había entregado el marqués de la Mina el día anterior. ¿O quizá ya hacía dos días de aquello? Había perdido la noción del tiempo.

Se despidió con la mano de la pelirroja Puri que le había salido tan cara, y salió detrás del Fideo y el resto de los hombres. Fuera, respiró el aire frío y húmedo y un escalofrío le recorrió el cuerpo. No tenía capa para cubrirse, y avanzó a paso rápido para combatir el frío. Un cielo negro plomizo hacía pensar que era noche cerrada, pero quizá la oscuridad sólo era consecuencia de la lluvia, porque había gente y carros por todos lados. Unas grandes antorchas colocadas en las fachadas rojas iluminaban las calles, todas iguales, y ellos avanzaron por en medio, doblando un par de esquinas hasta detenerse delante de una puerta.

—Es la casa nueva de un buen amigo —le informó el Fideo.

Joan asintió con la cabeza. Con el frío se había espabilado y tenía ganas de tomar un trago para entrar en calor y animarse, y aquél parecía un buen lugar. Por el ruido que llegaba, allí dentro había una buena jarana, y al abrir la puerta lo que vio no lo decepcionó. Una caterva de hombres poseídos por una alegría contagiosa cantaba canciones de borrachos mientras hacían correr barriles de vino y aguardiente de boca en boca. Los recibieron con los brazos abiertos y Joan se sumó a la fiesta bebiendo y cantando como si los conociese de toda la vida.

*Que beba, que beba,
que beba el borrachín.
Cuando el borrachín beberá
le cantaremos la tu rurururá;
cuando el borrachín beberó
le cantaremos la tu rurururó.*

Joan, el Fideo y los demás hombres cantaron tonadillas de aquella guisa durante toda la noche, yendo de la casa nueva de un amigo a la de otro, y de allí a la siguiente. En todas corrían el aguardiente y el vino, había gente alegre y cantarina e incluso algunas chicas que alegraban la vista. La fiesta continuó hasta casi hacerse de día, cuando bajaron las voces y se apagaron los

cantos, porque las calles del barrio se comenzaron a llenar de militares y clérigos que iban a la iglesia para una función religiosa.

—¡Vamos! —le dijo el Fideo, cogiéndolo del brazo.

—¿Adónde? —preguntó él, dejándose conducir hacia la puerta.

—A ver al Bribón, pero tú y yo solos.

No se despidieron de nadie. Salieron a la calle, a plena luz, y caminaron discretamente pegados a las fachadas hasta llegar a una casa de la parte superior del barrio, muy cerca del nuevo paseo del muelle.

El Fideo llamó a la puerta y una mujer embarazada con dos criaturas en brazos les abrió enseguida.

—Pasad, pasad, mi marido ahora baja —dijo, cerrando de nuevo la puerta a sus espaldas.

Aquella casa parecía más un almacén que un hogar familiar. Había cajas, cofres, barriles y toneles de todos los tamaños, apilados unos encima de otros ocupando todo el espacio, y los hombres tuvieron que pasar a la cocina para poder encontrar un lugar donde sentarse a esperar.

El Bribón no tardó en aparecer, pero no les ofreció vino ni aguardiente, como en el resto de casas, sino un cántaro con agua fresca.

—¿Qué hace éste aquí? —le preguntó al Fideo, señalando con el dedo al Caracortada.

—Es de confianza, no te preocupes —respondió su amigo.

—Vale. Pues quiero que estéis a las doce en punto en el muelle de la Riba, ni antes ni después. Y tenéis que ser discretos.

—Lo que tú mandes.

—Cargaréis lo que os dé en vuestras espaldas y lo traeréis aquí enseguida. Tendréis que ir con cuidado y esquivar a los militares, aunque, con un poco de suerte, los tendremos a todos en misa.

—¡Eso está hecho! —respondió el Fideo, dándole un codazo a Joan, que asintió con la cabeza sin decir nada.

No acababa de entender de qué hablaban, pero lo que estaba claro era que se trataba de un negocio que el Bribón tramaba desde hacía tiempo, y que seguramente le aportaría un buen beneficio.

—No nos queda tabaco ni nada para fumar. Danos alguna cosa... —pidió el Fideo.

—Cuando hayáis acabado vuestro trabajo os daré, pero ahora no. Si queréis podéis comer la cazuela de Josefa. Yo me tengo que ir, no me falléis. —Y dejándolos allí, el Bribón se fue.

Con el estómago lleno de cazuela, y de nuevo en la calle, la mañana avanzó rápida. Poco antes de las doce, mientras todo el mundo se apresuraba hacia la iglesia para asistir al oficio especial de aquel día, los dos se dirigieron al muelle. Desde el andén superior vieron a una veintena de hombres descargando una barcaza de mercancías. Cajas y toneles que después cargaban en unos carros que había en el muelle. Eran los únicos que trabajaban en el puerto aquella mañana, y quien daba las instrucciones no era otro que el Bribón, que estaba acompañado por un hombre que parecía un rico comerciante.

Se mantuvieron alejados mientras veían cómo se llenaba el primer carro con las mercancías de la barcaza, y cómo luego el comerciante se iba a caballo camino de la ciudad, sin pasar por los depósitos de la aduana. Justo entonces, las campanas de las iglesias comenzaron a dar las doce y

ellos bajaron la escalinata que conducía al andén inferior del muelle.

Simulando que paseaban, se acercaron al grupo de estibadores, que continuaban descargando la barcaza y cargando el segundo carro. Con una mirada y sin decir palabra, el Bribón les indicó dos toneles separados del resto de las mercancías, y Joan supo que aquello era lo que tenían que transportar. Cogió un tonel pensando que estaría lleno de líquido, pero casi no lo pudo levantar del suelo, ya que más bien parecía lleno de piedras. El Fideo, en cambio, se lo cargó en los hombros como si nada e incluso le ayudó a él a cogerlo bien. Tenían que salir de allí lo más rápido posible.

Nadie les salió al paso. Con los toneles a hombros, subieron de nuevo la escalinata que conducía al andén superior y avanzaron por el paseo, repleto de carrozas pero con muy poca gente. Tal como había previsto el Bribón, a aquellas horas todo el mundo estaba en la plaza de San Miguel celebrando las fiestas de la iglesia.

La casa del Bribón no estaba demasiado lejos, pero a Joan el camino se le hizo larguísimo. Aquel tonel pesaba una tonelada, ¡a saber qué contendría! Quiso preguntárselo al Fideo, pero su amigo iba muchos pasos por delante y tendría que haber gritado.

Cuando Josefa les abrió la puerta y pudieron entrar y descargar, Joan se notó el cuerpo destrozado. Casi no sentía el hombro derecho, ni el brazo ni la mano, y la espalda le dolía tanto que tuvo que tenderse en el suelo.

—¡Te veo muy desentrenado! —dijo el Fideo, riéndose.

—¡No te burles de mí! —espetó Joan, incorporándose.

Pero era cierto, estaba muy desentrenado. Hacía años que no cogía más peso que el de los grilletes, y aquel tonel lleno de vete a saber qué había podido con él.

—¿Qué narices hay aquí dentro? —dijo, señalándolo.

—Nada que tú debas saber. El Bribón nos pagará bien, ya verás, pero tardará en venir. Si quieres, puedes dormir un rato, al menos eso es lo que yo haré. ¿Verdad que no te importa, Josefa?

La mujer no dijo nada. Cogió a los niños en brazos y se los llevó al piso de arriba, y ellos se tumbaron entre las cajas y echaron una siesta.

Cuando el Bribón volvió a la casa también lo hizo cargado, pero no con un tonel sino con dos. Joan lo vio entrar y apilarlos con cuidado en un rincón. No los abrió, y él se quedó con las ganas de saber qué contenían. Al ver que estaban allí, tumbados en el suelo pero despiertos, el propietario de la casa no tardó en despacharlos. Les dio a cada uno veinticinco sueldos y un paquete no demasiado grande de tabaco, y se despidió de ellos señalando hacia arriba.

—Chicos, nos vemos otro día, que ahora tengo que resolver unos asuntos de cama. ¡Hasta embarazada, mi Josefa siempre está disponible!

—¡Espera, espera! —lo paró el Fideo—. ¿No tienes un poco de opio?

—Ya sabes que yo no consumo esa mierda.

—Ya, sí, pero siempre tienes. ¡Pásanos un poco, venga!

El Bribón sonrió negando con la cabeza, como un mocoso pillado en falta, y metiendo la mano en el zurrón que llevaba atado al pantalón, sacó una de aquellas bolitas que parecían pequeños excrementos y se la dio.

—Eh, tú, Caracortada, vete con cuidado con este Fideo, ¡que no es buena compañía! —le dijo

guiñándole el ojo.

Joan y el Fideo salieron a la calle más contentos que unas Pascuas, y el barrio entero estaba vestido de fiesta. Deshicieron el camino por el cual habían llegado por la mañana cargados, pasando ahora sí entre damas, soldados y multitudes de todo tipo de gente, y bajaron al andén inferior en dirección a la taberna del muelle. Allí también había mucha gente, hombres de mar que bebían y gritaban, muchos de ellos malcarados, asqueados porque las fiestas del nuevo barrio estaban llenas de militares. El Mallorquín les sirvió un aguardiente sólo verlos entrar, y ellos se lo llevaron a la mesa del rincón.

El Fideo no tardó ni un minuto en preparar la pipa, y los dos aspiraron el humo de aquella mezcla de opio y tabaco y se mondaron de risa. Aquél había sido un gran día, pero lo mejor acababa de empezar.

Pasó unos cuantos días y unas cuantas noches de aquí para allá, bebiendo y fumando con el Fideo y con otros que se iban apuntando a la fiesta. En una de éstas acabaron todos tan borrachos que tuvieron que tumbarse a dormir en el suelo, entre los edificios en construcción de la parte nueva del barrio. Soñó con las dos muchachas del cuadro que colgaba en su cabeza y, entre sueños, recordó más cosas de lo sucedido aquella noche, después de que condenasen a un pobre soldado a pena de muerte por el asesinato de un capitán pervertido.

Aquella noche, casi al alba, se volvieron a abrir las puertas del calabozo y los soldados hicieron entrar a un marinero malcarado, que cojeaba de la pierna derecha y tenía una herida de bala sangrante en una mano. Escupía un puñado de reniegos en francés de los que él sólo entendió la palabra «bastardo», pero que sin duda eran insultos de lo más ofensivos.

Lo sujetaron a los grilletes de la pared, herido y todo, mientras el hombre se retorció de dolor e insultaba a voz en grito. Pero los soldados no tenían ganas de escucharlo y lo hicieron callar a patadas antes de irse, cerrando la puerta a sus espaldas.

Joan, tendido en el suelo de su rincón oscuro, dejó pasar un buen rato antes de hacer notar su presencia. Lo notaba furioso y prefería esperar a que se calmase. Pero fue el marinero quien de pronto habló.

—*Pourquoi es-tu ici?* —preguntó con voz fuerte.

Él no hablaba francés, pero aquella pregunta no tenía misterios y era fácil de entender. Se incorporó en su rincón, avanzando el cuerpo todo lo que le permitían los grilletes, y lo miró de arriba abajo al tiempo que lo saludaba con la cabeza. Tardó en responder. No quería revelar la verdad, y se inventó una condena a medida: que los soldados le habían pillado en medio de una gran operación de contrabando de armas. El hombre también lo miró de arriba abajo, impresionado.

—Y a ti, ¿por qué te han metido aquí dentro?

Al principio, la historia del marinero le pareció ridícula. Lo habían detenido en uno de los rompeolas del puerto cuando intentaba robar a dos mujeres. Estaba tan obcecado en robarlas que las apuntó con un fusil, sin recordar que se encontraban justo debajo de las baterías de defensa del puerto. Un batallón entero se le había lanzado encima nada más sacar el arma, y lo habían apresado en un abrir y cerrar de ojos. De allí lo habían llevado en carro a la Ciudadela a través de la puerta que había en el fuerte de Don Carlos, fuera de las murallas, directo al calabozo.

Pero el hombre continuó hablando, en un francés que no resultaba demasiado difícil de entender, y poco a poco su historia resultó una pieza más de aquel rompecabezas que él estaba organizando en su mente. Aquello que el francés había querido robar a las mujeres era un anillo de piedras preciosas rojas, una joya que podría haber vendido por dos mil libras o más. Pero por culpa de aquella maldita joya, lo habían detenido.

Joan se quedó mudo, pero quería saber más, y para sonsacarle detalles tuvo que hacer muchas preguntas. ¿Cómo eran aquellas mujeres? ¿Llevaban el anillo puesto? ¿Y qué hacían allí, en el puerto, a aquellas horas de la noche?

El marinero le explicó que aquel día disponía de unos medicamentos que había robado en un barco y que había vendido corteza de quina a una doctora extranjera que había en la caseta de salud del puerto. Con ella iba otra mujer, una pobre y gorda, que por lo que se veía tenía una hija pequeña enferma que necesitaba aquel medicamento. Llevaba un delantal del que sacó dinero para pagarle. Y al hacerlo, se le cayó el anillo al suelo.

Él lo había visto perfectamente. Un anillo de oro con tres grandes rubíes en el centro formando una especie de flor, y con rubíes más pequeños alternados con diamantes engarzados alrededor. Quizá por un anillo así incluso le hubieran dado tres mil libras.

Joan quiso preguntar más, pero los soldados volvieron y se llevaron al marinero a la enfermería. No volvió a verlo nunca más. Probablemente lo habrían soltado, porque el suyo era un delito pequeño, o quién sabía si lo habían metido en otro calabozo de la torre de Sant Joan. El caso era que con él pudo reafirmar su hipótesis, y dar por hecho que aquel crimen lo había cometido Elvira con la ayuda de una de aquellas mujeres pobres que él había visto en la plaza de armas. Una gorda que tenía una hija pequeña enferma. Y ahora, nada más salir de prisión, el destino le había puesto de nuevo a Elvira en su camino.

Cuando despertó, con el sol brillando en lo alto del cielo y la iglesia de San Miguel no demasiado lejos, supo que era domingo porque todas las mujeres, incluso las más pobres, salían de misa.

Se peinó el pelo corto con las manos, se sacudió la ropa y se limpió los zapatos que le habían dado los militares el día del indulto. Sólo hacía una semana que era nuevamente un hombre libre, pero ya recordaba su estancia en los calabozos de la Ciudadela como una cosa lejana, de un pasado irreal. Había explicado la historia del Caracortada tan convencido que ya la sentía como propia. Más propia que la de aquel Milhombres que había estado preso tantos años.

Había olvidado los interrogatorios, las torturas, las semanas sin comer, y el único recuerdo que le quedaba de allí dentro era aquella imagen dulce, con Elvira dándole un beso a la niña, y toda la historia del anillo desaparecido que se escondía, como un misterio sin resolver, detrás.

Miró a las mozas con las melenas recogidas en redecillas que charlaban sonrientes un poco más allá, y a las mujeres más viejas que las acompañaban, y pensó que, quizás entre ellas, había alguna de aquel grupo de la Ciudadela. Pero por mucho que las observó, ninguna le resultó familiar.

—Hoy por la tarde hay fiesta gorda —le informó el Fideo, que se desperezaba a su lado—. Es el último día de celebración y habrá hasta fuegos artificiales en la playa. ¿Te apuntas?

Pero Joan tenía otros planes. Le había ido muy bien divertirse a lo largo de todos aquellos días, pero no quería dejar pasar más tiempo sin averiguar más cosas de su Elvira. Tenía que ir de nuevo a aquella casa hasta donde la había seguido hacía justo una semana, para intentar enterarse de todo lo que pudiese sobre ella y sobre aquel anillo desaparecido.

Sólo le quedaban un par de sueldos, pero eran suficientes para comer alguna cosa en la taberna de Beppo. No podía ir a la ciudad, atravesando el portal del Mar repleto de soldados de vigilancia, con el estómago vacío.

—¡Ya sabía yo que volverías! —le dijo el romano al verlo, con su alegría característica.

—¡Preparas una comida muy buena! —sonrió Joan, aspirando el aroma que salía de la cocina.

—¡Es que yo vengo de Ostia, y en Ostia se come muy bien!

Había preparado un arroz caldoso con gambas y sepia, y Joan repitió tantas veces que, a la hora de pagar, no le llegó con lo que tenía y tuvo que dejar a deber. Beppo cogió una pizarra llena de nombres y mientras escribía con una gran tiza, pronunció en voz alta el nombre: «Caracortada.» Y al lado añadió un «2». Aquel lugar era caro, pero Joan salió más que satisfecho, convencido de que regresaría para pagar su deuda y dispuesto a encontrar dinero para ello.

El Fideo quiso liarlo para ir a tomar un aguardiente, así que tuvo que explicarle una historia para poder deshacerse de él. Una de faldas. Le dijo que tenía una novia que era criada en una casa bien, y que la única oportunidad que tenía de beneficiársela era precisamente los domingos por la tarde, y así su amigo lo dejó irse. Se volverían a ver por la noche, o al día siguiente.

Joan se internó entre un gran gentío que iba vestido de fiesta. Había animación por todas partes, concursos de vecinos, carreras de sacos y gente que cantaba aquí y allá. También había soldados por todos lados, la mayoría de servicio, pero todos lo suficientemente relajados como para no prestar atención a nadie.

Desde el paseo observó la ciudad amurallada. Imponía sólo de mirarla, con las garitas repletas de guardias y los baluartes erizados de cañones apuntando al puerto y al nuevo barrio de la Barceloneta. Pero el ambiente festivo que se respiraba fuera de las murallas también parecía reinar en el interior.

Cruzó el portal del Mar sin sentirse observado y se adentró en la ciudad como cualquier ciudadano libre. En la plaza de Palacio había una celebración y todo estaba repleto de gente. Para ir más rápido, se dirigió hacia la Explanada, donde había más espacio para caminar, aunque también estaba llena de barberos que trabajaban incluso los domingos y de hombres que solicitaban sus servicios. También había soldados, demasiados. Y cuando los muros de la Ciudadela donde despuntaba la torre donde él había pasado tantos años encerrado se perfiló ante sus ojos, se sintió amenazado y quiso salir de allí lo más rápido posible.

Se adentró casi corriendo por los callejones que conducían a la plaza de Sant Agustí, y cuando pensaba que ya se había alejado de los militares tuvo que aminorar el paso, porque allí había soldados por todas partes. Pero ninguno de ellos lo miró. Fumaban y charlaban como si estuviesen fuera de servicio, con la atención puesta en un grupo de mozas que cogía agua de la fuente de la esquina. Él siguió su camino con seguridad, como si estuviese en su pleno derecho, y pasando por delante de ellos cruzó la plaza en dirección a la fachada lateral de la casa del fondo.

Nadie lo vio abrir la puerta y colarse dentro, y en el interior no divisó ni escuchó a nadie. Buscó las escaleras que quedaban escondidas junto a la pared y subió con sigilo, escuchando atentamente. La casa estaba en silencio, pero se oían unos gemidos suaves que salían de no demasiado lejos. Pensó que sería Elvira con aquel oficial o con cualquier otro, pero los gemidos salían de la puerta del primer piso.

Miró por el ojo de la cerradura y dentro, en la cama con dosel, vio a dos mujeres fornicando. Por un momento no dio crédito a la escena, y tuvo que cambiar de ojo y mirar de nuevo para asegurarse. Ninguna de ellas era Elvira, pero las dos eran hembras magníficas. Tendida en la cama había una de piel blanca y larga melena negra, con unos pechos grandes que apuntaban al techo. Y encima de ella, con las piernas cruzadas y sentada sobre su sexo, cabalgaba una rubia indómita de pechos firmes.

Verlas desnudas y jadeando hizo que su miembro se empinara tanto que no pudo evitar masturbarse allí mismo, otra vez, en silencio y con el ojo derecho pegado a la cerradura. La rubia movía en círculos su culo, redondo y delicioso, frotando su sexo contra el de la morena, que se estremecía tendida en la cama. Y las dos jadeaban como si aquél fuese el mayor placer del mundo. Si aquélla no era una casa de furcias, entonces tenía que ser el paraíso.

Joan no tardó en correrse, pero ellas seguían disfrutando. Se apartó de la cerradura y se ajustó los pantalones. No había ido hasta allí para ver a dos furcias revolcándose en una cama.

Subió las escaleras hasta arriba del todo y escuchó a través de la puertecita sin cerradura ni ojo. En el otro lado no se oía nada. Empujó un poco y la puerta se abrió sin oponer resistencia. Metió la cabeza, pero adentro había tanta claridad que lo deslumbró y tuvo que frotarse los ojos para ver.

Era una habitación grande, aprovechando el altillo de la casa, con una ventana en cada esquina por donde entraba la luz diurna y varios espejos que la reflejaban. En el centro había un par de mesas grandes, llenas de telas, hilos y agujas, así como sillas y bancos para sentarse alrededor, pero no parecía haber nadie. Más allá la habitación continuaba, pero una cortina tapaba lo que había detrás.

Joan entró cerrando la puerta con suavidad a su espalda y se acercó sigiloso a la cortina. Asomó la cabeza y, al no ver a nadie, apartó la cortina. Detrás había un jergón, un baúl, un par de sillas con ropa encima y poca cosa más. Dispuestas en una silla había la falda y la casaca verdes con que había visto vestida a Elvira el domingo anterior, y la imaginó sentada allí mismo, en aquella silla.

Se acercó y olió la ropa. Desprendía un aroma limpio, de jabón del caro. Recordó a la muchacha ataviada con esas prendas, haciéndose carantoñas con el oficial ingeniero, y también la recordó vestida con ropas sencillas, dándole un beso dulce a una niña. ¿Qué rol desempeñaba en aquella casa?

Si dormía en aquel rincón, en un sencillo jergón en el suelo, no cabía duda de que no era una furcia, sino más bien una sencilla costurera.

Revolvió en el baúl para ver qué encontraba, y allí, bien envuelto entre telas, descubrió un saquito de terciopelo rojo como el que le había dado a él el marqués de la Mina el día del indulto. Y dentro había por lo menos quince sueldos. Sin vacilar, cogió el dinero, se lo metió en la faja y dejó el saquito en su sitio.

Miró bajo el jergón, entre la ropa y en todos los agujeros del suelo y paredes, pero en ninguno había escondido un anillo de piedras preciosas. Volvió a la habitación de costura, al otro lado de la cortina, y la registró con la mirada. Sintió un escalofrío de miedo al toparse con unos ojos brillantes, y rio al descubrir que sólo era una muñeca de porcelana sentada encima de la mesa. Parecía una dama en pequeño. Tenía pelo y todo, blanco y perfectamente peinado, y llevaba un vestido muy complicado, con muchas piezas de colores y estampados diferentes, incluso un collar de perlas en el cuello.

Junto a la muñeca había una pila de ropa doblada, pero no ropa cualquiera sino tejidos de colores con dibujos que Joan no había visto jamás. Se acercó para observar los estampados. Ángeles con pequeñas alas en la espalda, palacios inmensos, flores de formas onduladas imposibles de reconocer... ¿De dónde sacarían aquellas ropas? Debían de venderse por mucho dinero.

Revolvió encima de las mesas y, en una de las sillas que había junto al fuego, vio una capa negra de hombre. La cogió llevándosela directamente a los hombros y se miró en un espejo. Era una capa de lana fina que le llegaba justo por debajo de las caderas, con bordados plateados, una esclavina de terciopelo negro adornando el cuello y rematada con un cierre de plata. Así vestido, y con aquellos pantalones marrones y los zapatos de cuero con hebilla que le habían dado los

soldados, Joan parecía todo un señor. Sólo le faltaba un sombrero.

Se preguntó de quién sería aquella prenda tan elegante. Estaba seguro de que no era del oficial ingeniero, porque nunca había visto a ningún militar con una capa así. Tenía que ser de otro hombre, y esa conclusión dejaba de nuevo la puerta abierta a su teoría de la casa de furcias. El propietario de una capa tan rica sólo podía subir hasta una habitación en un altillo en busca de placeres. En todo caso, fuera quien fuese, ya no la recuperaría nunca, porque Joan no pensaba quitársela de sus hombros. Estaba a punto de llegar el invierno y él necesitaba ropa de abrigo.

Cogió una bolsa que había en el suelo, colocó todas las telas que cupieron dentro y, antes de hacerle el nudo, agarró la muñeca y la metió también.

Con su capa y la bolsa al hombro, abrió la puerta con sigilo y miró escaleras abajo. No escuchó nada, ni un mal gemido lejano, y bajó con rapidez, sin siquiera agacharse delante del ojo de la cerradura del primer piso.

En la calle empezaba a oscurecer, y en la plaza sólo había un perro ladrando a un gato que maullaba. Se le hizo extraño que no hubiese nadie, ni siquiera en la fuente, y avanzó con precaución. Aquella parte del barrio estaba casi desierta, pero a lo lejos oyó de nuevo el rumor de la fiesta. Dio un gran rodeo para no pasar cerca del cuartel del convento de Sant Agustí, y recorrió los callejones que conducían a la plaza del Born. Allí la cosa era bien diferente: había tal gentío que casi no se podía caminar. Desde la plaza de Palacio llegaban los sonidos de clarinetes y timbales, había un gran desfile.

Intentó pasar por los callejones menos transitados para acceder al portal del Mar, pero apenas conocía la ciudad y en un momento topó con una multitud que lo arrastró hasta dejarlo arrinconado en una esquina. Brincando para avistar más allá, vio que se acercaba una especie de cabalgata y, como no se podía mover, ajustó la bolsa entre una pared y su espalda, procurando no chafarla demasiado, no fuese que se rompiese aquella muñeca de porcelana, y se acomodó dispuesto a esperar que pasase el desfile.

Delante iban a pie los portadores de los estandartes de los gremios y colegios de la ciudad, y detrás cuatro músicos a caballo y a cada lado una fila de húsares portadores de hachas de luz para iluminar, con uniformes de colores relucientes. A continuación, un comandante que empuñaba una espada y un bastón, vestido con un uniforme tan pomposo que parecía un jardín primaveral de flores y frutas, daba el anuncio del paso con voz grave.

—Abrid paso al carro de triunfo del Elemento Tierra, presidido por el dios Saturno —decía.

Lo seguían unos músicos disfrazados de matachines, con máscaras de animales, rodeados de arrieros que les hacían de iluminadores, y un buen número de portadores que sostenían un gran escudo con la estampa de un león. Y detrás, un dorado carro de triunfo tirado por cuatro caballos blancos con manchas negras, sobre el que iba la figura gigante de un dios coronado con espigas de oro y plata, portando una guadaña con una serpiente enroscada.

Pero el desfile no se acababa ahí. Después de aquella cuadrilla apareció una segunda, con músicos, húsares y arrieros, capitaneada por un comandante vestido con un uniforme tan pomposo como el de antes, pero que parecía más un jardín marino de colores azules y lleno de pechinas.

—Abrid paso al carro de triunfo del Elemento Agua, presidido por el dios Neptuno —decía.

Le seguían más músicos y un carro plateado, donde iba el dios gigante con capa azul y tridente,

y con un gran delfín en la proa que lanzaba chorros de agua y que despertó la admiración y diversión de todos los asistentes. Joan, sin embargo, no rio cuando el agua le salpicó, y por un momento quiso zurrar al portador de aquel delfín estúpido que bailaba mojando a todo el mundo, pero se reprimió. Aquello parecía no tener fin y empezó a ponerse nervioso.

El comandante de la tercera cuadrilla parecía más un pájaro que un jardín, porque llevaba un vestido con plumaje y una corona de plumas en la cabeza. Anunció que el carro que precedía era el del Elemento Aire, presidido por el dios Mercurio, y a su espalda el carro mostraba en la proa el cuerpo de una gran águila y, en el interior, la figura de un gran dios con alas doradas en los talones y el casco. Joan deseó tener aquellas alas y salir volando de allí, pero no tenía más remedio que quedarse quieto y contemplar el desfile.

El comandante de la cuarta cuadrilla, con un vestido del color del fuego y avanzando al paso del desfile, parecía que estuviese en llamas. Anunció el carro del Elemento Fuego, y dijo que el dios que lo presidía era Vulcano. El carro que lo seguía también parecía incendiado, y dentro sobresalía el gran dios, con un martillo en la mano derecha y un rayo en la izquierda, y con una corona de la que salían unas llamas que le caían por la espalda como una capa.

Él se ajustó la suya, aquella capa nueva que lo hacía parecer un señor, y pensó que la cosa ya estaba a punto de acabar, porque ya no quedaban más elementos. Pero detrás de ellos todavía venía una nueva cuadrilla, sin comandante pero formada por guerreros feroces y armados que llevaban como prisioneros a una fila de moros engrilletados. Joan se estremeció con la visión y se recordó a sí mismo encadenado, pero se ajustó de nuevo la capa y continuó mirando el espectáculo para no pensar.

Desfilaban amazonas, almogávares, barones de Cataluña vestidos a la antigua y llevando los escudos de sus casales, y también personajes que representaban sarracenos, entre los que había incluso niños.

Cerrando por fin la comitiva venía un último carro, mucho más grande que los anteriores, que fue anunciado como el carro de Hércules, el dios fundador de la ciudad de Barcelona. Joan estaba impaciente por que todo aquello acabase, y cogió con fuerza la bolsa, preparándose para seguir su camino en cuanto pudiese. Y entonces, cuando acabó de pasar el último de los portadores de hachas de luz y la gente se empezó a dispersar, vio al otro lado de la calle a la chiquilla a quien Elvira había dado aquel beso en la Ciudadela.

Vestía ropas sencillas e iba de la mano de una mujer muy gorda que llevaba un delantal blanco impecable y que tiraba de ella, dándole prisa. En lugar de seguir el desfile, como hacía la mayoría de gente congregada, ellas se fueron en dirección contraria, hacia la plaza de Palacio, y Joan, camuflándose entre la gente, las siguió.

Al llegar a la plaza no la cruzaron. Doblaron la esquina, pasando por delante del Palacio Real, donde había una tarima en que al parecer había tenido lugar parte de la fiesta, y rodeando el edificio accedieron a la fachada lateral del otro lado. Y allí entraron por una puerta de servicio, con el beneplácito de los soldados que la vigilaban, y Joan no las pudo seguir más. Allí debían de estar las cocinas del palacio, y probablemente la gorda trabajaba en ellas. Y la niña debía de ser su hija y seguramente le hacía de ayudante. ¿Qué relación tendría con Elvira? ¿Serían hermanas y ambas hijas de aquella gorda?

Pero Joan no podía quedarse en las puertas de un palacio vigilado por soldados a esperar que saliesen, y decidió seguir su camino. Ahora, por lo menos, ya sabía dónde podía encontrar a la

niña.

Había mucha gente cruzando el portal del Mar en ambas direcciones, y Joan no tuvo problemas para salir de la ciudad con la bolsa al hombro, como si fuese un ciudadano dispuesto a embarcar en el puerto. Pero no se dirigió al muelle. Enfiló el paseo del nuevo barrio de la Barceloneta, dobló la primera esquina y llamó a la puerta de la casa del Bribón. Quería pedirle consejo para vender las mercancías que llevaba en la bolsa. No tardó en abrirle.

—Pasa, Caracortada, pasa y come un plato de cazuela de pescado de Josefa, que está buenísima —le dijo al verlo con aquella capa y una bolsa al hombro.

Lo siguió hasta la cocina, donde el Bribón estaba cenando con la mujer y los niños en una mesita con un único banco. Joan dejó la bolsa en el suelo, se quitó la capa, aceptó el plato que le ofrecieron y se sentó en una de las cajas que había allí. En aquella casa, incluso la cocina parecía un almacén.

—Qué, Caracortada, dime, ¿qué te trae por aquí?

Joan, con la boca llena, dejó el plato de lado y cogió la bolsa del suelo. La puso encima de otra caja y la abrió para sacar con cuidado la muñeca de porcelana.

—¡Oh! —exclamó Josefa, maravillada.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó el Bribón con una sonrisa—. ¡Nunca había visto nada parecido!

—No es lo único que traigo —dijo Joan, dejando la muñeca a un lado, y Josefa se apremió en cogerla.

Al sacar las ropas coloreadas vio que al Bribón se le iluminaban los ojos, y entendió que de aquello podría sacar un buen puñado de dinero.

—¿Conoces a alguien de aquí a quien le pueda interesar este género? —preguntó.

—Yo mismo. Te doy veinticinco libras por todo —respondió el otro con celeridad.

A Joan también se le iluminaron los ojos al escuchar la cifra. Veinticinco libras eran quinientos sueldos, mucho dinero. Pero en lugar de aceptar, empezó a guardar el género en el saco. En toda negociación era imprescindible regatear, y lo habitual era triplicar la cifra propuesta para llegar a conseguir el doble, pero él no estaba acostumbrado a calcular en libras. Tuvo que hacer varios cálculos mentales. Si veinticinco libras equivalían a quinientos sueldos, el triple, setenta y cinco, serían mil quinientos sueldos, y aquello quizás era demasiado, pero decidió arriesgarse y pedir incluso más.

—Es muy poco, yo había pensado sacarle cien. Solo la muñeca ya vale más de lo que tú me ofreces.

—¡Estás loco! ¡Cien libras es una fortuna! Yo no te puedo dar más de treinta. Treinta y cinco como mucho.

Joan estaba a punto de aceptar, pero Josefa, maravillada con la muñeca y sus vestidos, miró con ojos suplicantes a su marido y el rostro de él se enterneció.

—De acuerdo, te daré más. Déjame ver un momento...

El Bribón desapareció por las escaleras que llevaban al piso superior. No tardó demasiado en volver, con una capa granate de lana en una mano y un saquito repleto de monedas en la otra.

—Te puedo dar cincuenta libras, y es mucho dinero. Y por este precio, me quedará también

con la capa. A cambio te doy ésta, te quedará mejor.

—La capa no entraba en el trato —respondió Joan.

—No te conviene ir por la vida con una capa de señor, tómatelo como el consejo de un amigo —le dijo el Bribón, mirándolo a los ojos con confianza, por primera vez en todo aquel tiempo.

Joan accedió al trato sabiendo que el Bribón tenía razón. El propietario de aquella capa la podía reconocer fácilmente y meterlo en un lío bien gordo. Además, aquella de color granate también abrigaba y resultaba más cómoda de llevar. Se la ajustó en los hombros, se guardó el dinero bajo la faja y se despidió de la familia, sin acabarse el plato.

—Si encuentras más ropas como éstas, o más muñecas, no dudes en traerlas aquí —le dijo el Bribón, acompañándolo a la puerta—. Este género está muy buscado y se paga bien.

Pero al salir de la cocina, Joan vio uno de los toneles que él mismo había llevado hasta allí, abierto y con su contenido a la vista. Estaba lleno de pistolas de cañón corto, tan bien colocadas que por lo menos debía de haber una treintena. ¡Por eso pesaba tanto el tonel!

—Y si algún día necesitas un arma, ya sabes dónde encontrarla, pero en todo caso te pido discreción.

El Bribón lo dijo con una ancha sonrisa, pero con la mirada fría de quien lanza una amenaza. Joan apenas se dio cuenta, porque tenía los ojos clavados en una pistola.

—¿Cuánto me pedirías por una?

—El triple de lo que llevas encima —contestó el Bribón, abriendo la puerta e invitándolo a salir—. Nos vemos otro día, Caracortada.

Y despidiéndose él también, Joan salió de la casa, sin pistola pero contento con su capa nueva y mil sueldos bajo la faja. De pronto se oyó una explosión y el cielo se iluminó llenándose de luces de colores. Eran los fuegos artificiales que el Fideo le había dicho que se harían en la playa. Y sin dudarle, fue a buscar a su amigo, para seguir con la fiesta.

Al día siguiente, el barrio cambió mucho. Pasada la semana de fiestas, la actividad había vuelto a todos los sectores y era frenética. Había trabajadores de todo tipo, pero para Joan lo más sorprendente fue ver a tantos, tantísimos militares. Aquello parecía la Ciudadela, pero en lugar de estar rodeada por murallas lo estaba por el mar. Allá donde mirase había un soldado haciendo algo. Y hacían de todo. Unos cargaban y descargaban materiales, otros vigilaban las mercancías y las inventariaban, otros trabajaban en las obras, se ocupaban de los caballos e incluso había algunos pelotones que desfilaban. Con aquel panorama, el barrio que le había resultado tan acogedor durante aquellos días se le hizo de pronto terreno hostil.

Él había pasado la noche en la casa de furcias, con Puri, aquella pelirroja a la que se había aficionado, y ahora quería ir de nuevo a la ciudad, a casa de Elvira, para intentar enterarse de alguna cosa más sobre ella.

El muelle también hervía de actividad, con estibadores que iban cargados arriba y abajo y soldados por todas partes, a pie, a caballo, en carro e incluso en barca. Miró el portal del Mar, abarrotado de colas de carros y más soldados. No era un buen momento para cruzarlo. Se desvió en dirección a la panadería que había más allá del llano del muelle, junto a la playa que quedaba bajo la muralla del mar. Compró galletas y pan, le dio un trozo a un mendigo pedigüeño y se fue a comer a una de las barracas de los barberos que había allí cerca, donde además de curar a los enfermos y afeitarse también se servía aguardiente. Pidió uno doble, estaba sediento.

Se sentó a comer y beber en el banco que había en la puerta, junto a un marinero extranjero a quien estaba afeitando el barbero, y miró alrededor. Todavía no era ni mediodía, pero ya había muchos borrachos, unos dormitando al sol y otros buscando pelea aquí y allá. En la puerta de la otra barraca, un poco más allá, otro barbero le sacaba una muela a un marinero, que lo amenazaba navaja en mano advirtiéndole de que no le hiciese daño. Varios hombres risueños le llevaban aguardiente al marinero para que calmase sus dolores, y allí, en la puerta abierta de aquella barraca y haciendo negocios con un hombre, descubrió a la mujer rubia que había visto en la cama fornicando con la morena. Llevaba un maletín en la mano, donde guardó lo que le dio el hombre, y al verla alejarse de la barraca con una capa sencilla y el maletín en la mano, Joan ató cabos.

Aquella era la doctora extranjera de quien le había hablado el marinero francés en los calabozos de la torre de Sant Joan. Una de las dos mujeres a las que había querido robar un anillo de oro, con tres grandes rubíes rojos en el centro y pequeños rubíes y diamantes alrededor. Un anillo que se podía vender por tres mil libras y que él estaba seguro de que había robado Elvira.

La vio ir a buscar su mula, que estaba atada detrás de la barraca, y levantándose de un salto

fue hacia ella. No podía dejarla escapar. Y cuando estaba sólo a cuatro pasos, ella se giró sacudiéndose el pelo dorado y brillante, y lo miró desafiante, con la seguridad de quien pisa terreno conocido y tiene las de ganar.

—¿Quieres mitridato? —le preguntó él sin pensar demasiado, con una sonrisa maliciosa.

Pero ella no contestó. Le dio la espalda y montó en la mula a horcajadas, como hacían los hombres.

—¿Y triaca? —Joan se acercó a ella, que continuaba sin decir nada—. ¿O prefieres corteza de quina?

Por un momento vio un gesto de espanto en la mirada de la mujer, que no tardó en recuperarse y desafiarlo.

—¿Qué buscas, hombre? —espetó con un ligero acento extranjero.

—Un anillo de piedras rojas, ¿lo recuerdas?

—No sé de qué me hablas —respondió ella, e hizo avanzar la mula sin apenas mirarlo.

Pero Joan le cortó el paso. Quería volver a encarar aquellos ojos. Sujetando la cabeza de la mula, se acercó a la rubia hasta casi rozarle la melena y habló en voz muy baja con su deje ronco.

—Sí que sabes. Hablo del anillo que Elvira y la niña le robaron a un capitán muerto en la Ciudadela...

Y entonces sí vio el espanto en aquella mirada, y sonrió satisfecho. No le gustaba que ninguna mujer lo desafiase, y mucho menos una furcia que se iba a la cama con otras furcias. Pero en lugar de deshacerse en súplicas, la rubia jugó su carta.

—¡Salvador! ¡Salvador! —gritó—. ¡Soldados, ayudadme!

Joan se apartó de un salto y ella, cogiendo las riendas, dio un azote a la mula y salió al galope. No pudo seguirla, porque aquel Salvador al que había llamado lo retuvo, presentándose como regidor de la ciudad en el puerto.

—¿Qué buscas aquí? —le dijo con tono amenazador.

—Sólo le decía que es muy guapa...

No quería tener problemas con la justicia y, en lugar de intentar seguirla, como hubiese hecho cuando era el Milhombres, regresó a la barraca del barbero para acabarse el aguardiente que había dejado a medias. Salvador no le quitó ojo durante un buen rato y él no pudo ni siquiera mirar en qué dirección marchaba la rubia. Aunque no le importaba demasiado, pues creía estar seguro de saber dónde encontrarla.

Cuando por fin vio el momento de cruzar el portal del Mar sin llamar la atención de los soldados y adentrarse en la ciudad, caminó por la plaza de Palacio mirando con otros ojos aquel edificio custodiado por soldados del regimiento que le daba nombre. Allí dentro, en las cocinas, se encontraban dos de las mujeres implicadas en aquella turbia historia del anillo desaparecido. Y la gorda, la madre de la niña, encajaba con la descripción que había dado el marinero francés de la acompañante de la doctora, la mujer que llevaba el anillo encima. Quizá todavía lo llevara... Si lo hubiesen empeñado por dinero ninguna de ellas trabajaría en unas cocinas, ni de costurera, ni siquiera de médico. Además, vender una joya como aquélla no debía de ser fácil, y mucho menos para unas mujeres. A saber si alguna de ellas guardaría el maldito anillo encima, pero ¿cuál?

Estaba claro que al palacio no podía ir a investigar nada, y continuó por los callejones que se

adentraban ciudad arriba, hasta la plaza de Sant Agustí Vell. Se paró junto a la fuente de la esquina para beber agua y contemplar el panorama sin llamar la atención. A aquellas horas la plaza estaba llena de parlanchinas muchachas cargadas de cántaros, de niños que jugaban, de comerciantes y artesanos que negociaban animadamente, y de gente que la cruzaba yendo de aquí para allá. En la puerta principal de la casa con porches había un carruaje elegante, cuyo cochero estaba mirándole la pata a uno de los caballos. Y en el callejón lateral, donde se encontraba la puerta de atrás, no había nadie.

Joan pensó que ésa era su oportunidad. Avanzó por la plaza con paso seguro, con la cabeza bien alta, sonriendo y sin mirar directamente a nadie, pero de reojo a todo el mundo, y se adentró por el callejón confiando en que nadie había reparado en él. Abrió la puerta con sigilo y se coló, aunque casi lo vio una cocinera y tuvo que esconderse tras la puerta del patio. Le extrañó no ver allí a la mula, pero no prestó mayor atención. Estimaba que aquella casa era de la doctora y que Elvira trabajaba a su servicio. Y pensaba que el carruaje en la plaza debía de estar esperando a algún paciente.

Cuando la cocinera desapareció por una de las puertas de la casa, Joan se deslizó hasta aquella escalera escondida y empezó a subir. Pero al llegar al primer piso tuvo que esconderse deprisa detrás del hueco de la escalera, porque oyó una voz grave y fuerte que llegaba de arriba.

—¡Fuera de esta casa ahora mismo, ladrona! —dijo aquel hombre—. ¡No quiero volver a verte nunca más!

Y entonces la puerta se abrió y oyó cómo el propietario de aquella voz empujaba escaleras abajo a alguien, una muchacha que lloraba desconsolada. Desde su escondrijo, entrevió a Elvira, que caía de rodillas en medio del rellano. Detrás, también llorando, bajó la mujer morena que había visto yacer con la rubia, vestida como una dama. Pero aquel hombre de voz autoritaria la arrinconó contra la puerta con cerradura que daba al dormitorio y no la dejó que consolase a la muchacha, como ella pretendía.

—Padre, yo confío en ella, es mi doncella... —dijo la dama.

—Yo no he robado nada, ¡os lo juro! —lloriqueó Elvira—. A mí también me han robado los pocos sueldos que tenía ahorrados, que Dios me castigue ahora mismo si miento...

—¡Déjate de llantos y vete ahora mismo!

—No me eche a la calle, se lo ruego...

Pero el hombre la empujó de nuevo, despidiéndola a gritos, y la muchacha se arrastró escaleras abajo. «Que Dios les maldiga a usted y al ladrón que ha hecho esto», la escuchó refunfuñar escaleras abajo. Y poco después se cerró de un golpe la puerta que daba al callejón.

—¡Y tú, deja de llorar! —gritó el hombre a su hija, abriendo la puerta de la habitación y haciéndola entrar—. Pasa y siéntate, tengo que hablar contigo. ¡Tu marido está a punto de volver del viaje y espero que por fin ponga orden en esta casa!

—¡Oh! ¿Tienes noticias de él?

Joan, que observaba la escena, no percibió alegría en el rostro de la dama, sino un gesto de horror mezclado con asco. La vio entrar temblando en la habitación y la oyó dejarse caer lloriqueando en aquella cama con dosel, donde la había visto retozando con la rubia. Y entonces entendió que aquélla no era la casa de la doctora, sino la residencia de una familia de bien, la de aquel hombre que bramaba.

No se podía mover de su sitio, porque la puerta del dormitorio estaba abierta, y tuvo que

seguir escondido, con el oído alerta. Por lo que entendió, el marido de la mujer se había ido a Perú hacía ya unos cuantos años, movido por los intereses de aquel suegro, que por lo que parecía era un rico fabricante de telas. Y ahora, por lo que explicaba el hombre, el yerno había enviado una carta donde anunciaba el éxito de la empresa que había ido a abrir y su inminente regreso.

—Por nuestras telas de indianas allí pagan mucho dinero, muchísimo, más del triple de lo que conseguiríamos aquí. ¡Y tengo la fábrica llena para hacer un segundo envío!

Aquellas palabras le provocaron a Joan una súbita alegría y se tuvo que contener para no hacer ruido en su escondrijo. Si el destino lo había llevado hasta allí en aquel preciso momento, debía de ser por algo. No sólo acababa de descubrir de dónde habían salido las ropas que le habían proporcionado las cincuenta libras que llevaba en la faja, sino también la existencia de una fábrica llena de ellas que podrían convertirlo en rico.

La conversación entre padre e hija fue tan larga, que a Joan se le durmieron las piernas, agachado en el hueco de la escalera. Cuando por fin el hombre cerró la puerta a sus espaldas y se perdió escaleras abajo, necesitó un rato para recuperarse y poder seguirlo.

Salió a escondidas por el callejón y pensó en Elvira. Hacía por lo menos una hora que la habían echado, y ya podía estar muy lejos. Pero en la esquina vio pasar el carruaje que antes había visto parado en la puerta, y no se lo pensó. Vigilando que no lo viesen ni el cochero ni el hombre que iba dentro, saltó, puso un pie sobre el eje de la rueda y, cogiéndose de la vara de la parte trasera como si fuese un mozo asistente, emprendió camino con ellos. Lo que hacía era arriesgado, pero estaba seguro de que tenía que hacerlo, porque el destino así se lo había indicado.

El carruaje avanzó por los callejones del barrio de Sant Pere y siguió más allá, atravesando el canal de riego en dirección a la parte más alta de la Explanada, cerca de las murallas, donde seguramente estaba la fábrica de la que había oído hablar. Con un poco de suerte, yendo allí detrás camuflado, incluso podría entrar con ellos e intentar robar un buen puñado de mercancías.

Pensaba en las riquezas que encontraría, metros y más metros de telas de colores decoradas con dibujos bonitos que él vendería por miles de libras. El Bribón le ayudaría a hacerlo, aunque tendría que encontrar la manera de sacar el botín de la ciudad sin ser descubierto... Y de Elvira y de su anillo ya se ocuparía en otro momento, porque aquella joya preciosa también tenía que ser suya. Pero entonces, mientras trazaba planes de enriquecimiento en su cabeza, se oyó una gran explosión, el cielo estalló con luces de colores y el carruaje saltó por los aires. Joan salió despedido y cayó al suelo muchos metros más allá, dolorido e inconsciente. Todo fue tan rápido que apenas pudo pensar en lo que estaba pasando. Al abrir los ojos vio el cielo, teñido del rojo del fuego y repleto de cohetes que explotaban, y contempló aterrorizado como el muro que tenía a su lado se le desplomaba encima.

GUILLERMINA

Aquel otoño no podía haber empezado peor. Era tal la congoja y la inquietud que le recorría el cuerpo, que Guillermina se aferró con fuerza del brazo de su madre como si fuese una niña pequeña, aunque era una mujer hecha y derecha, de cuarenta años. Volvían del tercer entierro en pocos días, y las lágrimas y aquella misma sensación de congoja e inquietud resbalaban por las mejillas de todas las mujeres que iban con ella de regreso a las barracas de la playa.

Primero había muerto Foix, pobrecita, en plena semana de fiestas y de un momento para otro, sin estar enferma ni nada. Después Güelfa, al día siguiente mismo, como si hubiese pedido irse con su amiga para continuar siendo vecinas en el cielo. Y después el padre de la dama Agustina, un hombre colmado de salud y dinero que tuvo la mala suerte de pasar junto al polvorín militar que había arriba del todo de la Explanada, justo cuando había tenido lugar aquella terrible explosión... Aquel hecho había conmocionado especialmente a su sobrina Elvira. La pobre muchacha, que por una desgracia del destino había sido despedida por aquel hombre, lo había maldecido antes de irse, y ahora se sentía culpable de su muerte y no cesaba de lloriquear y rezar, como una pecadora en pleno arrepentimiento.

Pero aquello que a Guillermina le parecía más grave y que, más que inquietud, había sembrado el pánico en su cuerpo, era lo que le había explicado Ginebra al oído. Un hombre con la cara cortada le había salido al paso preguntándole por el maldito anillo de piedras rojas. No era el marinero francés que las había atacado junto al faro hacía unos años, pero se había comportado como si lo fuese, mencionando detalles que sólo él podía conocer. Y lo más preocupante era que había hablado de Elvira, dando su nombre, y de la niña, acusándolas de haber robado el anillo de un capitán muerto en la Ciudadela. Quién era aquel hombre y cómo sabía todas esas cosas era un misterio, pero lo que quedaba claro era que con él andando por el mundo ellas corrían un grave peligro.

Por el momento, ni ella ni la doctora habían querido decir nada del hombre con la cara cortada a Elvira ni al resto de mujeres, aunque las afectaba a todas, especialmente a la muchacha, que lloriqueaba como una criatura. Ginebra, que se había quedado en la ciudad junto a la dama Agustina, le había sugerido que la escondiesen en la barraca familiar, y que no la dejaran salir de allí por lo menos durante unas semanas, pero Guillermina no lo veía claro. Aquel arenal repleto de gente que llegaba de aquí y de allá no era el mejor lugar para esconder a nadie, y mucho menos a una muchacha guapa como Elvira, que brillaba como la luz incluso bajo techo.

Cruzaron la plaza pasando de largo el Palacio Real, aunque ella debía volver con urgencia a las cocinas, a su trabajo junto al cocinero, que a causa de su enfermedad ya no era el cocinero jefe

y la necesitaba cada día más. Pero no podía hacerlo sin su hija. La pequeña Micaela estaba con Carmeta en la barraca de Ginebra, donde vivía desde aquella maldita violación, y no la podía dejar allí por más tiempo. Si el pirata de la cara cortada preguntaba por la doctora en el barrio, cualquiera podía indicarle dónde vivía. Y a quien se encontraría en la barraca, limpiando o cocinando, sería a la niña. Tenía que ir a buscarla, sacarla de allí enseguida y hacerse cargo de su seguridad ella misma. A Micaela, especialmente, no podía explicarle nada de aquel pirata y tampoco de la joya que buscaba. Nunca habían vuelto a hablar de aquella semana de la Ciudadela delante de la niña. Se comportaban como si aquello nunca hubiera sucedido, para borrar de su memoria cualquier rastro de la violación. Y la niña, que había crecido mucho desde entonces, parecía no recordar.

Caminaba absorta en sus pensamientos, del brazo de Sabina, pero al cruzar el portal del Mar tuvo que aguzar todos los sentidos. Cerca del pozo de Sant Elm un grupo de barbudos malcarados las miraban como los lobos a sus presas. No vio ninguna cara cortada, pero cualquiera de ellos podía ser aquel pirata, y sintió miedo, mucho miedo.

Ella y las otras mujeres mayores formaron una piña alrededor de las jóvenes, y avanzaron hasta el paseo con paso rápido. Debía darse prisa, ir a buscar a su hija y llevarla a palacio con ella, el lugar más seguro que conocía, y también tenía que llevar allí a Elvira. Dejarla en el arenal era entregarla a manos de aquellos lobos.

Y entonces pensó en el anillo de piedras rojas. Tenían que esconderlo en un lugar seguro y alejado de ellas. Hacía tiempo que no se preocupaba de aquella joya del demonio, y ni siquiera sabía dónde la tenía escondida su madre, aunque conociéndola, estaba segura de que la llevaba encima, bajo los senos, el verdadero cajón de los tesoros de Sabina.

—Madre, ¿dónde tiene escondido el anillo? —le preguntó al oído mientras caminaban del brazo.

Sabina tardó en responder y lo hizo con voz muy baja.

—No lo tengo yo —fue la respuesta.

—Pues ¿quién, sino?

Cuando Guillermina supo que quien llevaba el anillo entre los senos era Elvira, y que lo llevaba allí escondido desde las fiestas de San Miguel, casi se pone a gritar a su madre en medio de la calle, pero se contuvo. Con los años, a la mujer parecía que se le iba la cabeza, y a veces se comportaba como una criatura. ¿Por qué le había dado la joya a Elvira, con el peligro que eso suponía?

—Ahora, cuando la muchacha se recupere de toda esta conmoción del robo y la muerte de aquel buen hombre, que vaya a venderla al Monte de Piedad. Seguro que le dan mucho dinero —respondió Sabina con la cabeza gacha.

—Pero ¡madre, por el amor de Dios!

—No tiene nada mejor que hacer. ¡Y con ese dinero podríamos comprar una casa! —exclamó, levantando la cabeza para mirarla con una nueva luz en los ojos.

Aquella luz, que nacía de la esperanza y pretendía iluminar un deseo, congeló el corazón de Guillermina como si fuese el reflejo del hielo. Y allí congelada, en su memoria, recordó a Sabina con las manos teñidas de sangre. Pero su madre, como su hija, también parecía haber olvidado los días de trabajo en la Ciudadela y al propietario de aquella joya que llevaba Elvira entre los senos. Una olvida las cosas que no le recuerdan, especialmente las más desagradables. La memoria

funciona así.

—No podemos —dijo con frialdad—. Bienes que traen males, no son tales. Esta joya del demonio sólo nos puede suponer desgracias, tenemos que deshacernos de ella y alejarla especialmente de Elvira. La pobre hija corre peligro, madre. Hay un pirata con la cara cortada que lo sabe todo, que la joya salió de la Ciudadela, que era de un capitán que murió, que Elvira se llama Elvira y que estaba allí con una niña cuando pasó todo. E incluso se ha atrevido a amenazar a Ginebra.

Sabina se paró en seco, empezó a toser y casi se ahoga. Tuvieron que asistirle entre todas las mujeres y darle aire con abanicos improvisados, mientras Guillermina le propinaba palmaditas en la espalda y las mejillas. Se sentía mal por haber sido tan brusca, y tuvo la sensación de que, por su culpa, su madre también se quería morir allí mismo, de un momento a otro, como sus amigas, y reunirse con ellas en el cielo.

—Madre, por el amor de Dios, recupérese, ¡la necesito!

La mujer dejó de toser, tomó aire y mirándola con los ojos llorosos le dio un abrazo. «Tienes razón, hija mía», le dijo al oído, y poco después ya volvía a ser la de siempre. Sabina tenía una fuerza descomunal, y Guillermina la admiraba por eso, por su capacidad para recuperarse.

—Acompañadme todas a la iglesia, tenemos que hacer una cosa.

Hacía poco tiempo que Sabina tenía las llaves de la puerta de atrás de la nueva y reluciente iglesia de San Miguel del Puerto, y todas sabían que para ella era la entrega más importante que le habían hecho nunca en la vida. Tener las llaves de una iglesia era como tener a Dios entre las manos. Había prometido ante todo el mundo que nunca dejaría entrar a nadie, y ahora se extrañaban porque las invitaba a ir con ella, así de pronto. Pero la siguieron sin decir apenas nada. Elvira y Bruna, del brazo; Remei e Hilaria, a lado y lado de Empar, su madre; y detrás la vieja Ponça, que caminaba renqueando del brazo de María. Guillermina las miró una por una mientras avanzaban. Todas habían estado en la Ciudadela aquellos días de trabajo, y también en aquel almacén donde Sabina había dado muerte al capitán. Sólo faltaban Foix y Güelfa, que Dios las tuviera en los cielos, y Josefa, que desde que se había casado con el Bribón no le habían vuelto a ver el pelo.

La plaza que quedaba en la parte posterior de la iglesia era tan grande y estaba tan llena de gente que parecía la verdadera plaza Mayor del nuevo barrio. Ya funcionaba la nueva fuente instalada en una de las fachadas, y los aguadores que daban servicio a los sedientos del puerto hacían cola para llenar sus cántaros. En las casas finalizadas del lado de la iglesia se acababan de instalar los toneleros, que desarrollaban parte del oficio en la calle, en el otro lado sólo había soldados que trabajaban en las obras del cuartel de caballería, cada vez más avanzadas, y en medio había carros llenos de materiales que iban de un lado a otro, pero nadie las miró.

Sabina abrió la puerta de la parte del ábside y, encendiendo los candelabros a su paso, las hizo pasar a la sacristía.

—Podéis sentaros en el banco y las sillas —dijo—. Todavía no hay misa todos los días por la mañana y el padre Manel no vendrá hasta la tarde. Vive en la ciudad, y por lo que parece aún tardará mucho tiempo en acomodarse en este nuevo barrio. Vaya, como nosotras, las pobres viudas de las barracas, que nunca podremos tener la casa que nos pertenece por derecho. Pero hoy no os

he traído hasta aquí para hablar de eso.

Las mujeres se sentaron tal como ella les dijo, pero no paraban de hacer preguntas. Que «por qué estamos aquí», «qué nos tienes que decir», «venga, va, por qué tanto misterio», que si «ha pasado una cosa grave» o si «está a punto de morir alguien más». Pero Sabina no contestó. Empujó a su hija al centro y la invitó a hablar.

Guillermina observó a las expectantes mujeres y no supo por dónde empezar. Miró a su sobrina Elvira, que todavía lloriqueaba y se arrepentía de todos sus pecados, especialmente allí, rodeada de santos y vírgenes. No tenía agallas para explicarle lo que tenía que explicarle, pero debía hacerlo.

Empezó hablando del anillo que todas recordaban, y del peligro que suponía llevar encima semejante joya, que además de ser muy valiosa era la prueba de un delito. Y entonces le pidió a Elvira que se la diese. La muchacha paró de lloriquear y la miró aliviada, como si necesitara librarse urgentemente de aquel peso. Casi se tuvo que desnudar para sacarlo, pues lo llevaba escondido bajo el corpiño y la camisola, junto al corazón envuelto en un pañuelo. Guillermina prefirió no descubrirlo para que su brillo no las cegase. Cuando lo tuvo entre las manos, explicó lo que le había sucedido a Ginebra en las casetas de barberos del llano del muelle.

Como era de esperar, la noticia de la aparición de aquel pirata con la cara cortada asustó a todas las mujeres. Antes de explicarle a Elvira que el pirata había mencionado su nombre, se sentó a su lado y la cogió por los hombros, pero al escuchar la noticia la muchacha no se desmayó como ella esperaba. Perdió la mirada entre santos y vírgenes y tardó un buen rato en volver a hablar.

—¿Qué hacemos ahora? —fue la pregunta que más se escuchó.

—Tenemos que esconder el anillo aquí, en la iglesia —respondió Sabina—. Y encontrar la manera de protegerlo entre nosotras.

A todas les pareció una buena idea. Nadie se atrevería a profanar una iglesia para buscar una joya robada, y ellas podrían vivir preocupándose de protegerse a ellas mismas y no a aquel anillo. Pero la nueva iglesia no ofrecía grandes posibilidades de escondite. La sacristía no era un lugar adecuado, la puerta del campanario estaba cerrada y en la nave, que formaba un cuadrado perfecto con las cuatro columnas que sostenían la cúpula en el centro, la luz que entraba por los ventanales iluminaba paredes y altares todavía medio desnudos. No encontraron ningún nicho lo suficientemente seguro, ni ninguna piedra que se moviese, ni en el suelo ni en las paredes ni en ninguna de las columnas que sostenían la cúpula.

Guillermina miró el retablo que había encima del altar mayor. Era un retablo dorado hecho en madera labrada, no demasiado grande, con unas columnas retorcidas que enmarcaban una hornacina con una estatua de san Miguel en el centro. En el friso de la cornisa, y con pinturas de colores, se veían los atributos del arcángel y escenas de su vida, y más arriba las volutas onduladas que lo coronaban parecían bailar bajo los reflejos de la luz anaranjada que entraba por los vitrales de la cúpula. Si en aquella iglesia había un escondite, era sin duda allí arriba, detrás de las volutas que se ondulaban hacia el cielo a la vista de todo el mundo.

—Esconderlo en el altar mayor sería profanar la iglesia —objetó Ponça.

Las demás compartieron ese pensamiento, y una por una cayeron de rodillas ante la escultura del santo, haciendo la señal de la cruz y rezando el Ave María. Guillermina, con el anillo todavía en las manos, también se arrodilló. Sabina, sin embargo, se quedó de pie ante el retablo, mirando

la figura del ángel vestido con armadura y empuñando una espada, con la que amenazaba la cabeza de un demonio que se retorció bajo su pie izquierdo.

—Sólo san Miguel nos puede defender de los espíritus del infierno —dijo la vieja, mirándolas—. Si entre todas formamos una hermandad en su devoción, él nos protegerá.

—¡Dónde se ha visto una hermandad sólo de mujeres! —rechazó Ponça.

—Sí que existen. He oído hablar de algunas, en Sabadell y otras parroquias de pueblo. Y el padre Manel nos puede ayudar. A él, sin embargo, no le podemos decir jamás que escondemos aquí el anillo, ése debe ser el juramento de nuestra hermandad. Será un secreto entre el santo y nosotras.

—¡Que Dios nos coja confesadas!

Esas palabras de Ponça, que provocaron que todas volviesen a hacer la señal de la cruz, dieron por aceptada la propuesta de Sabina. Con la ayuda de las más jóvenes, Guillermina se subió en una escalera de mano que había en la sacristía y escondió la joya en lo alto del retablo, detrás de las volutas de madera. Allí sólo la encontraría quien limpiara el altar, tarea que deberían asumir sólo ellas.

Pero mientras todas discutían la forma de hacerlo, Guillermina sólo pensaba en su hija y en el peligro que corría. Tenía que ir a buscarla inmediatamente, no podía esperar más. Pidió a las mujeres que la esperasen allí, en la iglesia, y se fue por la puerta de atrás en dirección a la barraca de Ginebra.

No estaba demasiado lejos, pero el camino se le hizo larguísimo. Más allá de la plaza, junto al canal de riego, los militares estaban construyendo otro cuartel y ella, aunque siempre había tenido miedo de los soldados, ese día agradeció su presencia. No le importó tener que dar un gran rodeo por culpa de aquellas obras, ni tenerse que parar varias veces para dejar pasar a oficiales a caballo. Pensaba que, con ellos allí, los piratas no se atreverían a acercarse a la barraca de la doctora, o por lo menos no a plena luz del día.

Y estaba en lo cierto. En el otro lado del canal de riego todo era calma, y en la barraca de Ginebra encontró a Carmeta ante la cazuela y a la niña avivando el fuego, como si nunca hubiese pasado nada. Por algún extraño motivo que Guillermina desconocía, Ginebra no había querido decirle nada a Carmeta de la muerte del padre de la dama, y tampoco de la angustia que sufría Agustina y que había provocado que la doctora se quedase con ella, cuidándola, en la ciudad. Y Guillermina, tragándose la congoja y la inquietud, tampoco dijo nada.

No tenía tiempo para dar explicaciones y casi no respondió a ninguna de las preguntas que le hicieron. No dijo que venía de un entierro ni que había dejado al resto de mujeres en la iglesia, y mucho menos que todas ellas corrían peligro. Se inventó que en las cocinas de palacio necesitaban más manos, y que ella echaba tanto de menos a su hija que la había propuesto como nueva asistente. Y con aquella sencilla mentira piadosa, Carmeta dejó marchar a la niña, con lágrimas en los ojos pero sin oponer resistencia.

Micaela no tardó en recoger las pocas cosas que tenía, que cabían en un hatillo. No parecía preocupada ni triste por dejar aquella casa, sino más bien lo contrario. Se la veía contenta de iniciar una nueva etapa en la vida, lejos del arenal y de nuevo al lado de su madre, y nada menos que en un palacio, aunque fuese en la cocina. Había ido con Guillermina un par de veces, aunque siempre de visita, y aquel edificio colmado de riquezas la maravillaba.

Para la niña fue una sorpresa no ir directamente al portal del Mar y tener que pasar primero

por la iglesia de San Miguel del Puerto. ¿Qué tenían que hacer allí? Pero se alegró tanto al saber que Elvira también iría a trabajar a las cocinas del palacio que no volvió a hacer preguntas.

Cuando Sabina les abrió la puerta de atrás de la iglesia, hizo pasar a Guillermina a la nave, pero retuvo a la niña en la sacristía.

—Tú no puedes ir —le dijo la abuela.

—¿Por qué? —Micaela la miró extrañada.

—He dicho que no puedes, y punto.

Dentro, a puerta cerrada y ante el altar mayor, Guillermina las encontró a todas arrodilladas. Ella no tenía tiempo para rezar, quería llevarse enseguida a Elvira, alejarse de aquella joya y buscar un lugar seguro. Pero Sabina no la dejó. Obligándola a arrodillarse a su lado, habló como los curas, elevando la voz al cielo.

—Ante ti, Dios Padre, Dios Todopoderoso, Dios Creador de todas las cosas, nosotras, las mujeres pobres de la playa, nos consagramos a san Miguel Arcángel, depositario de nuestra fe, y le hacemos entrega de nuestras vidas, pasadas, presentes y futuras, de nuestras almas, pecadoras arrepentidas, de nuestros cuerpos, dispuestos a hacer penitencia, de nuestras virtudes y miserias y de nuestro tiempo. Viviremos sólo para él, con fe ciega, y él será el guía de nuestros pasos de ahora en adelante. A cambio le pedimos, te pedimos, oh san Miguel Arcángel, que nos protejas, especialmente de esta joya fruto del pecado que te hacemos entrega para que la sometamos como sometemos al demonio, y para garantizar que nunca tendrá ningún otro propietario que no sea Dios. Con estos votos que juramos todas, damos por consagrada la Hermandad de las Mujeres de la Playa.

La preparación de aquella ceremonia, durante la ausencia de Guillermina, debía de haber sido muy intensa, porque todas las mujeres se deshicieron en llanto al hacer el juramento. Todas menos ella, que besó los pies del Arcángel con rapidez y tocó la cabeza del demonio que pisaba el santo pensando sólo en salir de aquella iglesia. Todavía le quedaban muchas cosas por hacer ese día.

Cuando llegó a las cocinas del palacio, el cocinero a quien ella ayudaba estaba fuera de sí, Guillermina nunca lo había visto así. Bramaba irritado en el suelo, caído junto a uno de los fogones, con el rostro desencajado y lanzando puñetazos y patadas al aire, e incluso sacaba babas por la boca como un verdadero loco. El nuevo cocinero jefe y un par de ayudantes intentaban calmarlo, pero mientras más lo intentaban, más nervioso y desencajado se ponía él.

—¿Qué le pasa? —preguntaron a la vez Micaela y Elvira, mirándolo espantadas.

—No le tengáis miedo, hijas. Sufre el baile de San Vito, una enfermedad que le hace perder las capacidades, pero es una buena persona. Ayudadme a tranquilizarlo.

Abriéndose paso en la cocina se acercó al hombre, que, nada más verla, dejó de bramar y de lanzar patadas al aire y la miró con ojos suplicantes. Temblaba con la respiración acelerada, sudaba como si le hubiesen lanzado agua por encima, abría y cerraba los ojos y la boca sin cesar y parecía desorientado y confuso. Quería decir algo, pero era imposible entenderlo porque parecía haber perdido toda capacidad para articular palabras. Calmándolo como quien calma a un niño pequeño, Guillermina le dio a beber agua, llevándole el vaso a los labios y aguantándole la cabeza mientras bebía. Pero el hombre casi se ahogó al tragar, y fue peor el remedio que la enfermedad. Parecía haber empeorado mucho en pocas horas.

Guillermina recordó el primer día que había ido a trabajar allí, ya hacía más de cuatro años. Todo estaba repleto de fogones y hornos donde trabajaba mucha gente, todos hombres, cocineros y ayudantes que cortaban las frutas, hacían el pan, preparaban canelones, cocidos, asados... Y todo a las órdenes de aquel hombre a quien llamaban Chevalier, que entonces era el cocinero jefe. Él lo disponía todo para preparar la comida refinada y lujosa que gustaba en aquel palacio, mandaba lo que se tenía que hacer en cada una de las cazuelas, indicaba qué ingredientes se debían poner, cuándo y cómo, desde el ajo y las almendras para hacer la picada a la cantidad de agua de cocción, e incluso medía con precisión la sal que se añadía a cada carne y disponía en qué momento preciso se tenía que servir el plato.

A primera vista le había resultado un hombre muy extraño porque físicamente parecía enloquecido y, aunque sabía muy bien lo que hacía, se comportaba como un desequilibrado. Las piernas y los brazos le bailaban arriba y abajo, y movía los hombros continuamente de tal forma que parecía bascular y estar siempre a punto de caer. Había sido él quien le había explicado que sufría una enfermedad que le provocaba aquellos movimientos espasmódicos y que cada vez lo hacía sentirse más débil. Hablaba un castellano impecable, aun siendo francés, pero se embarullaba y le resultaba difícil hacerse entender por quienes trabajaban en la cocina. Aun así,

mantenía su juicio y Guillermina siempre se esforzaba en descifrar lo que decía, y repetía a gritos lo que el hombre hubiese dicho cuando los demás no lo entendían. No tardó demasiado en convertirse en su asistente personal, especialmente a medida que la enfermedad fue reduciendo las capacidades del pobre hombre, como si en lugar de ir hacia delante fuese hacia atrás.

Tampoco tardaron en destituirlo de su cargo y nombrar a otro cocinero como cocinero jefe. Chevalier quedó relegado a ocuparse sólo de los platos de pescado que comía a diario la marquesa, con la ayuda de Guillermina. En realidad era ella quien cocinaba, pero cocinar no era su único trabajo. Más de la mitad del tiempo lo ocupaba en asistir a don Martín, como ella le llamaba con gran respeto. Pero a partir de aquel día, el hombre todavía necesitaría mucha más ayuda.

Tardó lo suyo en reponerse un poco para levantarse del suelo y sentarse en un banco, con la ayuda de Guillermina y un par de hombres, y todavía más en recuperar el habla, que ya nunca más volvió a ser como antes. Y a pesar de aquella pérdida de capacidades, no quiso abandonar la cocina en ningún momento. Repetía, como quien recita una letanía, que quería seguir cocinando, seguir cocinando, seguir cocinando...

El nuevo cocinero jefe, compadeciéndose del hombre a quien había tenido como maestro, accedió a dejarlo seguir trabajando, aunque era evidente que por sí mismo no podía hacer nada. Pidió a Guillermina que lo asistiese, y no dudó en aceptar como ayudantes a las jóvenes que la acompañaban. Visto aquel panorama, en la cocina serían necesarias muchas más manos.

Los días siguientes confirmaron el acierto de la decisión, porque las manos de aquellas dos muchachas se convirtieron en imprescindibles. Parecía que la Divina Providencia las hubiese llevado hasta allí en el momento más oportuno. Aquel ataque imprevisto había deteriorado tanto al pobre don Martín que le había hecho perder de golpe la mayoría de capacidades y había que ayudarlo en todo. Si caminaba solo, las piernas iban cada una por un lado y se caía estrepitosamente al segundo o tercer paso. Cuando quería coger una cosa, el brazo no siempre obedecía la dirección que él mandaba, y acababa tirando al suelo alguna cosa. No podía coger un cuchillo para cortar nada, ni tocar ninguna cazuela del fuego, e incluso a la hora de probar la comida, necesitaba que alguien lo ayudara a llevarse la cuchara a la boca.

Era incapaz de articular una frase entera, pero seguía ordenando alimentos para ir a comprar, pescados de costa y crustáceos que sólo él sabía preparar al gusto de la marquesa, y que Guillermina se apresuraba a traer de la lonja bien frescos. También era ella quien los cocinaba, siguiendo las instrucciones cada vez más escasas que le daba, y ayudándolo para que creyese que todavía era él quien los preparaba. El pobre don Martín había perdido de vista el mundo que había más allá de las cocinas, y vivía obsesionado con los platos que tenían que salir de aquellos fogones.

Primero Guillermina había pedido a su hija que se ocupase del hombre, haciéndole de bastón. Pensó que, después de haber vivido tantos años con una doctora, era la persona más indicada para hacerlo. Y no se equivocó. Micaela era muy dulce con el enfermo y se ocupaba de él como lo haría una hija, pero Elvira, que la tenía que ayudar a ella a preparar los platos de pescado, era tan torpe en la cocina que ni siquiera servía para ir a buscar agua ni avivar el fuego. Estaba pálida, triste, desganada y sin fuerzas, y vomitaba a menudo cuando veía comida. Parecía que el sentimiento de culpabilidad por todo aquello que había pasado con el señor Canals la estaba haciendo incluso enfermar. Por ese motivo Guillermina le pidió que fuese ella quien se ocupase

del enfermo, y de esa forma Micaela pasó a ayudarla con la comida.

Fue un buen cambio. Su hija trabajaba como una verdadera ayudante de cocina, poniendo el ojo allí donde se necesitaba ayuda y anticipando los trabajos que se debían hacer. Casi no había que pedirle nada. La chiquilla iba a buscar agua cuando tocaba, pelaba cebollas y ajos, abría nueces y almendras, lavaba verduras, limpiaba los mejillones, descamaba el pescado... Y todo lo hacía cantando. Cantaba todo el rato, con voz flojita y angelical, y a Guillermina escucharla la hacía feliz, tanto que a veces también cantaba, acompañándola. Cocinar y cantar en buena compañía, no había nada mejor en el mundo.

Con tanto trabajo, los días transcurrieron con rapidez sin que ella pudiese volver a la barraca familiar y ni siquiera a la iglesia. Las mujeres de pescadores de la playa que iban a diario a la ciudad a vender pescado, especialmente Hilaria, la mantenían informada de cómo iban las cosas en su casa y en el seno de aquella nueva hermandad.

Por lo que la muchacha explicaba, Sabina había conseguido convencer al padre Manel de la necesidad de aquella hermandad en la iglesia. Serían ellas, las mujeres de la playa, quienes se ocuparían del altar y de pedir limosna entre los feligreses para que nunca faltasen velas ni flores. Se había tenido que escoger a dos mayoralas que se encargasen de todo, pero el padre Manel había pedido que fuesen dos mujeres jóvenes, porque a Sabina y Ponça las veía demasiado cansadas. La primera en ofrecerse fue María, que era viuda y muy dada a hacer vida en la iglesia. Y la segunda, Bruna. Guillermina se sintió orgullosa de su cuñada. Era una mujer reservada y miedica, pero siempre estaba allí donde la necesitaban. Y en la iglesia se necesitaba a una mujer de la familia. Con Bruna de mayorala se aseguraban de que nunca nadie tocaría aquel retablo sin que ellas lo supiesen.

Pero no todo eran buenas noticias. El padre Manel no comulgaba con el nombre de la hermandad, ni con el hecho de que estuviese formada sólo por mujeres. El sacerdote había propuesto que se uniesen a la cofradía del gremio de vidrieros, que había sufragado los gastos de la estatua de san Miguel que había en el retablo del altar mayor, pero las mujeres se oponían. ¿Qué tenían en común con los vidrieros?

—Yo he propuesto que nos unamos a los cofrades pescadores —le explicó Hilaria con su alegría juvenil—. Mi marido nos podría ayudar en eso, porque él forma parte de la cofradía, pero Sabina no lo ve bien. Tampoco quiere pedírselo al gremio de calafates —añadió—. Mi padre pertenece al mismo, y a mí me dieron veinticinco libras como dote cuando me casé.

—¡Quinientos sueldos! —exclamó Guillermina...

—Sí, pero más de la mitad sirvió para pagar la boda, ¿no te creas!

En lugar de los problemas de la hermandad, el pensamiento que se quedó en la mente de Guillermina y la acompañó de vuelta al trabajo fue la cifra que había mencionado Hilaria. Con aquel dinero, en lugar de un banquete de boda podrían haber arrendado una casa, y en cambio aquella pareja recién casada seguía viviendo en una miserable barraca delante del mar. Los gremios ya lo hacían, daban dinero a las casaderas, pero a cambio esperaban que sus padres invitasen a todo el mundo a una gran fiesta, y en prepararla se iba todo el dinero. Aquellas dotes no ayudaban a nadie a salir de pobre, y pensó que el mundo estaba muy mal repartido. Unos tan pobres y otros tan ricos.

El palacio se estaba preparando para acoger una fiesta el domingo siguiente, 2 de noviembre de aquel año de 1755, el día después de Todos los Santos. El marqués de la Mina quería ofrecer un gran banquete en honor de su esposa, doña María Zapata de Calatayud y Fernández de Híjar, la marquesa. Habría más de trescientos invitados, y en las cocinas todo se había empezado a preparar con gran antelación.

Haciendo un gran esfuerzo físico y mental, y con la ayuda de Guillermina, que traducía todo lo que decía, don Martín dio el listado de platos a base de pescado que se elaborarían para aquella ocasión tan especial. Ostras frescas y langostinos, langostas y gambas ligeramente cocidas, anguilas en jugo y arroz caldoso con bacalao. Al cocinero jefe le pareció bien. Preguntó a la mujer si se veía capaz de elaborar todo aquello en grandes cantidades y ella asintió. Nunca había preparado tantos platos a la vez ni para tanta gente, pero estaba segura de poder hacerlo.

Avanzó el trabajo todo lo que pudo, preparando caldos de lenta cocción para hacer los guisados, terminando salsas y organizando el utillaje necesario para preparar tanta comida. Limpió quilos y quilos de pescado, sacándole las vísceras, lavándolo y secándolo bien, escaldándolo para sacarle la piel y colgándolo de ganchos en el cañizar de la bodega para que se conservase fresco. Cambió aguas y más aguas de los cubos, añadiendo sal, para mantener vivas y frescas las ostras, los langostinos y las gambas. Trabajó día y noche, porque además del menú especial del domingo también había que dar de comer a los habitantes del palacio, como siempre, y a toda la gente que había llegado para preparar la fiesta. Había cuadrillas de trabajadores haciendo diversas tareas, la mayoría camareros que se ocupaban de mesas, vajillas y bodegas, pero también carpinteros que montaban un escenario, y la compañía de teatro que actuaría en él. Y a ella le tocó ocuparse de los actores, que ensayaban en un gran almacén junto al patio y no cesaban de meter las narices en la cocina para picar a deshora.

Eran seis, tres hombres y tres mujeres, llegados para la ocasión expresamente de Italia, de una ciudad llamada Bolonia y de la que cantaban maravillas. Y mientras más elogiaban aquella tal Bolonia, peor hablaban de Barcelona. No había nada que les gustase, ni el palacio, ni la plaza que tenía delante, ni la iglesia que había detrás, ni la ciudad amurallada ni el puerto ni nada. Según ellos, todo estaba demasiado sucio y faltaba refinamiento. No obstante, habían hecho poner una mesa con sillas en la puerta del almacén, en un lado del patio donde había un naranjo, y se pasaban el día allí, leyendo en voz alta, comiendo y tomando el cálido sol de otoño como si estuviesen en un jardín. A Guillermina la sacaban de quicio, especialmente un tal Nicola, el más joven de los hombres. El chico, hablando como si cantase todo el rato, no paraba de lanzarle besos y guiñarle el ojo a Elvira. Y cada vez que lo hacía, una tal Frangesca le daba una colleja enfurecida.

Pero si había algo de la ciudad que gustase a aquellos italianos era la cazuela de pescado que les ofrecía Guillermina. Se pasaban el día comiendo y ella tenía que preparar cada vez más. Por suerte, a medida que el escenario fue quedando montado, los actores fueron dejando de ensayar en los almacenes y de molestar en el patio y entre los fogones.

El sábado por la mañana, el médico de palacio se presentó en las cocinas acompañado del primer mayordomo. La marquesa había caído enferma, pero necesitaba recuperarse para la fiesta del día siguiente, por lo que había que prepararle un caldo especial de tomillo y otras hierbas

medicinales. El cocinero jefe pidió a uno de sus ayudantes que lo dispusiese todo a tal efecto, siguiendo las instrucciones del doctor, y Guillermina continuó con su trabajo. Ya casi lo tenía todo a punto.

Pero entonces don Martín empezó a hablar, elevando su voz incomprensible hacia el doctor. Todo el mundo lo miró, pero nadie lo entendió, ni siquiera Guillermina. Se tuvo que acercar mucho al hombre y mirarlo bien a los ojos para descifrar la palabra que repetía. «Tortuga, tortuga —repitió ella también—. Sopa de tortuga.» El doctor se acercó sonriendo y tendiéndole la mano al pobre hombre. Elvira, que estaba de pie a su lado, tuvo que ayudarle a encajarla.

—Cierto, Chevalier. Una sopa de tortuga le iría muy bien a la marquesa, pero no te preocupes, con la de tomillo será suficiente. Tú de lo que tienes que ocuparte es de cuidarte a ti mismo —dijo, examinando al hombre. No era la primera vez que el médico lo hacía—. Veo que no has mejorado mucho, suerte que nosotros velamos por tu bienestar. Hemos encontrado un hospital donde te cuidarán como a un rey, ya verás. Te trasladaremos allí este mismo lunes.

El pobre don Martín casi se ahoga con su propia lengua. Emitió algunos sonidos pero no pudo articular palabra. Su cara parecía desencajarse. Movía la mandíbula arriba y abajo y de lado a lado, también las cejas e incluso las orejas, todo el rostro se disparaba en movimientos alocados, pero los ojos, inundados de tristeza, estaban clavados en los del doctor, que no supo ver que aquello era un grito de ayuda. Guillermina, en cambio, lo entendió enseguida. El pobre hombre no quería apartarse de las cocinas. Antes, prefería morir.

El médico, sin embargo, se mantuvo firme y añadió que eso era lo más conveniente para todos. No hacía falta examinar demasiado a Chevalier para darse cuenta de que su enfermedad no mejoraría nunca. El mayordomo, tomando la palabra, le explicó al cocinero jefe, allí, delante de todo el mundo, que ya se habían hecho todas las gestiones y que vendría un carruaje a buscarlo el lunes a media mañana para llevarlo al hospital.

Don Martín, con el brazo tembloroso y desobediente, acertó a cogerle la mano a Guillermina y la apretó con fuerza. Ella lo abrazó con ternura y lo acarició como se acaricia a un desvalido. Pobre don Martín. «Doctor, doctor», intentó decir él, pero el doctor también lo acarició y le dio unas palmaditas en las mejillas.

—Te cuidarán como a un rey —repitió el médico. Y entonces, mirando a Elvira de reojo, se dirigió al cocinero jefe—: Así podrán enviar a su casa a esta mujer embarazada, porque parece que las cocinas la están haciendo enfermar.

Guillermina no dio crédito a lo que oía y miró a Elvira de arriba abajo. La muchacha no había engordado ni un gramo desde que estaba allí, más bien había perdido peso, pero observándola, pálida, tristonera y con la náusea contenida, se dio cuenta de que el doctor había acertado. Pero ni siquiera pudo acercarse a ella ni preguntarle nada. Por lo que se veía, el médico o el mayordomo todavía habían dicho más cosas importantes, porque, después de acompañarlos a la puerta, el cocinero jefe se dirigió a ella y la miró con ternura.

—No quieren mujeres jóvenes en las cocinas —dijo—, dicen que traen demasiados problemas. Contigo hacen una excepción porque viniste bien recomendada y has demostrado que eres buena cocinera, pero las chicas no se pueden quedar. Se tienen que ir el lunes, cuando se vaya Chevalier.

Para Guillermina fue como si le clavasen un cuchillo. Encogió el estómago, oprimiéndolo, y notó una gran presión en el corazón. ¿Qué hacer ahora? Sólo hacía un mes que las muchachas

habían llegado a las cocinas, pero aquellos días, encerrada con ellas y protegidas, cantando y cocinando platos deliciosos, habían sido de los más felices de su vida. O por lo menos, los más felices desde hacía muchos años.

«Tortuga, tortuga —repetía don Martín—. Sopa de tortuga», llegó a decir, y después «marquesa» y más palabras que le salían sin ton ni son, pero que formaban un pensamiento bien lúcido. Guillermina entendió lo que quería: preparar una sopa de tortuga para la dama para la que había cocinado durante tantos años. Y lo quería hacer de forma especial, como agradecimiento de despedida. Lo miró con ojos enternecidos. Ella también quería demostrar su agradecimiento a aquel hombre. Se ofreció a ayudarlo a hacer la sopa, y el cocinero jefe no puso objeciones. Pero ¿dónde conseguiría tortuga un día festivo de Todos los Santos, con la lonja y los mercados cerrados?

Qué pregunta más absurda, se dijo mientras el cocinero jefe la formulaba. En la playa, dónde si no, y con mayor probabilidad que en ningún mercado. Sabía que a menudo los pescadores las arrastraban con las redes, pero las tortugas pesaban demasiado y ocupaban mucho espacio para lo poco que pagaban por ellas, y aunque no conocía a nadie que las comiese, a menudo las llevaban a las barracas para diversión de los niños. O si no, las liberaban allí mismo.

No se demoró demasiado. Dejó los fuegos y al enfermo al cuidado de las muchachas y se apresuró. Era media mañana y quería hacerlo lo más rápido posible para regresar antes de la hora de la comida.

La cabeza de Guillermina hervía como una cazuela a fuego vivo. Tenía demasiados pensamientos dentro, cocinándose todos a la vez, borboteando. Que echasen a las muchachas la había inquietado mucho. ¿Dónde las esconderían ahora? Tenía que aprovechar aquella ida a la playa para ver a su madre y a Bruna y ponerlas al corriente de todo lo que había pasado. Quizás ellas encontrarían alguna solución. Le daba mucho miedo que las muchachas tuviesen que volver a la barraca familiar, con aquel pirata de la cara cortada rondando por ahí. Y, además, con Elvira embarazada.

¿Quién sería el padre de aquella criatura? Quizás el Sardina, con quien había visto bailar a su sobrina. O, en el peor de los casos, cualquier otro a quien hubiese conocido en la ciudad. Fuera como fuese, el estado de la muchacha estaba tan poco avanzado que seguramente que encontraría una solución para ella. Si el Sardina no se quería casar, todavía estaban a tiempo de encontrar a otro hombre que lo hiciese, y hacerlo creer padre de aquel hijo. Elvira era la moza más guapa que se había visto nunca en el arenal, y quizás incluso podrían encontrarle un buen partido que se ocupase de protegerla de los piratas y del mundo entero.

Mirando los hombres que se encontraba al paso, para ver si alguno le podía servir de pretendiente a su sobrina, avanzó por el paseo del nuevo barrio de la Barceloneta haciendo un gran esfuerzo. Últimamente había engordado demasiado, las piernas le rozaban y le costaba caminar. Brillaba un sol de mediodía muy molesto, con una intensidad empañada, aunque apenas había nubes. El mar parecía tranquilo, y los barcos y barcas estaban anclados y en inactividad como era habitual en un día festivo.

No debía de faltar demasiado para que diesen las doce, y pensó que quizás encontrara a su madre y a Bruna en la iglesia, pero estaba cerrada. Por la suciedad que se veía en los alrededores, probablemente la misa había sido a las diez. Pasó de largo, adentrándose por las calles hasta el final del nuevo barrio, buscando entre los hombres una cara cortada o un pretendiente, con la cazuela llena de pensamientos borboteando. Micaela, Elvira, don Martín, la comida para los actores, la fiesta del día siguiente, la tortuga que debía encontrar... Pero al cruzar el canal de riego y adentrarse en la playa de la Mar Vella, observó el mar y el hervidero se petrificó. Incluso el corazón le dejó de latir.

En el horizonte vio una ola, no demasiado grande, que avanzaba a ritmo vertiginoso hacia la costa. No soplabla viento, pero la ola parecía empujada por una gran fuerza, y en lugar de perder intensidad y deshacerse, se adentró playa arriba, rompiendo más allá de la primera línea de barracas. No era la primera vez que pasaba una cosa parecida, pero nunca sin previo aviso de

tormenta. El agua, sin embargo, apenas retrocedió, como hacía el mar normalmente cuando se enfurecía y se adentraba arena arriba. Se quedó allí, estancada, inundando con su espuma todos los rincones de aquellas viviendas miserables. Y entonces, en el horizonte, vio avanzar con el mismo ritmo una segunda ola.

—¡Dios mío de mi vida! —gritó.

Su grito no fue el único. Las mujeres que tejían redes allí cerca y tuvieron que recogerlo todo corriendo, los calafates que reparaban las barcas e incluso los pescadores que faenaban en el mar, todo el mundo gritó. La ola avanzó todavía con mayor fuerza, inundando la segunda línea de barracas, y tampoco retrocedió.

Guillermina corrió hacia la barraca de su familia y al ver a Sabina y Bruna en la puerta, espantadas y mirando incrédulas a su alrededor, las abrazó con fuerza. Y entonces, en el horizonte apareció una tercera ola monstruosa. No tardó en llegar a donde estaban ellas, con la fuerza disipada pero sin pararse. No las mojó más arriba de las caderas, pero se coló barraca adentro arrastrando con su empuje lo que encontraba a su paso. Y al volver atrás, se tuvieron que aferrar con fuerza a la pared para no caerse.

Por la puerta de la barraca salieron cazuelas, jergones y mantas, y las mujeres tuvieron que darse prisa para recuperar lo que pudiesen. Los vecinos acudieron presurosos a intentar salvar todo lo que se pudiera, fuera de quien fuese.

Más allá, el agua desbarataba las paredes de las casas vecinas, haciendo desplomar los techos y llevándose todo mar adentro. La mayoría de aquellas barracas eran de hombres solos, que venían de pueblos de fuera de Barcelona para trabajar en la construcción del nuevo barrio durante la semana, y que se iban con sus familias los días festivos. Los pobres ni siquiera estaban allí para recuperar sus escasas pertenencias.

Ya no surgieron nuevas olas, pero las aguas tampoco retrocedieron demasiado. Se quedaron allí, recuperando el terreno que antes había sido suyo. El sol seguía brillando en el cielo como si nada hubiese pasado. Aquello sólo podía ser un castigo divino.

En la barraca de las mujeres el agua había inundado el cobertizo y el patio, y encharcado el interior, pero había retrocedido lo suficiente como para que se mantuviese en pie, resistiendo su arremetida. Pequeñas olas rozaban casi la puerta, aunque por el momento no parecían tener intención de volver a entrar. Nadie sabía cuánto tardaría en llegar otra de aquellas malditas olas.

Lograron recuperar la mayoría de sus cosas, pero la caja que Sabina guardaba como un tesoro, con el edicto firmado por el marqués de Castel-Rodrigo que ella creía que le daba derecho a tener una casa en propiedad, aquella caja fue arrastrada por las aguas, mar adentro. La mujer, vieja, cansada y mojada, cayó destrozada en la arena, llorando, y Guillermina intentó consolarla.

—Madre, por el amor de Dios, piense que estamos sanas y salvas. Saldremos de ésta, ya lo verá.

Pero Sabina no quería que nadie la consolase. Rechazando su abrazo, se secó las lágrimas y la miró con ojos enfurecidos.

—¿Cómo quieres que salgamos? —gritó enrabiada.

Guillermina no dijo nada. Sabía que su madre tenía razón, ¿cómo quería salirse de aquella? Ella también estaba encolerizada. El mar se había llevado a su marido y sus hijos mayores, todo lo que ella más amaba en este mundo, y también al suegro y su único cuñado, el marido de Bruna. Y ahora parecía dispuesto a acabar también con ellas.

—No podemos quedarnos aquí esperando a que el mar se nos lleve a todas —dijo—. Tenemos que ir a palacio y pedir caridad al marqués.

—¡Jamás mientras viva! —rechazó Sabina, ofendida—. No han querido darnos la casa que nos corresponde por derecho propio, y ahora no podemos humillarnos y hacer que nos la den sólo por pena. Yo de aquí no me moveré, y si el mar se me quiere llevar, que lo haga.

Guillermina miró a Bruna esperando que la ayudase a convencer a su madre, pero la mujer, dejando de recoger las maderas destrozadas que devolvía el mar, fue junto a Sabina y la cogió del brazo.

—Yo pienso como ella. Ésta es nuestra casa y nos quedaremos.

¿Cómo discutir? Tenían razón. Aquél era el único lugar al que todas podían regresar, el único techo al que podían llamar «casa». Justo en ese momento apareció Miquelet, espantado, y abrazó a Bruna dando gracias al cielo porque el mar no había destrozado la barraca familiar. El chaval tampoco daba crédito a lo que veía alrededor. El agua se había llevado una docena de barracas humildes, e incomprensiblemente se había instalado allí donde antes vivía la gente. Él venía del puerto, en el otro lado del arenal, y por lo que decía, allí no había pasado nada.

Nadie entendía qué había sucedido, nunca habían visto una subida del nivel del mar tan inesperada, ni los pescadores, ni los marineros ni nadie. A pesar de la desgracia, tenían que dar gracias a Dios de no tener que lamentar ninguna vida perdida. Muchas mujeres se arrodillaron para rezar allí mismo. Y mientras familiares y vecinos rezaban o discutían en la arena, intentando dar respuesta a aquel misterio, Guillermina dio media vuelta y se fue por donde había venido. No soportaba quedarse allí más tiempo.

Caminando con las ropas empapadas y llenas de barro, volvió a llevar a ebullición la cazuela en su cabeza. ¿Qué haría con las niñas? No había querido decirle nada a Sabina porque ella ya tenía suficientes desgracias. Pero tampoco le había explicado nada a Bruna, aunque tenía derecho a saberlo ya que, al fin y al cabo, era la madre de Elvira. Los problemas de la muchacha eran demasiado gordos como para restarles importancia, con un hijo en la barriga de vete a saber quién y un peligroso pirata buscándola. Y el único lugar que tenían para esconderla era aquella barraca que había estado a punto de ser engullida por el mar, y que nadie garantizaba que estuviera en pie al día siguiente.

Le dolía irse y dejar allí a la madre, a la cuñada y al sobrino sin siquiera despedirse, pero no podía dejar solas a las muchachas en el palacio durante más tiempo. Era cierto que estaban protegidas, pero no del todo. Había demasiados hombres danzando alrededor como pavos, y muchos más acechando como zorros o lobos. Los hombres, ya se sabe, todos quieren lo mismo. Además, si ella no volvía, quizá las echaban antes de tiempo, y quién sabía si en las puertas del palacio no se toparía con el pirata de la cara cortada...

Y entonces, allí en medio de un canal de riego que ya no estaba seco, en una de las charcas que había dejado el mar en su arremetida, entre peces y ratas muertas vio una tortuga boba panza arriba que aleteaba nerviosa intentando darse la vuelta. Debía medir unos ocho palmos de largo y pesar unos sesenta quilos. Era un ejemplar lo suficientemente joven como para ser cocinado, porque las tortugas bobas solían ser más grandes, incluso el doble de grandes que aquélla. Pero, aun así, ¿cómo transportarla hasta el palacio?

Como si Dios la hubiese escuchado, uno de los arrieros que vivían en las barracas de la parte alta del arenal se acercó con su carro para atravesar el canal de riego. Guillermina enseguida lo

hizo parar. Si la ayudaba a llevar la tortuga, en palacio le pagarían lo que pidiese. El hombre aceptó sin discutir, y atando una cuerda alrededor de la mandíbula de la tortuga, para que no lo picoteara al cogerla, la cargó en el carro sin apenas esfuerzo, hizo sitio a la mujer y partió hacia la ciudad.

La tortuga aleteaba intentando escapar, y Guillermina tuvo que luchar a lo largo de todo el trayecto para sujetarla, algo nada fácil. Tenía el caparazón cubierto de algas y gusanos marinos, muy resbaladizo, y costaba mucho sujetarla. La cola era demasiado corta, probablemente porque era una hembra, y de las aletas no la podía coger, porque le clavaba las uñas afiladas, así que tuvo que sentarse encima del caparazón, con todo su peso, y sujetarla por el cuello.

Cuando por fin pudo levantar los ojos del animal, vio el muelle delante de ella y pudo comprobar que lo contado por Miquelet era cierto. En el puerto nada había cambiado. Quizá sí había subido un poco el nivel del mar, pero sólo había habido destrozos en la playa bajo la muralla del mar, donde uno de los laúdes que amarraban allí los marineros se había estampado contra la caseta de un barbero. Pero no era la primera vez que pasaba algo así, con temporal o sin él.

En el portal del Mar, los oficiales del cuerpo de vigilancia pusieron objeciones al paso de aquella carga, pero al ser informados por Guillermina de que la tortuga iba destinada a curar a la marquesa del Palacio Real, pidieron incluso perdón por haberles demorado. Y cuando por fin la mujer pudo llegar a las cocinas, la recibieron como a una heroína. Nadie creía que pudiese encontrar una tortuga un día de Todos los Santos.

El más contento era Chevalier. El hombre, al verla acompañada del arriero con la presa capturada, recuperó incluso un poco de sus capacidades perdidas y, articulando varias frases, logró darle las gracias por haber conseguido aquel imposible. Y con una sonrisa desencajada y un profundo agradecimiento en los ojos, añadió que con aquella tortuga prepararían la mejor sopa que nunca nadie había probado.

Todo en él salía disparado, hacia aquí un brazo, hacia allí una pierna, de un lado a otro el cuello, pero en algún lugar de aquella cabeza estaba la receta exacta de la sopa de tortuga. «Degollar, degollar», ordenó don Martín. Y con la ayuda de las muchachas, Guillermina llevó la tortuga al patio para proceder.

Por el camino toparon con el grupo de actores, que justo en ese momento levantaban la sobremesa en aquella mesa al aire libre donde hacía rato que ya no daba el sol. Había sido Micaela quien les había preparado la cazuela y la había servido, y por las caras de satisfacción de los italianos, se adivinaba que la chiquilla lo había hecho bastante bien.

Al verla mojada y con una tortuga, aquel bobo de Nicola le hizo una broma que a Guillermina le cayó como un insulto. «¿Qué, has tenido que ir a pescarla tú misma?», vino a decir en aquel idioma cantarín. «Imbécil», pensó ella. Qué sabía aquel actor de pescar nada, ni del mar, ni de las olas malditas capaces de apropiarse de terrenos donde antes había casas. Estuvo a punto de clavarle el cuchillo con el que iba a sacrificar a la pobre tortuga. ¿Quién se había creído aquel bufón? Lo levantó con el brazo amenazante, pero Micaela, a su lado, se lo hizo bajar.

—Madre, no le haga caso, canta muy bien pero no sabe lo que dice.

Esa respuesta de su hija le provocó risa. Una risa que no pudo parar, que la hizo reír cada vez más y más, estrepitosamente, haciéndole dejar la tortuga en el suelo para llevarse las manos a la barriga y seguir riendo. Y cuando paró de reír, empezó a llorar.

Pidió a las muchachas que la dejaran sola en el patio, junto al surtidor de agua, con la tortuga, la olla más grande de aquel palacio y la hoguera encendida. Y con los cuchillos más grandes y afilados que nunca había utilizado. No quería que las chiquillas presenciasen aquel espectáculo de sangre.

Don Martín le había explicado cómo hacerlo, aunque la cosa no tenía demasiada ciencia. Un golpe seco en el cuello del animal, recoger la sangre que fluyese para hacer después el guiso y poner el animal en la olla al fuego con agua fría para darle un primer hervor y dejar que se acabase de desangrar poco a poco. Pero con la tortuga delante, que aleteaba intentando escapar y la miraba con aquellos ojos profundos y enormes, la desagradable tarea se convirtió en un suplicio.

Empuñando el cuchillo y con lágrimas en los ojos, Guillermina cogió la cabeza del animal encogiendo el corazón. Se sentía igual que Abraham a punto de degollar a su hijo, con la diferencia de que en aquel patio no apareció ningún ángel para detenerla. La hoja del cuchillo cayó con fuerza sobre el cuello y la sangre fría le salpicó la cara y el cuerpo.

Cocinar la tortuga se le hizo una tarea más pesada que una penitencia. Separar las patas del cuerpo, cortarlas en trozos, separar la carne del caparazón, vaciarla, retirar los intestinos, el corazón... Y hervir una y otra vez, filtrando todas las aguas de cocción. La otra olla, la de su cabeza, también hervía, pero no encontró ninguna receta válida para elaborar con todos aquellos pensamientos una solución para el futuro de todas.

Pasó la noche yendo del patio a la cocina y de la cocina al patio, y con las ropas, ya secas, tan acartonadas que le rasguñaron toda la piel. Casi al alba, por fin pudo ausentarse un rato del trabajo, sacarse aquellas vestiduras y lavarse. Tuvo que lavar también la ropa, porque era la única que podía vestir desde que se había engordado tanto, y la escurrió estrujándola entre las manos con todas sus fuerzas. Estaba cansada, agotada, pero todavía le quedaba por delante una jornada muy dura. No había acabado de preparar la sopa de tortuga, porque el caldo estaba hirviendo y la carne enfriándose, y además tenía que preparar la comida para los trescientos invitados a la fiesta. Ponerse la ropa húmeda la refrescó. Tenía que darse prisa.

En un rincón de la cocina, encima de un jergón tirado en el suelo, don Martín dormía, pero su cuerpo parecía no hacerlo. Continuaba moviéndose dando patadas y puñetazos arriba y abajo, sin descanso. A su lado, sentada en un banco, Elvira también dormía. Y más allá, junto al fuego, Micaela cortaba la carne de tortuga en forma de daditos perfectamente pulidos. En la olla, el caldo estaba a punto.

Sabía lo que se tenía que hacer: batir unas yemas de huevo, mezclarlas con el caldo hasta conseguir una textura bastante cremosa, rallarle encima cáscara de limón sin dejar de remover, salpimentar, añadir un chorrito de aceite de oliva y servir la sopa con los dados de carne de tortuga. Pero aun así, despertó a don Martín para que fuese él quien le diese las indicaciones antes de finalizar el plato. Quería hacerlo sentir el auténtico cocinero de aquella sopa, era todo lo que podía hacer por él antes de que le retirasen definitivamente de las cocinas y lo enviaran a morir a un hospital.

El sacrificio de la pobre tortuga no fue en vano. Aquello que no había conseguido el tomillo lo hizo la sopa obtenida a fuerza de hervir su carne. La marquesa no sólo se recuperó, sino que envió al primer mayordomo a las cocinas para saber si había más de aquel manjar y cuánto. La olla de cincuenta litros estaba llena, y además había una marmita con agua filtrada de la cocción con la que se podía hacerla crecer, y aunque no era suficiente para ofrecer a los trescientos invitados, como había muchas comidas diferentes, se decidió incluir la sopa en el menú del banquete.

El primer mayordomo se fue satisfecho y en las cocinas todo el mundo se apresuró a continuar con los preparativos. No tardó en oírse la triple salva de cañón que se lanzó en la plaza delante del palacio, y que anunciaba que los invitados ya habían llegado y que la fiesta estaba a punto de empezar.

Un ejército de camareros había ocupado las cocinas para encargarse de disponer los platos, y a Guillermina casi no le quedaba espacio para moverse. Tenía que vigilar muchos fuegos a la vez. Langostinos, langostas y gambas se debían hervir por separado, cada uno durante un tiempo diferente, las anguilas todavía no estaban a punto y sufría por si el arroz se pasaba... Preparar una comida como aquella no permitía pensar en nada que no fuesen todos los platos que de allí tenían que salir, pero ella era incapaz de concentrarse en el trabajo. ¿Habrían habido más de aquellas olas malditas en la playa?

Sufría por su madre, que además de todas las desgracias que tenía encima, era mayor y a veces parecía perder la razón. También sufría por la barraca. Si el mar se la llevaba, ¿adónde irían a vivir las chiquillas? Micaela y Elvira, ajenas al peligro que corría la casa familiar, trabajaban sin decir ni una palabra y probablemente pensando sólo en la comida, la una contenta de prepararla y la otra asqueada de verla, pero sin pararse un momento. Ella, en cambio, se notaba nerviosa, torpe, a tal punto que incluso lo notó el cocinero jefe. Aquel hombre nunca le había llamado la atención, pero aquel día lo hizo, y a gritos. La salsa de las anguilas se estaba quemando y eso era intolerable. Elevó tan fuerte la voz y la miró con unos ojos tan llenos de furia que ella tembló y se le cayó el cucharón de la mano. Y todavía fue peor. Los insultos le cayeron encima en cascada, y ella, con el peso de la culpa y la humillación, en lugar de hacer bajar el fuego, se dejó caer de culo al suelo, sobre el cucharón. No podía más.

Fue Chevalier quien intercedió en su favor. Haciendo el esfuerzo más grande que pudo, se puso de pie ante el cocinero jefe y lo amenazó. Sin acabar ni una palabra y embarullando unas con otras, con aquella lengua que no respondía a sus órdenes, dijo que la mujer estaba cansada porque había trabajado toda la noche, y que se merecía un respeto. No necesitó traducción, todo el mundo

lo entendió. El cocinero jefe bajó los ojos ante quien había sido su maestro y ofreció la mano a Guillermina para ayudarla a levantarse. Y entonces ella ya no pudo permanecer callada.

—Lo siento, no puedo más. Ha habido una catástrofe en la playa, el mar se ha llevado muchas barracas y ha estado a punto de destrozar nuestra casa. Quién sabe si no lo habrá hecho ya. Mañana echan de aquí a las niñas y no tienen ningún sitio adonde ir. Y además hay un maldito pirata que nos está haciendo la vida imposible...

—No me interesan tus problemas. Aquí estamos para trabajar.

Los lamentos de Guillermina no rebajaron ni un ápice la furia de aquella mirada. El hombre la empujó hacia los fogones y la obligó a seguir trabajando, bajo su supervisión. Ella se acordó de Sabina, que siempre se recuperaba de todo, y haciendo de tripas corazón intentó no pensar más y centrarse en su cometido. Se tenía que servir el marisco.

Su hija y uno de los ayudantes se ocuparon de todo lo que había escapado a la atención de Guillermina, y ninguna comida se quemó, ni se pasó, ni se coció de más o de menos. Todo estuvo a punto a su tiempo y los camareros pudieron hacer su trabajo y servirla en bandejas de porcelana y oro para llevar a los convidados. Cuando acabaron de prepararlo todo y el cocinero jefe se fue a supervisar otros fogones, Micaela y Elvira se le echaron encima.

—Madre, ¿de qué catástrofe ha hablado? ¿Qué ha pasado?

—Dios pega sin garrote —respondió ella.

¿Cómo explicarlo si no? El nivel del mar, inexplicablemente, había subido con sólo tres olas. Era como si la fuerza de Dios se hubiera concentrado en aquellas aguas para castigar solamente las barracas de aquella parte de la playa, porque en el resto del mundo no parecía haber pasado nada. Y así lo explicó, cargando las tintas en Dios.

—Todo es por mi culpa —lloriqueó Elvira al oírlo, pálida y anegada en lágrimas—. ¡Mi pecado es tan grande que Dios está castigando a toda mi familia!

—¡No seas tonta! —replicó Micaela, consolándola—. Tu único pecado es haberte enamorado, pero por eso Dios no castiga a nadie, y mucho menos provoca catástrofes.

Su hija, con su inocencia, tenía la virtud de llenar de naturalidad las situaciones más crudas. No, el amor no podía despertar la furia de Dios, pero sí otros pecados. Delante de ella no podía hablar del crimen horroroso que había tenido lugar en la Ciudadela hacía unos años, un asesinato que nunca nadie hubiera querido cometer y que fue en defensa de ella misma. No le podía decir nada, pero pensó que tenía razón. Ni Elvira era la culpable de la catástrofe ni lo era su madre, Sabina, por mucho que hubiese cometido aquel crimen horroroso. Dios, seguramente, tenía cosas más importantes que hacer en vez de ocuparse de unas mujeres miserables que vivían a la deriva en la orilla del mar, ni para castigarlas ni para consolarlas. Y ni Él ni los curas ni nadie las ayudaría a salir de aquella situación.

—A mal que no tiene cura, hay que hacerle la cara dura. Tenemos que reunir todo el dinero que podamos e ir a ver al almotacén de la Barceloneta. Quizá nos pueda ayudar a conseguir una casa de alquiler en el nuevo barrio y poner un mostrador de cocina para servir comida y así poder pagar...

Pero casi no pudo acabar la frase. El cocinero jefe, acompañado del primer mayordomo, la interrumpió. A Guillermina el estómago se le hizo un nudo y de poco no se le cae el cucharón que estaba lavando. La furia de aquella mirada era todavía mayor que antes, pero la intención de gritarle estaba contenida. Estaban allí para hablar con Chevalier, que estaba sentado dando botes

en una silla junto a las mujeres. Fue el primer mayordomo quien tomó la palabra. Con el castellano pomposo que utilizaba normalmente, dijo que la marquesa estaba muy agradecida por sus servicios en palacio a lo largo de aquellos años, y lo llamaba para saludarlo antes de que se fuese. Y entonces, girándose hacia Guillermina, añadió que la invitación se hacía extensiva a la cocinera que había preparado aquella deliciosa sopa de tortuga y a sus hijas.

La mujer no pudo ni secarse las manos. La marquesa los había convocado en el vestíbulo y tenían que ir enseguida. No se la podía hacer esperar. Las muchachas cogieron a don Martín, una de cada brazo, y con el mayordomo abriendo paso y Guillermina cerrando fila cruzaron la cocina, quitándose los delantales por el camino. Todas las miradas se levantaron a su paso. Los otros cocineros, que habían preparado sopas de ternera, perdices en salsa, capones rellenos, asados de cordero y toda clase de acompañamientos para la carne, y los pasteleros, que estaban acabando unos pasteles y dulces que hacían caer la baba, todos las miraron con ojos llenos de odio. Los camareros, sin embargo, cargados los unos con bandejas de platos sucios y los otros con delicias todavía por saborear, iban y venían en un no parar, pero les abrieron camino dejándolas pasar.

Bajo la mirada de todos, salieron por la única puerta de la cocina por la cual normalmente les estaba prohibido pasar, y que daba acceso a la parte de atrás del vestíbulo principal del palacio. El banquete había sido arriba, en los salones del primer piso, pero los invitados no habían hecho sobremesa y bajaban las escaleras corriendo, engalanados y forrados de joyas, riendo como niños, dándose prisa por llegar abajo y coger silla. Y es que en el enorme vestíbulo era donde se había montado el escenario en el que actuarían aquellos italianos, y por lo que se veía, la representación estaba a punto de comenzar.

El mayordomo indicó que esperasen en una esquina y ellas se quedaron allí, de pie, y sosteniendo entre todas al pobre don Martín, que con la emoción del momento parecía más desencajado que nunca. Pero al ver aparecer a los marqueses, el hombre pareció recuperarse y, cogiéndose con fuerza del brazo de Guillermina, dejó de zarandearse.

—¡Estimado Chevalier! —dijo el marqués de la Mina, el anfitrión, cruzando el vestíbulo del brazo de la marquesa por delante del gran escenario, con todo el público observándolo—. Te vamos a echar mucho de menos, has sido el mejor cocinero que hemos tenido jamás.

Don Martín apretó con tanta fuerza el brazo de Guillermina que ella estuvo a punto de emitir un grito de dolor, pero se reprimió y palmeó al pobre hombre. Tenía que ayudarlo a que estuviese tranquilo, porque aquél era un momento muy importante, probablemente el último para recordar antes de morir en un hospital.

El marqués demostró que tenía al cocinero en gran estima no sólo con sus palabras. Con un gesto, indicó a un criado que acercase una silla rápidamente para don Martín, que pudo sentarse y Guillermina se colocó detrás de él para cogerlo por los hombros y evitar así que se moviese.

Con una sonrisa amable, la marquesa también elogió el trabajo de quien había sido su cocinero jefe, y recordó algunos de los platos memorables que Chevalier preparaba sólo para ella. Añadió que lo tratarían muy bien en el hospital donde lo llevarían, porque ellos mismos se ocuparían de que así fuese, y que no tenía que padecer por nada. Y levantando la vista con la misma sonrisa, se dirigió a Guillermina.

—Los actores han elogiado su comida y me han explicado que usted misma ha ido a buscar la tortuga a la playa para hacer la sopa que tanto bien me ha hecho. En agradecimiento, los invito a todos a ver la ópera desde aquí.

Micaela profirió un inesperado grito de alegría y Guillermina le tapó la boca con la mano, nerviosa perdida. Para ella, aquella invitación más que algo que celebrar era un castigo que afrontar, y no tenía ni idea de cómo tenía que comportarse. Ahora entendía la mirada de odio de los otros cocineros, que no habían sido felicitados ni premiados con el privilegio de ver un espectáculo. Pero ni la marquesa ni el marqués se dieron cuenta de nada, porque ya habían dado media vuelta para ir a tomar asiento en las sillas que presidían la función. Y entonces se hizo un absoluto silencio.

Todo estaba bien iluminado. La gran araña con lágrimas de vidrio que colgaba del centro del techo tenía todas las candelas encendidas, y también estaban encendidas las luces de la galería del primer piso. Además, el escenario estaba iluminado con cornucopias dispuestas ante espejos, que multiplicaban el efecto de la luz, y se hacía visible incluso desde aquella esquina donde estaban ellas. Tenía una escenografía que simulaba un palacio antiguo en miniatura, y cuando apareció uno de los actores cantando, parecía flotar en el escenario. Delante, como si estuviesen en un foso, una banda de músicos hizo sonar a la vez una música orquestada, y poco a poco salieron otros actores a la escena, entre ellos Nicola.

Guillermina siempre había pensado que aquel chico sólo podía hacer el ridículo, que era un bufón al que Frangesca tenía que dar collejas también en el escenario, para provocar la carcajada de la gente, pero nada más alejado de lo que vio. Parecía todo un galán, vestido como un guerrero antiguo al que llamaban Aquiles, y recitaba y cantaba a la vez, afinando la voz como un verdadero ruiseñor. Daba gusto verlo allí arriba.

Las muchachas estaban embobadas, especialmente Micaela, que parecía incluso emocionada y a punto de llorar al escuchar aquellas voces. También don Martín parecía embobado y apenas se movía, como si aquella música tuviese para él un efecto calmante. Pero Guillermina seguía nerviosa. No entendía nada de lo que se decía, y miraba el espectáculo como quien mira el cantar de los pájaros. Tenía otras cosas más importantes en la cabeza. Pensaba en el dinero necesario para arrendar una casa en la Barceloneta, dinero que para ella era una fortuna. Y, además, si quería montar un mostrador de comidas necesitaba más dinero todavía para comprar el utillaje de cocina necesario, la vajilla, el menaje de mesa y la comida para preparar. Todo aquello era casi una fortuna...

Si había alguien que la pudiese ayudar era el marqués de la Mina, amo y señor de toda la ciudad e impulsor personal del nuevo barrio de la Barceloneta. Si él quería, podía conseguir una casa para cualquiera con sólo un chasquido de dedos. Pero ¿cómo pedirselo?

Entonces en el escenario apareció aquella muchacha, Frangesca, haciéndose llamar Ifigenia. Cantaba feliz, elevando la voz como sólo lo hacen los ángeles, con una potencia y unas florituras que provocaron el aplauso de todos los presentes. ¡Qué voz! Al parecer, aquella Ifigenia era la hija del rey, y su padre la convocaba a un lugar llamado Áulide para casarla con el guerrero más importante de los ejércitos de aquel país. Una boda... Quizás aquella era también la solución a sus problemas, una solución más fácil que conseguir una casa en la Barceloneta. Si encontraban un buen partido para Elvira y la casaban, Micaela podría ir a vivir con ella para ayudarla con el bebé, y la suerte de todas podría cambiar. Pero ¿con quién casarla? ¿Dónde encontrar un buen partido en un barrio de barracas? ¿Dónde encontrar un guerrero valiente que la protegiese de los piratas? El Sardina no era precisamente el mejor candidato. Ella sabía muy bien el peligro que comportaba casarse con un pescador que pasaba las noches en el mar y que podía morir cualquier

día por culpa de una tormenta...

Mientras pensaba todo aquello, en el escenario se descubrió la desgracia de aquella tal Ifigenia. Todo era una mentira. Su padre, un rey llamado Agamenón, no la había convocado para casarla sino para conseguir que los dioses levantasen los vientos necesarios para hacer navegar sus ejércitos hasta Troya, donde se libraría una batalla. Y la manera de conseguirlo era sacrificando a su propia hija en honor de aquellos dioses.

¡Sacrificar a la propia hija! Igual que Abraham, castigado por Dios. No entendía la mitad de las cosas que se decían en el escenario, pero a partir de ese momento no volvió a pensar en sus problemas y se concentró en los de la pobre Ifigenia. Parecía que nadie podía ayudarla, ni siquiera su madre, ni su tío, ni el tal Aquiles... Y la muchacha se iba a entregar a su destino sin oponer resistencia, ofreciendo su cuello al sacerdote que tenía que degollarla.

¿Era una señal divina? ¿Quería decir que ellas también tenían que sacrificar a una de sus hijas para recuperar la gracia de Dios? ¿No se había derramado ya suficiente sangre? Quizás era eso lo que tenían que hacer ellas también: volver a la barraca sin oponer resistencia y esperar a que el mar, y Dios, se las llevase a todas.

En el escenario, el sacerdote dejó caer el cuchillo y ella gritó horrorizada. La muerte era el único final. Pero entonces todo se llenó de luces de colores y se obró el milagro. Como por arte de magia, la muchacha se había evaporado de la escena y en su lugar apareció el cadáver de un ciervo degollado. Todo el público gritó y aplaudió emocionado, incluso don Martín, aunque el pobre no acertaba a chocar una mano con la otra. Ella, en cambio, se quedó quieta, paralizada, mirando el animal muerto y pensando en la pobre tortuga que ella misma había degollado. ¿Qué sentido tenía todo aquello?

Mientras los actores saludaban en el escenario, con Frangescia viva en el centro y con el público de pie aclamándolos, el primer mayordomo las llamó para marcharse del vestíbulo. Las muchachas cogieron a don Martín de cada brazo, avanzando delante, y Guillermina los siguió, cansada y arrastrando las piernas que le rozaban. El espectáculo, como un sueño, había acabado, y en las cocinas la realidad era mucho peor que de costumbre. Las miradas de odio de todos a su paso se transformaron en insultos, escupitajos e incluso codazos y alguna que otra colleja. «Tortuga de mierda», le decían, y ella no pudo evitar sentirse como un animal a punto de ser sacrificado.

—Madre, creo que don Chevalier necesita ir al excusado —dijo Micaela, volviéndose—. Y ya sabe que eso sólo lo quiere hacer con usted.

Guillermina asintió con la cabeza gacha y se apresuró a coger del brazo al hombre. Y entonces nadie más la insultó. Aunque estuviese enfermo y pareciese un loco con aquel cuerpo deslavazado, Chevalier tenía bien ganado el respeto de todos.

El hombre no dijo ni una palabra hasta llegar al patio, pero una vez allí, antes de acceder al excusado, empezó a repetir su nombre. «Guillermina, Guillermina, Guillermina...» Lo pronunció al menos cincuenta veces, mientras ella lo cogía de los brazos e intentaba calmarlo.

—¿Qué le pasa, don Martín? No se preocupe, yo le ayudo, siempre le he ayudado a ir al excusado, no sufra.

Pero el hombre seguía repitiendo su nombre una vez y otra, sin llegar a pronunciarlo del todo, absorbiéndolo con la lengua, como si se estuviese ahogando de tanto decirlo.

—Dios mío de mi vida, ¿qué le pasa? Deje de repetir mi nombre...

Y entonces él le hizo caso y la miró, desencajando cejas, mejillas y mandíbula, pero con los ojos fijados en los suyos.

—Cásate conmigo —gimió.

Se lo dijo en catalán, la lengua que ella utilizaba cuando estaban a solas, y sin comerse ni una letra ni absorber la lengua. «Cásate conmigo», repitió ella en su cabeza, y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Qué decía aquel hombre? Hablaba embarullándose, la voz que le salía parecía la de un agonizante, pero lo que decía era algo muy serio:

—No quiero que me envíen a morir a una casa de locos. Tengo dinero y si te casas conmigo será tuyo. No hace falta que cumplas con los deberes de una esposa, sólo quiero que me cuides.

Por un momento ella se sintió de nuevo ante un espectáculo que no entendía. ¿Podía ser cierto aquello que creía entender o quizás él intentaba decir otra cosa, y ella lo traducía a su aire inventándose aquella alocada proposición de matrimonio? Pero sólo era necesario mirarlo para comprender que estaba en lo cierto, y que más que una petición de matrimonio se trataba de un grito de socorro.

Alocada o no, aquélla era una idea difícil de concretar, porque incluso con dinero en las manos, no se conseguía una casa en la Barceloneta de un día para otro. Y sin una casa adonde ir, nadie del palacio daría permiso para que Chevalier se marchara con una mujer cualquiera.

Fueron los actores, de nuevo, los que desempeñaron un papel clave y sorprendente en el desarrollo de los acontecimientos. Entraron en el patio, riendo y gritando en aquel idioma cantarín, y reclamando la cazuela de media tarde incluso después de un banquete como el que se había servido. Estaban muy contentos porque, según entendió Guillermina, los habían contratado para hacer temporada en el Teatro de la Santa Creu y se quedarían en la ciudad hasta el verano. En un par de días se trasladarían a una casa junto a la Rambla.

La mujer vio que allí se abría una posible salida. Si esos actores iban a vivir a una casa, necesitarían servicio que los atendiese y alguien en la cocina que les preparara la comida, y no dudó en ofrecerse. Empezó pidiendo perdón por hablar, con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo, pero cuando ellos le dijeron que hablase libremente, se lanzó. Dio todo tipo de explicaciones detalladas, exponiendo primero las desgracias de su familia de mujeres viudas, viviendo solas en un barrio de barracas de la playa, los peligros que corrían las muchachas junto a un puerto lleno de piratas y finalmente el hecho de quedarse al día siguiente sin trabajo. Habló también de Chevalier, de la enfermedad que sufría y de la tristeza que le provocaba ir a morir a un hospital. Y les informó incluso de aquella propuesta de matrimonio y de la idea de buscar una casa en la Barceloneta para vivir todos y montar un mostrador de comidas para ganarse la vida. Si ellos permitían que fuesen a trabajar a su servicio durante un tiempo, ella podría procurar conseguir la anhelada casa y quizás el destino de todos cambiaría...

Los actores la escucharon sin apenas interrumpirla, mirándola con ojos llenos de tristeza, como si estuviesen contemplando una tragedia en un teatro. Quien se mostró más emocionado fue precisamente Nicola, que al acabar de hablar Guillermina le cogió la mano y le prometió que la ayudarían. Los demás asintieron con la cabeza.

Y aunque la mujer no confiaba del todo en su palabra, al día siguiente, en lugar de producirse un despido, como todo el mundo esperaba, tuvo lugar una boda. Cuando la marquesa supo a través

de Nicola y Frangesca lo que Guillermina quería hacer por su estimado cocinero, hizo venir al capellán de palacio, que los casó allí mismo. Fue una ceremonia más rápida que batir un huevo, oficiada en la capilla del servicio, y con el primer mayordomo y el cocinero jefe como testigos. Como regalo de bodas, comunicado por uno de aquellos actores invitados, el marqués de la Mina prometió que él mismo se encargaría de pedir al almotacén del nuevo barrio de la Barceloneta que destinase la mejor casa de las nuevas que se iban a construir para montar el mejor establecimiento de cocina para Chevalier y su mujer. Si todo iba bien, estaría acabada a principios de verano.

Guillermina vivió todo aquel día como si fuese un sueño, y apenas si dijo nada, más allá del «sí, quiero», por miedo a despertarse. Pensaba que en cualquier momento todo se acabaría y se daría cuenta de que todo había pasado sólo en su cabeza. En cambio, todo era real. Incluso le concedieron permiso para quedarse en las cocinas del palacio unos días más, con su nuevo esposo y las dos muchachas, hasta que los actores se trasladasen. Pero ni ellas ni los actores tuvieron tiempo de instalarse en ninguna casa nueva, porque aquella misma noche apareció un mensajero real con una noticia que enseguida se extendió por el palacio como la pólvora.

En Lisboa, que para Guillermina era como hablar de la otra punta del mundo, había sucedido un gran cataclismo que había acabado casi con la ciudad entera. Primero la tierra se había movido, abriendo fisuras tan grandes que habían hecho que se desplomaran muchos edificios, después las aguas del mar se habían adentrado ciudad arriba, engullendo lo que encontraban a su paso, y finalmente se habían producido tantos incendios que el fuego había acabado con lo poco que quedaba en pie. Y todo aquello había pasado el día de Todos los Santos por la mañana, un día que parecía maldecido por el demonio.

MICAELA

Cuando vio a los actores en el escenario, Micaela entendió que aquello era lo que ella quería hacer: cantar y actuar a la vez. Utilizar la voz con que Dios la había dotado como si fuese un instrumento musical y contar historias cantando. La propia Frangesca le había dicho que afinaba como los ángeles, y que si trabajaba mucho, quizás algún día podría llegar a cantante de ópera. Y ella había soñado con hacerlo. Trabajar tanto como pudiese para ser algún día la primera actriz de aquella compañía y poder dar vida a la pobre Ifigenia. Y cuando le anunciaron que trabajaría al servicio de los actores en su nueva casa, se sintió la persona más feliz del mundo. Había querido creer que el destino le estaba allanando el camino de manera natural. Ella estaba dotada con una voz lírica, y el encuentro con esos actores había sido providencial. Pero la providencia no se regía en absoluto por sus sueños.

De pronto, la noticia de la catástrofe que había tenido lugar por Todos los Santos en Lisboa lo cambió todo. Cuando los pregoneros lo informaron a toda la ciudad, hicieron saber también que Fernando VI, el rey de España, y su esposa, la reina Bárbara de Braganza, que era portuguesa, habían impuesto el luto general en toda la monarquía. Y una de las consecuencias de aquel luto era el cierre de todos los teatros por el resto de la temporada. Quedaba prohibido celebrar ningún tipo de espectáculos ni fiestas populares.

Con gran pena de los marqueses, que eran unos apasionados de la ópera, los actores italianos fueron despedidos sin haber pisado nunca el escenario del Teatro de la Santa Creu. Micaela pensaba que era una injusticia. ¿Qué culpa tenían los artistas? ¿Por qué había que echarlos? Pero ellos parecían acostumbrados a cambiar de planes, y en un dos por tres decidieron volver a Bolonia, de donde procedían. Si se daban prisa, todavía encontrarían algún teatro donde finalizar la temporada. Quiso pedirle a Frangesca que la llevase con ellos, de doncella, de costurera, de cocinera, de moza de cuerdas, de lo que fuese, para poder seguir a su lado a fin de aprender todo lo que le quisiesen enseñar. Pero cuando su madre, Guillermina, se enteró de sus planes, se lo impidió.

—¿Por qué no me deja ir, madre? —dijo, sollozando.

—¿Cómo quieres que te deje ir a otro país? ¿Qué tienes que hacer tú allí? Tu lugar está aquí, con tu familia. Conseguiremos abrir una taberna, te lo prometo, y nunca más tendrás que preocuparte por tu futuro, porque lo tendrás en tu casa.

—Pero ¡yo quiero ser cantante!

—¡Menuda tontería! Sólo Dios es señor de nuestros destinos.

Siempre le había provocado risa que su madre hablase con frases hechas, pero aquel día la

hizo enfurecer. ¿Qué quería decir con aquello? ¿Que su destino era servir comida a los demás? ¿Que aunque cantase como los ángeles, hacerlo era una tontería? ¿Que aunque Dios le hubiese mostrado el camino a seguir, ella tenía que sacrificarse y renunciar a su sueño? Pero por mucho que se lo suplicó, incluso de rodillas, su madre no cedió.

La mujer lo tenía todo decidido. Hasta que finalizasen las obras de la segunda fase de viviendas de la Barceloneta, y les diesen la casa prometida, ella y Chevalier tenían permiso para seguir trabajando en las cocinas y vivir allí. Pero como ni Micaela ni Elvira podían quedarse, las acompañaría a pedir asilo a Josefa, la única persona de confianza que conocía que tuviese una casa segura en el nuevo barrio. Y si todo iba bien, pasarían allí el invierno, protegidas.

Elvira enseguida se mostró de acuerdo, pero Micaela no entendió nada. ¿Por qué tenían que ir a pedir asilo a nadie? Y si lo tenían que hacer, ¿por qué no pedirselo a Ginebra? Para ella, la doctora era la persona de mayor confianza del mundo, y su casa era también su hogar, el lugar donde había vivido los últimos años desde que había caído enferma. No entendía por qué ahora no podían ir allí. Estaba segura de que la recibiría con los brazos abiertos, y también Carmeta, que la quería como a una hija, y que no pondrían objeciones a que Elvira también se quedase. No obstante, su madre no quería ni contemplar la opción. Según ella, la barraca de Ginebra no era un lugar seguro, y punto.

Y si no tenían adónde ir, ¿por qué no la dejaba irse a Bolonia e iniciar una nueva vida con aquellos actores? ¿Tan poco importaba lo que ella quisiese? Siempre se había esforzado en hacer lo que le mandaban sin protestar, en aprender y hacer bien las cosas, en ayudar y asistir a los demás cuando lo necesitaban, en dar el brazo a torcer y callar la boca, pero aquel día se encendió como un relámpago. Gritó enfurecida que no quería ir a ningún lugar que no fuese Italia. E intentó escapar. Pero Guillermina le cruzó la cara de lado a lado con su manaza derecha, y la muchacha cayó al suelo, llorando. Los actores hacía rato que se habían ido.

Con sólo poner un pie fuera de aquel palacio, la vida de Micaela se convirtió en un castigo. Su madre la hizo callar del todo, y no sólo no la dejó emitir ningún sonido, sino que además la obligó a cubrirse con una manta, como si fuese una mendiga. A Elvira también la hizo taparse y ni siquiera la dejó mostrar la cara en el portal del Mar, aun sabiendo que a ella los oficiales de guardia siempre le permitían pasar.

Guillermina las hizo caminar deprisa, no tenía tiempo que perder. Las tenía que dejar colocadas rápidamente en algún lugar, para poder ir a despachar unos asuntos con el almotacén sobre la proyectada taberna y después volver a palacio rápidamente junto a don Martín, que se había quedado solo.

Por un momento Micaela odió a su madre. Aquella mujer nunca pensaba en ninguna otra cosa que no fuese ella misma, sus obligaciones y su trabajo. Ni siquiera había dejado de trabajar cuando su única hija, de pequeña, había caído tan enferma que necesitaba asistencia diaria; en lugar de eso, le había pedido a Carmeta que la cuidase. En los últimos cuatro años sólo había visto a su madre un día o dos a la semana, y sólo un ratito, por la tarde. Alguna vez la había llevado a las cocinas de palacio, pero nunca la había dejado quedarse a dormir. Nunca hasta que, vete a saber por qué, decidió que la casa de Ginebra ya no era lo suficientemente segura. ¿Por qué no era segura? ¿Qué había cambiado?

Josefa, cargada de niños en brazos, abrió la puerta de una de aquellas nuevas casas rojas; se alegró de verlas y las hizo pasar a la cocina llorando emocionada. Elvira y Guillermina también mostraron una gran alegría, pero Micaela lo veía todo muy negro. Aquella casa nueva parecía un almacén y las luces sólo iluminaban grandes sombras. No cambió ni por un momento su gesto enfadado, enfurecido, ofendido. Permaneció callada, con los ojos encendidos, la nariz arrugada y el corazón dolido.

No podía dejar de pensar en Frangessa, Nicola y el resto de actores interpretando en el escenario aquella ópera magnífica, imaginándose a ella misma en el papel de Ifigenia. Elevó la voz para cantar. «Mi padre me llama en el puerto de Áulide y tengo que emprender viaje porque quiere que me case con Aquiles.» Pero su madre la hizo callar de un grito.

—¿Quieres espantar a las criaturas? —chilló.

Y al punto las tres criaturas de Josefa empezaron a llorar a la vez, así que cada mujer se dedicó a acunar a un niño. Excepto ella, claro. Micaela no acunó a ninguno porque no había más. Pero entonces vio una muñeca de porcelana, una de aquellas de las que había oído hablar pero que nunca había visto, y con un instinto maternal que nunca antes había sentido, la cogió y la acunó.

El grito que soltó Elvira espantó más a los niños, que además de llorar empezaron a dar manotazos y pataditas al aire con sus pequeñas extremidades para liberarse de los brazos que los sujetaban. Todos excepto, por supuesto, la muñeca de porcelana que cargaba Micaela en brazos.

—¿De dónde has sacado eso? —le gritó Elvira, medio enloquecida.

—Yo... Estaba aquí...

—Es mía —dijo Josefa.

Y cuando Elvira se echó a llorar, Guillermina le quitó la muñeca de las manos y ordenó a Micaela que se llevase a los niños al piso de arriba y se ocupase de ellos. Ellas tres tenían que hablar.

—¡Yo también quiero saber de qué habláis! —se quejó la muchacha.

Pero no logró nada. Josefa, amablemente, la acompañó con los niños al piso de arriba y la dejó allí con ellos, en una habitación llena de cunas y con una silla bajo una ventana desde donde se veía la calle. Y no pudo escuchar nada de lo que se hablaba en la cocina ni saber qué daño había hecho aquella muñeca de porcelana.

Fuera lo que fuese, debía de ser algo muy grave, porque en poco más de cinco minutos su madre subió la escalera medio sofocada, la cogió del brazo y le dijo que se iban. Por algún misterioso motivo vinculado a aquella muñeca, un motivo que nadie le quiso explicar, en aquella casa también corrían peligro.

—¿Adónde vamos, entonces? —preguntó asustada.

—Quien no tiene donde huir, a casa vuelve —fue la respuesta de su madre—. Gracias a Dios, todavía tenemos una casa a la que ir, aunque sea una precaria barraca a orillas del mar.

A Micaela aquellos cambios de planes inesperados se le hacían muy difíciles de digerir. Y a medida que se iban acercando a la barraca familiar, todavía lo vio todo peor. Más allá del Rec Comtal, el panorama que se abrió ante ella le pareció completamente diferente a la última vez que había estado allí. Las barracas se amontonaban sin orden entre montañas de basuras y porquerías, suciedad de todo tipo, cadáveres de ratas, de gaviotas, de peces... Todo apestaba a muerte y miseria, incluso el olor que salía de alguna cazuela que encontró al paso.

Observó la barraca familiar de lejos. El techo estaba inclinado y las paredes curvadas, pero se

mantenía firme, soportando el viento que bufaba siempre a orillas del mar. Las casitas precarias que antes la rodeaban ya no estaban. Había quedado a la intemperie por los cuatro lados, con el cobertizo casi en la orilla del agua, impidiendo las vistas del horizonte, y la puerta orientada hacia el fuerte de Don Carlos, negando cualquier anhelo de libertad.

Elvira parecía la más contenta de volver a casa. Al fin y al cabo, allí había nacido y crecido, en aquella barraca construida por su progenitor con sus propias manos. Micaela, en cambio, no recordaba la barraca donde había nacido. Casi no recordaba nada de su infancia, sólo la sonrisa de su padre y sus hermanos. Los recordaba siempre en la arena, al sol, riendo, cantando y preparando sardinas en el fuego. Su padre siempre reía y su madre también. Reían y comían el pescado más fresco y la mejor cazuela de aquella playa, los niños jugaban junto al agua y la vida era luminosa. Pero una noche horrible ellos desaparecieron en el mar. La misma noche en que una ola se había llevado aquella casa donde vivían y que ella era incapaz de recordar. Su madre y su abuela la habían llevado a vivir a casa de Bruna, pero después cayó enferma y... Apenas había querido volver a pensar en todo aquello, era demasiado triste y doloroso, pero al volver al arenal y encontrarlo tan cambiado no lo pudo evitar.

Justo en ese momento, cuando por la puerta de la barraca salían la abuela Sabina, la tía Bruna y el primo Miquelet a recibirlas, notó una punzada en la barriga y un reguero de líquido viscoso que le resbalaba por la pierna. No le hizo falta mirarlo para saber lo que era, hacía tiempo que lo esperaba. Por fin era mujer.

Habría querido tener a Ginebra a su lado. Ella siempre le había hablado con naturalidad de las cosas que les pasaban a las mujeres y de la sangre que perdían cada mes cuando empezaban a ser fértiles. Se lo hubiera dicho enseguida, haciendo de aquel momento una alegría, una cosa natural que por fin había tenido lugar. Pero en cambio, con su madre al lado y la abuela delante, se abstuvo de decir nada. Decírselo a ellas la hubiera hecho sentirse sucia.

Casi no saludó. Entró en la barraca sin pedir permiso, cruzó la única habitación y salió por la puerta del otro lado, que daba al patio abierto al cielo y cerrado por cuatro paredes. Se agachó en un rincón, deshizo el hatillo que llevaba en la mano y, con la misma ropa que le había servido para envolver sus pocas pertenencias, hizo una almohadilla y se la puso entre las piernas para recoger las pérdidas. No necesitaba la ayuda de nadie, y menos ahora que ya era toda una mujer.

Su madre ni siquiera preguntó qué hacía en el patio ni por qué había tardado tanto. Estaba demasiado ocupada contándoles secretos en voz bajita a la abuela y a la tía, alrededor del fuego. Pero al oírla entrar, las mujeres callaron de golpe.

—¿Qué, abuela? ¿Qué le ha parecido la noticia de la boda? —preguntó, intentando ser amable.

Por la cara que pusieron Sabina y Bruna, entendió enseguida que su madre todavía no les había dicho nada, ni de la boda ni de la taberna. Y la amabilidad se transformó en rabia. Entonces, ¿de qué habían estado hablando todo ese rato? ¿Qué otro secreto podía ser más importante que ése?

—Agua que no has de beber, déjala correr.

—Madre, por favor, ¡déjese de refranes! ¿Por qué nunca me explican nada?

—Hemos hablado de cosas importantes que afectan a la Hermandad de Mujeres de San Miguel. Cosas que tú todavía eres demasiado pequeña para entender. Y ahora, vete al cobertizo con Elvira y Chanquete y deja que sea yo misma quien explique lo que haya que explicar.

En lugar de hacerle caso, Micaela volvió a salir al patio. Prefería estar sola. Se sentía furiosa y sucia y le dolía todo el cuerpo. Ojalá pudiese salir de allí volando, evaporarse por arte de

magia y dejar atrás a aquella familia, aquella playa e incluso aquel nombre horrible que le habían puesto. Si pudiese ir a Bolonia y encontrar a aquellos actores se haría llamar Gloria, un nombre mucho más apropiado para alguien que eleva la voz para cantar. Tenía que ahorrar dinero para cumplir su sueño, pero ¿de dónde sacarlo?

Pensó en pedirle ayuda a Ginebra. Ella también había abandonado a su familia para vivir su vida a su aire y ser médico, era la única persona del mundo capaz de entenderla. Pero entonces Guillermina la llamó para despedirse y antes de irse le hizo saber que tenía prohibido salir de la barraca, ni siquiera para ayudar a los pescadores en la playa, y mucho menos para ir a ver a Ginebra.

—¿Por qué? ¡No me puede hacer eso! ¿Qué he hecho yo?

No obtuvo respuesta. Su madre, como siempre, tenía prisa y debía espabilarse para hacer todo lo que tenía que hacer antes de la puesta del sol. Y se fue, dejándola allí encerrada bajo la estricta vigilancia de la abuela, la tía y Miquelet, a quien ahora todos llamaban Chanquete y que se autodesignó protector oficial de aquella casa.

—No te preocupes, tía Guillermina, yo cuidaré de mi hermana y de tu hija, puedes ir tranquila —dijo el chaval solemnemente, cogiendo a Micaela por los hombros.

Ella se apartó de inmediato. ¿Quién se había creído aquel idiota? Si se pensaba que porque ahora le llamaban con el apodo de su padre muerto tenía más autoridad que antes, estaba muy equivocado. Miquelet o Chanquete no dejaba de ser un idiota. Pero desde ese momento, aquel idiota le hizo la vida imposible. Era más estricto que un padre autoritario, peor incluso que un marido celoso, de esos que no permiten que nadie vea a su mujer. No sólo no la dejaba salir más allá del cobertizo, sino que le prohibió cantar. Decía que su voz atraía demasiado la atención de la gente, y que ella y Elvira lo que tenían que hacer era pasar desapercibidas.

—¿No lo entiendes? ¡Se trata de que nadie sepa que estáis aquí!

Pero ¿por qué? Micaela era incapaz de entenderlo. Imaginaba que todo aquello debía de tener que ver con el embarazo de Elvira, que a medida que pasaban los días era cada vez más evidente. Su prima no quiso ir a ver a Ginebra para que la ayudase a deshacerse de él. Deseaba tener aquel niño por encima de todo. También se negó a casarse, ni con el Sardina ni con nadie. Decía que sólo se casaría con el padre de su hijo, y como aquello era imposible, pues no se casaría nunca.

En todo caso, ella no estaba embarazada y no entendía por qué se tenía que esconder de nadie y por qué debía quedarse encerrada en aquella barraca incluso a pleno día. Pero casi no tenía tiempo de quejarse, porque entre todos se habían ocupado de que no le faltase trabajo.

Su primo llevaba al patio todo tipo de pescado, y ella lo tenía que limpiar y conservar en salazón para cuando no se pudiese salir a pescar. El invierno estaba a punto de llegar. También tenía que ocuparse de preparar la cazuela, porque desde que el padre Manel se había instalado en el nuevo barrio y ofrecía tres misas diarias, su tía Bruna se pasaba el día en la iglesia recogiendo limosna. Además, tenía que cuidar de la abuela Sabina, que tosía y tosía y cada vez se encontraba más débil, y hacer las tareas que la mujer no podía hacer, como ayudar al Chanquete a reparar los aparejos de pesca y domesticar juncos para hacer nansas nuevas para poder pescar más. Y con tanto trabajo, y a pesar del castigo que le suponía estar encerrada, los días pasaron rápido.

Por la Purísima, sin embargo, se volvió a enfurecer. ¿Cuál era el motivo de aquel castigo?

¿Por qué tenía que hacer siempre lo que le mandaban? ¿Y por qué nunca la dejaban ir a ninguna parte? Aquel día había un oficio importante en la iglesia de San Miguel, una misa en la que el padre Manel bendeciría a aquella hermandad de mujeres de la playa, y después una procesión a cargo de todas las cofradías. La abuela Sabina y Bruna habían decidido que Elvira también tenía que ir, bien cubierta con una mantellina y con un vestido lo suficientemente ancho para disimular su estado. Pero Micaela, en cambio, debía quedarse en la barraca con el Chanquete, que la protegería de vete a saber qué.

—Pero ¿por qué no me dejáis ir? ¿Por qué me echáis de esta hermandad? ¡Yo también soy una mujer de esta playa!

—Tú todavía eres una niña —le replicó la abuela—. Lo único que queremos es protegerte.

—Pero ¿protegerme de qué? ¿De san Miguel? Si me quisierais proteger me llevaríais a la iglesia con vosotras, a rezarle, y no me dejaríais aquí ¡castigada como si fuese una prisionera o una apestada!

—¡Ya está bien! —interrumpió Chanquete—. Tú harás lo que te diga la abuela, ¡y a callar!

Micaela calló, pero le salía humo por las narices de tan enfadada como estaba. Cuando las mujeres se fueron, su primo cerró la puerta delantera y se sentó junto al fuego, y ella salió al patio para no verlo. Lo odiaba como un preso odia a su carcelero. ¿Por qué tenía que estar siempre allí encerrada, sin siquiera poder pisar la playa más allá del cobertizo? El cielo era azul y se escuchaba el murmullo del agua al otro lado de la tapia, pero sólo veía el mar de lejos a través de un agujero que había en una esquina del patio cerrado.

Contemplar el mar, aunque no fuese más que por un agujero, y ver ondear las velas latinas de las barcas la hizo pensar de nuevo en viajar. Tenía que huir, a Bolonia o a donde fuera, aprovechar aquel momento a solas con su primo para intentarlo. Y la mejor manera de hacerlo era por las buenas.

Entró de nuevo en la casa y sonrió tímidamente a su primo, aunque no le dijo nada. Él tampoco dijo nada. La miró embobado, como si aquella sonrisa lo hubiese traspuesto. Parecía más idiota que nunca. Entonces ella avivó el fuego, cogió la cazuela vacía, se dirigió a la puerta y, con una nueva sonrisa, le dijo que iba al cobertizo a buscar agua. Pensaba dejar la cazuela en el suelo y salir corriendo nada más poner un pie al otro lado, pero al hacerlo se chocó de frente con un marinero herido.

—¡Mira mi Micaeleta, cómo ha crecido! —dijo él cogiéndola del brazo.

Y ella, a punto de llorar, desistió de huir.

El regreso inesperado de su otro primo, Pere, rompió por fin el silencio que se había cernido sobre la barraca, donde nunca nadie explicaba nada. En realidad el muchacho no traía ninguna buena noticia. Acababa de llegar en un barco desde Cádiz, donde el terremoto que había azotado Lisboa también se había hecho notar, y con mucha fuerza. Según explicó, la tierra había temblado durante diez minutos, abriendo grietas y derribando casas. Pero lo peor había venido más tarde, cuando el mar se había retirado dejando el fondo marino al descubierto, para volver luego a la costa, provocando las olas más grandes que nunca nadie había visto e inundando la ciudad tres veces. Los barcos, las barcas de los pescadores, las murallas del puerto, las casas... toda la bahía de Cádiz había quedado destruida. Una catástrofe que había provocado la muerte de más de doscientas personas y muchas más heridas. Él también estaba herido y necesitaba dos bastones para caminar, pero reía como si nada le hubiese pasado y repetía que estaba contento de haber salvado la vida y poder estar en casa.

Bruna, su madre, al verlo con los pantalones blancos de marinero rotos y vendajes en los pies, empezó a llorar y ya no lo dejó de hacer en todo el invierno. La abuela Sabina, en cambio, se recuperó de todos sus males sólo con oírlo hablar, e inició una conversación con el muchacho que se prolongó a lo largo de los días y parecía no tener fin. El tema siempre era el mismo. Ella le hacía numerosas preguntas sobre lo que había pasado en Cádiz, y le explicaba una y otra vez cómo había sido el desastre que también había tenido lugar allí, en la playa.

—Que no, mujer, ya se lo he dicho mil veces. Lo que pasó aquí por Todos los Santos no puede tener nada que ver con lo de Cádiz. ¡No ve que está muy lejos!

Cuando el muchacho reía, la abuela se persignaba y rezaba, como si aquello no pudiese ser bueno, pero para Micaela, escucharlo era como respirar aire fresco. Pere era la única persona que reía en aquella casa, porque ella tampoco era capaz de hacerlo. Desde que la habían castigado a permanecer encerrada y sin poder cantar libremente, ya ni siquiera tenía ganas de entonar flojito. Aun así, no podía evitar cantar para sus adentros, y mientras los demás hablaban y hablaban sobre las catástrofes naturales, ella cerraba los oídos y escuchaba sólo la música de aquella ópera y su propia voz haciendo de Ifigenia. Se inventaba las palabras que cantaba, porque no recordaba las que se habían dicho en aquel escenario, y además lo prefería, porque así las decía en catalán, a su aire. Había ajustado una letra que le iba como anillo al dedo a la melodía del final de la pieza, y la había repetido tantas veces que se la había aprendido y la cantaba siempre igual, como si fuese una verdadera canción. «Creí que mi destino era amar, casarme con un guerrero indulgente, y en cambio mi destino es morir, morir para salvar a mi gente.»

Pero a veces, cuando Pere se cansaba de la cháchara con la abuela y salía a fumar al patio, Micaela lo seguía y aprovechaba para hablar también. El muchacho no había llegado a ir a Perú, como le habían dicho cuando lo enrolaron. Había entrado de marinero en un galeón español repleto de cañones, que hacía rutas de ida y vuelta desde Cádiz, acompañando a otros barcos españoles cargados de mercancías para protegerlos de los piratas holandeses e ingleses. Su trabajo, sin embargo, no consistía en luchar ni en utilizar aquellos cañones, porque aquello estaba reservado a los marinos y los oficiales, no a los grumetes como él, cuya tarea era remar. No obstante, había recorrido mundo y pisado muchos puertos con nombres tan curiosos como La Habana, Veracruz y Cartagena de Indias, y contaba maravillas que la hacían soñar.

Ella todavía pensaba en huir, en barco, en carro o como fuese, aunque cada día lo veía más difícil. Su idea de pedir ayuda a Ginebra había hecho aguas, porque aquella catástrofe de Todos los Santos que había tenido lugar tan lejos, también había cambiado la vida de la doctora. Su padre, un médico importante al servicio del ejército español, había sido uno de los doscientos muertos de Cádiz. Las aguas se lo habían llevado mientras intentaba salvar heridos en el dispensario del puerto, y se le consideraba un héroe. La pobre Ginebra, cuando lo supo, tuvo que viajar a toda prisa para llegar a tiempo a los funerales póstumos, y ni siquiera pudo despedirse de nadie. Empezó viaje acompañada por la dama Agustina y su nueva doncella, y aquel hecho había dejado a Carmeta sumida en una tristeza tan grande que había cogido la mula, la cabra y las gallinas, había cerrado la casa de la doctora y se había instalado con su familia en la barraca a orillas del mar para no estar sola.

—¿Por qué ha tenido que pedirle a esa mujer que la acompañase? —repetía una y otra vez Carmeta.

—No puede hacer un viaje tan largo ella sola, debes entenderlo —le decía Elvira para consolarla—. Tú quédate aquí, con nosotros, y no pienses más.

Micaela seguía sin entender por qué las cosas no se hacían al revés, por qué en lugar de malvivir todos allí, amontonados en una barraca pequeña y húmeda, no iban a la casa de Ginebra, mucho más grande y confortable. En cambio, todos preferían mantenerse alejados de aquella casa, como si estuviese infectada por vete a saber qué mal.

La mula no superó los primeros fríos y un día de tormenta con fuertes vientos de mistral apareció muerta en el cobertizo. Tuvieron que hacer venir un carro para llevarse el cadáver allí donde su putrefacción no molestase a nadie, y su muerte no fue llorada. Ninguna de aquellas mujeres que no querían o no podían salir de allí necesitaba una mula para nada.

El invierno fue duro para todos, especialmente para Pere. La humedad le afectaba los huesos rotos y los dolores no le dejaban apenas moverse del jergón, donde pasaba el día tumbado, haciendo complicados nudos con las cuerdas para entretenerse. Pero a medida que el frío empezó a menguar, él empezó a recuperar fuerzas y quiso salir a caminar por la playa. No podía hacerlo solo, porque cojeaba más que cuando había llegado, y si bien en un principio le acompañaba el Chanquete, enseguida quiso que lo hiciese Micaela. Al fin y al cabo, sólo paseaba por delante de las barracas, y casi siempre en dirección al fuerte de Don Carlos, donde nunca había ni un alma. Y aunque las mujeres se opusieron, él hizo valer su autoridad como jefe de familia de aquella casa, y añadiendo que a su lado la muchacha no corría peligro, la invitó a salir por fin de aquella prisión.

Al ver el horizonte extenderse ante ella, Micaela casi se mareó. Y para hacerle pasar el mareo, su primo la invitó a fumar. Le dijo que el tabaco era bueno para la salud y que la mayoría de médicos del mundo entero lo recomendaban. ¿Por qué no probarlo? A ella siempre le había gustado el aroma de aquel humo que exhalaba Pere, y también el hecho de que al salir por la boca le envolviese la cara formando una aureola alrededor. Lo encontraba bonito.

Al aspirar, la garganta le quemó, pero eso no la arredró. En lugar de tragarse el humo, como su primo le decía que se hacía, ella prefería mantenerlo en la boca y expulsarlo poco a poco, entreabriendo los labios para que formase círculos. Y haciendo aquello, volvió a reír. Y con la risa, volvió a entonar la voz para cantar flojito.

Pere, sin embargo, no se interesaba por sus canciones, ni por el horizonte salpicado de velas ondeando, ni por las vistas del nuevo barrio más allá de la playa, ni por la intensidad del azul del cielo, ni por el intenso reflejo del sol en el mar. A él sólo le interesaban las barcas que había en la arena, adivinar de quién eran y saber a qué se dedicaba cada uno de ellos.

—Son todos pescadores, ¿qué si no? —dijo ella.

—No todos los pescadores pescan peces —respondió él.

Micaela no tardó en descubrir el misterio que se escondía detrás de esas palabras. Un buen día su primo Pere le pidió que se vistiese con uno de sus pantalones. Adujo que quería pasear playa arriba, y que camuflarse con ropa de hombre era más seguro para ella. Era lo suficientemente alta como para parecer un chico, incluso un poco más alta que Pere, y aunque no era demasiado gorda, era fuerte y tenía piernas y brazos robustos. Las mujeres de la familia enseguida se mostraron de acuerdo, aliviadas y contentas con aquella buena idea, y la ayudaron a disfrazarse como si fuese un pescador más, con el pelo recogido bajo una barretina y la capa cubriendo su pechera incipiente. Ella no entendía aquella obsesión que tenían todos de esconder su existencia pobre e infeliz, pero se alegró de salir por fin de aquel rincón.

Playa arriba, en dirección a los rompeolas del puerto, todo el mundo andaba atareado. Había grupos de pescadores que arrastraban redes de pesca, otros que pescaban con caña, también parejas de bueyes que sacaban las barcas del mar, mujeres que cargaban cestos y paneras, otras que tejían, niños que iban a echar una mano a los pescadores para sacar a cambio un poco de pescado... gente libre que no parecía tener miedo de nada que no fuese el hambre. Ella, en cambio, después de tanto tiempo encerrada entre cuatro paredes, y vestida de varón para protegerse de vete a saber qué, sentía miedo de verlos allí, aunque los recordaba a casi todos.

Vio de lejos al Sardina, atareado arrastrando las artes de pesca, y hubiera querido hablar con él. Lo había visto en la boda de Hilaria, guapo y galante, y pensaba que era el mejor hombre que podía tener Elvira, aunque la muchacha lo rechazara y no quisiese saber nada de él. Pero Pere no lo saludó, y tampoco a ninguno de los demás pescadores de la cofradía. A él sólo le interesaban unos desconocidos que charlaban sin hacer nada a pie de una barca, junto a uno de los espigones.

—Tú quédate aquí y espérame, ahora vuelvo.

No tardó ni cinco minutos. Se acercó a aquellos hombres, habló brevemente con ellos, sacó algún dinero de la faja y les compró un par de caballas medio podridas que los hombres le dieron en un fardo. ¿Para qué quería comprar pescado a unos desconocidos, cuando el Chanquete abastecía el hogar con lo que pescaba en el mar?

Camino de regreso a la barraca familiar se lo preguntó, y su primo, sonriendo, abrió el fardo para enseñarle la respuesta. Aunque ella había visto como los hombres cogían los pescados para

envolver, en aquel fardo no había nada comestible, sólo una bala de hojas secas y picadas: tabaco de humo.

—¿De dónde te piensas que lo saco si no, de las droguerías de la ciudad? Comprarlo allí es demasiado caro, en cambio aquí, en la playa, cualquiera se puede permitir el lujo de fumar.

Fue así como Micaela descubrió que el tabaco era un producto estanco, un tipo de mercancía con la que sólo podía negociar la Corona española, que llegaba de ultramar directamente a las fábricas de manufactura de Sevilla y que se vendía en las droguerías a precios muy elevados debido a los aranceles. Y también que, precisamente por ese motivo, era uno de los productos con el que más traficaban los contrabandistas de todo el mudo, incluso allí en la playa.

Fumaron juntos hasta que su primo se recuperó y tuvo que enrolarse otra vez como marinero, en un barco que lo llevó de nuevo a Cádiz. Pero tampoco entonces Micaela dejó de fumar. Pere le regaló todo el tabaco que le quedaba, en agradecimiento por su compañía, y también los papeles con que se envolvía para poder ponérselo entre los labios y encenderlo. Y ella lo continuó haciendo a escondidas de las mujeres mayores, en el patio o el cobertizo, cuando nadie la veía. Cada vez le gustaba más rodearse de aquel humo aromático mientras cantaba flojito. Y cantó y fumó a escondidas hasta que se le acabó el tabaco.

Todo cambió a finales de mayo, tan rápidamente que apenas tuvo tiempo de pensar. Su madre, a quien no veía desde hacía mucho, envió un carro tirado por dos bueyes a buscarlas. El arriero que lo conducía tenía órdenes de llevar a toda la familia a la nueva casa de la Barceloneta, que por fin se había acabado de construir. Elvira saltó de alegría y corrió a recoger todas las ropas, hilos y agujas que había acumulado a lo largo de los años. Pero la abuela Sabina no estuvo de acuerdo. Dijo que ella no viviría nunca en una casa financiada por dinero español, que sólo se movería de aquella barraca para ir al cementerio, amortajada. El Chanquete tampoco quiso ir, porque, según decía, el lugar de un pescador estaba junto a su barca. Carmeta le dijo a Bruna que no se preocupase, que ella se quedaba cuidando de los dos, porque al fin y al cabo tampoco tenía que ir a vivir a aquella casa nueva, y la tía no quiso discutir con nadie. Hizo subir a las muchachas al carro, las obligó a cubrirse de nuevo con una manta, como si fuesen mendigas, se sentó junto al arriero como si fuese su esposa y le pidió que emprendiese camino. Micaela se fue sin despedirse y sin apenas coger nada de aquella barraca, esperando no tener que volver nunca más.

Sentada en la trasera del carro, en dirección contraria a la marcha, observó el paisaje que dejaba atrás. Aquella barraca que por dentro parecía una prisión infranqueable, por fuera era sólo una casita indefensa y frágil como una barca sin remos. Las chispas del mar agitado salpicaban las paredes y la arena que levantaba el viento la envolvía en una niebla marrón en la que se fue desdibujando hasta perderse del todo.

El carro avanzó por la arena entre barcas y pescadores, más allá del canal de riego, y subió por el arenal, pasando junto a los nuevos astilleros que un carpintero de la ribera acababa de instalar en aquel lado de la parte baja de la Barceloneta. A través del gran portalón abierto se podían ver las barcas de sardinales y los laúdes que se construían dentro. El carro pasó de largo dejando el portalón atrás y el mar al fondo.

Al adentrarse por una de las calles del nuevo barrio rectangular, el paisaje abierto se cerró entre edificios en obras. A un lado y otro trabajaban cuadrillas de hombres subidos en andamios

de todo tipo y el carro apenas tenía espacio para pasar por el medio. Avanzó a lo largo de toda la calle hasta llegar a una esquina, donde el carro giró a la izquierda y se paró.

Micaela soltó un grito de alegría que se prolongó en una entonación floral. No podía creer lo que veía. Su madre, del brazo de don Chevalier, las esperaba en la puerta abierta de aquella magnífica casa de dos plantas con una sonrisa de oreja a oreja. Quiso saltar a sus brazos y darle un achuchón enorme, pero Elvira le hincó las uñas en el brazo y también gritó. El suyo, sin embargo, era un grito de dolor. Quizá fue el trajín del carro, o quién sabe si el efecto de la emoción, pero la criatura se había adelantado cuatro semanas de la fecha esperada del nacimiento y ya asomaba la cabeza. Estaba de parto.

Entre Micaela y Bruna sujetaron a Elvira y entraron en la casa rápidamente, dejando los abrazos de bienvenida y las felicitaciones para más tarde. Atravesaron una gran sala todavía en obras, subieron por una escalera estrecha al piso de arriba y allí, tras franquear una puerta, depositaron a Elvira en una cama de madera con colchón de verdad.

Guillermina bajó por un cubo de agua, Bruna fue al carro en busca del fardo lleno de telas, sábanas limpias y ropas de saco para cubrir aquel colchón nuevo y Micaela se quedó con Elvira, que cada vez gritaba más de dolor.

—¡Respira hondo y empuja con fuerza! —le dijo. Se lo había oído decir muchas veces a Ginebra.

Y cuando Elvira lo hizo, fue ella quien cogió al bebé que salió del cuerpo de su prima. La luz entraba por una gran ventana y un rayo de sol iluminó a aquella criatura dorada y celestial. Le dio una palmada en las nalguitas y ella lloró celebrando la vida. Era una niña preciosa.

Su prima estaba cansada después del parto, pero se mostraba radiante con su hija dorada en brazos y con el rostro y el pelo iluminados. El nacimiento de Paula, como la quiso llamar, trajo la alegría a aquella familia. Todos se mostraban felices y reían contentos, especialmente Bruna, que perdió su tristeza habitual y se convirtió en una abuela amorosa. Pero el más contento era don Chevalier. Miraba a la niña y se le iluminaba la cara de felicidad. Sonreía tan emocionado y satisfecho que incluso parecía controlar mejor sus movimientos desencajados y recuperar la vitalidad.

Micaela observaba a aquel hombre agradecida y con los ojos rebosantes de amor. Si no hubiese sido por él, la criatura habría nacido en la barraca de la playa, y Elvira se estaría recuperando en un jergón húmedo en el suelo en lugar de hacerlo en una cama con sábanas limpias. También observaba agradecida a su madre, que había preparado cazuela para que todo el mundo recuperase fuerzas.

Durante todo aquel tiempo en que no la había visto, Guillermina había hecho un gran trabajo. Mediante la influencia del marqués, había conseguido una de las mejores casas de aquella nueva fase de construcción, a sólo dos travesías de la iglesia de San Miguel. Ocupaba el extremo de una de las manzanas rectangulares del barrio, y era una casa perfectamente cuadrada que se abría a tres calles diferentes con una gran puerta doble en cada fachada. Perfecta para montar una taberna en la planta baja y atraer clientela. Sin dejar de trabajar en el palacio, había conseguido seguir las obras de aquella casa palmo a palmo e incluso acondicionar el piso de arriba para acoger a toda la familia. Y había hecho construir camas para todos.

—¡No os podéis imaginar cuantísimo dinero ha costado todo esto! —explicó emocionada su madre—. Hemos tenido que pagar el solar, los materiales, las obras, todo el mobiliario... ¡y todavía tenemos que comprar el menaje para montar la taberna! También nos han obligado a pagar el empedrado del trozo de calle delante de la casa, por los tres lados, y además tres veces al año tendremos que abonar un impuesto, llamado el catastro, de siete libras, tres sueldos y once dineros. ¡Una barbaridad! Gracias a Dios, Chevalier tenía suficiente... ¡Santo milagrero es don Dinero!

La mujer estaba muy satisfecha, pero también preocupada. El dinero se agotaba y todavía quedaban muchas cosas por hacer. En la planta baja se tenían que acabar las obras del mostrador, pintar las paredes, hacer mesas y sillas y poner luces. En el exterior había que finalizar el frontón y la cornisa, y también pintar de rojo. Ya había encargado las cazuelas y vajillas que utilizaría, pero todavía tenía que proveer la despensa. Quería abrir las puertas de la nueva taberna en menos de quince días, para comenzar a ganar más dinero de una vez, necesitaba ayuda y echaba mucho de menos el empuje de unas manos masculinas. Temía poner en funcionamiento una taberna en aquel nuevo barrio sin ningún hombre al frente.

—Lástima que esta criatura no haya sido un niño, porque en esta vida las mujeres no lo tenemos nada fácil —dijo—. Tengo que ir a la barraca para traer aquí a la abuela Sabina y convencer al Chanquete de que venga también a vivir con nosotros, para ayudarnos. Pescador de caña más come que gana, en cambio aquí, en la taberna, puede ganar dinero si quiere...

—Madre, ¿puedo ir contigo? —preguntó Micaela.

—No, ni hablar. Eres demasiado joven y es peligroso, ya lo sabes. Es mejor que te quedes aquí cuidando de Elvira y la niña. Y también de don Martín. Iremos Bruna y yo, tú no salgas de la casa.

Ante aquella negativa, Micaela no pudo evitar entristecerse y enfurecerse de nuevo. ¿Incluso ahora, que parecía que todo iba bien, tenía que continuar encerrada como una prisionera?

Aquella prisión, sin embargo, era mucho más amplia y confortable que la barraca. En el piso de arriba había tres habitaciones grandes y una pequeña. Elvira y Paula ocupaban la más grande. Hacía esquina a dos calles, tenía una gran ventana en un lado y un balcón en el otro, con los postigos cerrados porque en el exterior de la fachada había andamios con operarios trabajando en la cornisa. Además de la cama, había una mesita, una silla y la mecedora de mimbre donde se sentaba don Martín. La habitación de al lado también daba a dos calles, pero no tenía balcón sino dos ventanas, y en la tercera sólo había una ventana. Como mobiliario, en las dos había una gran cama, una silla, un baúl, un jarro y un orinal. En cambio, la cuarta habitación, la más pequeña, no tenía ventana y sólo había un jergón en el suelo, nada más.

La planta de abajo era otro mundo. Justo bajo las escaleras, detrás de una puertecita pequeña, había un excusado con letrina y todo. Para Micaela aquello fue el mejor regalo de aquella casa, un lugar donde poder sentarse a una altura razonable para orinar y hacer otras necesidades, un cambio magnífico, un premio o el final de un castigo... A continuación estaba la cocina, con la pila en un rincón, el fuego en el suelo con la chimenea todavía en obras encima, y en el otro lado, bajo la ventana, una mesa de trabajo. Delante, cerrando el espacio de la cocina, estaba el mostrador de servicio abierto al gran comedor.

Las tres puertas dobles que daban a la calle estaban abiertas y los trabajadores que finalizaban las obras entraban y salían montando y desmontando andamios y acarreando material. No le

gustaban nada aquellos hombres, más bien le daban miedo, pero aun así intentó salir un momento para contemplar la casa desde fuera. Y en la puerta topó con un peón que le cerró el paso.

—¡Mira, mira qué tenemos aquí! —dijo tocándole los pechos y el culo.

—¿Qué haces, cabrón? —le gritó ella.

El hombre rio y la magreó aún más, y los otros hombres que estaban allí también rieron.

—¡Ven aquí, moza, que miraremos lo que tienes bajo la falda! —silbó uno de los que estaba fuera, colgado de un andamio.

Quiso gritar enfurecida, escupir y abofetearlos a todos, pero lo único que pudo hacer fue dar media vuelta y correr escaleras arriba para encerrarse en aquella habitación junto a su prima, la niña y don Chevalier, como le había dicho su madre. Era lo más seguro.

Cuando Guillermina y Bruna no volvieron acompañadas por Sabina ni el Chanquete, sino por Ginebra, la dama Agustina, la nueva doncella de la dama y una niña de tres o cuatro años, para Micaela fue una gran sorpresa y una inmensa alegría. Hacía mucho tiempo que no veía a la doctora, a quien quería como a su propia madre, y se lanzó a sus brazos como una niña.

Las recién llegadas también parecían muy contentas. La dama Agustina abrazó a Elvira como quien abraza a una hermana, colmándola de besos a ella y a la pequeña Paula. Pero cuando dijo que la niña recién nacida era igualita a su padre, se hizo un gran silencio. Ni Bruna ni Guillermina sabían nada de aquel Pol de quien se había enamorado la muchacha, Micaela era la única de la familia con quien había compartido aquel secreto. Suerte que aquella otra niña, la que acompañaba a la dama, rompió a llorar asustada, cambiando el centro de atención, y Agustina la acarició y aprovechó para presentarla como a su hija Julia, nacida en Perú.

—¡Válgame Dios! —exclamó Guillermina, persignándose—. Es igualita que su madre.

Pero no se parecía en nada a la dama. Por lo que pudo llegar a entender Micaela, aquella niña era hija del marido de Agustina y de su antigua doncella, una chica que había caído enferma en el puerto y a quien Guillermina había conocido en el dispensario de salud, pero no pudo enterarse de mucho más, porque las mujeres siempre se las arreglaban para que no escuchase ninguna conversación. Con la excusa de que Ginebra tenía que examinar a Elvira, la enviaron con las niñas, la nueva doncella y don Chevalier, con su mecedora de mimbre y todo, a la habitación de al lado.

No le importaba ocuparse de Paula, era un regalo de la vida. Dormía satisfecha con una sonrisa feliz, vestida con las ropitas de lana que le había hecho Elvira y envuelta con una mantellina estampada. En cambio la otra niña, Julia, era un remolino, no paraba quieta ni un momento y lloraba todo el rato. Además, parecía tenerle miedo a don Chevalier, y aquello ponía todavía más nervioso al pobre hombre. La nueva doncella de la dama intentaba ocuparse de ella y tranquilizarla, pero se necesitaban más brazos para conseguirlo. Tampoco la dama Agustina fue capaz de calmarla. Hasta que Ginebra no acabó la visita y la cogió en brazos, Julia no se tranquilizó.

Micaela tuvo envidia del abrazo que la doctora dio a la niña, pero fue un sentimiento fugaz. Entendía que aquella criatura pequeña que había perdido a su verdadera madre prefiriese a Ginebra antes que a la dama. La doctora era una mujer magnífica, con una melena dorada y una mirada felina que la hacían parecer una gata, con una voz ronca y un acento misterioso, y hablaba con tanta inteligencia que los demás no podían hacer más que callar y escuchar, incluso los niños.

Por lo que explicó Ginebra, había cogido mucho afecto a la niña porque la había acompañado con la dama Agustina en aquel viaje en barco que habían hecho a Cádiz, a los funerales de su padre. Habían sido unas ceremonias muy tristes, porque además de su padre, en Cádiz había muerto mucha gente inocente. Pero con los funerales no se acababa todo. Como Ginebra era la única descendiente con vida del médico, tuvo que ocuparse de cerrar su casa y vender sus pertenencias, tareas que le resultaron muy dolorosas, y luego quedarse en aquella ciudad durante un tiempo para arreglar todo el papeleo. Y gracias a la alegría de la niña no cayó en la tristeza. También fue gracias a la curiosidad infantil que se le despertaron las ganas de viajar. Y en lugar de tomar un barco, habían aprovechado el regreso de Cádiz para recorrer España en carruaje. Habían estado en Sevilla, Granada, Córdoba, Ciudad Real, Toledo, Madrid, Calatayud, Zaragoza y Lérida. Y, por lo que decía, había resultado un viaje muy enriquecedor.

—Te he traído un regalo —le dijo a Micaela, dejando a la niña en el suelo y sacando un objeto de su maletín—. Lo compré para ti en Madrid.

Micaela se emocionó. Nunca nadie le había regalado nada y no tenía ninguna pertenencia salvo la ropa que vestía. Y todavía se emocionó más al ver de qué se trataba. Era un libro, no demasiado grande ni gordo, con tapas de cuero y letras impresas. A lo largo de los años que había vivido con ella, Ginebra le había enseñado a leer un ratito cada noche, siempre tratados de medicina de los que apenas entendía nada, pero la divertía descifrar las palabras que se escondían detrás de aquellas letras. Pensaba que tener un libro era como tener un tesoro. Leyó con dificultad las letras de la portada: «*La vida es sueño*. Pedro Calderón de la Barca», y sonrió.

—Espero que lo entiendas —dijo la doctora—. Es en castellano. Una tragedia teatral, según me dijo el librero. Antes de irme de viaje, tu madre me contó que te había gustado mucho la representación en palacio y pensé que quizás este libro también te gustaría.

No podía haber acertado más. Había dicho las palabras mágicas que hacían soñar a Micaela: tragedia, teatro, la representación en palacio... Deseó encerrarse en algún lugar escondido para leer aquel libro que acababan de regalarle y saber más cosas de aquel mundo llamado teatro.

Y no tardó en conseguirlo. Por la noche, cuando las visitas y los trabajadores se fueron y todos quisieron dormir, ella hizo suya aquella habitación pequeña y sin ventana y, provista de un candil, se tendió en el jergón a leer *La vida es sueño*. No le resultó fácil. Hacía tiempo que no enlazaba una letra detrás de otra y para entender la primera frase pasó por lo menos una hora. «Escena primera. (Sale en lo alto de un monte ROSAURA en hábito de hombre, de camino, y en representando los primeros versos va bajando.)»

Después había un monólogo de aquella tal Rosaura, pero las palabras que decían eran demasiado difíciles de interpretar. Micaela se esforzó en continuar leyendo, aunque le costaba concentrarse. Cuatro palabras se habían quedado fijadas en su mente: «en hábito de hombre». Las repitió muchas veces en su cabeza hasta verlo claro. Aquélla era la solución para recuperar su libertad: vestirse como un hombre y hacerse pasar por un chaval, como había hecho aquel día en la playa con las ropas de su primo Pere. Y se durmió con aquel pensamiento en la cabeza, hasta el día siguiente.

Con la ayuda de su prima Elvira, que reunió diversos trapos, le tomó medidas y cosió con denuedo, en poco más de tres días tuvo lista una muda completa de hombre. Los calzones eran de

ropa de saco, marrones, pero la confección era muy diferente a lo que Micaela había visto. Eran anchos en las caderas pero en lugar de atarse con cuerda tenían una bragueta en el centro, con botones, se ajustaban en las piernas estrechándose bajo las rodillas, también con botones, e incluso tenían bolsillos, uno a cada lado. La camisa era blanca y sin cuello, con una pequeña abertura delante, y lo más extraño era la casaca. Estaba hecha a partir de otra casaca de mujer, de sedas verdes y bordados blancos, que había pertenecido a la dama Agustina, y que Elvira había transformado casi por completo, conservando solo la espalda y parte de las mangas, y ampliándola con retales de telas con diferentes estampados, unos angelitos aquí, unos palacios allá, unas flores más allá. A Micaela, sin embargo, no le pareció fea. Sólo le preocupaba cómo camuflar debajo aquellos senos que le crecían afirmando su feminidad.

—Te los puedes envolver con una sábana —sugirió Elvira, dándole de mamar a Paula—. Te quedarán tan planos que parecerás un hombre, ya lo verás. Y también tendremos que cortarte bien corto ese pelo.

No lo dudó ni un segundo. Cogió las tijeras de su prima, se sacó la redecilla que le cubría la cabeza, deshizo la trenza y agachando la cabeza bocabajo para dejar caer toda la melena, se la cortó ella misma, del revés, lo más corto que pudo. Los mechones cayeron en el suelo formando un cojín marrón, pero no sintió ninguna pena de perderlos. Sólo suponían un estorbo para conseguir la libertad.

Al verla sin pelo, como los chavalines que rapaban para librarlos de los piojos, y con aquellas ropas de hombre, Guillermina soltó un grito tan horrorizado que espantó a la pequeña Paula, haciéndola llorar sin consuelo. Micaela, en cambio, no se acobardó. Conocía a su madre y sabía que podía convencerla de los beneficios de aquella transformación.

—Madre, usted sola no puede abrir una taberna, ya lo sabe. Necesita un chico que trabaje a su lado y el Chanquete no lo quiere hacer. Yo puedo hacerme pasar por un muchacho y trabajar mejor que nadie. Puede decir que soy su hijo, o su sobrino, lo único que hace falta es que en lugar de llamarme Micaela empiece a llamarme Nicola...

—¡Estás loca! —exclamó su madre, pero esta vez el tono había cambiado—. Si te haces pasar por un muchacho te llamaré Miquel, como tu padre y tu abuelo, en paz descansen los dos. Hijo que semeja a su padre honra a su madre.

—¿Por qué nunca puedo decidir nada?

—Nadie te ha pedido que te vistas de hombre, y a lo hecho, pecho.

Ella se enfureció, pero no replicó. Había conseguido lo que quería, dejar de lado la chiquilla que era y hacerse pasar por un chico, mas ni siquiera así se pudo librar de aquel nombre que tanto le pesaba. Micaela o Miquel era lo mismo, ninguno de los dos auguraba ninguna gloria. Pero al menos, convirtiéndose en Miquel, podía intentar reunir dinero y huir de una vez por todas a Bolonia.

No tardó en comprobar que su plan era efectivo. Al bajar al piso de abajo, ningún trabajador la miró y pudo salir a la calle sin que nadie le cerrase el paso. Y por fin descubrió el exterior de la casa.

Al salir por cualquiera de las dos puertas laterales la vista era la misma: una calle no demasiado ancha y muy larga, que se adentraba en el barrio por un lado y desembocaba en la playa por el otro. En cambio, la transversal, la de la fachada principal de la taberna, era muy diferente. A la derecha la calle acababa en las obras del cuartel militar, pero a la izquierda la vista se prolongaba más allá del nuevo paseo del barrio, extendiéndose por encima del muelle, a través de las velas de los grandes barcos que había en el puerto y ofreciendo un horizonte infinito que invitaba a escapar.

—¿Crees que podrás con uno de aquellos, Miquel?

Micaela tardó un momento en comprender que aquella pregunta formulada por su madre, señalando al otro lado de la calle, iba dirigida a ella. Miró hacia donde apuntaba. Los portales abiertos de una de aquellas casas rojas dejaban ver un interior repleto de barriles, toneles y botas de diversas medidas. Enseguida supo que era el depósito de vino del barrio, un gran almacén con mostrador de venta al público. Y que de allí se tenían que traer los barriles para servir en la taberna. Colocarlos a cada lado del mostrador fue su primer trabajo.

No le costó cargar peso, como tampoco descargar las cajas de mobiliarios, utensilios y provisiones que llegaban de la ciudad en carros repletos. Su madre no había reparado en gastos. Los carpinteros trajeron bancos con respaldo para instalar en las dos esquinas del comedor, dos mesas para seis comensales, cuatro más pequeñas, unas veinte sillas, un par de taburetes, perchas de pared y un armarito para guardar la vajilla que no tardó en llenarse de platos, cazoletas y tazones. Como no había patio ni despensa, la pared entre la letrina y la escalera se habilitó con grandes estanterías para utilizar como almacén.

La cocina daba gusto. El fuego contaba con todos los utensilios que había en palacio, los tres pies, la pala y la horquilla para dominar las brasas, una parrilla, un asador para carne y los quemadores para caramelizar las cremas. En la mesa de trabajo había un mortero de hierro, con su mano, un par de bandejas grandes, varias garrapas pequeñas, que esperaban llenarse de aceites y otros ingredientes, y un montón de cuchillos de todas las medidas y bien afilados. Junto al fuego se apilaban ollas, perlas, cazones y sartenes que se colgarían en la chimenea cuando estuviese pintada. Sólo faltaba comprar la comida y empezar a cocinar. Pero su madre no parecía satisfecha.

—No puedo abrir ninguna taberna sin traer aquí a la abuela. Me duele en el alma pensar que está allí sola, en aquella barraca, pero se niega a hacerme caso...

—Madre, déjeme ir a mí, yo la convenceré.

—Tú sola ni hablar. Iremos las dos.

Bruna estaba en la iglesia y Elvira se quedó en el piso de arriba haciéndose cargo de la niña y don Chevalier, que desde que vivía en aquella casa dormía tantas horas como un bebé, balanceándose bajo la ventana a pleno sol. Guillermina cerró con llave las puertas del piso inferior y cogió del brazo a Micaela, vestida de chico, descargándole encima una buena parte de su peso. Aquello, sin embargo, no le aligeró el paso.

Aquella fue la primera verdadera salida que hizo convertida en Miquel. Se sentía cohibida, avergonzada, preocupada por si alguien descubría quién se escondía bajo aquel disfraz de chico y se burlaba, o lo que sería peor, se aprovechaba de su condición de mujer... Los hombres que se encontraba al paso le daban miedo, pero no los miró y ellos tampoco se fijaron en ella. Caminó primero por las calles en obras, pasó por delante del nuevo almacén de atarazanas y avanzó por la playa, entre pescadores. Allí, su madre se paró a hablar con todos los conocidos que la saludaban

por el camino.

Guillermina quería aprovechar el viaje para encargar a algunos pescadores que la abastecieran de pescado. Les dijo que necesitaría boquerones, sardinas, caballas, merluzas, salmonetes... y también gambas, langostinos, mejillones y berberechos. Pero la gente de mar era muy desconfiada y entrometida, hacía muchas preguntas y lo quería saber todo, y ella tuvo que dar explicaciones sobre su boda con don Chevalier, antiguo cocinero de palacio con quien ahora había montado una casa de comidas en el nuevo barrio. Agregó que el hombre no se encontraba demasiado fino de salud, y que por eso ella y su hijo Miquel se harían cargo de la cocina y el mostrador mientras no se recuperase.

Micaela, callada a su lado y sin apenas levantar la cabeza, se sintió orgullosa de su madre. Todos los pescadores dejaron de observarla con la cara de sorna con que miraban normalmente a las mujeres y se ofrecieron rápidamente a llevarle a diario el pescado más fresco de aquella playa para cocinar en la nueva taberna. «Lo que usted mande, señora», le dijeron, sin atreverse a pronunciar aquel apellido tan extraño que le había cambiado la dignidad. Y nadie preguntó nada sobre aquel hijo llamado Miquel que la acompañaba.

Incluso el Sardina, con quien Micaela había charlado un momento el día de la boda de Hilaria, se acercó y le tendió la mano como se hacía entre hombres.

—Me alegro de verte, Miquel —le dijo como si lo conociese de toda la vida—. ¿Cómo está tu prima Elvira? Hace mucho que no la veo.

Ella encajó la mano y lo miró afectuosamente. Tenía que responder, alguna cosa, lo que fuese, pero ¿con qué voz? Pensó en hacerla ronca, como la de Ginebra, pero enseguida lo descartó. Su voz natural era demasiado aguda, clara y dulce, y enronquecerla le resultaría muy difícil. Su ejemplo tenía que ser Nicola.

—Bien, gracias —dijo sacando la voz del pecho, con un timbre alto pero modulado y un tono bajo, áspero y masculino—. Tan guapa como siempre.

—¡La muchacha más guapa de esta playa! —Añadió el Sardina, sin prestar atención a su voz—. Dale recuerdos de mi parte y dile que yo tampoco me he casado. Y ya os iré a ver a ti y a tu madre, ¡a ver qué se cocina en esa nueva taberna!

Quizá porque su rostro todavía infantil les resultaba familiar, o porque aquel nombre estaba demasiado ligado a su familia, o porque nadie recordaba si la criatura enferma que se escondía años atrás entre las faldas de Guillermina era un niño o una niña, pero fuera como fuese, todos aceptaron a Miquel como si hubiese vivido allí toda la vida.

Las únicas que la reconocieron fueron precisamente Hilaria y su hermana Remei, que estaban zurciendo redes. Las dos abrieron la boca incrédulas, pero Guillermina se llevó el dedo índice a los labios y les dijo que ya hablarían en la iglesia. El domingo siguiente, después de la misa, había una reunión de las mujeres de la hermandad y ninguna podía faltar.

Cuando por fin llegaron a la barraca familiar el aroma que salía le despertó un hambre voraz. La abuela había hecho cazuela y ella entró por la puerta pidiendo un plato, como si fuese un hijo pródigo que vuelve a casa. Quería gustarle una broma, hacerla reír y evitar así que la riñese. Pero dentro no se encontró a Sabina, sino al Chanquete.

Al verla convertida en hombre su primo casi vomita la comida que acababa de llevarse a la

boca.

—¿Qué has hecho, desgraciada? —le escupió.

Lanzó el plato al suelo y avanzó enfurecido hacia ella. Le levantó la mano, pero no la abofeteó.

Micaela se envalentonó. Si se tenía que pelear cuerpo a cuerpo con su primo para defender su decisión, lo haría. Pero él no quería luchar. Bajó la mano y el odio de su cara se transformó en pena, la pena de quien acaba de perder a alguien muy querido, y salió de allí dando un puñetazo en la pared con el que hizo tambalearse la barraca entera.

Al salir se cruzó con la abuela Sabina, que volvía de la orilla arrastrando dos cubos de agua. Micaela le salió rápidamente al encuentro para ayudarla, cogió los cubos, los llevó al interior de la barraca y volvió a salir para ayudarla a entrar, porque iba muy lenta y parecía cansada. La mujer le sonrió como quien sonríe a alguien que no recuerda, pero que sabe que conoce. Tardó un largo rato en comprender que aquel muchacho era en realidad Micaela. Y como era un muchacho muy amable y servicial, no puso ningún inconveniente en llamarle Miquel.

En cambio, convencerla de que volviese con ellas a la nueva casa no fue tan fácil. La abuela primero expuso los argumentos de siempre, que si los derechos, los papeles y el dinero, y que se tenía que quedar allí, en aquella barraca, esperando a que llegase su turno. Guillermina le replicó. Dijo que si Sabina tenía que morir en algún lugar era en una cama nueva de madera con colchón de lana que había hecho construir especialmente para ella. Le hizo ver que el dinero con el que se había comprado la nueva casa y todo lo que había dentro no era de los españoles, sino patrimonio de su nuevo marido, y por tanto de ella, que era su nueva esposa. Le habló de Chevalier, un cocinero francés que había trabajado toda la vida a las órdenes de varios nobles, una gran persona, un hombre enfermo que no tenía a nadie más en la vida y que las necesitaba a su lado. Pero Sabina tenía argumentos para todo. Dijo que ella también estaba enferma, que le dolía el cuerpo, que no tenía nada bien las piernas como para caminar, que ella ya era demasiado vieja como para ir a ningún sitio...

—¡Madre, por el amor de Dios, haré que venga un carro si lo necesita! Si la montaña no va a Mahoma...

La abuela continuó argumentando: que ella no era persona de estar encerrada entre cuatro calles, que necesitaba la playa y el aire libre, que nunca había vivido en una taberna y que no lo pensaba hacer, que no la podían alejar del mar... Mientras decía todo aquello, recogió el plato de cazuela caído al suelo, lo lavó, secó y guardó, y trajinaba cubos de agua arriba y abajo.

Micaela, cansada de escucharlas hablar sin llegar a ninguna parte, cogió la mantilla de la abuela, se la echó encima y, dándole el brazo, la invitó a salir.

—Venga, abuela, ¡nos vamos! —dijo alzando su nueva voz.

La mujer se sorprendió tanto que se dejó conducir. Quizá pensaba que sólo iban a dar un paseo, aunque aquel muchacho que la llevaba del brazo, y en quien le costaba reconocer a Micaela, tomó el camino de la Barceloneta sin intención de volver.

Parecía orgullosa de ir del brazo de un nieto que la trataba con afecto, pero no cesó de quejarse y renegar en todo el trayecto, si no era por un motivo lo era por otro, todo le parecía mal. Se enfurecía porque las redes que colgaban en un cañizal estaban mal zurcidas, porque los niños llenos de mocos gritaban demasiado, porque sus madres, que trabajaban en la playa, no les hacían caso, porque en la playa había demasiada gente y costaba caminar por allí... Y al llegar al nuevo barrio, tampoco encontró nada que le gustase. Según ella, los trabajadores no hacían bien sus

trabajos, los andamios estaban mal puestos, los carros circulaban sin mirar, en las calles había demasiado polvo, en la casa poca luz, en el comedor de la taberna demasiadas mesas y sillas, en la escalera poco espacio, en el piso de arriba poco aire... Incluso la cama de madera, que Guillermina había encargado especialmente para ella, no era lo bastante buena. No estaba hecha de maderas nobles, como la que ella había tenido de pequeña, y parecía obra de un carpintero poco hábil. Lo único que le gustó fue la pequeña Paula, dorada y brillante, que la miró con los ojos bien abiertos y una dulce sonrisa. Y a partir de aquella noche, y a pesar de sus reniegos, la abuela durmió como un bebé en su cama nueva.

Desde el primer día en que abrió sus puertas de buena mañana, la taberna se llenó de clientes de todo tipo. Los más habituales eran los trabajadores del nuevo barrio, no sólo los que hacían trabajos de construcción sino también los carpinteros de la ribera, los estibadores del muelle, los carreteros y arrieros, algunos pescadores, un par de toneleros, un cordelero vecino e incluso unos cuantos soldados, a quien su madre trataba como si fuesen santos protectores, porque decía que su presencia mantenía alejados a los piratas. También iban marineros y comerciantes extranjeros que viajaban en barco, camino a algún otro lugar, y que aprovechaban su paso por Barcelona para estirar las piernas en tierra firme y abastecerse de provisiones en las nuevas tiendas de la Barceloneta.

Ella los observaba desde detrás del mostrador, especialmente a los más jóvenes. La mayoría caminaba sacando pecho, los brazos flexionados, haciendo que las camisas pareciesen a punto de explotar por la tirantez de la musculatura, las piernas arqueadas como si acabasen de bajar de un caballo, y dando saltitos como si fuesen gallos. Se le hacía difícil caminar así, sobre todo porque si sacaba demasiado el pecho se podía notar que era femenino, pero lo puso en práctica. También los observó hablar, gesticular y darse palmadas en la espalda, y poco a poco se fue haciendo fuerte en su papel de chico y empezó a hablar con aquellos hombres como si no les tuviese miedo.

Fue una suerte tener el almacén de vinos tan cerca, porque aquel caldo rojo era lo que más pedían los clientes. Todos bebían un vaso tras otro y los barriles se acababan rápido. Entre las tareas de Micaela, la más importante era encargarse de que siempre hubiese suficiente y que estuviese disponible, y además de coger los barriles a peso y cargarlos a hombros como un verdadero chico, llenaba jarras todo el rato. Guillermina le había enseñado a prepararlas y dejarlas encima del mostrador para que los clientes, al entrar, se sirviesen ellos mismos y así ir más rápido. Para que no cayesen moscas dentro del vino, ponían una rebanada de pan que tapaba la jarra, y todo el mundo acababa comiéndosela mientras bebía. La mujer, además, fue perspicaz: como veía que aquel pan que hacía de tapa del vino gustaba a todos, no tardó en añadirle una anchoa en salazón y un chorrito de aceite. Así, a los bebedores les entraba más sed. Fue una buena idea, porque es bien sabido que comer despierta el hambre, y a menudo aquellos que sólo querían echar un trago acababan echando dos y comiendo un plato de cazuela.

La cazuela de pescado no era lo único que se preparaba en aquella cocina, ni mucho menos. Guillermina disfrutaba cocinando, y comiendo lo que cocinaba, y pasaba el día entero delante del fuego, sudando la gota gorda y preparando todo tipo de platos. Albóndigas de bacalao, sardinas, caballas y atún en escabeche, garbanzos con sepia, rape al ajo quemado, almejas a la cazuela,

gambas y cebolla aliñada, pimientos asados con arenques... Y los domingos, cuando había menos clientela, hacía un arroz caldoso con pescado para untar pan.

Su madre se las apañaba para que todo el mundo la proveyese en casa: los pescadores, el panadero, el aguador, el del hielo para enfriar el pescado, incluso unos payeses que tenían el huerto en el arrabal de la ciudad y habían conseguido abrir un mostrador de venta en el nuevo barrio de extramuros. En el arenal nunca se habían visto verduras tan frescas, y mucho menos que el payés las llevase a ninguna casa. También había hecho contactos con unos marineros de cabotaje que navegaban cada semana a Tarragona y hasta los límites del delta del Ebro y le traían aceite, olivas, almendras, nueces y arroz. Santo milagrero es don Dinero, decía siempre. Cuando se necesitaba comprar alguna cosa en la ciudad, era Bruna quien se encargaba de ir, en el poco tiempo que no pasaba en la iglesia. Y si se tenía que hacer algún pedido nuevo en la playa, para encargar más pescado a algún pescador, lo hacía Sabina, pues desde que dormía en la cama nueva la abuela había recuperado la fuerza en las piernas e iba a diario a la barraca, donde pasaba el día, con la excusa de llevarle la cazuela al Chanquete, el verdadero Miquelet de aquella familia, con quien Micaela compartía nombre y que vivía solo a orillas del mar.

Envidiaba la libertad de su primo, porque ella sólo salía de allí para ir al almacén de vinos y a la iglesia algunas tardes, después de haber cerrado la taberna, aunque tampoco la dejaban ir todos los días. Guillermina ni siquiera la dejaba acercarse demasiado al fuego. Su espacio era el mostrador, al frente del comedor. Además del vino, se encargaba de servir las comidas, recoger platos y vasos y lavarlos, barrer el suelo, procurar que hubiese siempre vajilla y servilletas limpias disponibles y, sobre todo, vigilar que nadie se fuese sin pagar. Guillermina sólo había establecido una norma en la taberna, y se la había hecho escribir con letras bien grandes en la pizarra delante del mostrador: «Aquí no se fia.» Y si hacía falta, la mujer plantaba cara a quien fuese empuñando el cuchillo grande o la horquilla del fuego, para que pagase. Aunque casi nunca le hacía falta amenazar demasiado, porque allí todos la respetaban. En aquella parte del barrio, junto al nuevo cuartel repleto de soldados, nadie se atrevía a hacer fechorías por miedo de acabar en los calabozos.

Aun así, no todos tenían siempre dinero para pagar y con algunos se hacían excepciones. El Sardina fue el primer nombre que se apuntó en la pizarra de las deudas con unas cruces al lado que aumentaban a diario. No era que al chico le gustase demasiado el vino, todo lo contrario. Lo que hacía era comer las tapas de las jarras y pasar ratos muertos sentado en una silla junto a la puerta lateral, vigilando la escalera a la espera de que Elvira se decidiese a bajar y hablar con él de una vez por todas.

El pobre, sin embargo, lo tenía bien negro. La muchacha sólo abandonaba el piso de arriba los domingos para ir a misa, y siempre lo hacía bien tapada y protegida por las mujeres de la familia. Todavía no habían anunciado en ningún lugar, ni al padre Manel ni al municipio, que Elvira tenía una hija, y el Sardina tampoco lo sabía. Se habían visto en la iglesia, pero aunque él lo había intentado, ella no le había dirigido la palabra. Tampoco dejaba que la subiese a ver al primer piso, y él esperaba a que cambiase de idea, con un vaso de vino y una tapa en la mano. Guillermina lo trataba muy bien y lo animaba siempre, sirviéndole platos de comida, porque en realidad ella y Bruna también esperaban que la muchacha cambiase de opinión y se casara con aquel buen chaval.

Las únicas personas que conocían los secretos de aquella familia eran Ginebra, la dama

Agustina y las mujeres de la hermandad consagrada a san Miguel; el resto del mundo no tenía ni idea de lo que sucedía en el piso de arriba. Ellas sí subían allí adonde al Sardina se le prohibía el paso con una puerta cerrada con llave, y lo hacían a menudo. Pero lo hacían siempre por la tarde, cuando la taberna ya había cerrado y no quedaba ningún hombre dentro que pudiese verlas.

Cada media tarde, acabadas las comidas, Guillermina salía de la cocina, cobraba ella misma lo que se debiese, hacía salir a todo el mundo del comedor y cerraba las puertas, a pesar del calor que hacía aquel verano. Decía que tener abierta la taberna a partir de esas horas era demasiado peligroso, porque la clientela no era la misma que por la mañana y en lugar de comer sólo querían armar jaleo. Pero no apagaba el fuego y tampoco dejaba de cocinar. Continuaba preparando comidas deliciosas para la familia, que entonces se reunía para comer alrededor de la mesa más grande del comedor.

Sabina y Bruna volvían de donde hubiesen pasado el día, la una en la playa y la otra en la iglesia, y a menudo lo hacían acompañadas de alguien, ya fuese Ponça, María, Empar, Remei o Hilaria. Elvira bajaba a la planta baja con Paula en el pecho, y Micaela se ocupaba de ayudar a don Martín a bajar la escalera y sentarse en la mesa. El hombre ya no se sacudía tanto, pero su cuerpo se había debilitado de tal forma que parecía desmontarse con cada paso. También le daba de comer, porque él solo no podía. Le tenía que meter la cuchara en la boca y aguantarle la cabeza, sujetándolo con las dos manos, para que no la dejase caer y se mordiese la lengua, como había sucedido más de una vez, o se ahogara con lo que intentase tragar. De vez en cuando hablaba, con una voz ahogada y gutural y un lenguaje entrecortado y confuso, pero todas le entendían. El hombre sólo pronunciaba palabras de agradecimiento: «gracias por ayudarme», «gracias por este arroz tan bueno», «gracias por sonreír...». Y todas se sentían halagadas, porque ninguna estaba acostumbrada a que nadie les diese nunca las gracias por nada.

Entre los comensales que se sumaban a aquella mesa casi a diario estaba Ginebra, que disfrutaba con los platos de Guillermina como si no hubiese comido nunca antes. Decía que tenía que recuperar fuerzas, porque aquel viaje por España la había debilitado demasiado y ahora necesitaba estar más fuerte que nunca. Tenía muchos problemas y pasaba el día entero arriba y abajo, intentando resolverlos. Había vuelto a hacer su vida en el arenal, con Carmeta al lado, pero había perdido la libertad para seguir con el trabajo que hacía antes. En el nuevo barrio de la Barceloneta se habían instalado tres médicos que, al saber que era ella quien asistía a las mujeres que enfermaban en los burdeles, habían presentado queja ante las autoridades. Salvador, el regidor de la ciudad, y Tomeu, el practicante, se habían presentado en su casa con un pelotón de soldados y una mueca en el rostro. Tenían órdenes de desmantelar el laboratorio y la cocina, cosa que los soldados hicieron a golpe de espada dirigidos por el regidor, mientras el practicante hablaba. Pareció satisfecho de anunciarle que tras la construcción de aquel barrio nuevo los privilegios de Ginebra se habían acabado. Con el tono de quien recuerda algo bien sabido, le dijo que las mujeres tenían prohibido ejercer de médicos, cualquiera que fuese la enfermedad, tanto una gripe como un mal de ovarios o una sífilis. Hasta entonces habían hecho la vista gorda, porque en el arenal no había nadie para ocuparse de la salud de las mujeres pobres, pero ahora la situación había cambiado. Había tres médicos importantes, y ellos y los practicantes eran los únicos con derecho a ejercer la medicina. A Ginebra sólo le estaba permitido hacer de comadrona

en los partos, pero no podía visitar a ningún enfermo, ni hombre ni mujer, y mucho menos prescribir ninguna medicina. A no ser que quisiera que la tomaran por bruja.

—Haces bien en hacerte pasar por un muchacho —le dijo a Micaela mientras lo explicaba—. Si lo hubiese hecho yo cuando llegué aquí, hoy en día no tendría tantos problemas.

Aquellas palabras de Ginebra permanecieron en su cabeza muchos días. Ella no quería ser un chico para siempre, sólo lo había hecho para tener suficiente libertad y conseguir escaparse a Bolonia, pero una vez allí quería volver a ser ella misma y convertirse en actriz y cantante lírica. Nunca había pensado envejecer como un hombre, porque ella lo que quería era ser una mujer libre. Libre como lo había sido Ginebra antes de toparse con las autoridades y como lo continuaba siendo incluso ahora, pues esa mujer era como un remolino que nunca se detenía.

La admiraba porque siempre luchaba por ser ella misma, defender sus ideas y continuar adelante, y aunque no la dejaban ejercer de médico, estaba dispuesta a iniciar una nueva etapa. Había heredado una gran suma de dinero de su padre y quería invertirlo en un proyecto del que hablaba con mucha ilusión: la construcción de unos baños públicos, para hombres y mujeres, en el nuevo barrio de la Barceloneta. Un proyecto que defendía como un importante beneficio para la salud y que decía que llevaría adelante a cualquier precio. Guillermina y Bruna la miraban con cara de desconcierto y ojos de incredulidad. Resultaba claro que no creían en aquel negocio, pero Micaela estaba segura de que la doctora conseguiría todo lo que se propusiese.

Quien sí creía en aquella idea era Agustina, que disfrutaba de una libertad inusual para una dama. Se presentó un buen día a la hora de la comida, sin doncella ni hija, seguida por un mayordomo que sólo entró un momento a dejar unos paquetes y a quien hizo salir enseguida para que esperara a pie de carruaje. Informó que los paquetes contenían tejidos diversos, y pidió a Elvira que tomase medidas a Ginebra y le confeccionara unos vestidos nuevos.

Al principio la doctora se negó. No dejaba que ningún sastre ni costurera le tomase medidas, no quería ni oír hablar de hacerse vestidos nuevos y ni siquiera en el entierro de su padre ni durante aquel viaje por España había vestido otra ropa que no fuese la falda de cáñamo o el vestido dorado de siempre. Pero Agustina le hizo entender que si quería conseguir su propósito de comprar unos terrenos para construir unos baños, y tenía que negociar y convencer al almotacén, a los regidores, al alcalde e incluso al capitán general, el marqués de la Mina, no podía ir vestida con ropas gastadas y pobres, ya que debería demostrar que era la hija de un médico importante. Y, según decía, eso no se demostraba hablando sino luciendo.

Finalmente Ginebra se dejó convencer y Elvira le tomó las medidas. Luego se encerró en el piso de arriba a confeccionar las ropas. Unas ropas celosamente supervisadas por la dama Agustina, que empezó a acudir a la taberna también a diario y se aficionó a la comida alrededor de aquella mesa. Desde que había muerto su padre, la dama no tenía que dar explicaciones a nadie. Ya no vivía en la plaza de Sant Agustí, sino en una casa más grande y llena de criados que había heredado en la plaza de Sant Pere. Desde que su marido había regresado de Perú, era él quien se encargaba de las fábricas de tejidos de indianas, y aunque vivían bajo el mismo techo, apenas se veían para nada que no fuese firmar papeles, porque ella era la heredera y única propietaria de todo y hacía lo que le venía en gana.

A menudo, después de comer, Ginebra y la dama se cambiaban a la mesa del rincón y, a la luz

de las candelas, miraban papeles y planos del nuevo barrio y discutían sobre el proyecto de los baños o sobre vete a saber qué. Micaela nunca podía escuchar de qué hablaban, porque a ella no la dejaban permanecer quieta ni un momento. Tenía que lavar vajillas y cazuelas y recoger el mostrador y el comedor para dejarlo todo listo antes de irse a la misa de las siete.

Cuando don Martín se sentía con ánimos de ir, Micaela, como un buen muchacho, lo llevaba del brazo, sujetándolo bien para que no tropezara. Todo el mundo les abría paso y daba asiento, pero casi nunca se les acercaba nadie. La gente tenía miedo de aquel pobre hombre enloquecido, incluso en la iglesia. En cambio, los días en que el hombre se quedaba en casa con Elvira y Paula, todo era diferente. La madre y la abuela la hacían ir de su brazo por las calles hasta la plaza, pero una vez en la iglesia la dejaban en paz y ella podía sentarse donde quisiese. Y a menudo lo hacía junto a Mateo, el hijo del dependiente del almacén de vinos, que debía de tener su misma edad, unos quince años, y con quien había trabado amistad. No era que el chaval hablase demasiado, porque más allá de un «cógela» y un «pásala» no decía ninguna otra palabra, pero sonreía siempre y jugaba lanzándole taponés de corcho o trozos de madera para chutar, y ella podía poner en práctica sus gestos de hombre.

Se había habituado a aquella voz masculinizada y a la vez armónica, y fue en la iglesia, junto a don Martín primero y a Mateu después, donde empezó a utilizarla también para cantar. La elevaba como lo hacía Nicola, agravándola un poco pero afinando como un ruiseñor, y parecía verdaderamente la voz de un hombre joven. No tardó en utilizarla también en la taberna, para cantar con su madre las canciones populares que entonaba la mujer mientras cocinaba. Y al hacerlo sin que nadie se lo prohibiese, empezó a sacar pecho y a liberarse del miedo que le oprimía el corazón.

Su trato con los hombres que frecuentaban la taberna también cambió y poco a poco dejó de ser el muchacho casi invisible que servía las comidas para convertirse en el Ruiseñor, el hijo cantante de Guillermina. Aquel apodo que le pusieron los clientes le gustaba tanto que la hizo sentirse segura y orgullosa, y comenzó a tratarlos a todos de tú a tú, sin miedo, y a elevar la voz incluso cuando daban problemas a la hora de pagar.

—Tranquilo, Ruiseñor, ¡no grites tanto que harás venir a los soldados!

Y era cierto. Desde que había empezado a cantar, cada vez había más soldados que iban a comer a la taberna y a escuchar su voz, como si estuviesen en un teatro. Comer con buena música, decían, no hay nada más agradable, y ella se sentía cada vez más orgullosa.

Las monedas, de todas las formas, colores y procedencias, se amontonaban en un cajón durante el día, pero cada noche Guillermina las llevaba al piso de arriba y las guardaba en un baúl de su habitación, a puerta cerrada. Una vez al mes, Micaela la ayudaba a contarlas y preparar bolsas para hacer los pagos a los proveedores, y en aquellas bolsas se iban de nuevo la mayoría de sueldos, sin apenas dejar beneficios.

Aunque ella también quería reunir dinero para irse de allí, nunca se hubiese atrevido a tocar ni una sola de las monedas ganadas por su madre en la taberna con tantísimo esfuerzo. Tenía que encontrar otra manera de conseguirlo, y no tardó en descubrirla.

Algunos clientes que no tenían dinero para pagar lo que debían, entre ellos los soldados más jóvenes, a menudo ofrecían cosas en prenda a cambio de bebida, que Guillermina dejaba siempre

en el cajón. Un rosario, un relicario, un frasco de perfume, un pañuelo de seda... y sobre todo cajitas de latón colmadas de tabaco y papeles para liar. Y así, Micaela, empezó a fumar de nuevo. Lo hizo un buen día, allí mismo, en el mostrador, mientras la madre cocinaba. Al verla exhalar humo por la boca, la mujer no dijo nada. Había tantos hombres que fumaban que no le resultó extraño ver a otro más.

Fumar la hizo acercarse más a aquellos hombres, aunque ninguno de ellos le gustaba. La mayoría de ellos iban sucios, muy sudados y olían mal, reían enseñando los dientes ennegrecidos y, aparte del humo, sólo soltaban estupideces por la boca. Cuando no hablaban de trabajo, explicando las tareas diarias como si fuesen verdaderas proezas, lo hacían de mujeres, utilizando el lenguaje más grosero y soez que había escuchado nunca. Y cuando llevaban dinero en la bolsa, todavía se volvían más fanfarrones y malhablados.

Pero era entonces cuando estaban dispuestos a comprar de todo, especialmente tabaco para continuar sacando humo por la boca, aunque no siempre encontraban a alguien que les vendiese. Micaela empezó a cambiar por dinero lo que dejaban en prenda en aquel cajón, pero ella no quería quedarse sin nada y necesitaba encontrar más. Y sabía dónde hacerlo.

No tardó en conseguir que su madre la dejase salir por las tardes, antes o después de misa, a dar un paseo. Le decía que iba con Mateu, para que la mujer se quedase tranquila, aunque en realidad casi nunca iba con él. Mateu se había aficionado a las corridas de toros que se celebraban algunos domingos en un descampado cerca de donde antes había estado el matadero, unas corridas que enfrentaban a hombres y bestias y que a menudo acababan con la muerte del animal. Pero al ganadero propietario de aquellos bueyes no le importaba que cuatro locos matasen al animal que él había criado, porque ganaba mucho dinero con las apuestas. A Micaela todo aquello le parecía una barbaridad, pero en cambio Mateu se sentía tan atraído que incluso iba a diario para saltar el cercado donde mantenían a los bueyes de lidia encerrados, correr delante de ellos y probar sus habilidades para engañarlos y salir indemne.

Ella, sin embargo, prefería ir a la playa, que a esas horas siempre estaba repleta. Los horarios de los pescadores de aquella parte se medían por las idas y venidas de los bancos de pescado, que en aquella época del año solían acercarse a la costa al atardecer. Mientras los pescadores hacían sus labores en el mar con las barcas iluminadas, mujeres y niños ayudaban en la playa estirando las redes. Pero además, diseminados por la arena aquí y allá, también había hombres a pie de barca que parecían no hacer nada más que contemplar el paisaje, aunque ella sabía que estaban allí para vender sus mercancías de contrabando. Y no tardó en hacer negocios con ellos.

Compraba tabaco en pequeñas partidas, para poder guardárselo bajo la casaca sin que se notase que lo llevaba. Una vez en casa, en la habitación sin ventana del piso de arriba, donde nadie la molestaba, dividía el contenido de aquellos paquetes en raciones pequeñas que se guardaba en los bolsillos y que después ofrecía a los clientes a cambio de monedas, a escondidas de su madre.

Tenía que ir con cuidado, porque si la descubría algún regidor o algún soldado podía acabar en un calabozo de los de verdad, y por eso se aseguraba siempre de saber quién era su comprador. Nunca les vendía tabaco a los marineros, ni a los estibadores ni a los pescadores, y tampoco a los extranjeros, mucho menos a los soldados, no fuese que preguntasen de dónde salía. Lo solía vender a personas conocidas que le guardaban el secreto: a Mateu y su padre, al cordelero vecino, al arriero que traía la leña por las mañanas, al agüero que pasaba varias veces al día por la

taberna llevando garrafas y cubos de agua, a un par de comerciantes conocidos, a los trabajadores de las obras y de las atarazanas...

Y poco a poco empezó a acumular su propio dinero, casi con mayor beneficio del que se conseguía con la venta de bebida y comida en la taberna. Pero si quería viajar a Italia y cumplir sus sueños, todavía necesitaba mucho más.

Elvira también trabajaba día y noche sin salir de aquella casa para ganar sueldos. Con las ropas que le había llevado la dama Agustina había confeccionado vestidos también para Guillermina y Bruna, y enseguida le habían salido nuevas clientas, de las de verdad, de las que llegaban con la bolsa llena de dinero pidiendo un vestido igual que el que habían visto puesto en otra percha. La primera fue la mujer del propietario de las atarazanas, que vivía en una de las casas nuevas junto al paseo, y que se había enterado en la iglesia de que había una muchacha que cosía divinamente. La segunda, la madre de Mateu, que también tenía suficiente dinero para comprar las telas, pagar una costurera y lucir a la moda. Y la tercera, Josefa, con la bolsa también llena de monedas que no sólo pagó vestidos para ella sino también para su madre y sus hermanas, ganándose así el perdón de Remei. Y poco a poco, Elvira consolidó su negocio, haciendo que las mujeres mayores de la familia olvidasen aquella idea de casarla. Estaba convencida de que, cuando tuviese suficiente dinero para ofrecer una ofrenda a la iglesia, ni el padre Manel ni nadie pondría ningún inconveniente en bautizar a su hija sin padre reconocido.

Guillermina también estaba dispuesta a hacer crecer sus ganancias, y lo quería hacer ampliando los platos y las bebidas que se servían en la taberna. Había oído hablar de otra casa de comidas que había en aquel barrio, en el paseo que pasaba ante el muelle, donde un romano a quien llamaban el de Ostia preparaba platos de los que ella nunca había oído hablar. Platos que sus clientes decían que eran los mejores que habían probado en la vida, incluso mejores que los de aquella mujer que tanta pasión ponía en la cocina.

Una tarde, en lugar de preparar la comida para la familia, Guillermina pidió a Micaela que la acompañase a echar un vistazo a aquel establecimiento que les hacía competencia. Quería ver ella misma lo que cocinaba aquel romano llamado Beppo y saborear sus platos. Con un cigarro en la boca, la muchacha, que cada vez parecía más un verdadero chico, cogió del brazo a su madre y la acompañó de buen grado. Aquel día no podría ir a la playa, pero no le importaba. Ella también tenía curiosidad por ver lo que se cocinaba en otras tabernas del nuevo barrio del puerto.

Caminando a zancadas, como todo un chaval, y llevando del brazo a su madre, que arrastraba las piernas gordas haciendo un gran esfuerzo, se plantó en la puerta de aquella taberna en un periquete. Las casas del paseo eran diferentes del resto. Ésta sólo tenía una entrada principal, que daba a una especie de patio cerrado, donde había grandes mesas al aire libre con gente bebiendo y comiendo. Y en el fondo, detrás de una segunda fachada roja, se abría una segunda puerta que daba acceso al interior de la casa, de donde salía un aroma de comida que abría el apetito.

No lo dudó. Se abrió paso entre la gente con la madre detrás, y pasó bajo el umbral para ver qué había dentro. Tenía ganas de sentarse en una de aquellas mesas y hacer de cliente por una vez en la vida. Pero nada más entrar, Guillermina ahogó un grito y clavándole las uñas en el brazo, le tiró de la manga para volver atrás. La cara de su madre había cambiado de tal forma que parecía haber visto al demonio.

Micaela escudriñó el interior y no tardó en descubrir quién era aquel demonio que la inquietaba. Jugando a los dardos en un rincón estaba el Bribón, un estibador que tenía mala fama,

pero que al fin y al cabo se había casado con Josefa... Pero ¿por qué inquietaba tanto a su madre, hasta el punto de tener que irse de allí? No lo entendía. Se lo veía tranquilo y charlaba con otro hombre, uno con la cara cortada que fumaba y reía con una tos ahogada y casi sin aire, y los dos parecían pasarlo bien y no tener ganas de molestar a nadie. ¿Por qué temerlos? Sin respuesta, una vez más, dio media vuelta y salió de la taberna, con la madre asustada como nunca la había visto.

Los días siguientes no lo tuvo nada fácil para volver a pisar la calle con libertad. Su madre le prohibió incluso que fuese a la iglesia y Micaela seguía sin entender el porqué de aquel castigo. Ella se comportaba mejor de lo que lo haría ningún heredero de ninguna familia, trabajando al frente del mostrador y el comedor como un verdadero hombre, y en cambio la trataban de nuevo como si fuese un prisionero o un esclavo sin ningún tipo de derechos.

Por las tardes se encerraba enfurecida en la habitación pequeña del primer piso y fumaba el tabaco que le quedaba, llenándose la cabeza de humo. Para disipar su rabia, retomó la lectura que había abandonado al ponerse a trabajar. Pero en lugar de hacerle olvidar las penas y sumergirla en una vida de ensueño, aquel libro la hizo angustiarse y enfurecerse todavía más. Aquella Rosaura vestida de hombre que le había inspirado su nueva vida no era el personaje principal, porque la historia que allí se narraba era la de un tal Segismundo, que vivía prisionero en una cueva desde el día de su nacimiento.

*¡Ay, mísero de mí, ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo;
aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido.*

Ella, igual que aquel personaje, siempre había creído que su delito había sido nacer. Nacer mujer en un mundo dominado por los hombres, en una playa miserable, al albur de los vientos, y sin padre, hermanos ni abuelos machos que la protegiesen. Pero ahora que se hacía pasar por un chico y la situación había cambiado, no conseguía entender por qué no podía disfrutar de una vida normal, como la de Mateu o cualquier otro chaval del nuevo barrio.

*¿Qué más os pude ofender,
para castigarme más?*

Por mucho que lo pensara, no encontraba ningún motivo para aquel sufrimiento. Las mujeres tampoco respondían nunca a sus preguntas, ni la madre, ni la abuela, ni la tía, ni la prima ni nadie. «No puedes salir y punto», decía Guillermina. Pero ella, a diferencia de aquel Segismundo, no

estaba atada a ninguna cadena. No podía aceptar aquel castigo en absoluto merecido y todo lo que tenía que hacer era atreverse a desobedecer. Y cuando se le acabó el tabaco y necesitó fumar, decidió ir a la playa a buscar más.

La primera vez que se escapó a escondidas aprovechó el momento en que las mujeres mayores estaban en misa, Elvira cosía como siempre en la mesa de la habitación, con Paula y don Chevalier junto a ella, y abajo en la taberna sólo estaban Ginebra y Agustina charlando en la mesa del rincón y absortas en un plano del nuevo barrio. Las mujeres ni siquiera oyeron el golpecito que dio la puerta lateral al cerrarse, ni a la ida ni a la vuelta, y la cosa resultó más fácil de lo esperado. Y a partir de aquel día se escapó a diario.

Se acercaba la festividad de San Miguel, patrón de la Barceloneta, y también las Fiestas Mayores del nuevo barrio, que durarían una semana entera. Las clientas de Elvira querían tener a punto sus vestidos para esas fechas especiales, y aparecían cada tarde para hacerse pruebas. Las entradas y salidas de aquellas mujeres al piso de arriba facilitaron que Micaela se pudiese escabullir con mayor facilidad, sin que nadie la echase en falta. Hacía ver que un chaval en medio de tanta dama estorbaba y decía que se encerraba a leer, pero salía sin ser vista por una de las puertas laterales y se dirigía a la playa sin mirar atrás ni pararse.

Su negocio de compraventa de tabaco funcionaba la mar de bien. Había encontrado un buen proveedor, uno fijo, que le suministraba siempre material de calidad y a muy buen precio. Cada tarde tenía que comprar un poco más, y en ocasiones ir incluso dos veces, porque los clientes de la taberna fumaban sin parar, y a media mañana a menudo ya no le quedaba tabaco para satisfacer la demanda. Y era un buen negocio. A aquel ritmo, en poco más de quince días tendría suficiente dinero para comprar un caballo y marcharse. Lo tendría que intentar en octubre, antes de que hiciese demasiado frío, para llegar a Bolonia a principios de noviembre, justo al comienzo de la temporada de ópera, que se extendía desde el otoño hasta la primavera.

Pero aunque estaban en septiembre, el verano no se había acabado y cada día hacía más calor. Las ropas que le oprimían el pecho, con las que ocultaba su feminidad, la hacían sudar como un verdadero macho y apestaba igual que los clientes de la taberna. La casaca estaba tan ennegrecida que ya no se distinguían los colores relucientes de las telas originales. También se le habían ennegrecido los dientes de tanto fumar, y los dedos se le habían vuelto de un amarillo oscuro, como si se pasase el día tocando azafrán. Ya no tenía miedo de que alguien dudase de que era un hombre, porque incluso había empezado a hablar como ellos, soltando estupideces para satisfacer las risotadas de todos, metérselos en el bolsillo y ganar nuevos clientes para su negocio.

No tardó en escaparse más allá de la playa y empezar a vender tabaco también fuera de la taberna, porque muchos de sus conocidos la paraban por la calle pidiéndole.

—¡Rui señor, qué alegría verte! Ven aquí un momento, que te quiero preguntar una cosa.

Solían llevarla a un rincón y, aparentando que le explicaban algo importante, le daban bajo mano unas monedas a cambio del tabaco que ella se sacaba del bolsillo. Una ración de tabaco y papeles como para liar diez cigarrillos.

Sabía que aquellos hombres sólo querían tabaco, pero no podía evitar violentarse cada vez que la arrinconaban. Era una sensación momentánea, que controlaba rápido y pronto superaba con una actitud firme y resuelta, pero que permanecía soterrada en cada uno de sus actos. Saber se

mujer la hacía sentir débil.

El primer sábado de las fiestas de San Miguel, Guillermina sorprendió a Micaela con una noticia que la muchacha no se esperaba. Por primera vez en aquellos tres meses, la madre había decidido no abrir la taberna durante dos días. El sábado y el domingo no trabajarían, porque las mujeres de la hermandad, incluida Elvira, tenían que cumplir con sus obligaciones en la iglesia.

Carmeta y Ginebra aparecieron muy temprano en la casa. Si bien la primera iba a la iglesia con las mujeres de la hermandad, la doctora, en cambio, poco amiga de curas y de ir a misa, se había ofrecido para quedarse en el piso de arriba cuidando de la pequeña Paula y de don Chevalier mientras las demás mujeres cumplían con sus deberes religiosos. Dijo que aprovecharía aquella jornada en la casa nueva para utilizar la mesa de costura de Elvira como escritorio. Ya había encontrado los terrenos perfectos para construir unos baños como los que ella quería, muy cerca de la playa para poder coger agua del mar, y junto al canal de riego para poder desaguar; pero aquellos terrenos pertenecían a los militares, estaban demasiado cerca de un cuartel en obras y no sería fácil conseguir que se los vendiesen. Y por ese motivo, tenía que redactar un escrito para explicar la importancia del proyecto.

A Micaela le encargaron asistir a Ginebra, al hombre enfermo y al bebé en lo que necesitasen, hacer limpieza de la cocina y ocuparse de la cazuela para dar de comer a la familia a mediodía. Y todo, claro está, sin salir de casa. Ella, sin embargo, no protestó. Desde que se escapaba a escondidas ya casi nunca se quejaba por nada ni preguntaba el porqué de aquel castigo. Además, al saber que por la tarde, por fin, la dejarían ir a misa y al toque de inicio de las fiestas, y celebrar así su propio santo, se puso contenta y aceptó de buen talante las órdenes que le daban.

—No abras a nadie —le dijo su madre antes de salir—. Por Fiesta Mayor, unos van a la fiesta y otros a la busca.

No era para nada una recomendación desacertada, pues era bien sabido que los días festivos había más discusiones y altercados que los de cada día. Aun así, Micaela sólo hizo caso a medias. Si llamaban a alguna de las puertas pidiendo vino o comida, gritaba desde dentro con su voz masculina que ese día el mostrador estaba cerrado, en honor a san Miguel. Pero si quien llamaba decía su nombre, Ruiseñor, y ella reconocía la voz, entonces dejaba de lado trapos y cubos de limpieza, entreabría una puerta y dejaba pasar a quien fuese. A sus clientes les daba igual que no les sirviese vino, ni tapas ni nada para comer, pero ninguno de ellos podía pasar sin fumar.

Como don Chevalier y la pequeña Paula dormían y Ginebra no levantaba los ojos de sus papeles, en la taberna no había nadie que la vigilase y no tuvo que esconderse. Encima del mostrador, vendió todas las raciones que llevaba en los bolsillos y bajo la casaca, y también las que tenía escondidas en el piso de arriba, bajo su jergón, hasta quedarse sin provisiones.

No podía ir a la playa, ya que a plena luz de una mañana festiva no encontraría fácilmente a ningún contrabandista que le vendiese más tabaco, así que decidió no impacientarse y cocinar tal como le habían dicho. Si conseguía contentar a su madre, quizá la mujer la dejaría en paz y ella podría escaparse a probar suerte después de comer.

Pero en lugar de preparar cazuela decidió hacer un nuevo plato. Uno que Guillermina había elaborado por primera vez hacía sólo unos días en una *paella*, una sartén plana de hierro colado que la mujer se había hecho traer de Valencia para hacer el arroz tal como lo hacían allí, según le

habían explicado unos marineros. Un arroz que en lugar de caldoso era seco, y que crujía en la boca y se deshacía dejando salir el gusto concentrado de la salsa y los ingredientes con los que se hubiese cocinado. La mejor cocinera es la buena oreja, decía siempre la reina de los refranes. Micaela, sin embargo, no había podido escuchar bien la conversación con aquellos marineros valencianos, y aunque no conocía con exactitud la receta, se arriesgó a prepararla para sorprender a su madre. Y aplicó el mismo principio que para hacer la cazuela: utilizar los ingredientes de temporada que hubiese en la despensa. Guillermina la había hecho mezclando pescado con carne de conejo y pollo, y le había quedado para chuparse los dedos, pero aquel día en la despensa no había carne, solo pescado y marisco.

Cantando flojito con su voz de mujer, recordando a la Ifigenia de aquella ópera, limpió medio rape y una sepia sobrantes del día anterior, que estaban sumergidos en el agua del hielo deshecho, y unas langostas y unas cigalas todavía vivas, que estaban en otro cubo con agua. Los saltó en aquella paella plana con un poco de aceite, primero unos y después otros, dejando que se evaporase bien el agua que perdían y sacándolos de la paella una vez dorados, mientras Ifigenia navegaba por los mares. Añadió una picada de ajos y almendras, removiendo la paella con una cuchara de madera para recuperar el gusto de los pescados y mariscos recién salteados. Y cuando su personaje cantaba un desembarco en tierra, feliz ante su futuro matrimonio con un héroe, añadió un buen puñado de guisantes, unos pimientos rojos cortados en juliana y unos tomates pelados. Pero en lugar de cocerlos con agua, como se hacía en la cazuela, los anegó a fuego lento en su propio jugo durante un buen rato, recitando el drama de la muchacha a la que en lugar de casar querían sacrificar.

Tenía que calcular bien el momento de añadir el arroz, unos veinte minutos antes de comerlo, porque si se dejaba reposar podía quedar pasado. Y como no sabía a qué hora volverían las mujeres para comer, decidió ir a la iglesia a preguntarlo. Retiró la paella del fuego, olvidándose de Ifigenia para transformarse en Aquiles, bajó las brasas, elevó su voz grave de chico para cantar la sorpresa del hombre que no sabe nada de una boda, se limpió las manos y salió sin avisar a Ginebra y desobedeciendo las órdenes maternas. Pensaba que no tardaría ni diez minutos en volver, y que Guillermina, gran amante del arroz a punto, no se enfadaría por aquella buena causa.

Caminó rápido, cantando interiormente como un héroe, y al llegar a la plaza de la iglesia se paró para liar el último cigarro que le quedaba, calló y miró alrededor. Allí unos vecinos decoraban las fachadas de las casas, otros montaban entoldados en medio y disponían bancos y sillas, y otros sencillamente charlaban o cantaban demasiado animados para ser por la mañana, esperando que diera inicio la fiesta.

La fachada de la iglesia también estaba decorada con coronas de flores y daba gusto verla. El portalón central estaba cerrado, pero la puertecita menor de uno de los batientes estaba medio abierta y metió la cabeza. Al fondo vio las espaldas de su tía Bruna, María y otras mujeres de la hermandad, que se dirigían a la sacristía. No había nadie más allí dentro y entró con sigilo, pero en lugar de seguir las prefirió esperar allí, junto a la puerta, no fuese que su madre al verla la regañase y ella tuviese que salir corriendo.

Por lo que parecía, las mujeres habían pasado la mañana confeccionando ornamentos florales, vistiendo a los santos y decorándolo todo. En las capillas laterales había ramos a cada lado de los

retablos y cojines de rosas a los pies de las imágenes. Los santos lucían capas doradas y las Vírgenes mantos azules, y todo parecía mágico bajo la luz de colores que se filtraba por los ventanales de la cúpula central. Había velas por todas partes, pero sólo una encendida, al otro lado, junto al confesionario.

Se acercó mirando la imagen de la Piedad que descansaba en el centro del pequeño retablo, rodeada de flores. Antes aquella imagen se había venerado en el portal del Mar, que era el lugar donde se había encontrado, y por aquel motivo las mujeres siempre le habían profesado gran estima y mantenían una vela encendida ante ella. Se persignó antes de encender el cigarro con el fuego, pero en el momento de sacar el humo sintió vergüenza de hacerlo allí, bajo la mirada angustiada de aquella Virgen que lloraba con el cuerpo de su hijo muerto en el regazo, y sin pensárselo abrió la puerta del confesionario, se metió dentro y se sentó en el banquillo. No pudo evitar reír mientras sacaba el humo. ¡Menuda idea esconderse a fumar en un confesionario!

Una punzada en el estómago le congeló la risa de golpe y le provocó un miedo que le recorrió el cuerpo, un miedo que le impidió dar ni una calada más y que la hizo recordar que ya había estado encerrada en un confesionario hacía años, de pequeña. Aquella vez, en cambio, no había reído sino llorado. Un llanto silencioso, desvalido y aterrorizado que había tenido que contener llevándose la mano a la boca para que no la escuchasen fuera. ¿Por qué había llorado tanto de pequeña encerrada en un confesionario? No recordaba el motivo, pero sí la sensación de congoja que había sentido. ¿Y en qué iglesia había pasado? Estaba segura de que no había sido en Santa María del Mar, ni mucho menos allí, en aquella iglesia de San Miguel inaugurada tan sólo hacía un año. Pero ¿dónde entonces? ¿Lo habría soñado y ahora lo recordaba como una realidad?

A través de la rejilla del confesionario fijó la mirada en el retablo del altar mayor. Estaba tan abstraída en sus pensamientos que tardó en darse cuenta de lo que sucedía delante de sus ojos. Las mujeres de la hermandad habían depositado a los pies de san Miguel un gran plafón floral en forma de rosetón, que estaba acabando de arreglar Elvira con lazos y velos, y habían puesto una escalera junto al retablo, donde se subió Guillermina.

Ver a su madre con todo su peso subir a lo alto de aquella escalera la hizo olvidarse del recuerdo que acababa de asaltarla y miró lo que se traían entre manos las mujeres. Su madre parecía buscar alguna cosa detrás de las volutas onduladas del coronamiento, y cuando la encontró, una cosa no demasiado grande, se la pasó a Sabina, que sostenía la escalera por un lado. Pero la abuela, como si le quemase en las manos, se la lanzó a Ponça, que enseguida se la pasó a Empar y esta a Remei, y así en cadena hasta llegar a Elvira, que la incrustó en el centro del rosetón floral como quien da una estocada a un buey, y luego cubrió la herida con un gran lazo.

¿Qué sería aquello que escondían? Para ella aquella hermandad siempre había sido muy misteriosa, desde el mismo día en que se había formado, un día en que a ella la habían dejado encerrada en la sacristía, aunque igual pudo escuchar cómo se encomendaban al santo. ¿Cuál era aquel secreto que guardaban y que no querían que ella supiese?

Viéndolas allí reunidas, haciendo piña alrededor del rosetón, tuvo otro recuerdo inesperado. La imagen de esas mismas mujeres haciendo piña alrededor suyo, que iba enferma dentro de un cesto. Y entonces tuvo la certeza de que aquello que allí escondían tenía algo que ver con ella, con aquel miedo que había sentido en un confesionario y con su destino.

Las observó coger entre todas el rosetón floral, con cuidado de no estropearlo, encomendarse a san Miguel y alejarse del altar camino a la sacristía, perdiéndose de nuevo de su vista. Tenía que

aprovechar ese momento para salir de allí, y volver corriendo junto al fuego antes de que su madre la descubriese y se enfadara como un demonio.

Y así lo hizo. Salió del confesionario recuperando el aliento contenido, abrió la aldaba de la puertecita, que alguien había cerrado por dentro, la cruzó dejándola entreabierta y corrió calle abajo con el cigarro apagado en la boca y la cabeza rebosante de humos. Llegó a la taberna con el corazón acelerado, temerosa de que alguien hubiera descubierto que se había escapado, pero allí todo seguía igual que antes, incluso las brasas encendidas en la cocina. Puso de nuevo la paella al fuego, para continuar cocinando. Tenía que añadir el arroz, remover, regarlo todo con caldo de pescado del que su madre siempre tenía preparado, llevarlo a ebullición y dejar que absorbiese el líquido sin apenas tocarlo, añadiendo más caldo a medida que la paella lo necesitase. Pero estaba demasiado nerviosa como para cantar, sólo podía pensar en aquello que había visto y oído en la iglesia.

Estaba enfadada por no saber qué pasaba, asustada por aquellas sensaciones y aquellos recuerdos súbitos, triste por sentirse desvalida y no saber por qué, pero por encima de todo se sentía intranquila y culpable por haber desobedecido a su madre. No quería que la encerrase bajo llave durante todas las fiestas, cosa que haría sin lugar a dudas si llegaba a saber que había ido a la iglesia a escondidas. Lo único que podía hacer era intentar tenerla contenta, olvidarse de los secretos de la hermandad, pensar en sus sueños y continuar reuniendo dinero para irse de allí de una vez por todas y ser libre para cantar y despacharse a su gusto.

Las mujeres llegaron cuando el arroz estaba a punto y ella pudo servirlo bien caliente y sin que se pasara. Y a su madre le puso delante dos platos bien llenos. Guillermina no estaba enfadada, todo lo contrario. Parecía entusiasmada con aquella idea de hacer la paella de arroz a la valenciana con pescado y marisco, sin conejo ni pollo, y decía que era todo un descubrimiento. Servida como si fuese una clienta y con la barriga contenta, estaba verdaderamente satisfecha. Pero no quiso hacer una siestecilla, como le sugirió Micaela, y tampoco la dejó en paz para poder escaparse. Al contrario, se levantó de la mesa, dejando al resto de la familia charlando o adormilándose alrededor, la cogió del brazo, la llevó a la cocina y le pidió que le explicara con detalle cómo se las había apañado para preparar aquel arroz. En adelante, todos los domingos quería servir ese plato en la taberna, para así destacar por encima del mostrador de comidas de ese italiano venido de Ostia o de donde fuese. Y ella tenía que ayudarla a cocinarlo.

—He sido una insensata poniéndote al frente del mostrador y no dejándote acercar más a menudo al fuego —añadió—. ¡Cocinas mejor que cantas, ruiseñor de mi vida!

—Madre, no se preocupe, a mí el mostrador me gusta.

—No, hazme caso. Cada día viene más gente a la taberna y el mostrador no es un buen lugar para un muchachito, y mucho menos para una chiquilla que se esconde bajo un disfraz. Ya hace muchos días que lo pienso. Pero eso está a punto de cambiar...

Haciéndole confianzas como no le había hecho nunca, Guillermina le explicó a Micaela que había contratado un trabajador, un antiguo cantinero de confianza, un tal Torete que había conocido en la iglesia, con quien ya había hablado y llegado a un acuerdo, y que a partir del lunes sería él quien se haría cargo y atendería el mostrador. Así ellas podrían dedicarse sólo a cocinar y preparar cada vez más platos deliciosos. Cocinar y cantar, ése era el futuro de las dos.

Para Micaela aquella visión de futuro en clave de confidencia fue un golpe bajo que le costó lo suyo encajar. Aquello cambiaba su vida por completo. ¿Cómo vendería el tabaco a sus clientes con ese Torete rondando por el comedor? Y si no podía vender tabaco, ¿cómo reuniría el dinero que necesitaba para largarse? Su madre, sin embargo, no se dio cuenta de su enfado. Una vez dijo lo que tenía que decir, como siempre, le entraron las prisas. Ella y el resto de mujeres de la hermandad tenían que regresar rápidamente a la iglesia para acabar de prepararlo todo. Aquella tarde había una gran misa y las cofradías de marineros y pescadores de la Barceloneta harían una ofrenda florar a san Miguel. Los cofrades habían conseguido permiso para bailar dentro de la iglesia durante la ceremonia, y también después, en la plaza, durante el toque de inicio de las fiestas, e incluso Micaela podría ir.

—Te vendremos a buscar dos o tres cuartos antes para que vengas a hacer la ofrenda con nosotras. Sólo san Miguel sabe que tú eres la flor más importante de nuestro ramo.

Aquellas palabras finales de su madre no hicieron más que confirmar sus peores sospechas: que el objeto secreto que las mujeres habían escondido en el rosetón floral tenía que ver con ella. Pero no conseguía imaginar de qué podía tratarse. Si hubiese sido una ofrenda al santo o una reliquia, la habrían cogido con delicadeza y veneración, no como lo habían hecho. ¿Por qué a todas parecía quemarles las manos, como si fuese un objeto endemoniado? Quizá se trataba sólo de uno de aquellos documentos de la abuela Sabina, de antes de la guerra, de los que supuestamente tenían que dar fe de algún derecho que se les negaba. O quizá de un testamento en que la hacían a ella heredera de alguna carga pesada... O quién sabe si un pacto con el demonio para curarle la enfermedad que había padecido de pequeña. Dándole vueltas a esta última idea le pareció la más razonable, la que más podía justificar la quemazón del objeto, la sensación de miedo y el recuerdo de aquella comunión de mujeres a su alrededor con ella enferma dentro de un cesto. A pesar de todo, pensar que habían hecho un pacto con el demonio, aunque hubiera sido para pedir su salvación, suponía considerarlas brujas en lugar de mujeres piadosas, como las había considerado siempre. Era cierto que entre todas escondían el pecado de Elvira, soltera y con una hija sin bautizar, y también el de Ginebra, amante de dos mujeres, y el de ella misma, una muchacha disfrazada de chico... En otros tiempos los inquisidores habrían visto suficientes motivos para pensar que eran todas unas brujas y enviarlas a la hoguera, pero Micaela sabía que no eran paganas sino devotas fieles. Y si no era un pacto con el demonio, ¿entonces qué era? Fuese lo que fuese, ella lo tenía que adivinar, porque ahí estaba la clave para descubrir por qué se le negaba la libertad. Pero antes necesitaba ir a buscar tabaco: el cuerpo entero le pedía fumar. Y se olvidó del confesionario.

Aquel día compró el doble de tabaco y preparó más raciones que nunca, menos llenas que de costumbre para ganar más dinero. No dejó ninguna bajo el jergón. Se las escondió todas encima, unas en los bolsillos, otras en la faja y el resto bajo las ropas que le oprimían el pecho, aun a sabiendas de que no podría venderlas durante la misa, porque se tenía que encargar de don Chevalier.

Entre ella y la madre llevaron al padrastro a la iglesia, por la parte de atrás, para evitar la multitud que había en la plaza principal. Entraron por la puerta del ábside, pasaron por delante de la sacristía y se adentraron en el templo por el lateral del presbiterio. Las primeras filas de bancos estaban reservadas para las autoridades, aunque no habían llegado aún, pero el resto de la nave estaba repleta de gente que los miraba de frente. Un poco más allá, en un lateral junto al retablo de san Antonio de Padua y mirando hacia el púlpito, se había instalado la silla en que Guillermina hizo sentar al enfermo. Detrás había suficiente espacio como para que Micaela permaneciese de pie sujetando los hombros del hombre.

Desde allí se veía perfectamente el otro lado del altar, donde las mujeres de la hermandad, arrodilladas y con la cabeza cubierta por las mantellinas, rezaban alrededor del rosetón floral.

Antes de ir a reunirse con ellas, su madre los miró a los dos muy seriamente, aguantándole la cabeza a don Chevalier para que entendiese bien lo que decía.

—Esta ceremonia es muy importante y yo no podré ausentarme por ningún motivo. Ni siquiera para ir al excusado. ¿Veis a aquel hombre de allí? —dijo señalando a un bigotudo corpulento que estaba junto a una columna—. Es el Torete, el cantinero que a partir del lunes trabajará en la taberna con nosotros, ya os he hablado a los dos de él. Si necesitáis salir a media misa y volver a casa, él os acompañará, está avisado.

Micaela miró con furia al Torete, aun sabiendo que con quien estaba enfurecida era con su madre. Realmente parecía una bruja. No dejaba nada sin organizar, ni siquiera un posible imprevisto en el que ella ni había pensado: ir a mear.

La miró taparse la cabeza con la mantellina y reunirse con el resto de mujeres alrededor del rosetón, pero cuando se arrodilló dejó de verla, porque el altar se lo impedía. Y si ella no veía a su madre, ésta tampoco la vería a ella.

Las autoridades ya habían comenzado a entrar, ocupando los bancos principales, y al llegar la marquesa de la Mina, sin marqués pero acompañada de un amplio séquito, se hizo un gran silencio. Al verla acercarse, Micaela contuvo la respiración. Sentía un gran respeto por aquella mujer que le había permitido disfrutar del privilegio de ver una ópera, pero mostrarse ante ella

como un chaval vulgar la hacía sentirse avergonzada.

La marquesa ni siquiera la miró. Cuando se persignó y se sentó en su asiento preferente, las mujeres de la hermandad entonaron el canto de entrada y el barrio entero allí congregado las acompañó. El padre Manel salió de la sacristía con el evangelario en la mano, seguido por dos monaguillos con la cruz procesional, candelas e incienso. Caminó hasta el altar, dejó las sagradas escrituras encima, reverenció el sagrario e hizo la señal de la cruz. «En nombre del Padre, del Hijo y el Espíritu Santo», dijo. «Amén», contestó Micaela, persignándose también.

No le gustaba demasiado rezar, aunque algunos pasajes de las misas le encantaban, especialmente aquellas cantadas. Su preferida era el *Canto de Gloria, Gloria in Excelsis Deo*, que se cantaba justo al inicio. Pero aquel día el padre Manel se entretuvo mucho rato con las saluciones y ella se empezó a impacientar. Ver a la marquesa delante de ella le hacía tener más presente su sueño de marcharse a Bolonia, un sueño que cada vez veía más difícil de cumplir. Y entonces, en lugar de cantar, el sacerdote recitó el *Confiteor*.

*Yo, pecador me confieso a Dios todopoderoso,
a la bienaventurada siempre Virgen María,
al bienaventurado san Miguel Arcángel,
al bienaventurado san Juan Bautista,
a los santos apóstoles Pedro y Pablo,
a todos los santos, y a vosotros, hermanos,
que pequé gravemente de pensamiento, palabra y obra;
por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa...*

¿Qué pecado había cometido ella para merecer tantos castigos? Miró a las mujeres de la hermandad y el miedo le recorrió el cuerpo. Todas entonaban el mea culpa con cara de congoja y los ojos rebosantes de lágrimas fijados en el rosetón. Parecía ciertamente que el culpable del pecado de todas ellas estuviese allí dentro. ¿Cuál sería aquel secreto endemoniado que escondían? ¿Qué relación tenía con ella? ¿Cómo descubrirlo?

Aquel día no hubo *Canto de Gloria*. El padre Manel invitó a los fieles a rezar, para ser conscientes de la presencia de Dios, y el silencio que se hizo ahogó a Micaela, haciéndola desear salir de allí corriendo. Y antes de que diese inicio la primera lectura del Antiguo Testamento, llamó la atención del Torete.

El hombre, abriéndose paso entre la multitud, se plantó enseguida a su lado.

—Me estoy meando, no puedo más —susurró ella arrugando las cejas—. ¿Puedes sostener a don Chevalier mientras voy y vuelvo?

El Torete no preguntó nada. Se colocó en su lugar, con gran dificultad para hacerse sitio detrás de la silla sin provocar un alboroto, y ella se escabulló por la puerta de detrás del ábside. Estaba cerrada, pero el pestillo se abría desde dentro sin necesidad de llave. Lo hizo vigilando que no se volviese a cerrar, salió ajustando la puerta a sus espaldas y echó a correr, alejándose de los cánticos de los salmos calle arriba.

Necesitaba distanciarse de tanta mea culpa y tanta plegaria, perder el miedo, reponerse en su papel de chico fuerte y vender el tabaco que llevaba encima antes de volver a la iglesia. Y tenía que aprovechar el tiempo de la segunda lectura para hacerlo. No dejó de correr hasta alejarse de

aquel barrio por la parte alta y salir al camino que comunicaba el portal del Mar con el baluarte de Don Carlos. Allí, bajo las murallas de la Ciudadela, en un descampado poco vigilado entre el camino y el Rec Comtal, estaba aquel gran cerco con bueyes donde un par de ganaderos cobraban dinero a los chavales que querían saltar dentro a correr delante de los animales, vaquillas jóvenes que estaban tan mareadas que apenas embestían a nadie. Y por los alrededores, todo estaba repleto de hombres con dinero en las manos, para hacer apuestas. Enseguida se topó con unas cuantas caras conocidas con las que hacer negocio, vecinos a los que podía ofrecer tabaco sólo con una señal y cambiar una ración por unas monedas bajo mano. Vendió siete en un santiamén, mientras en la iglesia seguramente estaban acabando de cantar el *Aleluya*, y se sintió mejor.

Trepó a un burladero, pensando que la lectura del Evangelio solía ser larga. Respiró estirando la espalda y abriendo el pecho, alzó la cabeza y la mirada y observó el panorama que se extendía delante de ella. Al otro lado del canal de riego, camino del fuerte militar, contempló la barraca de Ginebra, el hogar donde ella había vivido durante tanto tiempo y al que, por algún misterioso motivo, no la habían dejado volver nunca más...

—¿Conoces a la gente que vive en aquella casa?

Ya había visto antes a aquel hombre que le hablaba con tono amistoso, en la taberna del romano de Ostia, con el Bribón. Lo recordaba bien porque tenía un corte que le cruzaba la mejilla izquierda y lo hacía parecer un pirata. Y recordaba también que su madre, al verlo, se había asustado como nunca. Ella no corrió, como le pedía el cuerpo. Tenía que enfrentarse de una vez por todas a sus miedos y demostrar su valentía.

—No, no soy de aquí —mintió con ademán serio—. ¿Por qué quieres saberlo?

Él sonrió, haciendo una mueca de complicidad, y se acercó con confianza como para compartir un secreto.

—Me habían dicho que ahí vivía una doctora, pero no hay nadie nunca —dijo pasándole el brazo por los hombros y tocándole el tejido de la casaca.

—¿Tienes alguna enfermedad? —preguntó ella, por decir alguna cosa, y pensando que debía salir corriendo de allí, porque en la iglesia ya habrían celebrado la homilía y leído el Credo...

—No, no. Tuve un accidente. La explosión del polvorín me hizo volar por los aires y al caer al suelo se me vino una pared encima. He pasado un año entero postrado en un lecho de hospital. Tuve la suerte de llevar cincuenta libras en el bolsillo, porque si no los médicos me hubieran dejado morir en la calle. Me rompí todos los huesos del cuerpo, incluso algunos de la cabeza, pero sobreviví, ya ves, ¡el diablo ayuda a los suyos! —El hombre rio con una tos ahogada y ella aprovechó para librarse de su brazo.

—Bien, lamento que te pasara todo eso, pero yo me tengo que ir, tengo prisa.

Dio media vuelta decidida y empezó a caminar a zancadas entre la gente, escapándose sin mirar atrás, sin intención de vender más tabaco. En la iglesia la oración de los fieles estaría a punto de acabar... Pero entonces, junto al camino, el hombre de la cara cortada la retuvo del brazo.

—¡Eh, tú, chaval, espera un momento!

¿Quién era y qué quería de ella? Deseó gritarle, espantada, darle una patada y salir corriendo, pero optó por mantener el tono amistoso. Los alrededores estaban lo suficientemente vigilados y llenos de gente como para garantizar que aquello no podía ser un ataque.

—¿Qué quieres? —dijo, elevando la voz.

—¿De dónde has sacado las ropas para esta casaca? —le preguntó, ajustándose los

pantalones.

—¡A ti qué te importa! —respondió ella, con la voz más grave y masculina que había impostado nunca.

—Me recuerdas a alguien que vi una vez allí dentro... —dijo el Caracortada señalando la fortaleza que quedaba a sus espaldas—. Alguien que le dio un beso a una chica pelirroja. Una tal Elvira, ¿la conoces?

Al escuchar el nombre de su prima se llevó una sorpresa mayúscula, y el miedo le recorrió el cuerpo como una bala, pero no movió ni una ceja.

—Te equivocas de persona. Y déjame ir de una vez, que tengo prisa.

Aprovechó la llegada de un carro para cruzar el camino antes de su paso y salir corriendo. Tenía que despistar a aquel hombre. ¿De qué podía conocer a Elvira? Corrió temblorosa calles abajo, doblando una esquina tras otra sin detenerse. Notaba su presencia detrás, pero al llegar a la fuente se giró y no vio a nadie, ni siquiera una sombra que la observase desde lejos.

Se adentró rápidamente por la puerta del ábside, porque en la iglesia ya había acabado la liturgia de la Eucaristía y había dado inicio el Ofertorio. Dentro se escuchaba la música de las grallas, y al entrar vio a los cofrades bailando alrededor de un altar mayor repleto de ramos y coronas de flores. Don Chevalier seguía allí donde lo había dejado, con el Torete detrás, y ella se pudo hacer un hueco sin llamar la atención de nadie justo antes de que las mujeres de la hermandad se pusiesen de pie para levantar entre todas aquel rosetón floral.

Buscó a Elvira entre la piña de mujeres. Estaba justo en el centro, con la melena cubierta por la mantellina y los ojos clavados en las flores. Su prima era la persona en quien más confiaba en el mundo, la única a quien había explicado sus sueños de ser cantante y la única de quien también creía saberlo todo, o casi todo... Su pecado había sido enamorarse de un soldado y quedarse embarazada, ése era el motivo por el que la habían encerrado en la barraca y escondido del mundo. Pero ¿qué relación tenía con aquel hombre de la cara cortada? ¿Y cuál era el secreto que compartía con las mujeres de la hermandad y que ella misma había escondido entre las flores? Entonces la música paró y los cofrades, con el Sardina al frente llevando el estandarte de los pescadores, se acercaron a las mujeres. Era el momento del acto central de la ofrenda.

El Sardina estaba más guapo que nunca, vestido con un chupetín de colores azules y rojos, y todas las mujeres de la hermandad levantaron la vista del rosetón para mirarlo. Él, clavando el estandarte en el suelo con una sonrisa orgullosa, sólo tenía ojos para Elvira, que no pudo evitar sonreír también y bajar la mirada, coqueta, despertando el entusiasmo en el rostro del chico.

Cuando los tambores repicaron, los cofrades se agruparon detrás del altar, al pie del retablo, formando una piña. Las grallas hicieron sonar una canción y tres bailarines iniciaron un baile en que se encaramaban a los hombros de sus compañeros, formando una torre humana. Entonces, las mujeres de la hermandad hicieron entrega del rosetón al Sardina, que lo cogió elevándolo como quien eleva un trofeo, se lo colgó a la espalda y trepó por los cuerpos de sus compañeros, hasta la cima de aquella torre humana, y con gran solemnidad colocó la ofrenda floral coronando el retablo de san Miguel.

Mientras la iglesia entera estallaba en aplausos y vítores, Micaela observó cómo las mujeres de la hermandad caían arrodilladas al suelo, elevando la cabeza para seguir fijando la mirada en el rosetón que poco antes habían tenido entre las manos. Todas excepto Elvira, que miraba encantada al cofrade que había coronado la ofrenda.

Micaela se enterneció. Al parecer, su prima había cambiado de idea y dejaba la puerta abierta a establecer una relación con aquel chico que la cortejaba con tanto ardor. Se merecía ser feliz y casarse con un hombre que la quisiera y la protegiese. También la pequeña Paula se merecía tener un padre que la adoptase y la protegiese mientras creciera, porque su verdadero padre, un oficial ingeniero, no aparecería nunca. Y pensando en aquel Pol, de quien tanto había oído hablar, lo recordó perfectamente, alto y rubio, esperando a Elvira en una esquina de la plaza de armas de la Ciudadela. Se llevó la mano a la mejilla y recordó también un beso que su prima le había dado antes de dejarla sola para ir con él... ¿De dónde salía aquel recuerdo? ¿Acaso Elvira había conocido a Pol en la Ciudadela y no en la ciudad, como siempre había creído? ¿Y ella, qué hacía allí dentro?

Acabados los bailes del ofertorio, el padre Manel invitó a los fieles a rezar por las ofrendas, y mientras repetía la oración como un devoto, Micaela empezó a recordar como quien recuerda un sueño. De pequeña, antes de caer enferma, había acompañado a aquellas mujeres a trabajar en la Ciudadela.

El padre Manel inició la plegaria eucarística y ella dio las gracias a Dios y cantó el *Sanctus*, mientras recordaba haber seguido a aquel mismo sacerdote por un puente levadizo hasta el interior de una fortaleza militar. De pronto, un montón de recuerdos desordenados salió de la nada inundando su cabeza. Los pelotones de soldados desfilando por la plaza de armas, los grandes pabellones rojos, los suelos de mármoles relucientes, los operarios trabajando, la fuente llena a rebosar, el rancho para comer...

Una colleja del Torete la sacó de su abstracción. El hombre quería ir a tomar la comunión y ella tenía que volver a sujetar a don Chevalier. No le resultó fácil, porque después de tanto rato allí sentado el enfermo estaba más desencajado que nunca y se zarandeaba de un lado a otro como un poseído. Micaela tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para retenerlo sentado y evitar que cayese de bruces al suelo, pero ni así pudo dejar de pensar. ¿Lo habría soñado todo? No entendía por qué no había recordado hasta aquel mismo momento que de pequeña había ido a la Ciudadela. Las murallas de la fortaleza, custodiadas por cañones y soldados armados, habían estado siempre presentes en su vida, pero hasta ahora había creído que no sabía lo que había detrás. Tampoco entendía el sentido de aquellos recuerdos inesperados que todavía le suscitaban más miedo. ¿Qué relación tenían con el hombre de la cara cortada?

Cuando acabó la comunión, el padre Manel indicó a los fieles que se diesen la paz, pero ¿cómo dar la paz a alguien cuando el cuerpo entero está en pie de guerra? Micaela dio un beso fugaz a don Chevalier, que le propinó un cabezazo doloroso, de tanto moverse sin control, y observó dolida cómo las mujeres de la hermandad se daban abrazos dulces y se estrechaban las manos. Ninguna de ellas le devolvió la mirada. Estuvo a punto de llorar, pero entonces topó con los ojos de la marquesa de la Mina, que le ofreció una sonrisa mientras le hacía un saludo cordial con la cabeza. Aquel inesperado gesto amistoso le llenó el corazón de esperanza y le hizo pensar de nuevo en irse de allí. Era lo único que podía hacer si quería ser libre.

No escuchó ni la oración ni el rito de despedida, pero elevó la voz para hacer el canto final dedicado a san Miguel Arcángel. Una voz que se hizo escuchar en todo el templo. Y cuando la iglesia empezó a vaciarse, la marquesa de la Mina se acercó para saludar a su antiguo cocinero, aunque fue a Micaela, que sujetaba al enfermo casi con el cuerpo entero, a quien dirigió sus palabras.

—Felicidades, don Chevalier, su hijastro es encantador y tiene una voz admirable. ¿Cómo te llamas, hijo?

Quiso decir, orgullosa, su nombre, Ruiseñor, pero fue el padre Manel quien respondió.

—Miquel. No es su hijastro, sino el sobrino de Guillermina, el hijo de Bruna —dijo.

Micaela se puso roja como un tomate. El sacerdote era el único que controlaba las personas nacidas y muertas en aquel arenal, y siempre la había confundido con su primo. Su madre no tardó en aparecer, apartándola de en medio y haciéndose cargo de la situación. Cogiendo ella misma al enfermo, con la ayuda del Torete, recordó al sacerdote y a la marquesa que estaba a punto de empezar la lectura del pregón, y los hizo salir a ambos de la iglesia por la puerta principal.

Micaela aprovechó aquel bullicio para encerrarse de nuevo en el confesionario. No podía ir a ninguna fiesta sin saber qué se escondía en aquel rosetón. Vio por la rejilla cómo después de salir todo el mundo, incluso los monaguillos, María y Bruna cerraban las puertas centrales y salían también a la plaza, dejando entreabierta la puertecita menor de uno de los batientes. No tardó ni un minuto en volverse a abrir, y quien entró fue Elvira, que se acercó al altar mayor y se arrodilló para rezar.

La providencia había querido llevar hasta allí a su prima en aquel preciso momento. Tenía que aprovechar para hablar con ella. Salió del confesionario sin hacer ruido, se acercó al altar mayor y susurró su nombre para llamar su atención sin asustarla.

—¡Oh, Micaela! —le dijo Elvira, llorosa, arrojándose a sus brazos—. Me he prometido con el Sardina. Le he dicho que tengo una hija y está de acuerdo en hacerle de padre, pero no le quiero... Lo he hecho sólo por Paula, ¿lo entiendes? ¿Crees que obro bien?

En lugar de responder, Micaela también quería preguntar. Pero no pudo decir nada, porque en la sacristía distinguió unos ojos inquietantes de un azul enrojecido por la luz de las velas.

Un recuerdo lejano afloró a su conciencia. Ella era pequeña. Volvía cargada con un cubo de agua para limpiar un armario de una sacristía, pero al entrar había encontrado a un capitán de espaldas asediando por detrás a un soldado medio desnudo. Recordaba el pene asqueroso buscando un agujero que no se dejaba penetrar... El cubo se le cayó de las manos y tuvo que esconderse en el sitio que creyó más seguro: el confesionario de aquella iglesia. La recordó desde fuera, roja y con el campanario en el ábside, y desde dentro, con dos sacristías y un montón de puertas. «Sé que estás aquí —había dicho en español la voz de aquel capitán—, ya te encontraré...»

—¡Por fin te he encontrado! —dijo el hombre de la cara cortada, saliendo de la penumbra y mirando a Elvira de arriba abajo.

Micaela sintió una punzada en el bajo vientre y notó una súbita pérdida de líquido caliente corriéndole piernas abajo. Los pantalones se le tiñeron de rojo y estuvo a punto de desmayarse, pero Elvira la sostuvo.

—¡Eres tú! —exclamó el hombre, mirándole los pantalones ensangrentados—. ¡Tú eres la niña del beso!

Recordó de nuevo aquel beso en las puertas de un almacén de la Ciudadela, un beso que la había hecho sentir más desvalida que nunca. Había sido entonces cuando le habían subido las fiebres que hicieron que su cabeza ardiera durante tanto tiempo...

—¿Qué quieres de nosotras? —intentó gritar Elvira.

Pero su prima tuvo que ahogar su grito, porque el hombre sacó una pistola de la faja y le

apuntó en la cabeza, haciéndola callar.

—¡Tú, chaval, chavala o lo que seas! —le espetó a Micaela—. Ve a cerrar aquella puerta con el pestillo y vuelve enseguida, sin hacer tonterías, si no quieres que mate a tu querida Elvira...

Las piernas le temblaban bajo las ropas acartonadas por la sangre, el cuerpo le ardía aterrorizado y obedeció sin oponer resistencia. Caminó por la nave central hasta aquella puertecita que las mujeres de la hermandad siempre dejaban entreabierta cuando ellas estaban en la plaza, la cerró encajando la aldaba y volvió a donde aquel hombre amenazaba a su prima con un arma.

—Daos un beso —dijo él alzando todavía más la pistola, para apuntarlas a las dos—. No hay nada más bonito que un beso entre dos chicas...

Ellas se abrazaron, atemorizadas, y lo miraron con ojos suplicantes.

—¿Qué quieres de nosotras? —repitió Elvira, en susurros.

—Que me respondáis a una pregunta que hace demasiados años que ronda por mi cabeza. ¿Cuál de vosotras dos robó el anillo de rubíes de la Ciudadela?

—¿Qué anillo? —gritó Micaela, elevando los ojos hacia aquel rosetón que coronaba el retablo de san Miguel.

Y entonces de su memoria surgió un anillo de oro con tres grandes rubíes rojos en el centro formando una flor, y con rubíes más pequeños alternados con diamantes encastados alrededor. Recordaba haberlo tenido en las manos, apretándolo con fuerza, recordaba incluso el dolor que le habían causado las piedras afiladas en la piel, pero no recordaba de dónde había salido. ¿Por qué había tenido entre las manos aquel anillo? ¿Lo había robado? ¿Era aquello lo que le escondían las mujeres, la prueba de su pecado?

—¿Por qué miráis todas ese rosetón como si os fuera la vida en él? ¿Acaso escondéis alguna cosa dentro?

Micaela asintió con la cabeza. Sí, allí había alguna cosa escondida, y no podía ser otra que aquel anillo. Él, sin pensárselo demasiado, escaló el retablo como hacen los bandoleros en las montañas, poniendo el pie allí donde hubiera espacio, ya fuese la cabeza de un demonio o de un santo, y sin dejar de apuntar con la pistola a las mujeres. Al coronar la cima, hizo caer el rosetón, que al chocar contra el suelo se deshizo, liberando un pequeño paquete de su interior. El sonido que emitió no dejó ningún tipo de dudas de lo que contenía.

—Sois unas idiotas —dijo el Caracortada, saltando desde lo alto del retablo para recoger el anillo del suelo—. ¡Ni siquiera lo habéis vendido! Los militares siempre creyeron que se lo había tragado aquel pobre diablo, pero yo estaba seguro de que habíais sido vosotras...

«No tengas miedo de mí», le había dicho aquel capitán en castellano, dándole el anillo. Pero ella había tenido mucho miedo al cogerlo con las manos. «Dame un beso —le había dicho—, aquí, en la mejilla, aquí, en la mano, aquí, en el pene...» Estaba indefensa, aterrorizada, había caído desmayada por las fiebres y aun así aquel capitán la había desnudado y se le había echado encima, clavándole el pene como si fuese una espada y destrozándola por dentro. El dolor le recorrió de nuevo el cuerpo y cayó de rodillas, indefensa, desvalida... Y en la penumbra de la sacristía reconoció los ojos de la abuela Sabina, los mismos ojos que la habían salvado años atrás.

—¿Qué haces, demonio? —gritó la anciana.

El hombre de la cara cortada la apuntó con la pistola, pero la abuela no se detuvo. Caminó arrastrando las piernas hasta poner su pecho ante el cañón, mientras las demás mujeres de la

hermandad entraban por la puerta de la sacristía. Él reculó, con aquellos ojos azules refulgiendo odio, y chocó de espaldas contra el retablo. El anillo le resbaló de la mano y rodó por el suelo, y al agacharse para recogerlo la estatua de san Miguel se le vino encima, dándole una estocada precisa en la nuca que lo hizo caer sin vida al pie del altar. Con la otra mano todavía sostenía la pistola amenazadoramente.

Al ver la sangre que le salía por la comisura de los labios, Micaela recordó a aquel capitán cojo y asqueroso que la había asediado. Lo recordó también muerto, con el pene erecto como una espada afilada y peligrosa incluso derrotada, y rompió a llorar. Guillermina la abrazó como lo había hecho cuando era pequeña, acunándola y besándole las mejillas. «Que la paz sea contigo», le dijo al oído. Pero ¿cómo dar la paz a alguien cuando su cuerpo entero está en pie de guerra?

—Este demonio ya no nos hará sufrir nunca más —dijo la abuela Sabina, mirando la estatua del ángel caído sobre el muerto—. San Miguel ha obrado el milagro, y esta vez tenemos que informar a los soldados de lo que ha pasado, porque Él nos protegerá. Eres libre, hija mía, porque tú no has hecho nada, pero tienes que irte antes de que venga nadie, porque no te pueden encontrar aquí...

—Ten, es tuyo —le dijo Elvira a Micaela, recogiendo el anillo del suelo y entregándoselo—. Nadie lo echará en falta. Vete de aquí, cámbialo por dinero y cumple tus sueños, te lo mereces.

—Por san Miguel el ruiseñor atraviesa el cielo sin temor —bendijo Guillermina.

Una por una, las mujeres de la hermandad se acercaron y la abrazaron. Y las palabras que le dijeron acompañaron a Micaela a lo largo de su viaje en busca de la libertad, lejos de aquel altar, de aquella iglesia, de aquel barrio de la Barceloneta, de aquel puerto y de aquella playa donde había nacido. Atrás quedaban las murallas de la ciudad dominadas por el temido perfil estrellado de la Ciudadela militar y los miedos soterrados de toda una vida. Se enroló como ayudante de cocinero en un barco que la llevó a Génova, donde vendió la joya y se transformó en Gloria antes de ir a Bolonia para probar suerte como toda una mujer en los escenarios. Que la paz sea contigo, estimada.

Agradecimientos

Gracias a Sandra y Joan Bruna, a Carol París y a Ernest Folch, por creer en mí y en el *Barrio de la playa* desde que era sólo un granito de arena en un papel.

Gracias a todos aquellos que me han ofrecido sus conocimientos para poder hacer ficción con una base real. A Júlia Ojuel, por sus consejos médicos. A David Agut, que me asesoró en los fogones. A Sergi Vallès, que me confió los escritos de Ricard Guanter, su abuelo, sobre la vida cotidiana de los pescadores de otros tiempos. A Roger Alier, que fue profesor mío en la universidad y que, hablándome de ópera, hizo que deseara investigar cómo era la vida en el siglo XVIII. Y a Mercè Tatjer y a todos los historiadores que han investigado la historia de Barcelona y de la Barceloneta.

Y, por último, mi especial agradecimiento a Carme Puche y Carol López, lectoras incansables, críticas enriquecedoras y amigas valiosas.